HISTORIA

de la
Revolución Mexicana

1934-1940








Los artífices del cardenismo

Luis González

EL COLEGIO DE MÉXICO

Fecha de vencimiento



HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA



Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.





HISTORIA de la Revolución Mexicana

1934-1940









FRANCISCO J. MUJICA | JOSE VASCONCELOS | LAZARO CARDENAS | FIDEL VELAZQUEZ

Los artífices del cardenismo

Luis González

EL COLEGIO DE MEXICO

972.09
H6732
v. 14

González y González, Luis
Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940 : los Artífices del cardenismo / Luis González. -- México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2005, 1979.
vi, 271 p. : il., byn ; 21 cm. -- (Historia de la Revolución Mexicana ; v. 14)

ISBN 968-12-0018-7

1. México -- Historia -- Revolución, 1910-1946. 2. México -- Política y gobierno -- 1934-1940. 3. México -- Historia -- Régimen cardenista, 1934-1940. 4. México -- Historia -- Revolución, 1910-. 5. Cárdenas, Lázaro, 1895-1970. I. Los artífices del cardenismo.

Coordinador de la obra: Luis González
Coordinador editorial: Juan Reixa
Selección y compilación iconográfica: Aurelio de los Reyes
Diagramación y diseño: María Shelley

Las ilustraciones se reproducen de publicaciones de la época, facilitadas por la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México.

Segunda reimpresión, 2005
Primera reimpresión, 1981
Primera edición, 1979

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 968-12-0025-0 Obra completa
ISBN 968-12-0018-7 Tomo 14

Impreso en México

INDICE

SIGLAS

ACJM	Acción Católica de la Juventud Mexicana
ARM	Acción Revolucionaria Mexicana
CCM	Confederación Campesina Mexicana
CGOCM	Confederación General de Obreros y Campesinos de México
CGT	Confederación General de Trabajadores
CND	Confederación Nacionalista Democrática
CNES	Confederación Nacional de Electricistas y Similares
CONCAMIN	Confederación de Cámaras Industriales
CONCANACO	Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio
CREPI	Confederación Revolucionaria de Partidos Independientes
CRMT	Confederación Regional Michoacana del Trabajo
CSUM	Confederación Sindical Unitaria de México
CROM	Confederación Regional Obrera Mexicana
CTDF	Confederación de Trabajadores del Distrito Federal
FSTDF	Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal
JCFM	Juventud Católica Femenina Mexicana
LNC	Liga Nacional Campesina
OCA	Organización, Cooperación, Acción
PA	Partido Antirreeleccionista
PEA	Población Económicamente Activa
PCM	Partido Comunista Mexicano
PNA	Partido Nacional Agrarista
PNR	Partido Nacional Revolucionario
STFRM	Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana
STMMSRM	Sindicato de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana
UCM	Unión Católica Mexicana
UFCM	Unión Femenina Católica Mexicana
UGOCM	Unión General de Obreros y Campesinos de México
UNEC	Unión Nacional de Estudiantes Católicos
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
VOT	Venerables Ordenes Terceras

LOS ARTIFICES DEL CARDENISMO

ADVERTENCIA

Como se dice en la cuarta de forros de cada una de las entregas de la presente *Historia de la Revolución Mexicana,* la vida de México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas ha sido rehecha en cuatro tomos por tres autores y pico. La resurrección de *La mecánica cardenista* fue obra de Alicia Hernández Chávez. Victoria Lerner rehizo el tema tan llevado y traído de *La educación socialista.* Yo, con ayuda, me puse a retratar a *Los artífices del cardenismo* aquí, y a describir *Los días del presidente Cárdenas* en otra parte. De los amigos que han tenido vela en este entierro me gustaría recordar, aparte de los ya acreditados al comienzo y al fin de cada uno de los tomos de la serie, a quienes a través de un lustro anduvieron conmigo sacando en limpio el período 1934-1940 y de cuya compañía yo fui el principal beneficiado; a las compañeras escritoras Alicia Hernández y Victoria Lerner, y a los compañeros Guadalupe Monroy y Miguel Angel Camacho que en esta ocasión se abstuvieron de escribir, que no de hurgar con provecho para los que escribimos. Tampoco me gustaría callar la ayuda de los demás responsables de la serie que en reuniones serias de seminario y en las comunes y corrientes del café estuvieron archigenerosos. También querría dejar constancia de la colaboración de Armida, en quien siempre recae la tarea de lavar y zurcir mis trapos en casa.

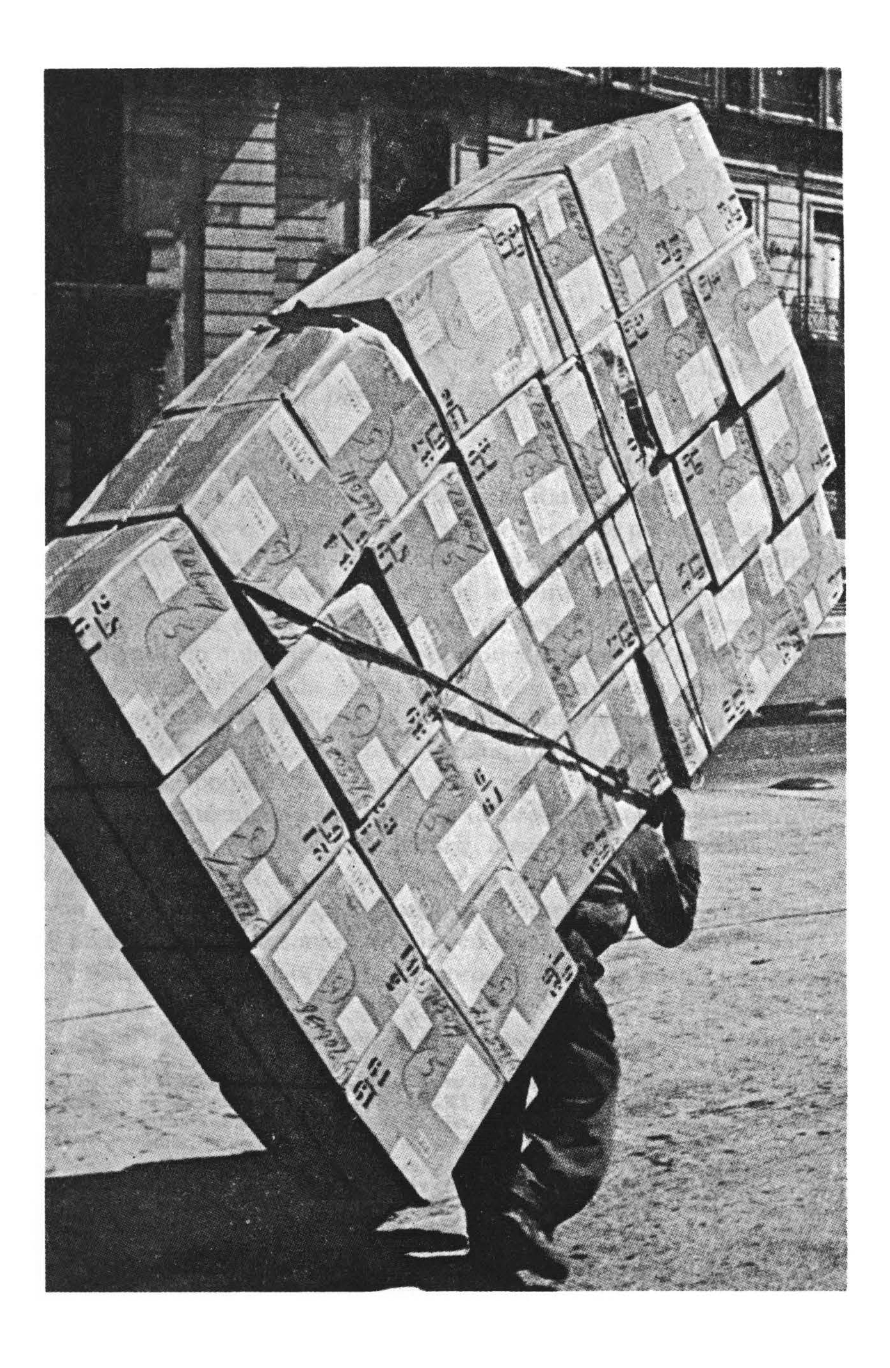
De los cuatro tomos relativos al período cardenista, el asunto del primero es discutible. Los de Alicia Hernández y Victoria Lerner se ocupan de sendas obras grandes y distintivas del presidenciado de Cárdenas; el otro mío ofrece el informe sexenal de casi todo lo sucedido en un sexenio donde hubo sucesos a raudales. En cambio este tomo prescinde de la narración de los hechos; se queda en el mero retrato de los hacedores; dibuja a las volandas al pueblo mexicano de los años treinta, a media docena de instituciones y a las tres minorías rectoras que metieron su cuchara en la edificación del cardenismo: la protorre-

volucionaria o azul, la revolucionaria o roja y la epirrevolucionaria o verde. Al final, se ilustra la trayectoria juvenil de Cárdenas, quien al llegar a la presidencia había recorrido ya 39 años muy significativos de su vida, ni de boca tan cerrada ni de conducta tan deslucida como algunos suponen.

Esta galería biográfica no es fruto de ninguno de los tres tipos de fuentes más venerados por los historiadores de la vida moderna: los manuscritos, los periódicos y las entrevistas orales. Las aguas traídas a este molino fueron las dizque sucias, de medio uso, provenientes de libros históricos generales y monográficos, y no de todos los relativos al asunto. Si me hubiera metido a la empresa de agotar las fuentes secundarias para luego seguir con las primarias o viceversa, estaría a muchos años de concluir la indagación acerca de Cárdenas y su gente. Sobre aquellos hombres hay biografías y testimonios escritos a montón y millones de supervivientes cargados de recuerdos. Aspirar a la búsqueda exhaustiva hubiera sido locura. Además, se trabajó contra el tiempo, a la vista del reloj. Ya puestos en plan de rehacer vidas, habría sido loable seguir al pie de la letra el método hermenéutico que postula Collingwood, pero tampoco se pudo disponer de la necesaria amplitud para repensar los pensamientos de nuestros personajes. Los colegas no encontrarán mayores novedades en este tomo; los críticos tendrán mucha tela de donde cortar o recortar.

Como quiera, lo que sí nos preocuparía es que nuestro esfuerzo biográfico no resultara digerible y nutritivo para los estómagos a que se destina. Las siguientes páginas se dirigen al mexicano sin ínfulas doctorales de historiador, a quien gusta leer relatos históricos. Ojalá que los bebedores de esta agua no sean de los que se ponen a mirar con microscopio los polvos y amibas que se cuelan en todo brebaje. Es deseable que este volumen dé con sedientos simples; con ansiosos de saber qué clase de gente fue la hacedora del sexenio cumbre de los dos primeros tercios del siglo XX mexicano. Para los lectores sin prejuicios, algunas de las siguientes páginas no serán prescindibles.

L. G.



I. EL TRIO POPULAR

El perfil del hombre

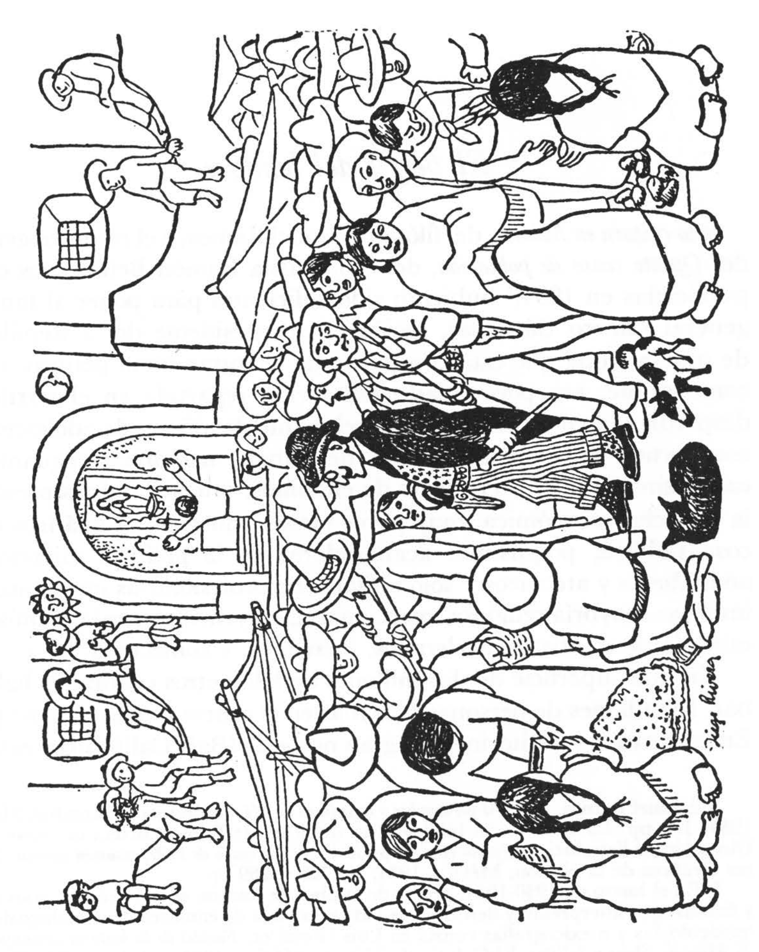
y la cultura en México, del filósofo Samuel Ramos, y el resumen general del *Quinto censo de población*, del economista Ramón Beteta, dos obras publicadas en 1934,[1] hubieran sido suficientes para poner al tanto al general Lázaro Cárdenas, recién electo presidente de la República, de que la tropa que estaba a punto de jefaturar como político, ya no como mílite, era poca, inadecuadamente repartida en el territorio, desperdigada en miles de aldeas, rebosante de niños y de adolescentes, con corta y subempleada fuerza de trabajo, mayoría menguante de campesinos, minoría creciente de citadinos, muchedumbres presas en la estrechez económica, muy pocos cresos, muchísimos apáticos de la cosa pública, poquísimos acaparadores de la política, millones de analfabetas y atécnicos y sólo millares de profesionistas universitarios, inmensa mayoría religiosa, reaccionaria, creyente, clerical y minúscula minoría de cientistas, acelerados, incrédulos y comecuras.[2]

En una superficie de dos millones de kilómetros cuadrados habitaban 18 millones de personas,[3] los más en el centro y en lo alto del país. En la mitad del territorio, en el gran noroeste (Baja California y estados

[1] Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Imprenta Mundial, México, 1934; 179 pp. La descripción bibliográfica del libro de Ramón Beteta es como sigue: Dirección de Estadística, *Quinto censo de población; 15 de mayo de 1930; resumen general*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1934; XXXI + 269 pp.

[2] En el lustro de 1930-1934, aparte de la obra de Ramos, se publicaron varios libros y folletos que interpretan y describen la vida mexicana de entonces. Un catálogo de esas mexicologías y mexicografías consta en Luis González, *Fuentes de la historia contemporánea de México; libros y folletos*, El Colegio de México, México, 1961; vol. I, pp. 79-132.

[3] El censo de 1930 registró 16 552 722 habitantes. Los demógrafos de El Colegio de México estiman que el censo de 1930 olvidó a medio de millón de personas. Según ellos, en aquel año, los habitantes del país eran aproximadamente 17 063 300, y en 1934, no menos de 18 millones. Véase Centro de Estudios Económicos y Demográficos, *Dinámica de la población de México*, El Colegio de México, México, 1970; p. 6.



“. . . inmensa mayoría religiosa, reaccionaria, creyente, clerical . . .”

de Sonora, Sinaloa, Nayarit, Chihuahua, Coahuila, Durango y Zacatecas) únicamente vivía la séptima parte del total de la población. En cambio en la franja de en medio, en la del eje volcánico, en la séptima parte del conjunto del territorio, residía la mitad de la población. Pese a que las dos penínsulas extremas de México miden lo mismo, la del noroeste albergaba a cien mil habitantes, y la del sureste, a medio millón. Otra costumbre era la de vivir en los pisos altos de la república. En la mitad del territorio, a una altura menor de mil metros, sólo habitaba la cuarta parte de los mexicanos. Todavía más, en la décima parte del territorio con altitud superior a los dos mil metros sobre el nivel del océano se alojaba un tercio.[4] Una tercera usanza consistía en vivir en pequeñas congregaciones, en miles y miles de ranchos, rancherías y pueblecitos inconexos; en 80 mil localidades, a razón de 225 por localidad en promedio. En realidad, 48 mil caseríos no llegaban a cien habitantes, y 10 mil apenas hospedaban de 101 a 200. El número de congregaciones con más de 2 500 vecinos era de 606.[5] La pulverización se agravaba por la interposición de altas serranías entre aldea y aldea, la poca extensión de la red de ferrocarriles, la casi inexistencia de carreteras, y, en general, la escasez de medios de enlace.[6]

Además de mal repartida horizontal y verticalmente y de mal agrupada, la gente del México de 1934 era al mismo tiempo joven y achacosa, por ser su país uno de los más insalubres, desnudos, desnutridos y desabrigados del mundo, donde morían 25 por mil al año, donde la guadaña de las enfermedades infecciosas y parasitarias mochaba mucha vida, donde una criatura de cada cuatro se convertía en "angelito" antes de vivir doce meses, donde los más de los niños sobrevivientes crecían esmirriados, estomagudos y con zancas de popote.[7] Con todo, la gente de México aumentaba a razón de 2% anuales, y no por inmigración. El número de nacidos fuera no pasaba de 175 mil. La

[4] Datos derivados del *Quinto censo de población; resumen*, pp. 2-5 y VIII.

[5] *Ibid.* p. 38. El censo de 1930 registró 84 452 localidades; 8 767, deshabitadas; 48 102, de 1 a 100 habitantes; 21 922 de 101 a 1 000 habitantes; 1 815, de 1 001 a 2 500 habitantes; 388, de 2 501 a 5 000; 136 de 5 001 a 15 000; 41, de 15 001 a 100 000; 3, con más de cien mil y menos del medio millón y una, la capital, con 1 049 000 habitantes.

[6] *Ibid.*, p. XII.

[7] Según el Centro de Estudios Económicos y Demográficos, *Dinámica de la población de México*, pp. 17-25, en el lustro 1930-1934, la tasa bruta de mortalidad en México fue de 25.6 por millar, ligeramente inferior a la de Guatemala (26.4), más del doble de la de los Estados Unidos (11.0), casi el triple de la de los Países Bajos. Por lo que mira a mortalidad infantil, 244 por mil de los nacidos vivos se morían en México antes de su primer cumpleaños. En Austria sólo le sucedía eso a 43 criaturas de cada mil.



". . . y minúscula minoría de cientistas, acelerados, incrédulos y comecuras . . ."

población mexicana crecía velozmente por sus 45 nacimientos al año por cada mil habitantes.[8]

Había muchos niños y adolescentes y poco personal de trabajo. El 39% del total era menor de 14 años y el 15%, mayor de sesenta.[9] Otro motivo de la escasez de población activa lo proporcionaba la costumbre de mantener a las mujeres "en casa y con la pata rota". El número de los que debían cubrir los gastos de 18 millones de habitantes era de cinco millones y medio en 1934. De esta cifra, tres millones setecientos mil cultivaban la tierra; tres cuartos de millón trabajaban en la industria; casi medio millón en el comercio y los otros en profesiones liberales y en la administración pública.[10] Los más de la PEA eran labriegos dedicados al cultivo de cinco millones de hectáreas de calidad mala o mediocre, de las cuales sólo millón y pico recibían riego artificial. El 70% de la superficie en cultivo se dedicaba a los cereales; tres millones de hectáreas se cubrían año con año, en el período lluvioso, de milpas productoras de casi dos millones de toneladas de maíz. Otro medio millón de hectáreas producía 100 mil de frijol, y de otra superficie igual se cosechaban 400 mil de trigo.[11] El producto de los cuatro millones destinados al maíz, al frijol y al trigo era generalmente para la propia mantenencia del productor y sus allegados. Los productos del millón sobrante (café, henequén, caña de azúcar, tabaco, algodón, chicle, plátano y verduras) eran puestos a la venta, en regular medida, en mercados extranjeros. La mayoría de la producción henequenera y algodonera se exportaba, lo mismo que las cosechas de plátano y jitomate y las moliendas de azúcar.[12]

El aprovechamiento de la fauna de lagunas y de mares contaba poco. No era éste un país de pescadores, pese a la enorme longitud de sus costas.[13] Tampoco de ganaderos, a pesar de los buenos pastos natu-

[8] *Ibid.*, p. 48. De acuerdo con la información oficial la tasa bruta de natalidad en 1930 fue de 49.4 por cada mil habitantes. Como quiera, el promedio del decenio no parece superior a 45.

[9] Dirección General de Estadística: *Quinto censo de la población; Resumen*, p. 44.

[10] *Ibid.*, p. 67 y 73. Según el censo del 30, la población activa en ese año fue de 5 165 803 personas, de las cuales 3 626 000 se ocupaban en tareas agropecuarias. El 61% de los varones y el 3% de las mujeres se registraron como económicamente activos; es decir, el 31% de la población total.

[11] Dirección General de Estadística, *Anuario estadístico, 1938*; DAPP, México, 1939, pp. 180-187. Las cifras variaban mucho de un año a otro y los datos de las fuentes oficiales son poco fidedignos.

[12] *Ibid.* pp. 247-248.

[13] La situación general de la pesca en México está ampliamente descrita en Alejandro Quesada, *La pesca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

rales de un tercio del territorio nacional. Apenas pasaban de diez millones las cabezas de ganado vacuno. El número de borregos tampoco sobrepasaba esa cifra. Los cinco millones de bestias de carga (caballos, mulas y burros) que recoge el censo de 1930 eran insuficientes para una nación transportadora de la mayoría de su personal a lomo de caballo y de lo más de su carga a lomo de burro y de mula. Ciertamente, la ganadería no estaba en su mejor momento.[14] Desde los días de la Cristiada (a los cristeros se les colgó el apodo de comevacas) el número de cabezas disminuyó notablemente. En 1934, no más de 10 millones de hectáreas se destinaban a la praticultura. Los negocios agrícolas y pecuarios eran los peores del país y de la época. Enriquecían a unos pocos y mantenían en la más extrema frugalidad a grandes masas. Aunque el valor de la producción agropecuaria se hubiera repartido por igual entre todos los campesinos, cada una se habría embolsado apenas doscientos pesos anuales.[15] A la situación social agraria le cae de perlas el nombre de miseria mansa.

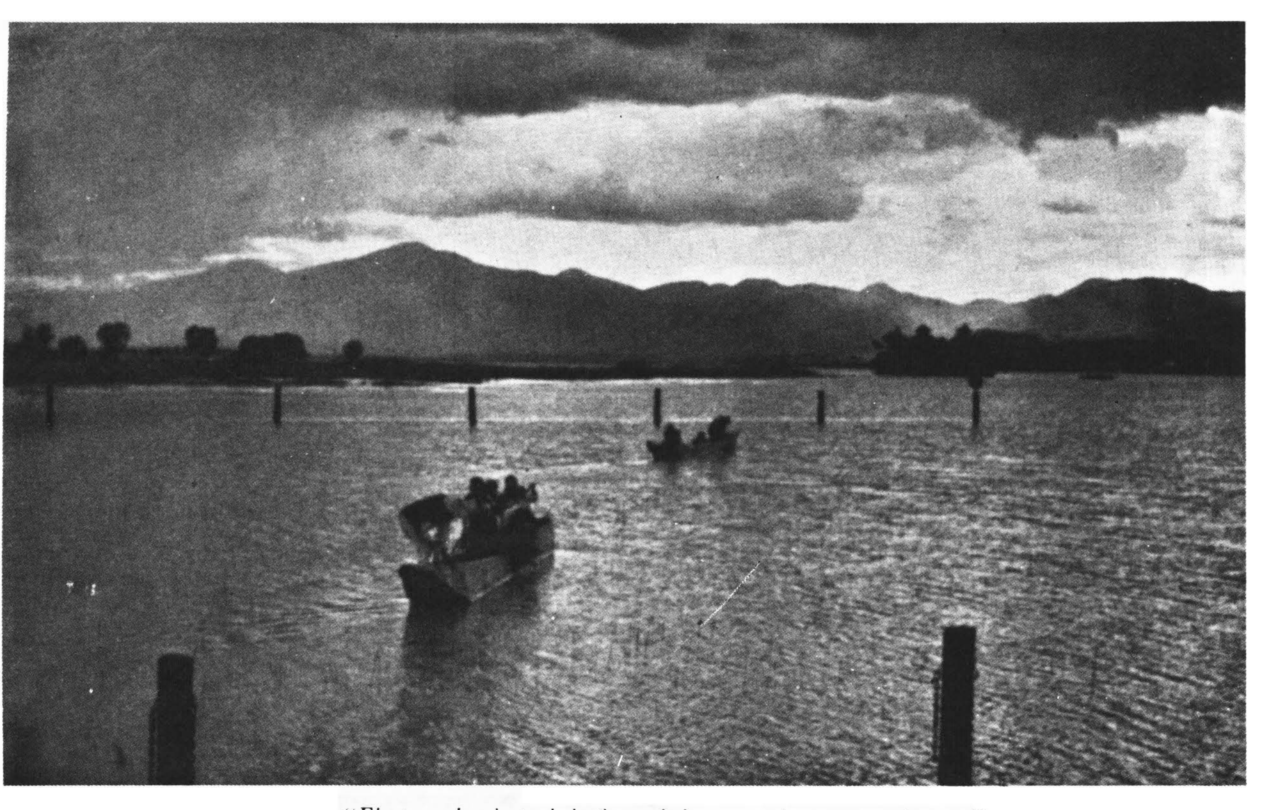
En cambio, la gente que vivía de la actividad minera, el 2% del total se quedaba con el 10% del valor de la producción. El producto minero era de casi cinco mil pesos. Aunque en los años de la gran crisis se redujo el rendimiento de la minería en un 50%, en 1934 ya sólo era un 22% inferior al de 1929. La saca de petróleo, tan espectacular doce años antes, cuando México fue el segundo productor mundial de gasolinas, desde 1925 no volvió a levantar cabeza.[16] En cambio, la extracción de plata, después de la "gran crisis", se trepó de golpe y porrazo, y puso a México en el primer lugar entre los países argentíferos.[17] La manufactura, cuyo valor se redujo en un cuarto en 1932 con respecto a 1928, en 1934 se recuperó con creces. Lo mismo se puede decir del comercio exterior, achicado en 1932 a la mitad de lo que era en 1929, cuando vendía por valor de 194 millones y compraba mercancías por 211 millones. En 1934 ya exportaba un poco más que el 29 (211 millones) e importaba un poco menos (185 millones). Todo esto quiere decir que pasado el susto de la crisis, México volvió a vender

[14] Clark W. Reynolds, *La economía mexicana, su estructura y crecimiento en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973; p. 377.

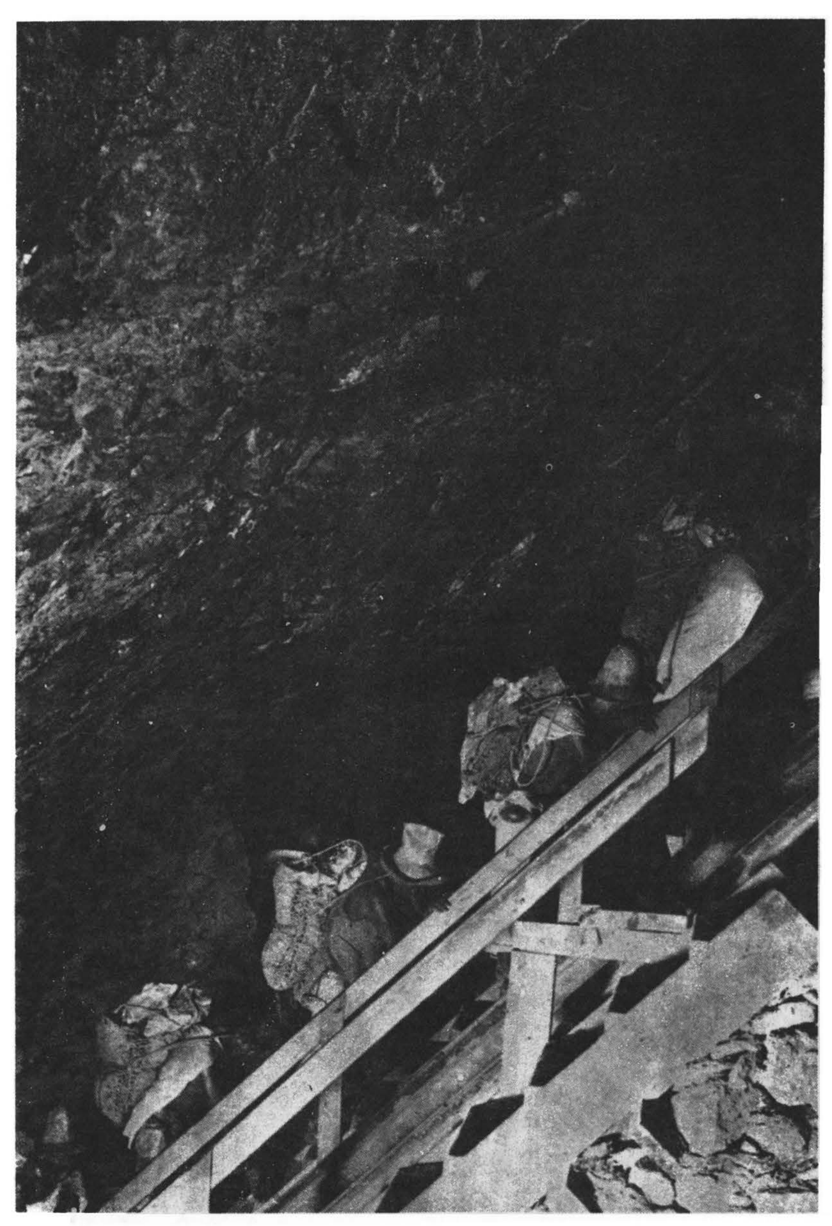
[15] Lázaro Cárdenas, *Ideario agrarista del general de división . . .*, La Impresora, México, 1935; pp. 72-74.

[16] José Campillo Sáinz, "Los recursos naturales no renovables", en *México: 50 años de Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962; vol. I, p. 53.

[17] Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjera en el México revolucionario*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1973; p. 25.



"El aprovechamiento de la fauna de lagunas y de mares contaba poco".



"... la gente que vivía de la actividad minera, el 2% del total ..."

como de costumbre, plata, petróleo y algunos productos agrícolas a la suprema compradora, los Estados Unidos, y volvió a comprar según lo acostumbrado, máquinas, alimentos y manufacturas a los Estados Unidos, la suprema vendedora.[18] México era de todos modos un país indigente con crisis o sin ella. Le hacían falta para salir de pobre las tres virtudes enriquecedoras: espíritu de empresa, técnica y capital.

Este era en 1934 un país de los catalogados como inopes e injustos, con un puñado de ricos, un 15% de clase media, y una muchedumbre (84%) de menesterosos.[19] De las débiles actividades agropecuarias vivían bien, a veces ostentosamente bien, unas doce mil familias de latifundistas. Cosa de sesenta mil familias de parvifundistas y arrendatarios la pasaban entre azul y buenas noches. Unas ochocientas mil familias de campesinos, a quienes la reforma agraria les había adjudicado casi ocho millones de hectáreas, persistían en la miseria. Los usufructuarios de medio millón de minifundios y las familias de los peones acasillados estaban ligeramente mejor en promedio que los agraristas, y por debajo de éstos, pululaban "los libres" o jornaleros sin trabajo permanente.[20] La actividad minera tenía también sus ricos y sus pobres. Aquéllos, por añadidura, no eran mexicanos;[21] los concesionarios extranjeros se llevaban la parte del león en tanto que algunos trabajadores en minas, aunque mucho mejor pagados que los campesinos, las pasaban peor que éstos.[21] La explotación petrolera estaba también en poder de extranjeros acurrucados detrás de los nombres de cinco compañías y sobre todo del Aguila que desde 1933, con el descubrimiento de Poza Rica, se puso a la cabeza.[22] Como en la minería en el negocio del petróleo, la secretaría de Hacienda y los empresarios se quedaban con la mayor parte del botín y los 14 mil trabajadores con poco si eran extranjeros y con muy poco si tenían la desgracia de ser mexicanos.[23] En el comercio, había una enorme distancia entre el rico almacenista francés, el mediano abarrotero español, el pobretón

[18] En 1930, el 58% de las exportaciones de México fueron adquiridas en los Estados Unidos y de este país provino el 68% de las importaciones mexicanas.

[19] El problema de desigualdad de fortunas y ganancias en México es muy reiterado en los libros de viajeros extranjeros. Véase el catálogo de libros de viaje en Luis González, *Fuentes de la Historia contemporánea de México: Libros y folletos*, vol. I, pp. 120-132.

[20] Anatoli Shulgovski, *México en la encrucijada de su historia* . . . Ediciones de Cultura Popular, México, 1972; pp. 24-25.

[21] Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario*, pp. 39-40.

[22] Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, El Colegio de México, México, 1972; pp. 28-29.

[23] *Ibid*, p. 21.

tendajonero mexicano, y las miserables indias marías. Había servicios, como los de las sirvientas domésticas, que no permitían salir de pobres a quienes los prestaban. Había servicios, como los proporcionados por agentes del gobierno, que gracias al sobresueldo de la "mordida", sacaban de pobretón a cualquiera.[24] El nivel de injusticia social superaba al de casi todos los países del mundo.

La población políticamente activa era muy poca (no más de un millón). La masa de los ciudadanos solía ser reacia a luchar, muy poco afecta a tomar parte en la cosa pública, pasiva frente a las maquinaciones políticas pues ni siquiera votaba, y menos desde lo sucedido poco antes.[25] En 1929 un contingente mayoritario de electores de la medianía, la última clase social que creyó en la validez del voto, manifestó su voluntad en favor de José Vasconcelos, y éste no obtuvo la presidencia de la República.[26] Los votos prefabricados hicieron presidente a Pascual Ortiz Rubio. El gobierno se autogeneraba, y de paso esculpía a los que suelen ser en una democracia instrumentos de control político: partidos, sindicatos y agrupaciones patronales. El gobierno de entonces habría sido el único responsable de todo si no hubiera topado con la Iglesia, los poderes culturales y las presiones del exterior. Los hombres que formaban la pirámide gubernamental no eran muchos, pero sí vigorosos y en gran parte de armas tomar. Se portaban en el poder como en su casa: autoritarios y desafectos a los hijos respondones, lo que no quiere decir que hubiesen suprimido la libertad de expresión. Se mantuvo el derecho de pataleo. Por otra parte, como la autoridad casera, la pública procuraba de algún modo el bien de los gobernados; ejercía el patriarcalismo.

En suma, en 1934, la sociedad mexicana seguía pobre, pero con un creciente y respetable número de ricos; seguía débil, pero con una buena cifra de tutores poderosos. La situación se asemejaba cada vez

[24] Abundan los testimonios sobre la institución de la mordida. Su magnitud es naturalmente incalculable. Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, Ediciones Era, México, 1964, p. 258, es uno de los muchos viajeros que se refiere a "Los mezquinos politicastros" que esperan acumular en un año de chamba oficial "lo suficiente para abjurar del trabajo durante el resto de sus días".

[25] Según cifras oficiales, aportadas por Pablo González Casanova, *La democracia en México*, Era, México, 1967, p. 88, en las elecciones de 1929 y 1934, votó el 13% de la población mexicana; es decir, la mitad de la ciudadanía. Aunque no es posible establecer la magnitud del fraude electoral, hay indicios que permiten afirmar que en 1934 no acudió a las urnas electorales ni siquiera la cuarta parte de los varones de 21 años o más.

[26] De los numerosos testimonios sobre la campaña electoral de 1929 el que goza de mayor reputación es el de Mauricio Magdaleno, *Las palabras perdidas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

más a la de la época prerrevolucionaria o porfírica y preindependiente o colonial. Otra vez se había recaído en el despotismo ilustrado por la blandura de la gente, blandura achacada a la heterogeneidad. En vano, según los hombres de cacumen, se pretendía confundir a muchas nacionalidades en una sola. La tremenda diferenciación de regiones, de castas, de clases y de niveles de cultura era un hecho asaz notorio. De una región a otra variaba la suerte de vida y las actitudes ante ella. Las distinciones por el color de la piel sobrevivían en algunas zonas, aun cuando se estaba lejos de la lucha de castas. Los desniveles de clase eran más hondos que en muchos países capitalistas, aunque en éste apenas había asomos de lucha de clases. La oposición entre una minoría de mentalidad inmanente, terrenal y científica y una mayoría de mentalidad trascendente, celestial y religiosa acababa de manifestarse en una guerra crudelísima de la que aún quedaban los rescoldos. Algunos miles de campesinos seguían en pie de lucha contra sus desfanatizadores.[27] México mantenía el campeonato en la mala distribución de la fortuna, del poder, de los honores y de las letras que le había adjudicado Humboldt en 1803.

En el disfrute de la cultura moderna la desigualdad era tan notoria como la desigualdad en el disfrute de la riqueza. Sumaban cinco millones los que sabían leer y escribir pero ni siquiera un millón gastaba cultura laica, nacionalista y científico-técnica.[28] El estilo cultural de la inmensa mayoría mereció los motes de milenario, levítico, trasnacional y oral. El 98% de los censados en 1930 dijeron ser católicos y únicamente el 1% irreligiosos.[29] Algunos de los que se consideraban de la iglesia católica nada más les quedaba la liturgia. Muchos se tomaban alarmantes licencias en el aspecto moral. Tampoco faltaban los herejes involuntarios. Como quiera, la gran mayoría, a través de la crianza impartida por los padres de familia y del catecismo impartido por los padres sacerdotes, se conservaba plenamente católica, se explicaba el mundo y la vida por principios religiosos, normaba su conducta con

[27] Jean Meyer, *La Cristiada*, Siglo XXI Editores, 1973, vol. I, p. 368: "Unos cuantos millares de hombres, 7 500 en 1935 . . . se mantienen irreductibles en sus sierras . . .".

[28] Según el censo de 1930, sólo el 38.51% de la población de 10 años o más sabía leer y escribir. El máximo de alfabetas se daba en la más despoblada y en la más poblada de las entidades federativas; 77% en Baja California y 75% en el Distrito Federal. El campeonato de analfabetismo lo tenían los tres estados, preponderantemente indios, del sur: Chiapas, 79%; Oaxaca, 80% y Guerrero, 82%. Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población: resumen*, pp. 55-65.

[29] En 1930, 175 180 censados se confiesan irreligiosos; 130 322, protestantes; 6 743, budistas y 9 072 israelitas. *Ibid*, pp. 150-151.



"La oposición entre una minoría de mentalidad inmanente, terrenal y científica . . .

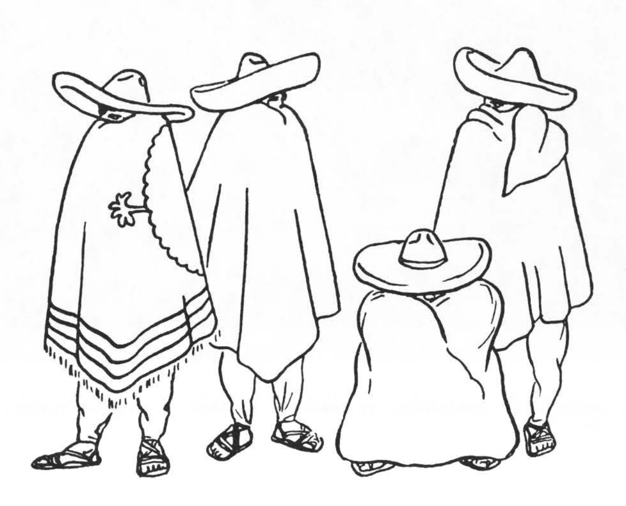


. . . y una mayoría de mentalidad trascendente, celestial y religiosa acabará de manifestarse . . ."

la ética cristiana y envolvía los principales actos de su vida con la vistosidad del ritual católico. Una gran mayoría, con gran acopio de creencias y hábitos, y por ende poco proclive al cambio y la evolución, se enfrentaba a una pequeña minoría acaparadora de ideas, y por lo mismo, amiga de mudanzas y novedades.

Según el sentir común, había por lo menos tres clases de mexicanos, como lo demostraban sendas figurillas: el curro de la ciudad, el charro ranchero, y el indio triste. La simbólica del indio mostraba a un hombre silencioso, acurrucado junto a un nopal. Era una figura casi siempre esculpida en barro, reveladora del modo de ser de unos tres millones y medio de habitantes, de una quinta parte de la población del país.[30] A este

[30] De acuerdo con el censo de 1930, 1 185 143 personas hablaban únicamente alguna lengua indígena, y 1 374 240, una lengua indígena más el español. Como quiera, por lo menos un millón de sólo hispanohablantes, hay que considerarlos, según diversos observadores, como pertenecientes a las comunidades indígenas. Acerca de la distinción entre indio y no indio, véase Alfonso Caso, *Indigenismo*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1958.



pertenecían los que D.H. Lawrence describió como "individuos pequeños . . ., algunos con costras de suciedad . . . que andaban con pasos silenciosos, como si fueran gatos".[31] De hecho, no todos eran mugrosos y de baja estatura, que sí morenos. Por regla general se concentraban en una porción del país, en el México situado al sur del Trópico de Cáncer que cruza cerca de Mazatlán y Ciudad Victoria y al oriente del meridiano ciento, que corre próximo al puerto de Acapulco y a Querétaro. En las tierras occidentales y nórdicas había pocos indios. No más de 40 mil en el noroeste: yaquis, mayos y seris de Sonora, y coras y huicholes de Nayarit. No más de 40 mil en el norte: tarahumaras de Chihuahua. Ni siquiera mil en el noreste. Unos 60 mil en los estados del centro norte: chichimecas y pames, y no menos de 70 mil en el occidente: nahuas y huicholes de Jalisco y tarascos de Michoacán. Al norte de la línea tropical y al poniente del meridiano ciento sólo la trigésima parte de la población era de la estirpe del hombre acurrucado. En cambio, en la zona central, había medio millón de nahuas, otomíes, mazahuas o sea el 17% de la población de aquel contorno. En el oriente, en Puebla, Tlaxcala y Veracruz, nahuas, totonacas y huastecos sumaban poco más de medio millón, es decir el 20% del conjunto demográfico. En el sur, en tierras cada vez más áridas, los indios de docena y media de grupos lingüísticos (amuzgos, cuicatecos, chatinos, chinantecos, cholos, huaves, lacandones, mazatecos, mixes, mixtecos, popolocas, tlapanecos, tojolabales, triquis, tzeltales, tzotziles, zapotecas y zoques) pasaban del millón y eran poco menos de la mitad de los groaxchisenses. En Yucatania, trescientos mil mayas constituían las dos terceras partes de la suma de campechanos y yucatecos.[32]

Dentro del aislamiento característico de la población mexicana de 1934, los indios ocupaban el primer lugar. Casi nunca residían en comunidades mayores de 2 500 personas. Había estorbos para salir o entrar a los escondites indios. Eran muy raras las comunidades indígenas a las que llegaba el tren o el autobús. Por regla general, cada

[31] D.H. Lawrence, *Viva y muera México*, Editorial Diógenes, México, 1970; p. 177.

[32] Las cifras sobre la población indígena de cada una de las regiones del país se han inferido de las aportadas por la Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población*; resumen, pp. 122-123 y por Carlos Basauri, *La población indígena de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1940.



"Dentro del aislamiento característico de la población rural de 1934, los indios ocupaban el primer lugar."

comunidad vivía fuera de contacto con la gente ajena a su minúsculo caserío. Pese a las diversas variedades del indio, se daban actitudes y conductas compartidas por el grueso de la indiada. En el orden económico, la agricultura de autoconsumo era su principal modus vivendi. Habitualmente cultivaban en la estación lluviosa, y sólo en ella, maíz, frijol y chile. Sus instrumentos normales de labranza: la coa, el azadón y el arado. La agricultura no excluía la existencia de animales domésticos: el burro para el transporte, el buey para la rastra, y cerdos y gallinas para cometungas especiales. También era compatible con el ejercicio de la industria. Algunos indios de terrenos arcillosos hacían loza; los de zonas de palmas, sombreros, petates y cestas, y los que tenían a mano lana, algodón o ixtle, sacos y telas burdas. Los que no trabajaban para sí sino para un patrono, incurrían en cultivos como los del henequén y la caña de azúcar. Otra actividad muy frecuentada por los indios era la de hacer leña y no sólo del árbol caído. Esto en cuanto a ellos. Por lo que mira a ellas, sus principales quehaceres consistían en prender la lumbre, echar tortillas, cargar sobre

la espalda al crío menor, resistir con paciencia las palizas del marido y vender en cuclillas y sobre el polvo unas frutas o unas cuantas ollas.[33]

Casi todos los productos indios se quedaban en casa de sus productores. Éstos llevaban muy poco (pocas veces a lomo de burro; muchas sobre su propia espalda) a los mercados y adquirían muy poco (casi únicamente telas) en tales mercados. Se negaban a producir *mexican curious* en cantidades industriales para un número creciente de turistas. No tenían el sentido del lucro ni tampoco el del bienestar material. Carecían de necesidades superfluas. En la época de los misioneros, la ascesis del indio fue muy elogiada, pero en la época de los antropólogos, dentro de la que cae el sexenio cardenista, el ascetismo fue muy deplorado. Askinasy escribió: "los millones de indios de México tienen un standard de vida muy bajo, producen poco y compran menos aún".[34] Simpson lamentó las pocas grasas, vitaminas, legumbres y carne ingeridas por ellos y la ingestión abusiva de carbohidratos.[35] A otros les impresionó negativamente, además de su debilidad física, el que anduvieran casi siempre y donde quiera a raíz y harapientos, lo endeble y pequeño de sus chozas, el amor al brujo y el rechazo al médico, el uso de la magia en lugar de la técnica, y el abuso, según las regiones, de tesgüino, sotol, charanda, tepache, mezcal, bacanora, pulque, aguardiente de caña y otras bebidas embriagantes.

"El México indígena —escribió Jacques Soustelle— se presenta bajo el aspecto de una multitud de comunidades rurales",[36] totalmente desconectadas cuando no son vecinas entre sí, y en vivo pleito, por cuestión de límites, las colindantes. Casi todas las comunas indígenas

Alfonso Fabila, *Las tribus yaquis de Sonora*, Departamento de Asuntos Indígenas, México, 1940; Alfonso Fabila, *El Valle del Mezquital*, Editorial Cultura, México, 1938; Alfred L. Kroeber, *The Seris*, Southwest Museum, Los Angeles, 1931; Gregorio López y Fuentes, *El indio* (novela), Ediciones Botas, México, 1935; Lucio Mendieta y Núñez, *La economía del indio*, DAPP, México, 1938; Lucio Mendieta y Núñez, *Los tarascos . . .*, Imprenta Universitaria, México, 1940; Héctor Pérez Martínez, *En los caminos de Campeche*, Baluarte, Campeche, 1940; Robert Redfield, *Yucatán . . .* Fondo de Cultura Económica, México, 1941; Jacques Soustelle, *La famille Otomi-Pame du Mexique central*, París, 1939; Genaro Vázquez, *Indios de México*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935; Robert M. Zing. . . ., *The Tarahumara*, The University of Chicago Press, Chicago, 1935.

[33] Aparte del de Basauri, muchos otros estudios hechos en el decenio de los treinta afinan los rasgos generales de la economía indígena descritos aquí; entre otros, Siegfried Askinasy, *México indígena*, Imprenta Cosmos, 1939; Bernard Bevan, *The Chinantec*, México, 1938; Alberto María Carreño, *Problemas indígenas*, Ediciones Victoria, México, 1935; Benito Coquet, *Ensayo histórico político sobre los habitantes indígenas de Veracruz*, Jalapa, 1939;

[34] Siegfried Askinasky, *México indígena*, p. 35.

[35] Lesley Byrd Simpson, *El ejido: única salida para México*, Problemas Agrícolas e Industriales, México, 1952; p. 138.

[36] Jacques Soustelle, "México", en *Trimestre Económico*, vol. V, núm. VII, p. 145.



"Casi todos los productos indios se quedaban en casa de sus productores. Estos llevaban muy poco (pocas veces a lomo de burro; muchas sobre su propia espalda)".

habían perdido el sentimiento tribal o el de copertenencia a un señorío y no habían ganado nacionalismo alguno. Ni se sabían, ni se sentían, ni aspiraban a ser mexicanas. Reconocían, aparte del gobierno de los sacerdotes, dos tipos de autoridades civiles; a regañadientes, la municipal impuesta desde fuera; por voluntad, la suya propia que no era aceptada por las leyes del país. En unas partes, la batuta la llevaba un jefe de clan; en otras, un cacique; en algunos sitios, una autoridad elegida democráticamente, por sus méritos.[37] Quizá eran mayoría los lugares donde imperaba el cacique, a quien el ladino utilizaba como su intermediario, lo consultaba para las decisiones, se servía de él para el control político y económico de la comunidad.[38]

Fuera de uno que otro poeta que supo apreciar la desenvoltura descalza y en cuclillas sobre el polvo, la belleza y variedad de los trajes de ellas y del jorongo de ellos, la presencia de la muerte y de las flores, las maneras de matar el tiempo, la actitud contemplativa, la sabiduría del reposo y la importancia de preguntar: ¿es necesario atarearse tanto? Fuera de uno que otro poeta, ni los novelistas, ni los científicos sociales, ni los políticos vieron a lo indio merecedor de elogio.[39] Antropólogos y sociólogos hablaron eufemísticamente de la haraganería, el hambre, la mugre, las chozas, la poca cohesión, la desconfianza hacia los demás, el encierro, el silencio, el aldeanismo, la falta absoluta de patriotismo, la apoliticidad, la atonía, la mansedumbre, la lentitud, el embridamiento, la abulia, la atadura sentimental al terruño, la religiosidad, la dejadez, la ausencia de chisporroteo intelectual, la adhesión a las recetas, el desprecio a la inventiva y el autodesprecio de la raza vencida.

Las manifestaciones de humildad menudeaban en gestos, en dichos y en conductas. Eran lugares comunes el encogimiento, el no levantar los ojos, la inclinación de cabeza, la quitada del sombrero, la arrodilladura y el paso breve. No era difícil escuchar expresiones autodenigratorias: "Señor, aquí está tu pendejito; haz de él lo que quieras". "Soy indio; gusano que se cobija en la tierra. Toda mano me evita; todo pie me aplasta". Eran muy infrecuentes las venganzas indias por bromas, maltratos, agresiones, tuteos y miradas despectivas de güeros

[37] Gonzalo Aguirre Beltrán, *Formas de gobierno indígena*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1953, pp. 65-66.
[38] Pablo González Casanova, *La democracia en México*, p. 94.
[39] Luis Cernuda, *Variaciones sobre el tema mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952; pp. 68-69, José Moreno Villa, *Cornucopia de México*, Porrúa y Obregón, México, 1940; pp. 85-110.

y mestizos. Los indios le aguantaban mucho a la naturaleza y a los hombres, a los malos temporales y a la maldad humana. Fuera de los pequeños enclaves tribales del noroeste, aún en actitud rebelde, la indiada respondía al bofetón en una mejilla, poniendo la otra, o con oraciones

> "Señor san Manuel, Señor san Salvador,
> guíame, cuídame, sálvame de todos los
> sufrimientos que paso."

No había gente más sensible a la santidad. "Los indios —decía el indigenista oficial Carlos Basauri— son eminentemente fanáticos, pues la religión llena por completo su vida, regula sus relaciones sociales e interviene en todos sus actos, aplastando, por decir así, toda curiosidad científica e imprimiéndoles una resignación y una especie de fatalismo que les impide la lucha inteligente y racional."[40] Quienes sólo vieron la superficie de sus fiestas religiosas, negaron su catolicidad. Otros les adjudicaron una religión sincrética, una revoltura de cultos prehispánicos con el culto traído por los españoles. Los sacerdotes que se ocupaban de mantener viva su fe, sabían que eran católicos a carta cabal; muy seguros de vivir bajo la mirada y bajo el control de Dios y su corte, muy rezanderos, bastante cumplidores del decálogo y sobre todo observantes estrictos del rito. Algunas veces yuxtaponían a su arsenal católico, prácticas anteriores a su evangelización; casi nunca, modos de la modernidad laica, como el resto de los católicos mexicanos. La poca profanidad de los indios era antigua, procedente de la seudociencia mágica, no oriunda de la revolución científica y técnica de los últimos siglos.

En 1934 ya eran mayoría los indios hispanohablantes. Poco más de la mitad hablaba el español y algunas comunidades indígenas muy relacionadas con el resto de la población sólo se entendían en tal lengua. Aproximadamente un tercio, fuera de contacto mercantil con el exterior, ignoraba el castellano. Más de un millón vivía, salvo en lo religioso y alguna cosa más, al margen del estilo de vida mayoritario de México, encerrados en cuarenta grupos lingüísticos, algunos tan pequeños que no llegaban a los mil hablantes (pirindas, pápagos, seris, kikapús); otros con lenguas que sólo podían ser compartidas por más de mil y menos de diez mil personas (amuzgo, cora, cuicateco,

[40] Basauri, *La población indígena de México*, vol. I, p. 13.



". . . Otros les adjudicaron a los indios una religión sincrética, una revoltura de cultos prehispánicos con el culto traído por los españoles."

chatino, chontal, huave, huichol, mame, mayo, popolaca, tepehua, tepehuano, tojolabal, triqui, yaqui y zoque); varios con idiomas que permitían la comunicación entre decenas de mil, pero sin llegar a los cien mil (chinanteco, chol, huasteco, mazahua, mazateco, mixe, tarahumara, tarasco, tlapaneco, totonaco, tzeltal y tzotzil), y sólo cinco grupos con más de cien mil copartícipes lingüísticos (maya, náhuatl, mixteco, otomí y zapoteco). Tampoco la mitad que en su casa y en su comunidad se entendía en sus lenguas y únicamente en su trato con fuereños en español, podía aspirar al calificativo de no marginada.

Parte de la distinción de los indios residía en su apartamiento de la cultura escrita. Era garbanzo de a libra el que sabía leer y escribir. Sus artes curativas a base de hierbas, los modos de extirpar el susto, la "muina" y el mal de ojo, no le debían gran cosa a la cultura escrita. Su música y sus danzas derivaban en gran medida de los españoles de los siglos coloniales; no tenían que ver con las canciones y los bailes modernos propalados por la radio. Los "naturales" —como solía decírseles—, además de ser analfabetas aún no llegaban a ser radioescuchas. Tampoco acostumbraban estar al corriente de los caprichos de los artistas europeos. Las configuraciones artísticas impuestas por ellos al barro, al vidrio, a la paja, a la pluma, a la plata y al oro no eran representativas de ninguna moda contemporánea. Todo lo de aquella gente ceremoniosa era tan viejo como el atole blanco, de una antigüedad de siglos.

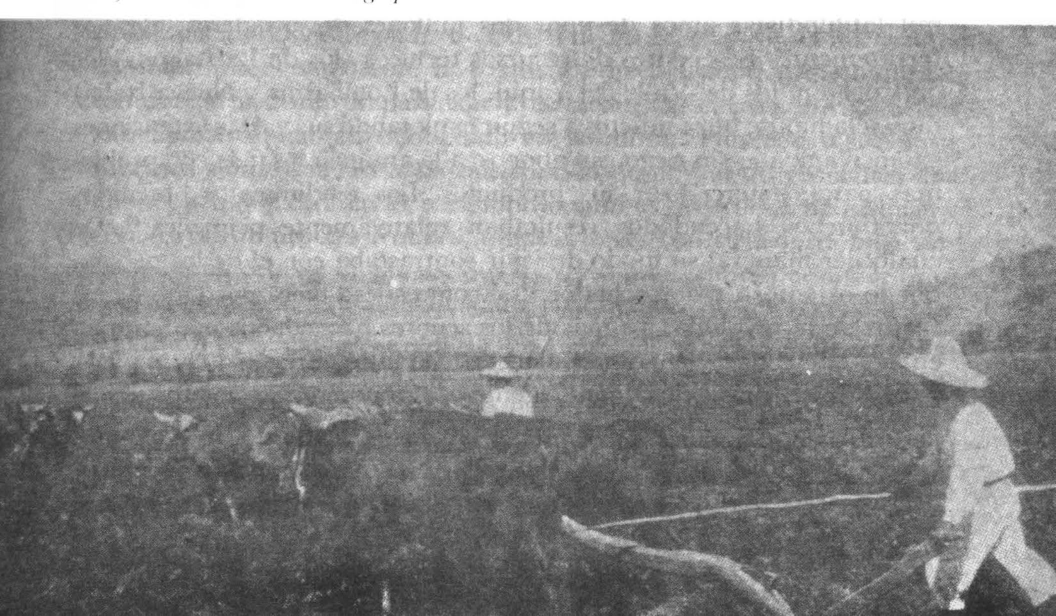
Las excepciones eran aparentes. Muchos morenos hispanohablantes, amigos de mudanzas, afanosos de mando, olfateadores de la vida ajena, parlanchines y seminómadas sólo podían ser confundidos con los autóctonos por los ignorantes absolutos. Para ningún mexicano común y corriente pasaba desapercibida la diferencia entre los indios y esas otras especies de prietos que eran los ladinos y los mestizos. Estos no pertenecían al quinto acurrucado de la población mexicana. Ladinos y mestizos, si eran rústicos, formaban parte de la

de los nueve millones que como los indios vivían en comunidades de menos de 2 500 personas, de los hombres que solían simbolizarse con la figura del charro, aunque pocos, y no siempre, usaban esa vestimenta. Los rancheros reconocían como su residencia natural al territorio sito al poniente del meridiano ciento. En el noroeste residían 600 mil; en el norte, 850 mil; en el noreste, 400 mil; en el centro norte, 850, y en el occidente, planta máxima del estilo ranchero, dos millones y medio. En el Centro había un millón cuatrocientos mil, igual que en el oriente. En el sur, un millón, y en la península yucateca, casi nada. En el enorme triángulo constituido por el noroeste, el norte y Zacatecas eran la mitad de la población, lo mismo que en el cuadrilátero noriental. En el cuadrilátero occidental eran el 60%. En el triángulo constituido por las regiones centro y oriente sólo representaban el 40% del total demográfico, igual que en la zona sur.[41]

Como la india, la población ranchera de 1934 se ocupaba principalmente en la agricultura del maíz, del frijol y del chile, pero al contrario

[41] Las cifras sobre la distribución de la población ranchera han sido deducidas de las cifras aportadas por la Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población; resumen general.*

"*. . . Como la india, la gente ranchera, con la excepción de la de algunos lugares de los nortes, usaba de instrumental agropecuario obsoleto . . .*"



de aquélla, emprendía también otros cultivos, y, además, la engorda y ordeña de vacas y el manejo del caballo. Como la india, la gente ranchera, con la excepción de la de algunos lunares de los nortes, usaba de un instrumental agropecuario obsoleto; el azadón y el arado seguían siendo sus principales útiles. También la mayor parte de la producción ranchera se consumía directamente por el producto, pero más por necesidad que por antojo, como lo prueba el hecho de las zonas transidas por los ferrocarriles y de las zonas aledañas a las ciudades, abastecedoras de mercados. Ciertamente no todos los rancheros se distinguían por su baja productividad. Ya desde entonces los del noroeste producían cuatro veces más por unidad de tierra que los del sur.[42] Allá eran ya de uso común algunos adelantos técnicos como el tractor. Fuera de allá lo común era el atraso: abundantes plagas sin el contraveneno de los plaguicidas; tierras sólo labrantías en el temporal de aguas; erosión de los suelos; temporales rara vez justos (seco en 1930, pinto en 1931, superaguanoso en 1932); semillas y sementales de poco rendimiento; desuso de fertilizantes y alimentos balanceados; equipos de producción casi prehistóricos; inseguridad en la tenencia de la tierra, etcétera.

En promedio, el nivel material de vida de la ranchereada era doblemente menos mísero que el de la indiada, y sin embargo merecía el calificativo de pobre. Buena parte del escaso valor de los productos agropecuarios se quedaba en poder de 12 mil latifundistas dueños de las cuatro quintas partes de la tierra disfrutada en propiedad; 12 mil latifundistas amos de unos dos millones de jornaleros; algunos terratenientes poseedores de recursos técnicos (los de La Laguna, los de Yucatán, los del Valle del Yaqui, los de Lombardía y Nueva Italia) muy a la moda; otros adictos a seguir explotando sus vastas extensiones extensivamente, sin riego, sin abonos, a la antigua; los más con problemas para comercializar sus productos. Los rendimientos obtenidos por muchos hacendados resultaban relativamente pequeños.[43] De cualquier manera, su modo de vivir contrastaba con el de los peones, por lo ostentoso y derrochador.[44] Y como si eso fuera poco, desde los sustos de la revolufia, los más de los señores hacendados no moraban en sus haciendas; vivían en palacetes citadinos. Era raro el que ocupaba los servicios de algún ingeniero agrónomo. Lo común era el

[42] Reynolds, *La economía mexicana*, pp. 127-130.
[43] Ezio Cusi, *Memorias de un colono*, Editorial Jus, México, 1969; p. 319.
[44] Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, Era, México, 1974; p. 14.



"Los pequeños propietarios . . . podían costearse charreadas . . . y tantas cosas más."

empleo de capataces rudos, fatalistas y sin suficientes incentivos para mejorar las haciendas.

Los pequeños propietarios moraban en sus ranchos o en poblaciones próximas a ellos. Carecían en general de los recursos económicos para explotar inteligentemente la tierra. De hecho, aunque los hubieran tenido, la falta de preparación y la tacañería, el pecado capital del ranchero, los habían mantenido en la rutina. Parte de sus exiguos ingresos se destinaban a la construcción de un par de viviendas, una en el pueblo y otra en el parvifundio, ambas con corral de gallinas y con corral de árboles frutales, muchas veces con corredores bien surtidos de macetas y de jaulas. Sus ingresos también les permitían usar, si eran hombres, pantalón ajustado, chaquetilla, sombrero tapapueblos y zapatos puntiagudos, y si mujeres, rebozo, enaguas de percal, medias de hilo y zapatos de charol. Además, como lo mostraban a veces sus enormes estómagos, tenían para hartarse con tortillas de maíz y pan de trigo, frijol, arroz, carne, leche, chocolate y miles de moles, y para embriagarse con vino mezcal. En fin, podían costearse charreadas, castillos de pólvora, danzas, santiaguitos, morismas, peleas de gallos,

matachines y muchas diversiones con motivo de cosechas, herraderos, Navidad, Reyes, Día de los Inocentes, Candelaria, Sábado de Gloria, Corpus, fiestas patronales, días de santo, bautizos, visitas del señor obispo, desposorios y tantas cosas más.[45] Su mayor causa de amargura en 1934 era "la agraria", el reparto de tierras que frecuentemente se hacía a su costa. "Centenares de campesinos se iban quedando en la ruina por no tener dinero con qué defender su pequeña propiedad."[46]

En 1934, cosa de dos millones de familias rancheras sólo lograban vivir por su entereza para soportar privaciones. En este caso estaban las familias de los ejidatarios, los peones fijos y los labriegos "libres". Desde la administración de don Venustiano hasta la de don Abelardo, con un millón de hectáreas de tierras baldías y siete con dueño, se formaron unos cuatro mil ejidos, o más concretamente, unas ochocientas mil parcelas ejidales, que fueron entregadas a otros tantos rancheros.[47] Con parcelitas que a veces eran de una hectárea de buen suelo, que a veces eran de 50 hectáreas de mal suelo, con minifundios, sin pecunio ni técnica ni ajuar para la labranza, y con bajos precios para sus productos, no podía esperarse que el ejidatario saliera de pobre. Había mejorado sus niveles de dignidad y de ocio que no los niveles de choza, de vestido de tela burda y de sustento a base de frijoles, tortilla de maíz y chile. Se sentía menos inseguro que antes. El ejidatario generalmente provenía del grupo de los peones "libres", sin jornal permanente. En 1934, poseía ya el 13% de la superficie cultivable del país y ocupaba un sitio intermedio dentro de la pobritud campesina, arriba de los aún libres, instalados en una inseguridad permanente, y abajo de los seguros peones acasillados.[48]

Se pensó en el cooperativismo para aliviar la situación de los campesinos menesterosos. En 1933 se expidió una ley de Sociedades Cooperativas, pero nunca hubo un contingente apreciable de devotos del

[45] De los varios testimonios acerca de la vida ranchera más o menos acomodada son dignos de nota, aparte de novelas, algunos filmes: *Allá en el rancho grande* (1934), dirigida por Fernando Fuentes: *Jalisco nunca pierde* (1937), dirigida por Chano Urueta; *Huapango* (1937), dirigida por Juan Bustillo Oro; *Cielito lindo* (1936), dirigida por Robert O'Quigley; *Las cuatro milpas* (1937), dirigida por Ramón Pereda, etc.

[46] *La Prensa*, 12, abril, 1932.

[47] Alfonso García Miranda, "Concentración de la propiedad", en *El Trimestre Económico*, V, VIII, pp. 509-510: "Del 6 de enero de 1915 al 30 de noviembre de 1934, se distribuyeron 8 150 841 hectáreas de tierras de riego, temporal, monte, agostadero, cerril, henequén cultivado, e incluso, otras clases aún sin clasificar."

[48] Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI Editores, México, 1971; p. 47.

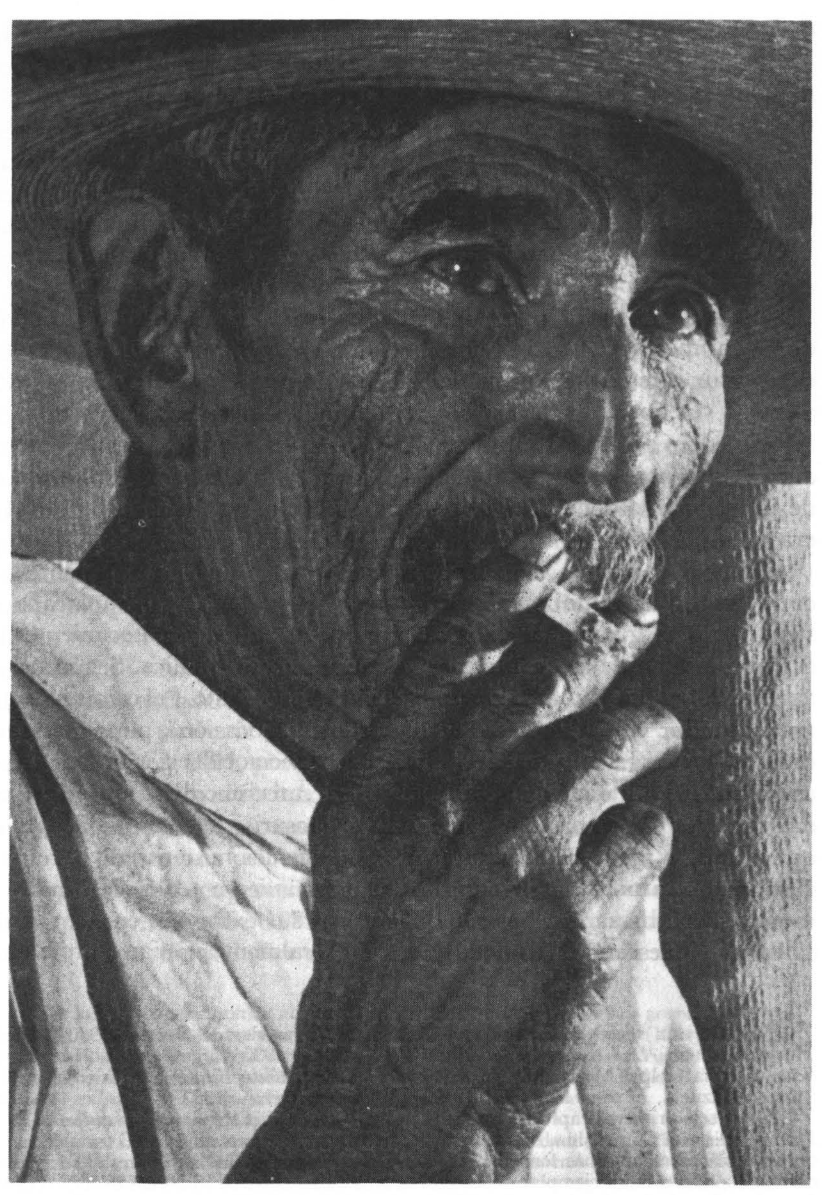
cooperativismo. Los rancheros eran reacios a cualquier agrupación aparte de la hogareña. La familia, cuya autoridad radicaba en el varón más viejo, donde las mujeres llevaban la peor parte en lo que mira a trabajo y servidumbre, en que la crianza de los niños no conocía de contemplaciones, la familia patriarcal y dura era la única organización frecuentada espontáneamente por el hombre de campo.[49] Los demás tipos de organizaciones campesinas (CROC, CROM, CRMT, LNC, PNA, CCM) que sonaron mucho a fuerza de reuniones y congresos, que pusieron a temblar a los terratenientes con la hechura de ejércitos agraristas, no pueden achacárseles a la voluntad y a la acción de los campesinos. Fueron generalmente obra de líderes con propósitos de dirimir diferencias de índole política, lo que no quiere decir que algunos sin tierra no las hayan apoyado.[50] Las organizaciones agraristas podían atraer a los míseros del agro con dos cosas anheladas por ellos vivamente: la propiedad de una parcela y la posesión de un arma de fuego. Por lo demás, el potencial revolucionario de la rancher ada era muy raquítico.

Como la indígena, la población ranchera se confesaba "mocha"; creía en Dios y contaba con El; respondía a sus preguntas, aplacaba sus zozobras, guiaba su diario vivir, celebraba los acontecimientos extraordinarios de su vida con recursos de marca católica. Según las apreciaciones de Jean Meyer, que merecen todo crédito, "el campesino, gran bebedor y de mucho comer (cuando tenía ocasión), pícaro y lascivo, irritable y violento, hombre de fuertes emociones, vivía en un universo religioso todo de una pieza".[51] "El catecismo del padre Ripalda, sabido de memoria, y la práctica del rosario, notable pedagogia que enseña a meditar diariamente sobre todos los misterios de la religión . . . dotaron a ese pueblo de un conocimiento teológico fundamental, asombrosamente vivo . . . En todos sus extravíos, en sus más extrañas eflorescencias, esta religión era radicalmente cristiana, profun-

[49] De la vida social del campo dan noticia varias novelas del decenio 1930-1940; Mariano Azuela, *La luciérnaga*, Ediciones Botas, México, 1932; Jorge Ferretis, *Tierra caliente*, Espasa Calpe, Madrid, 1935; Rosa de Castaño, *Rancho Estradeño*, México, 1936; Mariano Azuela, *El camarada Pantoja*, Ediciones Botas, México, 1937.

[50] Los seis primeros capítulos de Francisco A. Gómez Jara, *El movimiento campesino en México*, Editorial Campesina, México, 1970, tratan con suficiente amplitud el tema de las organizaciones campesinas formadas en los años inmediatamente anteriores al sexenio cardenista. Un estudio ejemplar del caso es la tesis aún inédita de Heather Fowler, "The Agrarian Revolution in the state of Veracruz: 1920-1940. (The Role of the Peasant Organization").

[51] Meyer, *La Cristiada*, vol. III, p. 304.



". . . Los rancheros eran reacios a cualquier agrupación aparte de la hogareña."

damente personal, vivamente vivida . . . La Biblia y la liturgia, unos autores espirituales de quienes ni siquiera se conocen los nombres, ni a menudo la existencia, poblaban la imaginación y la memoria" de los rancheros.[52] Por lo que ve a la cultura profana, era más cuantiosa la ranchera que la india y sobre todo más moderna. Seguramente pocas criaturas campesinas asistían a las primarias oficiales; eran poquísimos los niños que cabían en las escuelas centrales agrícolas.[53] Sólo uno de cada diez rancheros sabía leer y escribir. Aunque no poseían radios y pocas veces tenían la oportunidad de ver cine, se enteraban por los pocos lectores de periódicos y almanaques de cosas no aprendidas ni en la crianza hogareña, ni en el catecismo parroquial ni en los sermones de los domingos. Era gente que usaba mucho del freno pero algunas veces también de la espuela. Poco a poco aumentaban los rancheros ansiosos de novedades que andaban buscando el modo de huir de su mundo de miseria, de arrejuntarse al

[52] *Ibid*, vol. III, p. 307.

[53] Las debilidades de la educación en el medio rural en vísperas del cardenismo pueden verse en Guadalupe Monroy Huitrón, *Política educativa de la Revolución* (1910-1940), Secretaría de Educación Pública, México, 1975.

tercio citadino,

a los habitantes de la villa y la ciudad, a los seis millones residentes en poblados con más de 2 500 personas. De hecho, la mitad urbana de las poblaciones entre 2 500 y 15 000 pobladores, no era fácil distinguirla de las vanguardias de la población ranchera. Entre el rancho y la ciudad minúscula no existían fronteras nítidas ni en el orden económico, ni en el social, ni en el político y menos en el cultural. La gente de seguro urbanizada se repartía en medio centenar de ciudades, en tres órdenes de congregaciones urbanas. En las de quince mil a cincuenta mil habitantes residía un millón; en las de cincuenta mil a doscientos mil, otro millón, éste repartido así: 180 millares en Guadalajara, "perla de occidente"; 140 en Monterrey, "sultana del noreste"; 115 en Puebla, "joya del oriente"; 95 en Mérida, "la ciudad blanca del sureste"; 80 en Tampico "reina oscura del Pánuco"; 75 en San Luis Potosí, luminoso cruce del centro norte; 70 en la industriosa León; 70 en Veracruz, puerto principal del país; 66 en Torreón, nana de La Laguna; 62 en el nudo ferrocarrilero de Aguascalientes, cosa de 50 en el emporio industrial de Orizaba y casi 50 en Chihuahua, princesa de la zona norte. El millón restante de gente citadina se apiñaba en México, que la revolufia había triplicado en volumen y población.[54]

Las ciudades de 1934, como las de ahora, eran el asiento natural de fábricas y talleres, almacenes y tiendas, bancos y casas de empeño, bufetes y consultorios, palacios de gobierno y oficinas públicas, estaciones de ferrocarril y terminales camioneras, pistas de aterrizaje, cafés, bares y prostíbulos, casas de juego, cinemas, teatros, plazas de toros, parques, asilos, museos, clubes . . . El tercio urbano se quedaba con la parte del león, con unos siete décimos del producto nacional. Los citadinos acaparaban las actividades más rendidoras: minería, manufacturas, transportes, comercio, burocracia, servicios liberales y ocios. La fuerza de trabajo urbana la componían casi dos millones de económicamente activos. De los ocupados en diversas industrias, unos 90 mil respondían al adjetivo de mineros y eran especialmente numerosos en ciudades pequeñas de Chihuahua, Hidalgo, Sonora, Zacatecas, San Luis Potosí, Coahuila, Durango, Michoacán, Baja

[54] Centro de Estudios Económicos y Demográficos, *Dinámica de la población de México*, p. 106.

California y Guanajuato.[55] Alrededor de 15 mil trabajaban para la industria petrolera; los más en la refinación del petróleo, y los otros, en la saca del mismo. Los operarios de la minería y del petróleo, con ser de los mejor pagados, eran de los menos felices dentro de la fuerza laboral como lo dan a entender las frecuentes riñas de los grupos de obreros entre sí y la serie de conflictos entre trabajadores y empresarios. En 1934, hubo huelgas muy ruidosas y combativas. La gente laborante en minas y en la industria petrolera ocupaba muchas de sus horas, además de en cantinas, prostíbulos, campos de deportes y el hogar, en disponer luchas para conseguir mejores condiciones de trabajo.[56]

En contraste con los extractores de las riquezas del subsuelo, los albañiles y similares, que no bajaban de 70 mil, quizá por desorganizados, quizá por no tener punto de reposo en urbes, que como la capital, crecían alocadamente, mostraban una pobreza tranquila.[57] En cambio, un gremio de gran importancia numérica, el de la anti-

[55] Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población; resumen general*, p. 74, y José Campillo Sáinz, en *México: 50 años de Revolución*, vol. I, p. 53.
[56] Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero*, pp. 293, 294.
[57] Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población: resumen general*, p. 74.



". . . La gente laborante en minas y en la industria petrolera ocupaba muchas de sus horas . . . en cantinas, prostíbulos . . ."

quísima industria textil, prefería la lucha de clases a través de la huelga. Las fábricas de hilados y tejidos no sufrieron, como la minería, los golpes de la gran crisis; más bien se beneficiaron con ella. En 1934, alrededor de doscientas fábricas producían unas 48 mil toneladas anuales de telas de algodón (principalmente manta) y unas 4 mil de casimires, y ocupaban unos 55 mil obreros que hacían bulto en Puebla, Orizaba y en poblaciones menores del centro oriente del país, y que si no llegaron a la huelga general anunciada en 1933, sí consiguieron encender sonados conflictos laborales desde Jalisco hasta Veracruz.[58] Los demás encargados del vestido de la población mexicana, los 25 mil entretenidos en hacer ropa y sombreros para hombres, los 50 mil ocupados en confeccionarles ropa y adornos a las mujeres y los 50 mil hacedores de calzado, daban poco de qué hablar, lo mismo que los 60 mil manufactureros de harinas, almidones, pastas, pan, dulces, tamales, atole y tortillas o los no menos numerosos fabricantes de azúcar y piloncillo. También los 15 mil asalariados de las industrias de cerveza, pulque, licores, aguas gaseosas y frescas, y los 15 mil obreros en rastros y carnicerías eran humildes y mansos. De hecho, el conjunto de los 150 mil trabajadores de las industrias alimenticias no podían combatir contra el capital por lo pequeño de las empresas donde trabajaban. Aunque había algunas fábricas grandes como la cervecería Cuauhtémoc de Monterrey, lo común era la fabriquita. Cada molino de nixtamal y cada panificadora ocupaba en promedio dos asalariados. En la industria mueblera casi igualaba el número de establecimientos (alrededor de 5 mil) al de jornaleros (alrededor de 6 500). La gran mayoría de los 70 mil carpinteros y ebanistas, de los 20 mil alfareros y de los 15 mil curtidores y talabarteros eran propietarios de sus instrumentos de producción.[59]

Por el valor del producto, la industria eléctrica sólo era inferior a la industria textil, pero generó apenas 1 834 millones de kilovatios en 1934, estaba monopolizada por capital anglocanadiense y sólo disponía de unos veinte mil trabajadores que quizá por tener una cultura superior a la del obrero común y corriente no eran fáciles de contentar ni por sus patronos ni por el gobierno, y, en 1934, ganaron el campeonato de discolería pese a su nivel de aristócratas del proletariado.[60] Las

[58] Moisés T. de la Peña, "La industria textil y su impuesto oficial", en *Revista de Hacienda*, México, 1937, vol. I, No. 1, pp. 5-7.
[59] Nacional Financiera, *50 años de Revolución Mexicana en cifras*, México, 1963, pp. 25-26.
[60] Cristóbal Lara Beautell, "La industria de energía eléctrica", en *México: 50 años de Revolución*, vol. I, pp. 253-258.

industrias metalúrgicas y papelera ocupaban menos gente que la generadora de electricidad y también les pagaba peor. Las funciones tenían unos cuatro mil operarios y las fábricas de papel poco más de dos mil.[61]

La gran ciudad de la industria (México, D. F.) acaparaba casi un tercio del valor del producto industrial de la República Mexicana. Con todo, no era ese el principal monopolio capitalino. En el ramo de comunicaciones y transportes no había ninguna otra ciudad que estuviera próxima a competirle. La red ferroviaria de 24 mil kilómetros ligaba entre sí a las mayores ciudades de la república, pero sobre todo las unía a la capital a la que entraba y de la que salía el mayor número de pasajeros y de toneladas de mercancías.[62] La red de carreteras en 1934 sumaba 4 260 kilómetros, de los cuales únicamente 1 183 estaban pavimentados. La mayoría de las carreteras, entonces en construcción, se llamaban México-Puebla, México-Acapulco, México-Nuevo Laredo y México-Guadalajara.[63] De los noventa mil automotores existentes en el país, cosa de cincuenta mil ahumaban las calles de la capital. Las líneas telegráficas (64 mil kilómetros) conectaban a 1 845 puntos, pero el mayor número de telegramas tenían como punto de arribo y de partida a la metrópoli.[64] Los dos sistemas telefónicos de entonces (Ericson y Mexicana) concentraban la mayoría de suscriptores y aparatos en la ciudad de México. La aviación comercial casi no tenía importancia.[65] Ponía en vuelo a unas 60 mil personas al año. Según el censo de 1930, 107 mil individuos trabajaban en comunicaciones y transportes, de los que 25 mil residían en el Distrito Federal, aunque no sólo en éste holgaban. Los 50 mil ferrocarrileros, súbditos de una empresa en bancarrota, protagonizaron choques muy violentos de tipo laboral en 1934.[66]

Otro contingente numeroso de la vida urbana lo constituían los comerciantes mayoritariamente detallistas. Un cuarto de millón de personas (60 mil en el D. F.), atraían al resto de los citadinos a grandes

[61] Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población: resumen general, p. 75.*

[62] Nacional Financiera, *op. cit.*, p. 134.

[63] Andrés Caso, "Las comunicaciones", en *México: 50 años de Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, vol. II, pp. 448-449.

[64] Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población; resumen general*, p. XIII. Por lo que toca a correos, en 1933 sólo había 3 135 oficinas en servicio.

[65] *Ibid.*, p. XII. En 1933 el número de kilómetros recorridos por la aviación civil fue de 4 063 541; el número de pasajeros fue de 39 123, y el peso de la carga, sin contar equipajes, fue de 786 387 kilogramos.

[66] Sobre la situación de comunicaciones y transportes en el primer lustro del decenio de los treinta, González, *Fuentes de la Historia contemporánea; libros y folletos*, vol. II, pp. 206-240, cita una abundantísima bibliografía.

almacenes de ropa y mobiliario, a mercados de comestibles, tiendas de abarrotes, tlapalerías, boticas, panaderías, expendios de leche, de carne o de carbón, restaurantes y fondas, tenderetes callejeros, vendimias a flor de tierra, bares, pulquerías y agencias de inhumaciones. Eran muchos los que procuraban vender a fuerza de gritos, de grandes rótulos, de anuncios fluorescentes y de decir que sus mercancías eran importadas, nunca hechas en México. La gente ocupada en hoteles, restaurantes y fondas no llegaba a cuatro mil, mientras se acercaba al cuarto de millón la entretenida en manutención y limpieza de casas (servidumbre doméstica) y aligeramiento de hogares y bolsillos (rateros, cabareteras, prostitutas de burdel y mujeres de la calle). Otro cuarto de millón proporcionaba ocasiones de ejercer la caridad. Así los mendigos profesionales y los muchos miles de desocupados.[67] Según algunos los trabajadores que no trabajaban eran sobrevivientes de los 300 mil mexicanos devueltos por las autoridades gringas entre 1930 y 1933.[68] Según otros, eran personas recién salidas del campo que aún no conseguían ocupación en las fábricas, en el comercio o en las oficinas públicas de la ciudad.[69] Según los menos, se trataba de haraganes voluntarios y borrachines impenitentes que sólo servían para ponernos en vergüenza delante de un turismo yanqui cada vez mayor y mejor armado de cámaras fotográficas que en vez de captar la grandeza de nuestros edificios coloniales y la hermosura de nuestra eterna primavera, sacaban vistas de las casuchas y el lodo, los tugurios y los basureros, los arrabales y la gente sin oficio ni beneficio. En 1934 vinieron a distintos rincones del país, pero principalmente a la capital, 50 mil turistas que no se percataron de que por lo menos uno de cada cien hogares nadaba en lujos de toda especie. Treinta mil familias de la aristocracia latifundista o de las burguesías comercial, industrial y financiera bebían vinos y licores importados de Europa. Rara vez se rebajaban a comer antojitos mexicanos y a beber mezcal, pulque y aun cerveza. Vestían a la última moda de París y Nueva York. Si hombres, usaban camisas Arrow y trajes de casimir inglés. Si mujeres, vestían

[67] Sobre la vida airada de las ciudades se encuentra una vasta información en los libros de los viajeros, en filmes como *La mancha de sangre* de Adolfo Best Maugard y principalmente en la página roja de los diarios.

[68] Según la Dirección General de Estadística, *Anuario estadístico*, 1938, p. 158, en 1932, la cifra de desocupados subió a 339 mil personas, pero en 1934, ya sólo era de 235 mil, menos del 5% de la población activa. Sobre la repatriación de mexicanos durante la gran crisis, véase el libro de Mercedes Carreras de Velasco, *Los mexicanos que devolvió la crisis*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974.

[69] Ramón Beteta, *La mendicidad en México*, A. Mijares y Hnos., México, 1931; pp. 82-84.



"Así los mendigos profesionales y los muchos miles de desocupados."



"El puñado de hombres ricos, y especialmente los adinerados de última hora, no gozaban de buen nombre en la opinión pública."

sedas, pieles finas y joyas. La gente de dinero se había apeado del corcel y andaba como bólido en Rolls u otras marcas de automóviles de lujo. Su domicilio habitual era la metrópoli. Los vástagos de la vieja aristocracia seguían viviendo en el corazón de la ciudad. Los nuevos ricos se iban a las orillas, a colonias muy arboladas y sólo para ellos (Anzures, Lomas de Chapultepec) donde se mandaban hacer a manera de vitrinas, palacetes circuidos por jardines contiguos a bulevares anchurosos. La nueva clase chic gustaba de la arquitectura colonial californiana, los muebles Luis XV, la marquetería de concha nácar, los espejos de marco dorado, los adornos de mal gusto, la música cursi y en general lo que más se estimaba allende el Atlántico y allende el río Bravo.[70]

El puñado de hombres ricos, y especialmente los adinerados de última hora, no gozaban de buen nombre en la opinión pública. Se decía que en el origen de su fortuna estaba el robo y la explotación, no el trabajo. Según los más sabihondos eran marionetas, meros representantes de firmas foráneas, cola de empresas cuyos capitanes residían muy lejos de la República mexicana. Según el común de la gente, eran políticos que se disfrazaban de empresarios. Para la gente del gobierno, según los discursos que pronunciaban, los centavos no estaban en su poder sino en las talegas de los latifundistas del antiguo régimen, no en Abelardo, ni en Aarón ni en tantos generales como el populacho decía. ¿Dónde estaba la bolita? Quizá en el sector agrícola, quizá en el sector minero; tal vez en la incipiente industria de transformación o probablemente en el frondoso comercio.[71] Sin duda en la burguesía o gente de la ciudad. En buena medida, en personas que no moraban en México o que si vivían acá no tenían sus raíces en estas aguas broncas, en este río revuelto tan atractivo para los pescadores. Si algunos de los potentados portaban los apellidos Browne, Barucci, Broz, Camiro, Carneiro, Chaumont, Gary, Giraud, Jacobo, Perret, Renow, Rosenblueth, Rhoades, Van der Mersch, Wedell, Wilde y muchos más por el estilo, segu-

[70] Moreno Villa, *Cornucopia de México*, pp. 20-21. Véase también Salvador Novo, *En defensa de lo usado y otros ensayos*, Editorial Polis, México, 1938. Del mismo Novo, *Nueva Grandeza Mexicana*, Editorial Hermes, México, 1946. José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951. Vernon Quinn, *Beautiful Mexico*, Grosset and Dunlop, 1938. John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución*, Ediciones El Caballito, México, 1978. Frances Toor, *Guide to Mexico*, R.M. McBride, 1936. Irving Speed Wallace, *Mexico today*, Meadow Publishing Co., Boston, 1936. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, quinta edición, Espasa Calpe Mexicana, México, 1972, pp. 58-65. J. Meyer, "La ciudad de México, ex de los palacios" en Enrique Krauze, *La reconstrucción económica*, El Colegio de México, México, 1977, p. 288.

[71] Nacional Financiera, *50 años de Revolución mexicana en cifras*, México, 1963.

ramente no eran viejos pobladores de la tierra, hijos de Moctezuma o de Cortés.

Vivían en la república unos 150 mil extranjeros; casi todos en ciudades; una tercera parte, en la capital.[72] Si descartamos a 17 mil guatemaltecos y a 19 mil chinos, los extranjeros no pertenecían al proletariado de la sociedad mexicana.[73] De los 12 mil gringos, de los 8 mil canadienses, de los 6 mil alemanes, de los 5 mil británicos, de los 5 mil franceses y de los 50 mil españoles, un buen número figuraba en la aristocracia local, si bien la mayoría engrosaba las filas de las clases medias.[74] A éstas también se agregaban los 8 mil oriundos del cercano Oriente, los 4 mil del remoto Japón, los 5 mil italianos, los 3 mil rusos y los dos mil polacos.[75] De los mexicanos por nacimiento y residentes en ciudad, quizá uno de cada diez se podía considerar de ese cajón de sastre (tenderos, empleados del gobierno, profesionistas, etc.) que se llama clase media, cuya casa, vestido y sustento nunca fue tan lujoso como en la alta, aunque los de la medianía acostumbraban albergar muchas pretensiones. Unos y otros compartían la tendencia al consumo de manufacturas extranjeras, especialmente norteamericanas. Ambos creían que el tiempo era oro y empezaban a quejarse, como los ajetreadísimos gringos, de la falta de tiempo.[76]

La parte más lucidora del par de millones de los grupos medios la formaban los 50 mil profesionistas liberales: un poco más de 5 mil jurisperitos o "licenciados"; un número igual de médicos o "doctores"; una cifra inferior de ingenieros civiles; mil, dos mil, tres mil, sepa Dios cuántos sacerdotes escondidos; un buen número de seudoabogados;

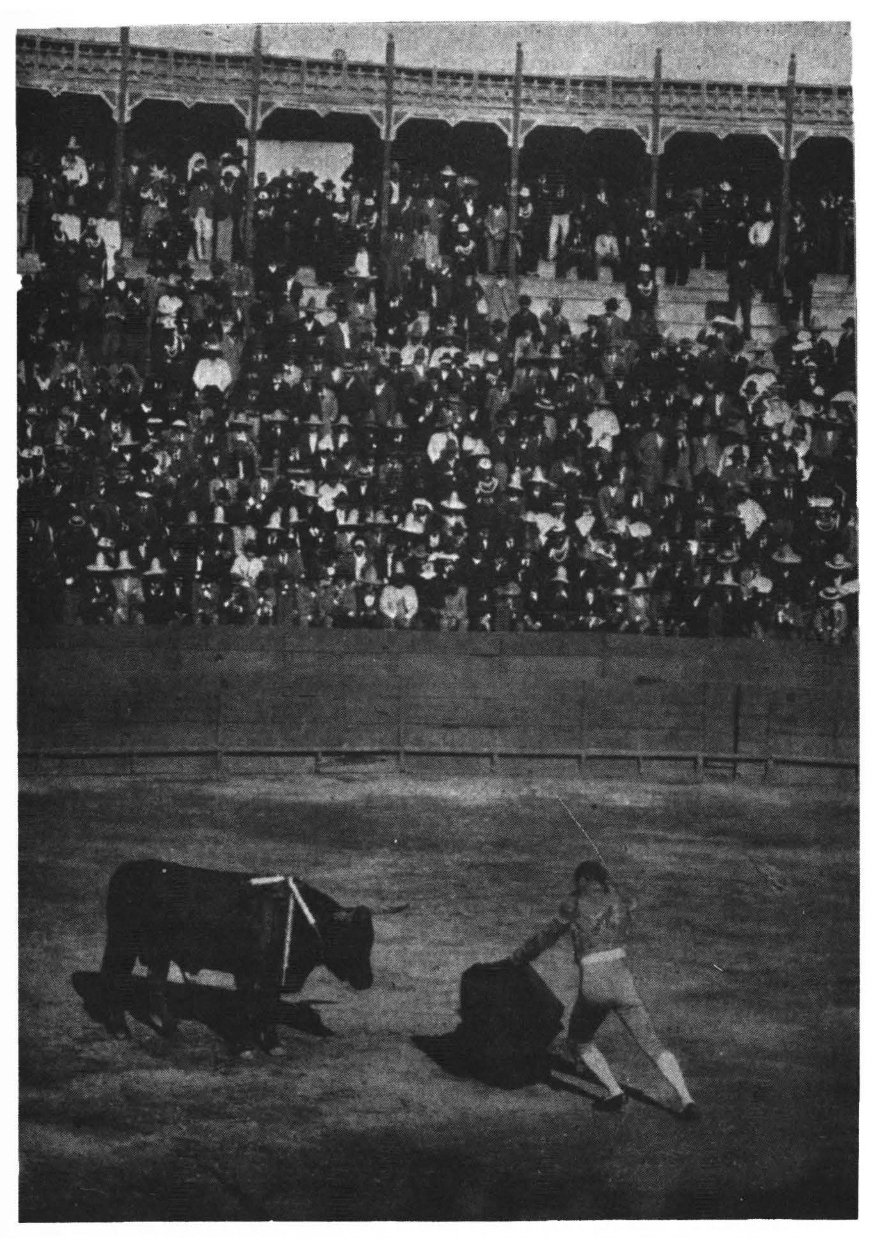
[72] Dirección General de Estadística, *Quinto censo de la población*, pp. 103-106.

[73] Durante el río revuelto de 1910-1920 muchos inmigrantes chinos habían salido de pobres, se habían convertido en prósperos comerciantes. Las campañas antichinas de los veintes y principio de los treintas afectaron principalmente a los comerciantes chinos. Sobre el debatido asunto véase José Angel Espinosa, *El problema chino en México*, México, 1931.

[74] Eyler N. Simpson, *El ejido, única salida para México*, Problemas Agrícolas e Industriales de México, México, 1952, p. 270.

[75] Según Moisés González Navarro, *Población y Sociedad en México* (1900-1970), UNAM, México, 1974, vol. I, p. 124, "mientras en Estados Unidos y en Argentina los inmigrantes ocupaban los últimos rangos de la sociedad, en México . . . después de una etapa de arduo trabajo y privaciones, el paso siguiente era el matrimonio con alguna rica heredera. Quienes venían con un pequeño capital pronto ascendían a la dirección de los grandes negocios . . . En realidad, los extranjeros (eran) en México "privilegiados entre los privilegiados. Por eso algunos mexicanos se hacían pasar como extranjeros".

[76] Miguel Othón de Mendizábal (*et al*), *Las clases sociales en México*, Sociedad Mexicana de Difusión Cultural, México, S. A., pp. 37-84: Nathan L. Whetten, "El surgimiento de una clase media en México" y Angel Palerm Vich, "Factores históricos de la clase media en México".



". . . también se reanimaron las corridas de toros."

un buen número de personas que ejercían desde una farmacia el arte de curar "sin título"; algunos artistas del escoplo, del pincel o de la escuadra; no muchos escritores, los más poetas y periodistas. Se contaban con los dedos de la mano los científicos y sobre todo los científicos sociales: sociólogos, economistas, politólogos. Eran pocos los profesionistas y escasa la variedad de oficios profesionales, pero otra vez volvían a ser personas muy influyentes los universitarios, a medida que se devaluaban los militares.[77]

Otra especie del género clase media que comenzaba a tener un gran influjo era la de "los artistas". A partir de 1930 la industria cinematográfica de México despegó soberbiamente con la hechura de filmes sonoros.[78] Por su lado, la radiodifusión se conquistó un nombre de 1929 a 1933. Aun el viejo teatro, remozado por las carpas, se hizo de una popularidad no conocida antes. También se reanimaron las corridas de toros. Y el cine, la radio, el teatro y los cosos taurinos generaron multitud de "ídolos", centenares de estrellas, locutores y toreros. Mucho más que los profesionales, los artistas se alzaban y se barajaban en la ciudad de México. También de manera más constante que los universitarios, se propusieron conquistar un modo de vida que excluía la pobreza y la imitación servil de las costumbres nacionales; un estilo vital exhibicionista, influido por los escándalos de Hollywood, desdeñoso de los matrimonios de por vida, nada acatador de las formas más venerables de convivencia social. Por culpa de la gente de cine, radio, comedia y demás diversiones, según decían los periódicos, la institución familiar, tan recia entre indios y rancheros, se cuarteaba en los varios niveles de la sociedad citadina.

Al contrario de la ciudadanía india y ranchera, mucha de la urbana se interesaba en asuntos políticos. Quien más quien menos, los varones adultos discurrían sobre personas y sucesos de "la polaca". Por lo menos en la capital, ningún otro oficio resaltaba tanto como el de la política quizá por residir allí la mitad de los gobernantes y casi todos los que querían serlo. Allí se "congregaban todos los aspirantes en

[77] Desgraciadamente fuera de las cifras aportadas por el *Quinto censo de población*, el autor no obtuvo los datos que hubiera querido acerca de los profesionistas mexicanos que ejercían con o sin título.

[78] Para el desarrollo del cine mexicano y su influjo social en el primer lustro de los años treinta son recomendables Alfonso Pulido Islas, *La industria cinematográfica de México*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1939. *Enciclopedia del cine mexicano*, Publicaciones Cinematográficas, México, 1955 y sobre todo la multivoluminosa *Historia documental del cine mexicano*, de Emilio García Riera, Ediciones Era, México, 1969, vol. I.

política, los pícaros que habían huido de la indignación local, aquellos intrigantes por efectos y poder, aquellos que se sentían perjudicados en sus intereses o que pretendían perjudicar a otros, aquellos sedientos de favores, aquellos que trataban de adquirir lo que no les pertenecía o hacer que se les devolviera lo que se les había tomado. Todos se dirigían a la ciudad de México, a las antesalas de los ministerios, a los salones de los edificios públicos, donde se reunía la gente de influencia.[79] En relación con el resto del país, la metrópoli estaba muy politizada, y si algunos de sus hijos no participaban los días de elecciones era por miedo a ser balaceados, o porque no creían que el voto popular fuera respetado, o porque uno más o menos ¿qué más da?

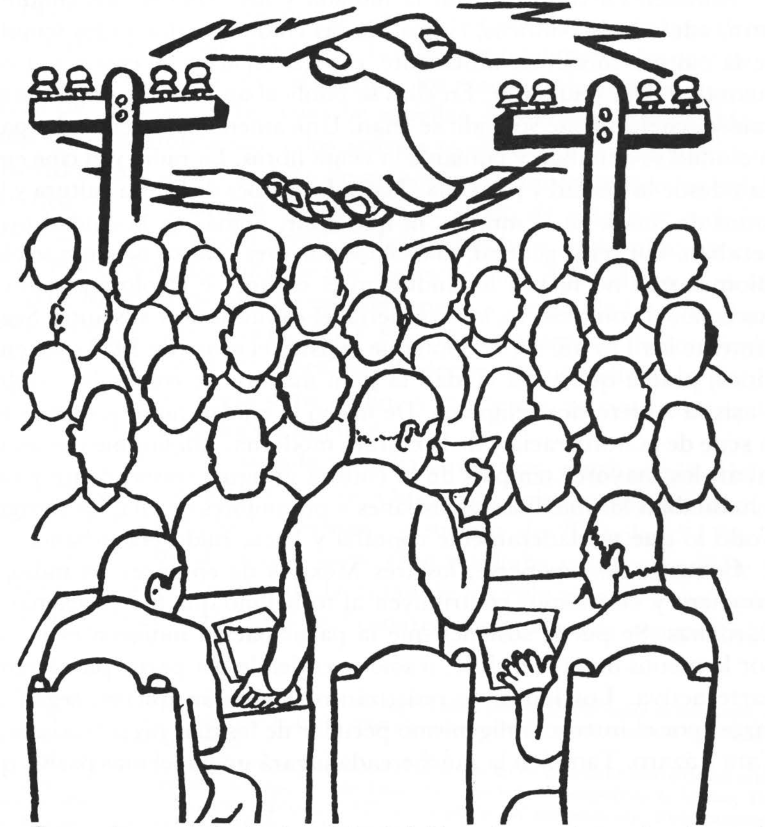
También en contraste con la indiada y los "cheros" los citadinos eran, además de políticos, cultos. En las ciudades estaban los templos de la cultura moderna, inmanente, escrita: escuelas de enseñanza elemental, media y superior. En ellas se publicaban los 491 periódicos del país y generalmente sólo allí se leían. Unicamente en la ciudad y para la ciudad se editaban y ponían a la venta libros. La radio y el cine emitían desde la ciudad y para ella. Todos los clubes de la alta cultura y los ismos de moda en el mundo, ni qué decir, nomás en la ciudad prosperaban. Por regla general, sólo en los mayores centros urbanos se oían idiomas que no fueran los indios ni el español e ideologías como el fascismo, el comunismo, la masonería, el capitalismo y sus antis. Seguramente los 175 mil sin religión que registra el censo de 1930 eran citadinos, pese a que en la ciudad la gran mayoría se confesaba católica y asistía a ejercicios religiosos. De hecho la ciudad no únicamente era la sede de la burocracia y de la cultura moderna. Allí también se levantaban los mayores templos de la cultura antigua, trascendente y oral y habitaban los máximos guardianes y promotores de ella: los clérigos. Todo lo que verdaderamente contaba y hacía ruido era urbano.

Como es de suponerse, los tres Méxicos de entonces (el indio, el ranchero y el urbano) contribuyen al torbellino que fue el sexenio de Cárdenas. Se puede sostener que la participación indígena es nula o por lo menos inaprehensible, si sólo se entiende por participio el tomar parte activa. Los indios se resistirán o se dejarán querer, según los casos, por el intenso indigenismo peculiar de los días presidenciales de Tata Lázaro. También laranchereada jugará un papel más pasivo que

[79] Frank Tannenbaum, *México: la lucha por la paz y por el pan*, Problemas Agrícolas e Industriales de México, México, 1951.

activo, pero de cualquier modo sumamente importante, como no podría ser menos durante la presidencia del campeón del agrarismo. Como quiera, serán los hombres de ciudad los más atareados artífices del sexenio cardenista, no a puño limpio, siempre escudados en media docena de instituciones normalmente conocidas con los nombres de Capital, Trabajo, Cultura, Iglesia, Estado e Imperios, instituciones que al iniciarse el sexenio cardenista mostraban la cara que se esboza en el siguiente capítulo.[80]

[80] Lorenzo Meyer, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato*, pp. 162-165, se ocupa también del marco institucional en el primer lustro del decenio 1930-1940. Espero que ambas imágenes se complementen y no se contradigan.

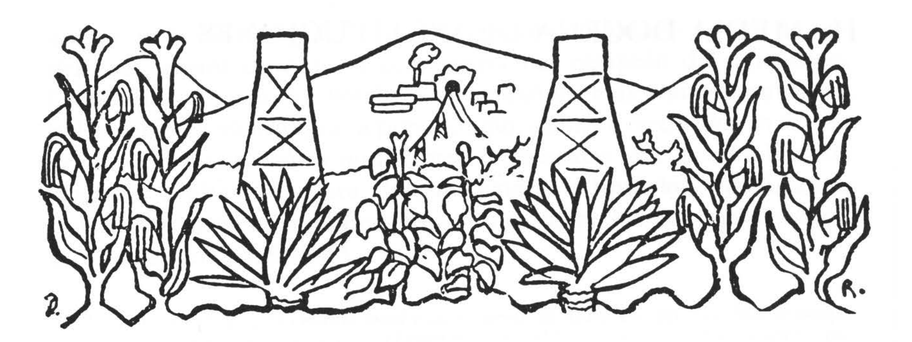


". . . Como quiera, serán los hombres de la ciudad los más atareados artífices del sexenio cardenista . . ."

II. MEDIA DOCENA DE INSTITUCIONES

El Capital

el Trabajo, la Cultura, la Iglesia, el Estado y los Imperios solían mencionarse en el decenio de los treinta como las principales fuerzas motoras de la vida mexicana, como los verdaderos artífices del México de entonces. Quienes se ocupan de sacar en limpio al México de Cárdenas se refieren a cada paso a la libre empresa, a las confederaciones sindicales, a la intelectualidad, al clero, a la familia revolucionaria y a los imperialismos como si fueran personas bien concretas y archiconocidas, capaces según de donde se mire, de recibir los epítetos de malos o buenos, patriotas o traidores, reaccionarios o revolucionarios, víctimas o verdugos, populares o apestados, agentes de desarrollo o rémoras del progreso. La mayoría de los sabios suele ver al sexenio de Cárdenas como una lucha a muerte de las fuerzas del bien, de la mexicanidad, de la revolución mexicana, del pueblo y del progreso, cristalizadas en el proletariado, la inteligencia y el instituto de la Revolución, contra las fuerzas del mal, de la traición, de la mochería, de la esclavitud y del retroceso, representadas por el capital, la iglesia y algunos imperialismos. Desde que Plutarco Elías Calles dictaminó que México dejaba de ser un país de caudillos para convertirse en un país manipulado por instituciones, éstas fueron proclamadas autoras de nuestros males y nuestros remedios. Poco a poco se pasó de la costumbre de atribuir los vaivenes económicos a Ugarte o a Sada; la lucha social, a Morones o a los "lobitos"; las corrientes ideológicas y literarias, a Caso o a Reyes; la reacción clerical a Orozco y Jiménez o a Mora y del Río, las intromisiones de fuera en nuestros asuntos a Hoover o a Pío XI. Quizá el único que salió bien librado del desmoche de caudillos fue el que pidió la cabeza de ellos, el que promovió el paso de la oligarquía a la institutocracia.



". . . la libre empresa, estaba constituida básicamente por media docena de instituciones: la hacienda, la mina, el pozo petrolero . . ."

". . . Ni los parvifundios, ni los ejidos inventados por la revolución ni las comunidades indígenas . . . podían parangonearse a las haciendas . . ."



Curiosamente, a nadie se le ocurrió entonces investigar la anatomía, la fisiología y la psique de los entes antedichos señalados para dirigir la vida de México. Se habló mucho de los bienes y de los perjuicios que podían esperarse de las distintas instituciones, y sobre todo de las instituciones de instituciones, de los institutos máximos de los que eran simples instrumentos grupúsculos y personas. Quizá en un futuro no lejano se les niegue corporeidad, vida, sentimientos, voliciones, ideas y conductas a totalidades que en 1930 parecían tan repletas de bios, pasión, teoría y praxis como capital, trabajo, Iglesia, Estado, Cultura e Imperialismo Internacional, pero mientras eso no suceda hay que procurar definir las características de esas totalidades en el México de 1934.

La institución del capital o de la libre empresa, estaba constituida básicamente por media docena de instituciones: la hacienda, la mina, el pozo petrolero, la fábrica, el ferrocarril, el almacén y la banca. No obstante que varios revolucionarios poderosos (el presidente Rodríguez, el mandamás Plutarco Elías Calles, Rodolfo, el hijito del mandamás, el secretario Aarón Sáenz, los gobernadores Allende, Cedillo, Garrido, y algunos otros) se habían convertido en señores hacendados, la hacienda venía siendo el patito feo de las instituciones capitalistas. Por regla general, se consideraban haciendas las propiedades que rebasaban las mil hectáreas de superficie. No obstante la política agraria de Obregón, Calles y los regímenes peleles del callismo, sobre todo los de Portes y Rodríguez, en 1934, el número de haciendas pasaba de trece mil.[1] Algunas eran tan grandes como un reino. Los reyes de no pocas habían nacido allende el Bravo. El conjunto de las haciendas cubría, según Simpson, el 68% de la superficie de México.[2] Las demás formas de propiedad rústica casi no contaban. Ni los parvifundios, ni los ejidos inventados por la revolución ni las comunidades indígenas ideadas por la conquista española podían parangonarse en poderío a las haciendas poseídas por unos miles de hacendados que, según las caricaturas de entonces, no se podían mover de tan gordos ni pensar de tan borrachos, ni sentir compasión de nadie por el resentimiento que les acarreaba su fealdad.

La mina era tan antigua en México como el latifundio; más ruda

[1] Eyler N. Simpson, *El ejido; única salida para México*, PAIM, México, 1952, pp. 301-309.

[2] Según Simpson, *op. cit.*, p. 309, el número de haciendas de más de 10 000 hectáreas era en 1930 de 1831, cubrían 68 millones de hectáreas; equivale a decir, el 56% de la tierra poseída en propiedad.



". . . la hacienda venía siendo el patito feo de las instituciones capitalistas."

que ésta y muy poco mexicana. Según Lorenzo Meyer "el 85% de las explotaciones mineras estaban en manos del capital externo" y el 99% de la producción minera se destinaba a la exportación. La minería era en su mayor parte propiedad de docenas de individuos agazapados detrás de siete compañías: American Smelting and Refining Co., la tristemente célebre y campeona ASARCO; American Smelting Securities Co., ASSCO de acuerdo con sus siglas; Moctezuma Copper Co., sólo de nombre medio mexicana; Tigre Mining Co., quizá menos temible que como la pintaban; Green Cananea Copper Co., evocadora de una de las primeras jornadas de la revolución; Green Gold and Silver Co., y Travers Coppers.[3] En las siete grandes compañías militaban dueños rubios y distantes, yanquis y británicos que se llevaron buen susto con motivo de la crisis mundial, susto compartido por unos 50 mil trabajadores cesados y por el gobierno que vio mermar alarmantemente las contribuciones de oriundez minera, susto cuya duración no pasó del lustro y que hizo que el gozo de los nacionalistas se fuera al pozo. Recuperada la minería, se prescindió de la posibilidad de nacionalizarla.[4]

[3] Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario,* SRE, México, 1973. p. 39.
[4] Lorenzo Meyer, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato*, (Historia de la Revolución Mexicana, tomo 13), El Colegio de México, México, 1978, p. 48.

El pozo petrolero se parecía al socavón de las minas no sólo en su subterraneidad, también en su extranjería. Los cinco capitanes de la explotación petrolera, según el gaseosabio don Lorenzo Meyer, eran: La Huasteca y El Aguila, archipesudas y poderosas, con una inversión en equipo de casi 200 millones de dólares y una superficie de terrenos petrolíferos de casi un millón de hectáreas; la Standard Oil con menos dólares en equipo que no en tierras, y la Corona y la Sinclair, también fuertes, si bien minúsculas comparadas con las tres grandes. Al lado de las cinco capitanas, la compañía Petromex, recién nacida en 1934, engendrada por capital mexicano, era un bebé enclenque y sin voz ni voto.[5]

Tampoco la cuarta cabeza de la hidra capitalista estaba enteramente constituida por los ricachones de casa. El tren, en su mayor parte manejado por Ferrocarriles Nacionales de México, para 1934 transportaba a numerosos citadinos, a no pocos rancheros, a casi toda la producción minera y a un mínimo de los productos agrícolas. Como la red ferroviaria sumaba 23 mil kilómetros, el ferrocarril resultaba

[5] Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero* (1917-1942), El Colegio de México, México, 1972.

"*. . . El tren, en su mayor parte manejado por Ferrocarriles Nacionales de México, para 1934 transportaba a numerosos citadinos . . .*"



incomparablemente superior a los demás medios de transporte mecánico. Poco más de 4 mil kilómetros de carreteras y de 90 mil automotores no podían sumir en la crisis al tren. Esta provenía de malas administraciones, exceso y excesos de trabajadores, deuda ascendente, crisis mundial y otras cosillas. Entre los instrumentos de producción en poder de burgueses, el ferrocarril era el más achacoso, el menos lucido, el más necesitado de rehabilitación, el menos fácil de sustituir a corto plazo, el más necesario en un país todavía con tan pocas carreteras y automóviles y casi sin aeroplanos.[6]

Quizá la fábrica, al contrario de las anteriores empresas capitalistas se robusteció con la gran crisis al emprender la tarea de sustituir importaciones. Al revés de los productos de la mina y del pozo petrolero, la producción fabril se destinaba al consumo nacional: telas, bebidas espirituosas, cigarrillos, pan, dulces y luz. La industria manufacturera daba ocupación a tres veces más trabajadores que las industrias extractivas de metales y aguas negras. Las empresas fabriles sólo en una cosa se parecían a las de minas, petróleo y transportes: las manejaba en gran medida el capital extranjero, principalmente norteamericano e inglés. En la industria textil, la más poderosa de las ramas industriales, era mayoritario, que no exclusivo, el capital de aquí. El capitalismo extranjero regía sobre todo en la industria moderna, en la producción de electroenergía, en fundiciones y en fábricas de papel.[7]

Tal vez la máxima fuente de la institución del capital era el almacén, fachada visible del gran comercio. Ya desde entonces el sector mercantil aportaba la cuarta parte del producto nacional bruto. Seguramente las vendimias a flor de tierra, los puestos en los mercados y los tendajones eran de los que vendían en ellos, pero naturalmente los grandes almacenes (Fábricas de Francia, Puerto de Liverpool), como las industrias sacadoras de metales y petróleo, pertenecían a forasteros invisibles, vueltos ojos de hormiga por la lejanía de su residencia y las razones sociales que los enmascaraban. Sin embargo, como en el tren, no estaban ausentes del gran comercio algunos mexicanos y era cada vez mayor la participación de los capitalistas domésticos en él.

Donde más se notaba la intromisión del capital nacional era en el

[6] Alfredo B. Cuéllar, *La situación financiera de los ferrocarriles de México con relación al trabajo*. México, 1935. *Vide* también Antonio E. Vera, *La situación ferrocarrilera mexicana*, Imp. Patricio Sanz, México, 1935, y FFNNM, *Datos generales sobre hechos registrados* de 1930 a 1947, México, 1947.

[7] Dirección General de Estadística, *Primer censo industrial de 1930, Resúmenes generales*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1933.

sistema bancario. El banco de México, establecido en 1926, se convirtió, a la sombra de las leyes bancarias de 1932, en un banco de bancos, donde la Asociación de Banqueros de México tuvo mucha vela en la restauración de la banca en un sentido mexicanista. "Entre 1934 y 1935 —escribe Lorenzo Meyer— mediante acciones legales combinadas con presiones políticas, casi se eliminaron todas las agencias bancarias extranjeras. El crédito, pues, se mexicanizó, y con ello se consolidó la revolución bancaria".[8]

Si nos ponemos a creerles a los poseedores de los principales instrumentos de la producción mexicana en vísperas del cardenismo, lo más común en la clase propietaria era la escasez de recursos. Según Ezio Cusi, fuera del 20% de hacendados productores de azúcar, henequén y pulque, los dueños de haciendas obtenían muy cortas utilidades, y para hacer alguna mejoría en sus latifundios había que hipotecarlos.[9] De hecho, todos los sectores del capital se quejaban de pobreza aunque ninguna resistía a la tentación de vivir como rico. Quizá por su afán de exhibirse en vastas residencias, automóviles de lujo y vestidos importados, la *vox populi* propaló noticias acerca de tesoros en poder de hacendados, mineros, petroleros, industriales, mercaderes y banqueros. Capital y riqueza parecían una y la misma cosa, no obstante los lloriqueos de los capitalistas.

La cohesión de los capitalistas era menos clara. Desde hacía algunos años funcionaban la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio o CONCANACO, la Confederación de Cámaras Industriales o CONCAMIN y la Asociación de Banqueros de México. De acuerdo con Guzmán Valdivia, "la organización patronal en México se inició en el año de 1929 . . . Del 12 al 18 de septiembre tuvo lugar una Convención de Delegaciones representativas de las cámaras de industria y comercio. En la sesión final se promovió la celebración de una junta extraordinaria con el exclusivo objeto . . . de crear un organismo nuevo que representara a todos los patronos del país y que se encargara de defender sus intereses . . . La iniciativa fue presentada por el industrial regiomontano Luis G. Sada. El día 26 de septiembre se levantó el acta constitutiva de la agrupación que recibió el nombre de Confederación Patronal de la República Mexicana" con los fines siguientes: "Estudiar, para beneficio de sus agremiados, los problemas sociales de las

[8] Meyer, *El conflicto social*, *op. cit.*, p. 69.
[9] Ezio Cusi, *Memorias de un colono*, Editorial Jus, México, 1969, p. 319.

relaciones entre el patrón y el trabajador, entre el capital, la dirección y el trabajo. Proporcionar a los patrones y, cuando se juzgara conveniente a los trabajadores, el resultado (de tales estudios), con el propósito de lograr el progreso y bienestar de ambos, y el desarrollo de la prosperidad nacional. Procurar armonizar las relaciones de los patrones entre sí y de éstos con los obreros. Defender los intereses de los agremiados en su carácter de patrones".[10]

Según opiniones ajenas a los patrones, éstos se agrupaban no sólo para enfrentarse a los trabajadores, también para hacerse del poder. Se llegó a decir que dos recientes partidos mexicanos de oposición eran criaturas del capitalismo. Acción Revolucionaria Mexicana (ARM) y la Base. "ARM fue fundada en marzo de 1934 por el general Nicolás Rodríguez como una organización paramilitar basada en los modelos de las camisas pardas y las camisas negras de Alemania e Italia". Rodríguez, excombatiente villista, llamó a su grupo "camisas doradas" en recuerdo de los "dorados" de Villa. Desde el principio los "oropeles" se hicieron notar por su grima hacia judíos y comunistas y no por ningún amor, ni siquiera por un vago sentimiento de cariño hacia los hombres del capital.[11] Tenían más visos de estrictamente capitalistas las legiones secretas organizadas entre 1932 y 1934 por Antonio Santa Cruz, según inspiración recibida de logias masónicas y cédulas comunistas. Al conjunto de las legiones se les llamó Base y también OCA: Organización, Cooperación, Acción. La OCA o base fue dividida en once secciones según el oficio de los agrupados y en divisiones correspondientes a los estados de la república. La primera sección fue la de los patronos. Como quiera, la Base fundada por un aristócrata, cuyos militantes provenían de las congregaciones marianas cuyas ideas derivaban de *Rerum Novarum* y *Quadragessimo Anno*, más parecía instrumento político de la Iglesia que del capital.[12] Seguramente éste no desdeñaba el poder, pero podía alcanzarlo sin necesidad de partidos, simplemente favoreciendo las ganas de los políticos profesionales de codearse con los capitalistas, de ser miembros de la institución del

[10] Isaac Guzmán Valdivia, "El movimiento patronal", en *México 50 años de Revolución, IV. La vida social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 310.

[11] Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México*, 1929-1949, SepSetentas, México, 1976, pp. 50-51. Quizá posteriormente sí se dio lo afirmado por *El Universal* del 8 de agosto de 1936: "La mayoría de los capitalistas, industriales y grandes comerciantes son responsables del financiamiento de los dorados."

[12] Jean Meyer, *Le sinarquisme: un fascisme mexicain? 1937-1947*, Hachette, París, 1977, pp. 34-35.

capital. No era necesario que la montaña del capital fuese hacia el Mahoma del Poder puesto que éste se dirigía a grandes zancadas hacia la cumbre capitalista.

El capital podía darse el lujo de no apoyarse en ningún partido político para ser poderoso ni en ninguna ideología para ser respetado. Aquel "monstruo" según el sentir de sus opuestos, o carecía de ideas o no se tomaba el trabajo de difundirlas. Se dice que algunas publicaciones de entonces (librescas o periódicas) eran la voz viva del capital. de la medalla del capital, y

de la moneda de la producción, en cuyo anverso figuraban capitalistas gordos tan diferentes de los famélicos trabajadores como la luz de la oscuridad, el sol de la sombra, lo blanco de lo negro, el día de la noche. Según las fuentes estadísticas en la institución del trabajo militaban cinco millones y medio de mexicanos; casi cuatro con carácter de campesinos; tres cuartos de millón de obreros, y lo restante de servidores. En teoría, los campesinos estaban fuertemente ligados entre sí a través de comunidades agrarias, ligas de comunidades y la Liga Nacional Campesina, o, en su defecto, de la Confederación Campesina Mexicana.[13] En la práctica, muy pocos labriegos pertenecían a esas agrupaciones. Las sociedades de hacendados y las sociedades de labriegos brillaban por su ausencia. Lo común era la abundancia de sindicatos, federaciones y confederaciones de obreros. Unicamente las partes extractiva, manufacturera y de transportes de la institución del trabajo gustaban de reunirse en poderosas colectividades conocidas por los misteriosos nombres de CROM, CGT, CSUM, CGOCM, CNES, STFRM, STPRM, CTDF, incluso tan difícilmente pronunciables como la STMMSRM.[14] Cosa de 400 mil trabajadores estaban afiliados a asociaciones obreras.[15]

La Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), nacida en 1919, acunada por los carrancistas, trastocó bien pronto su ideología anarcosindicalista (lucha de clases y abolición de la propiedad privada)

[13] Los seis primeros capítulos de Francisco A. Gómez Jara, *El movimiento campesino en México*, Editorial Campesina, México, 1970, tratan con suficiente amplitud el tema de las organizaciones campesinas formadas en los años inmediatamente anteriores al sexenio cardenista. Un estudio ejemplar de Caso es la tesis, aún inédita, de Heather Fowler, "The Agrarian Revolution in the State of Veracruz: 1920-1940. (The Role of the Peasant Organization").

[14] Una frondosa literatura, que contrasta con la poquedad de la referente a los grupos empresariales, se ocupa de las asociaciones obreras existentes en México hacia 1934; Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero; 1918-1959*, Ediciones Era, México, 1972; Arturo Anguiano, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1975; Marjorie Ruth Clark, *Organized labor in Mexico*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1934; Alfonso López Aparicio, *El movimiento obrero en México*, Editorial Jus, México, 1952; Rosendo Salazar, *Historia de las luchas proletarias de México, 1930-1936*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956; Ricardo Treviño, *El movimiento obrero en México; su evolución ideológica*, México, 1948; muchos más que se pueden ver en Luis González, *Fuentes de la Historia Contemporánea de México; Libros y folletos*, vol. II, pp. 42-51. Por lo que mira a artículos, véase Stanley R. Ross, *Fuentes de la Historia Contemporánea de México: Periódicos y revistas*, vol. I, pp. 306-320.

[15] Luis González (Comp.), *Los presidentes de México ante la nación*, Cámara de Diputados, México, 1966, vol. III, p. 128.



". . . Otra liga casi tan vieja como la de Morones, pues se agrupó en 1921, la Confederación General de Trabajadores . . . le sustrajo a la CROM algunos de sus sindicatos . . ."

por una puramente sindicalista. Esto le valió la amistad y el compadrazgo con la American Federation of Labor, el padrinazgo de los gobiernos de Obregón y Calles y aun el subsidio de algunas empresas. La CROM, lidereada por Luis Napoleón Morones, se convirtió en un instituto muy fuerte, con dos millones de laboriosos en su redil. Su fuerza, en gran parte derivada de la presidencial, se redujo con la asunción a la presidencia del anticromiano Emilio Portes Gil. Otra liga, casi tan vieja como la de Morones, pues se agrupó en 1921, la Confederación General de Trabajadores, que navegaba con la bandera de anarcosindicalista, le sustrajo a la CROM algunos de sus sindicatos, y para 1931 ya presumía tener 80 mil obreros de 96 sindicatos.[16] En 1929, la central de Morones no pudo impedir la salida de los 37 sindicatos formadores de la Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal que fue muy bien acogida por el régimen de Portes Gil. En la misma fecha, el Partido Comunista Mexicano apadrinó una pequeña Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM). En 1932, se le separaron a la CROM otros grupos sindicales que hicieron

[16] Meyer, *El conflicto social, op. cit.*, pp. 114-120.

la Cámara de Trabajo. Pero seguramente el año más crítico para la CROM fue 1933. Con numerosos enjambres desgajados de ella, con las federaciones cromistas de Baja California, Coahuila, Chihuahua, Distrito Federal, San Luis Potosí, Puebla, Veracruz y Zacatecas, con la Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal, con la CGT, y otras similares, se formó la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), que aunque de ideología muy parecida a la CROM, luchó contra ella rabiosamente.[17] También en 1933, con 40 mil operarios del riel, salió a la luz pública el sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM), con 35 mil socios. Un año después emergió el vigoroso Sindicato de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (STMMSRM) y la vieja agrupación de los electricistas se convirtió en Confederación Nacional de Electricistas y Similares (CNES). Como quiera, la CROM pudo retener a casi cien mil asociados.[18]

Las grandes orgías presididas por Luis Napoleón Morones, pueden hacer pensar que los organismos de la institución del trabajo nadaban en oro, lo cual es falso. Ciertamente la CROM tuvo su momento en que le llovían dineros desde la nube gubernamental, obtenía mordidas de las empresas y juntaba contribuciones de algunos miles de agremiados, pero para 1934, esos tiempos bonancibles se habían ido.[19] Seguramente las otras Confederaciones obreras tampoco podían quejarse de extrema penuria. Según las malas lenguas, no se limitaban, como la CROM, a vivir de las contribuciones de sus agremiados, pero nadie sabe a ciencia cierta quiénes eran sus donadores, y menos aún el monto de las donaciones. Tampoco es fácil averiguar cómo se gastaban los dineros sindicales. Si bien algunos líderes se enriquecieron ostensiblemente, los más mantuvieron un tren de vida modesto, gracias a lo cual pudieron seguir de líderes acatados.

Aun las confederaciones obreras que presumían de apoliticidad, hacían política. La CROM, desde luego, a borbotones, a través de su Grupo Acción y de su Partido Laborista. Se llevó a las mil maravillas con los gobiernos de Obregón y Calles y el ya abotagado Morones fue ministro de Industria, Comercio y Trabajo e inspirador de la ley petro-

[17] *Futuro*, diciembre de 1934.

[18] Salazar, Rosendo, *Historia de las luchas proletarias de México, 1930-1936*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956.

[19] Meyer, *op. cit.*, p. 118.

lera de 1925, y muchos de los cromianos fueron legisladores de los de tejana y pistola.[20] Ciertamente perdió fuerza política desde el rumor que acusaba a Morones de ser asesino intelectual de Alvaro, y desde la negativa de don Luis N. a participar en la hechura del PNR. Como quiera, siguió metiéndose en líos políticos. La CGOCM, dizque estaba obligada por su muy reciente constitución, a la abstinencia política, y en 1934 aún no daba su brazo a torcer, parecía tan apolítica como la CGT y el reverso de la medalla de la Cámara de Trabajo que andaba pronunciada en favor del caudillo oficial, del general Lázaro Cárdenas. El sindicalismo político era la norma. Salvo contadas excepciones las confederaciones obreras sentían la necesidad de aliarse con el estado para poder hacerle frente al capital. Aunque a la autoridad política parecía gustarle más el baile con el capital, bailó con mayor frecuencia con el trabajo que desde los días de la Casa del Obrero Mundial había dado en el arrejunte con las máximas autoridades revolucionarias, quienes respondieron a la buena voluntad de los obreros con una Ley Federal de Trabajo, promulgada por el presidente Pascual Ortiz Rubio en 1931, y confirmadora de la tutela gubernamental sobre el trabajo.[21]

[20] L.B. Simpson, *Muchos Méxicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 304.

[21] Francisco Javier Gaxiola Jr., *El presidente Rodríguez (1932-1934)*, Editorial Cultura, México, 1938, pp. 506 y ss.

"El sindicalismo político era la norma."



A ninguna de las confederaciones obreras se la podía tildar de conservadora o de enemiga de las causas populares, y si se les ve desde sus ideologías, todas eran rojas, por lo menos del pico. La CROM nació anarcosindicalista. Su declaración de principios aceptaba la existencia de dos clases sociales y el derecho de los explotados a luchar contra los explotadores. Su lema, Salud y Revolución Social, era sin duda anarquista. Como quiera, los cromianos muy pronto sustituyeron la tesis de "la acción directa" por la de la "acción múltiple", y nunca se ligaron a la III Internacional. De hecho su actitud siempre fue muy nacionalista, como no lo fue la de ninguna de las otras confederaciones obreras.[22] La CGT se pronunció desde 1921 por la lucha violenta contra el capitalismo y la unidad proletaria internacional. Se calificó a sí misma de roja y declaró amarilla a la CROM. En oposición a los cromianos que lo hacían "próxima, limitada, concreta, relativa y prácticamente", los cegeteros declararon que obrarían "remota, limitada, absoluta, abstracta y teóricamente".[23] La CGOCM que dio como razón de su nacimiento "la falta de ideología y conciencia de clase" de los anarcosindicalistas, manejó ideas e ideales más concretos y sustanciosos (fijación de salario mínimo, libertad sindical, menos horas de trabajo) sin dejar de ligarlos a los de la revolución rusa. Naturalmente, el puñado del CSUM, tan dependiente a un PCM, muy sumiso a las disposiciones soviéticas, manejaba una ideología marxista leninista estalinista que logró infundir en buena parte de los sindicatos de ferrocarrileros, mineros, y electricistas.[24]

Las confederaciones obreras no podían tildarlas de inegligentes en su acción obrerista. Aun la pequeña CSUM se las daba de haber sido la promotora de la huelga de los trabajadores de la FYUSA, constructora de Aarón Sáenz; de picarle la cresta a los peones de las haciendas de Lombardía, Nueva Italia, y de ser autora de huelgas y disturbios campesinos en Yucatán, en La Laguna, en Puebla, en donde se podía. Como llegó a tener infiltrados en varias organizaciones obreras, podía sostener que muchas de las huelgas que estallaron en 1934 eran obra suya. Por su parte la CGOCM de Vicente Lombardo Toledano nació con la espada desenvainada en favor de los cañeros de Veracruz y de los trabajadores de algunas fábricas metidos en líos contra sus patro-

[22] Salazar, *op. cit.*, p. 83.
[23] Luis Araiza, *Historia del movimiento obrero mexicano*, Editorial Cuauhtémoc, México, 1965.
[24] *Futuro*, diciembre de 1934.

nos. Sólo la anticallista CGT, tan debilitada por la caída del presidente Ortiz Rubio, ya no podía hacer gran cosa.[25]

Quizá para llevarle la contra al capital, mayoritariamente extranjero, o por lo menos extranjerizante, el trabajo, según se revela en numerosos folletines y artículos de las agrupaciones laborales, propendía a un nacionalismo que se apartaba mucho del internacionalismo propio de los movimientos obreros. Con pocas excepciones, es válida la afirmación de Ricardo Treviño sobre el viraje del movimiento obrero mexicano desde el anarquismo hasta el nacionalismo. Durante sus discusiones con el Capital, maduró en la conciencia de los representantes obreros "el concepto de la común responsabilidad del sindicato obrero con la empresa ante la nación . . . concepto que ha contribuido en mucho a acercar . . . a los factores de la producción en el común interés de la superación económica nacional".[26] Las confederaciones obreras propiciaban campañas promotoras de la hechura en México de artículos de consumo nacional y del consumo preferente de las cosas hechas aquí. Los sindicatos de trabajadores gustaban de las fiestas en honor de los héroes nacionales. ¿Y acaso las nacionalizaciones que vendrán poco después no estaban ya bien macizas en el almario de los obreros desde antes de que acontecieran?[27] El laborismo de 1934 era nacionalista, y aunque no lo parece, clerical.

Muchos de los líderes obreros eran anticlericales, compartían con un gran número de políticos y de cultos los rumores de que la Iglesia protegía al capital contra el trabajo, a la ignorancia contra la sabiduría y a la familia y demás institutos del instinto contra el estado. Como quiera, la gran mayoría de los trabajadores no aceptaba las tesis anticlericales de sus dirigentes.[28] Se podía decir que los gañanes no eran comecuras porque aún nadie les había llevado la nueva de la maldad eclesiástica, pero no era posible decir lo mismo de los obreros a quienes, no obstante el lavado de ojos que se les había practicado, seguían sumisos al imperio de

[25] La actividad laborista de las asociaciones obreras está ampliamente expuesta en las obras ya citadas de L. Meyer, L. Araiza y R. Salazar y en las que se citan en L. González, *Fuentes de la historia contemporánea de México*, a lo largo de toda la parte de "Trabajo y movimiento obrero" y principalmente en las pp. 51-56.

[26] Ricardo Treviño, *El espionaje comunista y la evolución doctrinaria del movimiento obrero en México*, México, 1952, p. 75.

[27] Víctor Alba, *Las ideas sociales contemporáneas en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, pp. 387-401.

[28] Para probar que el obrero se mantuvo profundamente religioso y profundamente católico, se pueden citar multitud de testimonios y consultar los archivos parroquiales.

aceptaban sus dogmas, tenían como meta, que no como costumbre, su moral y se regocijaban con su liturgia. La Iglesia era un roble frente a los ataques de sus enemigos. Ni el leñador líder, ni el leñador intelectual ni el leñador político lograron entonces que sus hachas penetraran mayormente en el tronco eclesiástico.[29] Aunque el gobierno redujo la cifra autorizada de sacerdotes; aunque la autoridad civil de casi todos los estados sólo permitió el ejercicio de un sacerdote en toda la entidad, o de un sacerdote por cada 100 mil o 50 mil o 25 mil fieles; aunque en Chiapas la Ley de Prevención Social, promulgada en 1934, consideró malvivientes a "los sacerdotes de cualquier denominación religiosa" que ejerciera sin autorización legal y a las personas que celebraran actos de culto en lugares públicos o impartieran dogmas religiosos a la niñez;[30] aunque en Tabasco la lucha desfanatizadora del gobernador Garrido llegó hasta la clausura de los templos, la expulsión de los sacerdotes y la quema de las imágenes de los santos por una milicia *ad hoc* llamada de los camisas rojas,[31] y aunque la confiscación de bienes eclesiásticos se reanudó vigorosamente en 1931,[32] el cura siguió contemplando a su pueblo desde las torres parroquiales y haciéndolo a la rienda desde el confesionario y el púlpito.

Aunque pocos, los sacerdotes se mantuvieron en actividad abierta o clandestina, especialmente en el México de las altiplanicies. Por lo común, obedecían sin pestañear las órdenes de seis viejos arzobispos y veinticinco viejos obispos, quienes giraban disposiciones previa autorización o de acuerdo con el Papa de Roma. Cada uno de los viejos arzobispos tenía a su cargo una provincia eclesiástica o arquidiócesis. Las sedes de los arzobispos eran México, Morelia, Guadalajara, Oaxaca, Durango, Monterrey, Puebla y Yucatán. Cada uno de los viejos obispos dirigía una de las 25 diócesis. Las sedes de los obispos eran Veracruz, Chilapa, Tulancingo, Cuernavaca, León, Querétaro, Zamora, Tacámbaro, Zacatecas, Colima, Tepic, Aguascalientes, Tux-

[29] Un breve y claro sumario de la religión católica y la vida eclesiástica en México, en Richard Pattee, *The catholic revival in Mexico*, The Catholic Association for International Peace, Washington, 1944.

[30] José Bravo Ugarte, *México independiente*, Salvat Editores, Barcelona, 1959; p. 432.

[31] Alan M. Kirshner, *Tomás Garrido Canabal y el movimiento de los camisas rojas*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976; pp. 20-24.

[32] Carlos Alvear Acevedo, *Lázaro Cárdenas; el hombre y el mito*, Editorial Jus, México, 1972; pp. 348 y ss. Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 433.



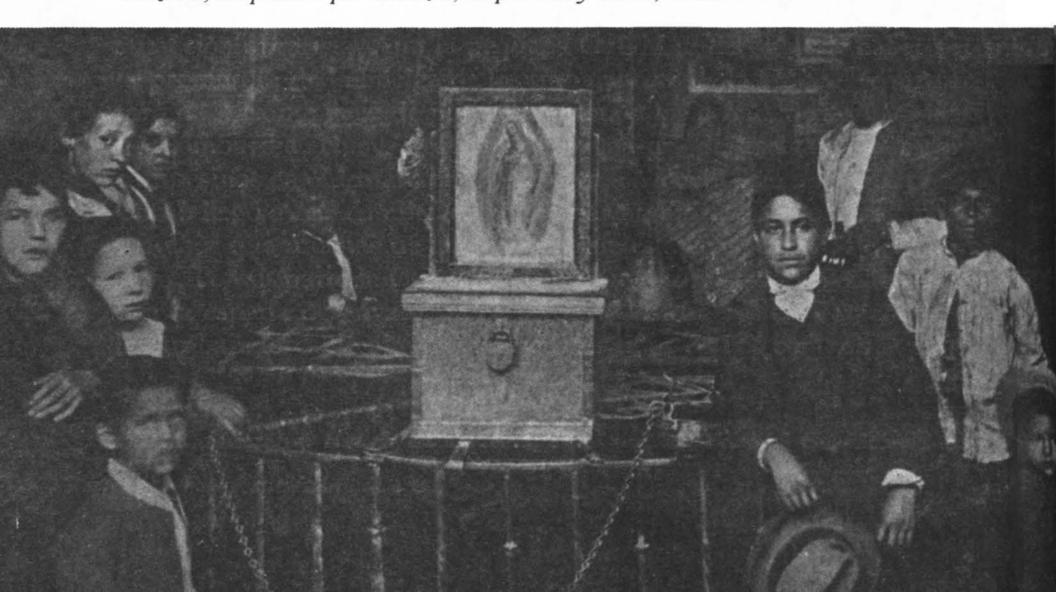
". . . Ni el leñador líder, ni el leñador intelectual, ni el leñador político lograron entonces que sus hachas penetraran mayormente en el tronco eclesiástico."

tla, Tehuantepec, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, San Luis Potosí, Tampico, Saltillo, Huajuapan, Tabasco y Campeche.[33] En cada una de las arquidiócesis y diócesis, menos en las muy vapuleadas por el gobierno estatal, había parroquias con su cura al frente que en muchos casos contaba con la ayuda de otro u otros sacerdotes del clero seglar. Se contaban aparte los sacerdotes regulares o de las órdenes: franciscanos, dominicos, jesuitas, agustinos, misioneros del Espíritu Santo, salesianos y josefinos. Se sumaban también a la acción eclesiástica algunos miles de hermanos (maristas y lasallistas) y de hermanas de no menos de una docena de denominaciones. Como si todo esto fuera poco, sumaban centenares de miles los miembros de las organizaciones de laicos. El Apostolado de la Oración tenía medio millón de socios; las congregaciones marianas de los jesuitas, más de 20 mil; cifras altas, que no fáciles de precisar, las VOT o venerables órdenes terceras de San Francisco, de Santo Domingo y de San Agustín, y quizá más de 300 mil la Acción Católica, apenas fundada en 1928 y dividida en cuatro compartimientos; dos para jóvenes (ACJM y JCFM) y dos para adultos (UCM y UFCM).[34]

[33] José Bravo Ugarte, *Diócesis y obispos de la iglesia mexicana (1519-1965)*, Editorial Jus, México, 1965; pp. 19-20- 29-30, 32.

[34] Bravo Ugarte, *México independiente*, pp. 434-436. Véase además *Iglesia católica*, en *Enciclopedia de México*, tomo VII, pp. 271-278.

". . . No pocos ríos permanentes acudían para mantener la iglesia a flote: primicias, diezmos, estipendios por bautizos, desposorios y misas, limosnas . . ."



La iglesia católica mexicana, con todo y sus bienes nacionalizados, no estaba en una situación de penuria. A través de prestanombres, conservaba algunas propiedades productivas. A las callandas, recibía réditos de capitales prestados. No pocos ríos permanentes acudían para mantenerla a flote: primicias, diezmos, estipendios por bautizos, desposorios y misas, limosnas, herencias y otros. La Iglesia no estaba pobre aunque los más de los sacerdotes, religiosos y religiosas vivían pobremente. Aun los clérigos seglares, que no hacían voto de pobreza, vivían como las personas de clase media baja. Los curas codiciosos eran la excepción; los curas parcos, la regla. Los que servían al altar, comían del altar, pero sin lujos ni ostentaciones.[35]

El sacerdocio eclesiástico superaba a la burocracia en acercamiento a las multitudes. A los clérigos se les facilitaba la tarea de convivir con el pueblo raso por el origen humilde de la mayoría de ellos. Abundaban los sacerdotes de color oscuro, de oriundez india o ranchera e hijos de padres en la inopia, sobre todo entre el clero seglar y los frailes de la orden franciscana. No eran garbanzos de a libra los retoños de familias ilustres y adineradas, especialmente en el clero regular, y más que en otra parte, en la Compañía de Jesús u orden de los jesuitas. Pero esta orden frecuentaba normalmente a la gente de alcurnia. Era pura excepción su actividad misionera entre los indios de la Tarahumara. Los demás clérigos tenían pegue con los pobres y no eran mal vistos por los adinerados. No obstante que una intensa propaganda oficial trataba de exhibirlos como explotadores, corruptos, hipócritas, ignorantes, lujuriosos, apátridas y enemigos de la reforma agraria y demás medidas renovadoras puestas en marcha por los gobiernos de la Revolución, mantenían la fe, la esperanza y la caridad de la gente del campo y de los grupos medios y humildes de la urbe.[36] En 1934, la Iglesia retenía el don de las multitudes.

Indudablemente no todas las acusaciones de los políticos contra los eclesiásticos podían calificarse de infundadas. Sin duda la mayor parte del sacerdocio no compartía ni las metas ni los métodos de la autoridad civil. Desde la reforma liberal andaba a la greña con el gobierno. Con todo, era casi nula la participación eclesiástica en la política electoral o política de partidos. Naturalmente, ningún eclesiástico ocupaba

[35] Richard Pattee, *Op. cit.* y Jean Meyer, *La Cristiada*, Siglo XXI Editores, México, 1976, vol. III.
[36] De la abundante literatura anticlerical de entonces se dan algunos botones de muestra en L. González, *op. cit.*, vol. II, pp. 670-672.

puestos gubernamentales. Más de alguno de los prelados quiso promover acciones contra un régimen civil de sello anticlerical, pero ninguno lo hizo, por lo menos a la luz del día, porque el Papa de Roma no les daba la venia. Aunque el gobierno estaba lejos de cumplir lo convenido en 1929 con la institución clerical, la jerarquía eclesiástica no pudo exigir a los estadistas ese cumplimiento.

Sólo excepcionalmente los eclesiásticos apoyaron y aun promovieron agrupaciones políticas. Quizá la Juventud Cívica, fundada por el jesuita Bernardo Bergoend, no merezca el apelativo de política. Sí lo merece la misteriosa Base, constituida, según se dijo, por miembros de la Congregación Mariana, organizada en grupos desconocedores de la existencia de otros congéneres, dirigida por un Consejo Supremo de laicos aparentemente sin conexión con sacerdotes, aunque quizá conectada con el jesuita Eduardo Iglesias. En 1934, la Base aspiraba a implantar los principios de las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragessimo Anno*, pero su acción más visible fue la de arrojar bombas pestilentes en mítines de olor izquierdista y hacer travesuras por el estilo. "Debido al monopolio abrumador de la tierra represiva por el gobierno, la Base se limitó a promover cambios de poca envergadura, cambios a nivel local . . . cambios graduales", lucha ratonera y persistente contra los muros de contención a que estaba sometida la Iglesia. En la revista *La Palabra,* se les fue la lengua a los legionarios, y quizá fue todo.[37]

Seguramente los obispos de Huejutla y de Tacámbaro habrían visto con gusto la reanudación de una Cristiada vigorosa, pero ni Manrique ni Lara se atrevieron a liderear movimientos subversivos. Por órdenes vaticanas, los más de los obispos mexicanos, en epístolas a laicos, furibundos por el recrudecimiento de la persecución religiosa, les pedían abstenerse de la violencia. En un par de años se expidieron 22 declaraciones episcopales condenadoras de cualquier acción no pacífica contra el gobierno. En julio de 1932, Leopoldo Ruiz y Flores, delegado apostólico, dijo a las claras que prohibía cualquier actitud o conducta bélica, así como todo escrito o pronunciamiento oral belicista. Obispos y presbíteros sabían que "un profundo malestar se apoderaba de los católicos, pues no podían comprender la política de la Iglesia frente a un gobierno que quería manifiestamente su ruina", pero ni por esas cedieron gran cosa en el pacifismo recomendado por la Santa Sede.[38]

[37] Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México,* Secretaría de Educación Pública, México, 1976; pp. 30-31, 38, 43.

[38] Jean Meyer, *op. cit.,* I, p. 359.



". . . No podían echárselas de estar al último grito de la moda en la resolución de inquietudes sociales."

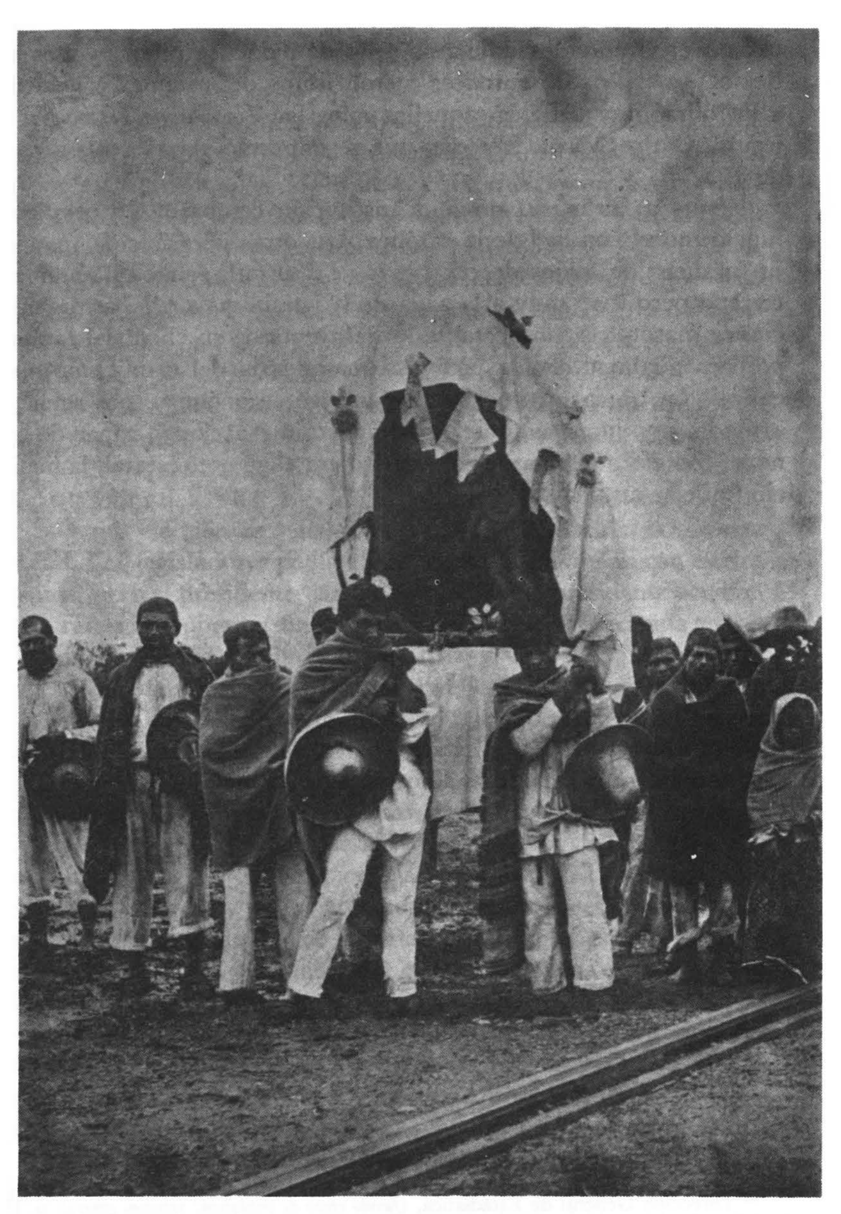
El sacerdocio mexicano se atuvo a lo dispuesto por Pío XI en su encíclica *Acerba amimi*, donde se exhorta a la Iglesia mexicana a orar y conducir a los laicos al ejercicio de la Acción Católica, institución fundada aquí por Miguel Darío Miranda en 1929, que no tenía nada de acción política pues era fundamentalmente acción religiosa aunque muy rayada de acción social, zona que el estado se había reservado para sí y no gustaba compartir con la Iglesia.[39] Por otro lado, el conjunto de los viejos obispos no estaba en aptitud de ofrecer mejores soluciones al problema agrario y al problema obrero que las ofrecidas y realizadas por la autoridad civil. La prelatura de la Iglesia cargaba muy justamente el sambenito de reaccionaria. Aun los más adictos a la encíclica *Rerum Novarum* y *Quadragessimo Anno* no podían echárselas de estar al último grito de la moda en la resolución de inquietudes sociales. Los hacendados, que olían las intimidades reaccionarias de muchos sacerdotes, se acercaban a ellos para solicitarles "sermoncitos" contra los agraristas.[40]

[39] Campbell, *op. cit.*, p. 31.
[40] Luis González, *Pueblo en vilo*, El Colegio de México, México, 1972, pp. 174-176.

Como quiera, en 1934 la máxima actividad y fuerza eclesiástica se concentraban en el coto de la cultura. Su encargo de difundir el dogma, la moral y la liturgia del catolicismo lo hacía sin tregua ni descanso. No era fácil la acción educativa del clero. Buena parte de su docencia se desarrollaba en la clandestinidad. Generalmente en cada una de las diócesis había un seminario para la formación de clérigos. Además de tales escuelas refaccionarias, funcionaban los colegios para laicos dirigidos por las órdenes religiosas. Sirva de botón de muestra el Instituto de Ciencias de Guadalajara donde algunos centenares de muchachos cursaban los estudios que van desde el término de la primaria hasta el inicio de la Universidad, donde la mayoría de los maestros eran sacerdotes jesuitas y donde, además de las materias exigidas por la secretaría de Educación Pública, se enseñaban las de índole religiosa, prohibidas por esa secretaría. Tampoco se respetaba el laicismo en miles de escuelas parroquiales, normalmente regenteadas por religiosas. Otro círculo de propaganda eclesiástica, totalmente ajeno a la educación oficial, eran las sesiones dominicales de catecismo en casi todos los templos.

La Iglesia no disponía ni de la radio ni del cine para su propaganda masiva. El principal vehículo de convencimiento era la palabra hablada y directa: las homilías de los domingos, los panegíricos de los días del santo patrono, las tremebundas admoniciones en los ejercicios espirituales y los consejos en voz baja impartidos en los confesionarios. Además, se hacía un amplio uso de la palabra escrita en hojas parroquiales, en pequeños semanarios y en revistas gordas y de gran circulación: *Christus*, para consumo sacerdotal; *Revista Católica*, para sacerdotes y laicos, impresa en El Paso, Texas; *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, órgano del Apostolado de la Oración; *La Cruzada Eucarística*, para niños y jóvenes; *et al.*[41] También se servía la Iglesia para su difusión religiosa de la táctica libresca. Entre 1930 y 1934 publicó centenares de libros y folletos: muchos de combate contra el gobierno, contra las ideologías ateas, contra el comunismo, contra la masonería y contra el protestantismo. Lo gordo de su producción editorial lo formaban los tratados de teología bíblica y dogmática, las cartas pastorales, los edictos, las piezas selectas de oratoria sagrada, las hagiografías, los devocionarios, las historias de imágenes milagrosas, los folletos para

[41] Bravo Ugarte, *Periodistas y periódicos mexicanos*, Editorial Jus, México, 1966, pp. 89-94.



"Frente a las masas ninguna institución compartía en prestigio y fuerza moral con la Iglesia Católica."

promover el culto guadalupano y los de didáctica religiosa. Los más de los *best sellers* de entonces fueron libros de oriundez eclesiástica. Una obra muy leída en aquellos años fue *Una fuente de energía*, del jesuita Carlos María Heredia, que se imprimió varias veces a partir de 1932.[42]

Frente a las masas ninguna institución compartía en prestigio y fuerza moral con la Iglesia católica. Las otras iglesias cristianas, con un número de socios de poco más de 130 mil, ganaban lentamente terreno pero iban muy a la zaga de la iglesia mayor.[43] Las organizaciones masónicas, no obstante lo influyente de su clientela, tampoco podían igualarse con la poderosa maquinaria del catolicismo mexicano.[44] La única institución, por su vigor económico, por su fuerza armada, por su estructura, por el apoyo internacional, capaz de oponerse con éxito al gigante eclesiástico era el gigante estatal, la institución que se autollamaba

[42] González, *Fuentes de la historia contemporánea de México, libros y folletos*, vol. II, pp. 599-670.

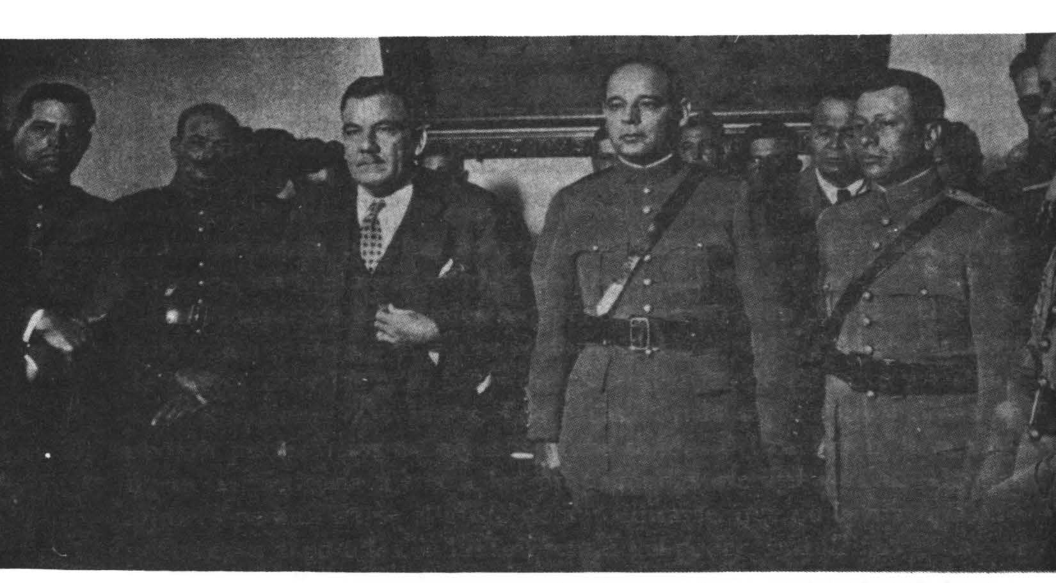
[43] Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población; resumen general*, p. 150; José Iturriaga, *op. cit.*, pp. 139 y 144.

[44] Frank R. Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1972.

el Estado,

a quien la gente del común apodaba "el gobierno", formado por 150 mil empleados públicos; 80 mil federales, 32 mil estatales y 38 mil municipales. Según las lecciones de civismo que se impartían en las escuelas, México era una república federal representativa dividida en 28 estados, un distrito y dos territorios. Al supremo poder de la Federación lo formaban tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. La residencia del poder legislativo la proporcionaba un Congreso con dos cámaras elegidas por voto popular directo: la de Senadores con 56 miembros (dos por cada estado y dos por el Distrito Federal) y la de Diputados, a razón de uno por cada 150 mil habitantes. Los senadores duraban en su oficio un sexenio y los diputados un trienio. Entre ambos hacían leyes y censuraban o aplaudían, como voceros de la opinión pública, la obra del Poder Ejecutivo, confiado al presidente de la República, cuya elección se hacía cada seis años por sufragio directo universal. Los legisladores podían ser reelectos si cumplían con ciertos requisitos, pero el presidente, jamás. Al auxilio del presidente acudían ocho secretarías: Gobernación, Relaciones Exteriores, Hacienda y Crédito Público, Guerra y Marina, Industria y Comercio, Agricultura y Fomento, Comunicaciones y Obras Públicas y Educación Pública. Casi a la altura de los secretarios estaban los jefes de los departamentos Agrario, del Distrito Federal, de Salubridad y del Trabajo. El Poder Judicial de la Federación era ejercido por la Suprema Corte de Justicia, dividida en tres salas y con 5 ministros cada sala: por los Tribunales de Circuito y por los Juzgados de Distrito, y alguna vez por el Jurado Popular Federal hecho para conocer las "podridas" de la prensa, de los funcionarios federales y de los atentadores contra la seguridad o intereses de la nación. Cada uno de los estados duplicaba, *mutatis mutandis*, el gobierno federal. El Jefe del poder ejecutivo de cada Estado era un gobierno elegido popularmente cada cuatro o seis años. El Poder Legislativo constaba de una sola cámara o legislatura local, constituida por los diputados electos por el pueblo. El poder judicial en los estados lo ejercían el Tribunal de Justicia, los jueces de primera instancia, civiles, penales o mixtos y los jueces de paz. Y como si todo esto fuera poco para una democracia, había 2 300 gobiernos municipales o ayuntamientos elegidos periódicamente por el recurso de elecciones populares, o como decían los oradores, por el voto inapelable del pueblo.

En la práctica, la situación política era mucho menos paradisiaca.



". . . resplandecía un Jefe Máximo de la Revolución, y junto a él, un Presidente de la República . . ."

Tantos y tan diversos organismos gubernamentales tendían a fundirse en uno solo, en una enorme pirámide en cuya cumbre resplandecía un Jefe Máximo de la Revolución, y junto a él, en actitud sumisa, un Presidente de la República. Los secretarios de éste acordaban con aquél y de paso le llamaban "autoridad indiscutible", "elemento de unión de todos los mexicanos", "árbitro de todos los asuntos de México", "antorcha que alumbra el camino de la patria". Próximos a la cúspide, pululaban gobernadores de algunos estados, comandantes de zona militar, subsecretarios, ministros de la Suprema Corte. Hacia abajo, en el escalón siguiente, figuraban los demás gobernadores, algunos directores generales, los embajadores, los presidentes municipales de Monterrey, Guadalajara y Puebla y los senadores y diputados. En orden descendente, seguía la zona de diputados de provincia, algunos jueces, ciertos jefes militares y presidentes de ciudades medianas. En los últimos peldaños andaban los caciques locales, los presidentes de municipios de poco bulto, la oficialidad del ejército, los jueces menores, los receptores de rentas, los policías uniformados, los pistoleros.

En la práctica aquel gobierno era una enorme pirámide que no permitía distinguir la división de poderes, donde los senadores y diputados se mostraban tan serviles al poder ejecutivo central como los servidores directos de ese ejecutivo.[45] Era aquéllo un sistema que ya no toleraba poderes autónomos de ninguna especie.

Fuera del bloque quedaba poco. Desde luego algunos caciques menudos en comunidades minúsculas y aisladas. Tampoco faltaba el gobernador atrevido que no aceptaba las órdenes del gobierno central. No es ese el caso del "respondón" coronel Adalberto Tejeda, que desde 1932 había perdido su gubernatura autónoma de Veracruz.[46] Tampoco lo es el del general Juan Andreu Almazán, que se volvía fuerte en Nuevo León pero sin apartarse de la obediencia, ni de su hermano Leonides, que hacía casi lo mismo en Puebla. Sólo hasta cierto punto puede hablarse de las discrepancias políticas de un Carlos Riva Palacio como hombre fuerte del estado de México o del ingeniero Bartolomé Vargas Lugo, el poderoso de Hidalgo, o del trío jalisciense (José Guadalupe Zuno, Margarito Ramírez y Sebastián Allende) o del licenciado Emilio Portes Gil, el "mandamás" de Tamaulipas. Unicamente dos caciques gordos, que contaban con huestes particulares, podían presumir en 1934 de poder ser hijos desobedientes de la familia revolucionaria: el abogado Tomás Garrido Canabal, en Tabasco, y el general Saturnino Cedillo, en San Luis Potosí. Aquí y allá se movían fuerzas políticas que atentaban contra la solidez del gobierno mexicano. Cada una de las rebeliones de los veintes y de las campañas electorales de oposición habían dejado un buen número de excluidos del banquete gubernamental que generalmente desde el destierro le arrojaban piedras a los comensales. Con todo, los opositores que habían salido con vida de las purgas que siguieron a las sediciones de Agua Prieta, delahuertista, gomesina, serrana y escobareña y de la campaña de Vasconcelos, no daban muestras de poder desquiciar un armatoste tan sagaz y pacientemente construido. Ni las apenas perceptibles rajaduras internas ni las demasiado sonoras amenazas del exterior parecían

[45] Sobre la organización y funcionamiento ideal y real del aparato gubernamental durante el maximato, la bibliografía es abundantísima como lo demuestra la "Parte Quinta" de L. González, *Fuentes de la Historia Contemporánea de México, libros y folletos, op. cit.*, y la "Parte Décima Segunda", capítulo B, de Stanley R. Ross, *Fuentes de la historia contemporánea; periódicos y revistas*. El funcionamiento legal, en José Mijares Palencia, *El gobierno mexicano; su organización y funcionamiento*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1936.

[46] Romana Falcón estudia el caso de Tejeda en *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*. El Colegio de México, México, 1977.

capaces de destruir un aparato que se asentaba sobre dos pilares aparentemente de concreto armado: el recién hechecito Partido Nacional Revolucionario y un ejército que acababa de pasar por diversas depuraciones, al que sólo le quedaba el temor del general Saturnino Cedillo y sus quince mil hombres. El sistema político salido de la revolución empezaba a embarnecer.[47]

Para 1934 se contaba con un ejército de fidelidad comprobada y muy superior en musculatura a cualquier grupo opositor. Sus efectivos humanos no bajaban de sesenta mil. Pese a las purgas de Obregón y Calles, aún tenían un alto porcentaje de jefes; uno por cada veinte soldados. Los que ostentaban la insignia del águila, los generales, pasaban de 300; los que se distinguían por sus estrellas (coroneles, tenientes coroneles y mayores) eran cosa de 2 500. La oficialidad doblaba en número a la jefatura. Cada oficial sólo podía darse el lujo de trasmitir órdenes a nueve súbditos, entre los que se incluían sargentos y cabos, los diez mil de las clases. La tropa rasa la componían unos 50 mil. Ciertamente, no todos los generales y coroneles tenían mando de tropas. Muchos daban órdenes a civiles, uno por ser "jefe máximo", otro, presidente de la República; tres, miembros del gabinete presidencial; quince, gobernadores, y un gran número, puestos políticos de segunda y tercera fila. Tampoco faltaban los jefes "en disponibilidad", en espera de un puesto de mando o ya retirados a la vida de los negocios. Por lo que mira a la tropa, la gran mayoría se alineaba en compañías y batallones de infantería, en regimientos de caballería, o en las secciones de servicios. Los artilleros y aviadores eran muy pocos y no hacían mayor falta para sostener al gobierno. Con una buena dotación de caballos y de jinetes y de infantes, con tropa armada de rifles, se le daba suficiente firmeza a la pesada maquinaria gubernamental. Por lo demás, el ejército estaba bien repartido a lo largo y a lo ancho de la República. Se distribuía en 33 comandancias militares. Cada comandancia cuidaba de un estado o un territorio federal.[48]

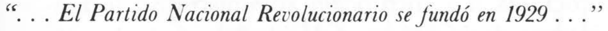
El Partido Nacional Revolucionario era un brazo gubernamental ya casi tan robusto como el ejército. El PNR se fundó en 1929 con los

[47] Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1972; p. 35. Contrasta con la abundante literatura aparecida en los últimos años sobre el PNR-PRM-PRI, lo poco que se ha escrito acerca del ejército revolucionario. Hasta el momento actual ninguna obra supera a un par de libros; el de Jorge Lozoya, *El ejército mexicano (1911-1965)*, El Colegio de México, México, 1976 y el de Edwin Lieuwen, *Mexican militarism*, The University of New Mexico, 1968.

[48] Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 36.

propósitos, según Daniel Cosío Villegas, de "contener el desgajamiento del grupo revolucionario; instaurar un sistema civilizado de dirimir las luchas por el poder y de dar un alcance nacional a la acción político-administrativa para lograr las metas de la Revolución Mexicana". Hasta 1932 no pasó de ser una mezcla burda de maquinarias políticas locales que controlaban algunos jefes del ejército. En 1934 ya era en gran medida un partido oficial al que ningún partido independiente podía enfrentársele con buen éxito, pues el PNR superaba el conjunto de todos los demás por su patriotismo, su riqueza y sus hombres uniformados.

El gobierno contaba para imponerse con mílites y con pesos. Se empobreció durante los años de la crisis. Volvió a hacerse de buenos centavos, principalmente el sector federal, a partir de 1934. La maquinaria federal recogió ese año el 67% del conjunto de la tributación. Las oficinas federales de hacienda dijeron haber recaudado 360 millones en 1932 y 440 en 1934, mientras los recaudadores estatales únicamente se juntaron, en esas mismas fechas, con 57 y con 65 millones, y las


". . . El Partido Nacional Revolucionario se fundó en 1929 . . ."

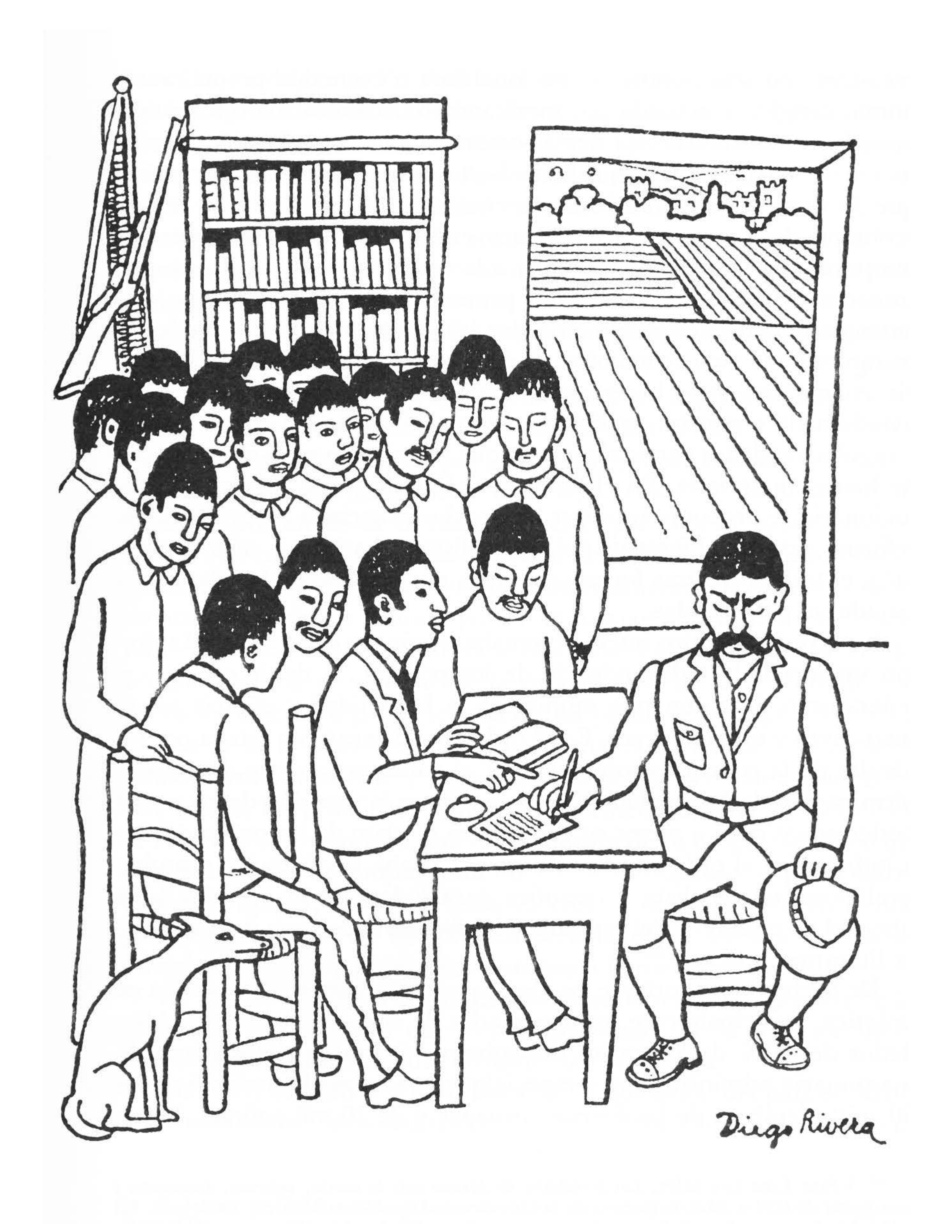


tesorerías municipales, con 29 y con 32 millones. De otro lado, el Distrito Federal se quedaba con la parte del león, pese a sus modestas dimensiones demográficas. El gobierno del D. F. recaudaba anualmente más de la mitad del conjunto de lo reunido por todas las entidades federativas y más de todo el haber de los 2 300 ayuntamientos. Recaudó en 1932, 39, y en 1933, 46 millones de pesos.[49] Además de los ingresos visibles y contables, muchos hombres de la administración pública se hacían de centavos oriundos de sus negocios recientes y personales y sobre todo de las mordidas o sobornos. Es decir, a los gobernantes les entraba sólo una porción de su dieta por el canal de las oficinas recaudadoras. Gracias a esta forma singular de alimentación, la hacienda pública podía darse el lujo de gastar algo en obras públicas. Si no hubiese sido por la mordida, los brevísimos jornales de la mayoría de los funcionarios no hubieran servido ni para cubrir los módicos gastos de una casa, menos para estrenar casa nueva, o para tener casa en la ciudad y chalet en el campo, automóviles y queridas, trajes de lujo y champaña. Por lo demás, parecía justo que la patria retribuyera con largueza a quienes la servían.

Sólo el común de la gente no se percataba de los merecimientos pecuniarios de los burócratas. La corrupción administrativa le acarreaba al estado una intensa dosis de impopularidad, lo separaba crecientemente del pueblo, al que llegó a acercarse en algún momento del pasado inmediato. Nunca había conseguido la confianza plena de las mayorías pero la poca conseguida en los principios de la revolución ya se había perdido veinte años después. El arrejuntamiento del estado con el pueblo era superficial y muy efímero, en parte por la frialdad política de las masas, pero principalmente porque el gobierno resultó un marido desobligado, y, más que eso, ladrón de bienes de la concubina. Esto no quiere decir que se abstuviera de gastar en obras de beneficio colectivo. Los regalos de consolación no cesaron ni en los momentos más corruptos: represas, caminos, escuelas, campañas sanitarias. Pese a la corrupción, en 1934 el gobierno surgido de la revolufia aún tenía proyectos de reforma social.

El gobierno tenía ideales y no sólo los de reforma agraria y persecución religiosa. Incesantemente predicaba el ejercicio de la Constitución de 1917, suma de los propósitos de los hacedores de la revolución mexicana. En el orden económico, los fines gubernamentales solían

[49] González Casanova, *La democracia en México*, p. 193.



"El Gobierno tenía ideales y no sólo los de reforma agraria y persecución religiosa."

resumirse en seis puntos: 1) nacionalismo o economía propia, autónoma, dirigida y actuada por mexicanos; 2) colonización o conquista para la agricultura de las tierras ociosas; 3) industrialización o revolución industrial como la que había hecho ricos y poderosos a los países que lo eran; 4) sustitución de la economía de autoconsumo por la economía de compraventa, y comercio exterior limitado a la compra de maquinaria y equipos de trabajo y a la venta de manufacturas, y sólo transitoriamente a la de materias primas; 5) subida de jornales, y 6) entrometimiento del estado en todas las ramas y en cada uno de los instantes de la vida económica, ya como empresa encargada de producir energéticos y de hacer caminos de fierro y asfaltados, ya como aviadora de empresas particulares, ya como encargada de la policía y regulación de los varios elementos que intervenían en la manufactura de bienes materiales. En el orden social, la ideología del poder revolucionario se proponía suprimir los desniveles sociales por medio de la reforma agraria, el fomento del sindicalismo, el arbitraje entre el capital y el trabajo y otras formas de tutela en beneficio de las clases trabajadoras y desvalidas.

En el orden político interno pugnaba, según sus decires, por el sufragio universal, la independencia de los poderes, la doble cámara, el federalismo, la autonomía municipal, la honestidad y eficacia administrativas y otras lindezas. En el orden político externo estaba por los ideales de la concordia internacional, el panamericanismo, la autodeterminación de los pueblos y la lucha contra la obsesión de los países poderosos y ricos a meter su cuchara en el plato de los países débiles y pobres. En el orden de la cultura, predicaba la educación gratuita, irreligiosa, nacionalista y científica para todos, sin menoscabo de la libertad de opinión y del estímulo a las formas superiores de la ciencia, la literatura y el arte.[50]

De hecho, la mayoría de los ideales revolucionarios no se ponían en práctica, principalmente los necesitados de erogaciones fuertes. Alrededor del 60% de los gastos del gobierno federal se destinaban a la maquinaria administrativa y especialmente a cubrir los haberes de los 60 mil miembros de las fuerzas armadas y de 10 mil policías. Según

[50] Véase Luis González, *Los presidentes de México ante la nación; informes, documentos y manifiestos de 1821 a 1966*, Imprenta de la Cámara de Diputados, México, 1966; vols. III y IV. Un buen análisis de los máximos documentos oficiales del gobierno revolucionario se encuentra en Guillermo Palacios, *La idea oficial de la Revolución Mexicana*, tesis en edición mimeografiada de 1969, aprobada por El Colegio de México. Véanse principalmente los tomos 2 y 3.

los cálculos de James W. Wilkie, en 1933 y 1934, sólo una quinta parte de los egresos de la autoridad federal se dedicaron a promover los ideales económicos revolucionarios, y más que nada a construir carreteras y obras de irrigación. Aproximadamente otra quinta parte del gasto público federal se empleó en poner en marcha los otros ideales, principalmente el de la educación pública gratuita e irreligiosa.[51] Al parecer, los gastos de los gobiernos de los estados y de los municipios dirigidos a impulsar la economía, a promover el confort de las masas y a la instrucción pública fueron proporcionalmente más raquíticos que los federales.

El gobierno no lograba hacer gran cosa para implantar la revolución pero sí hacía mucho ruido. Lo anhelado (tan gordo) y lo hecho (tan raquítico) era cantaleteado por una compleja maquinaria propagandística, mediante los maestros de escuela, a través de una oratoria altisonante, por medio de la radio y el cine, por obra de periódicos y de libros. Así como las escuelas del clero destinaban parte de su labor al adoctrinamiento religioso, los planteles educativos del gobierno, en los cursos de civismo e historia patria, impartían adoctrinamiento nacionalista y revolucionario. Así como casi todo el sermoneo ejercido en los templos estaba al servicio de la propagación de la fe católica, casi todos los discursos pronunciados en las plazas servían para la propagación de la fe patriótica y revolucionaria. Ni la iglesia ni el gobierno monopolizaban al cine y la radio, pero don gober había conseguido que uno de los principales asuntos de la cinematografía nacional fuera la revolución, controlaba una radiodifusora de su propiedad y uno que otro programa de propaganda oficial en radiodifusoras particulares. Como la Iglesia, el Estado tenía voceros en la prensa periódica independiente, además de sus propios periódicos (*El Nacional*, los diarios oficiales y otros), y publicaba numerosos libros y folletos.[52]

Lo mismo la Iglesia que el Estado aspiraban a la reconquista de las instituciones culturales que desde los tiempos de la reforma liberal habían conseguido una alta dosis de independencia.

En 1934, escalofrió a gran parte de la población del país el "Grito de Guadalajara", exhalado por el portavoz del gobierno, por el general

[51] James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expediture and social change since 1910*, University of California Press, Berkeley, 1967, pp. 62-70.

[52] Annita Melville Ker, *Mexican Government Publications. A guide the more important publications of the national government of Mexico, 1921-1936*, Government Printing Office, Washington, 1940.



*"... **debemos** ... apoderarnos de las conciencias de la niñez y de la juventud, porque la juventud **y la niñez son** y deben pertenecer a la Revolución ..."*

Calles. El 20 de julio, los pulmones de don Pluto, escupieron estas palabras:

> Es necesario que entremos al nuevo período de la Revolución, al que llamaría el período de la Revolución psicológica o de conquista espiritual; debemos entrar en ese período y apoderarnos de las conciencias de la niñez y de la juventud, porque la juventud y la niñez son y deben pertenecer a la Revolución . . . Por eso yo excito a todos los gobiernos de los estados de la República, a todas las autoridades, a todos los elementos revolucionarios, para que demos esa batalla definitiva y vayamos al terreno que sea necesario ir . . .[53]

De hecho, el aparato gubernamental ya venía por ese rumbo desde años atrás, aunque fue en 1933 y 1934 cuando se esforzó más para conseguir el control de las instituciones culturales laicas. En 1933, el gobierno trató de reducir a la Universidad Nacional Autónoma de México con la hechura de conflictos estudiantiles y por hambre. En 1934, reformó el Artículo 3o. de la Constitución para conseguir sus propósitos de apoderarse "de las conciencias de la niñez y de la juventud", mientras el general Calles insistía en el derecho del estado "para dar una orientación . . . de acuerdo con las doctrinas y principios" que sustentaba, como "lo hizo el clero cuando detentó el poder" y como se estaba haciendo en aquel momento "en Rusia, Alemania e Italia".[54] Con todo, pese a la abierta y vigorosa ofensiva gubernamental y a la solapada y débil acometida clerical,

[53] *Excélsior*, 21 de julio de 1934.

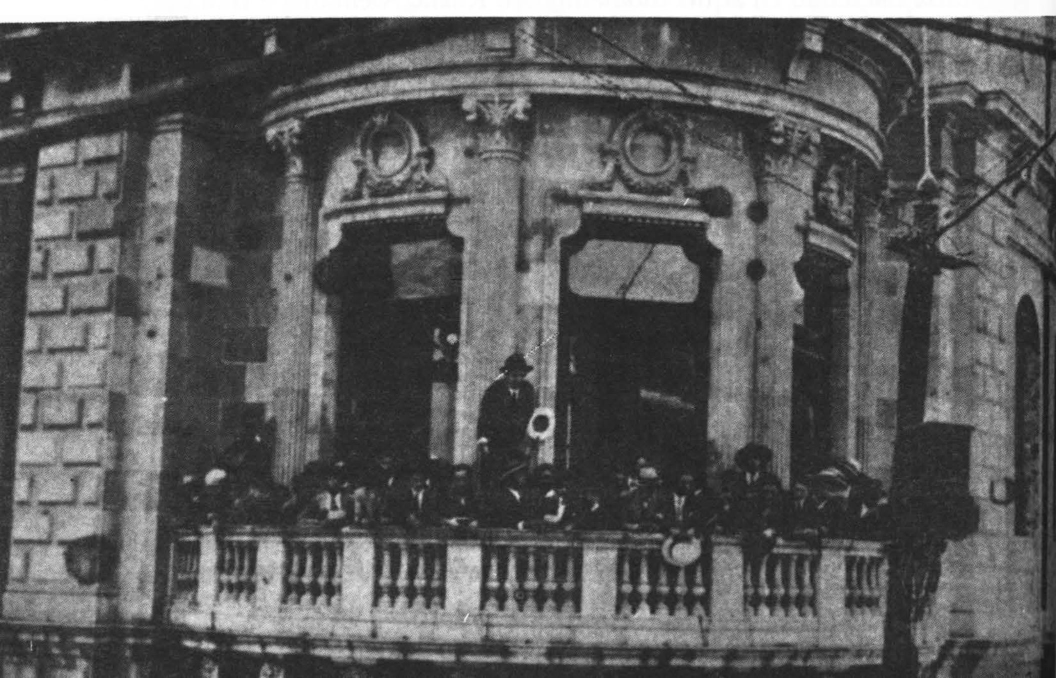
[54] Sebastián Mayo, *La educación socialista en México. El asalto a la Universidad Nacional*, Bear, Rosario, 1954, p. 261.

pudo eludir la recaída en el orbe eclesiástico y mantener la necesaria independencia frente al gobierno civil. Las proclividades totalitarias de la Iglesia y el Estado tuvieron que aceptar el poder de la clerecía laica, el influjo independiente en la vida nacional de los intelectuales por medio de un puñado de instituciones: la universidad, el libro, la prensa periódica, el teatro, la pintura mural, el cine, la radiodifusión, etcétera. Sin este quinto actor de la vida mexicana, no se entenderían muchas de las cosas sucedidas en el sexenio 1934-1940.

Las universidades de 1934 eran pocas y poco pobladas. Los institutos y universidades de Jalisco, Nuevo León, Puebla, Michoacán, Veracruz, San Luis Potosí, eran órganos oficiales o casi.[55] Sólo en la capital había institutos de educación superior verdaderamente autónomos, como la Escuela Libre de Derecho y la Universidad Nacional. Esta contaba con once escuelas de estudios profesionales y un par de preparatorias. La población estudiantil preparatoriana era de 1 650.

[55] *Ibid*, p. 152.

". . . La Universidad Nacional Autónoma era sostenida por el gobierno federal."



En los ciclos profesionales y subprofesionales había cerca de 6 500 alumnos; casi 2 000 en Medicina; poco más de 1 000 en Derecho; casi 700 en Filosofía y Letras; poco más de 600 en Enfermería y Obstetricia; casi 500 en Comercio y Administración; alrededor de 400 en Ingeniería; cosa de 350 en Música; apenas 340 en Ciencias Químicas; quizá 300 en Artes Plásticas; no más de 250 en Arquitectura, y con trabajos 70 en Veterinaria. En los cursos libres, veraniegos, el número de estudiantes de otros países subió de 145 en 1933 a 387 en 1934. En total, la UNAM reconocía en 1934 a 8 175 alumnos; 1 649 preparatorianos, 387 veraniegos, 707 subprofesionales y 5 432 profesionales.[56]

En lo económico, no había universidades estrictamente privadas. La Universidad Nacional Autónoma era sostenida por el gobierno federal. Como acababa de rehusarse el yugo del poder civil, en 1934 sólo contó con 670 000 pesos gubernamentales, "cantidad inferior a la cuarta parte del monto que recibió en 1933 como subsidio anual del Estado". A esa cifra se agregaron medio millón de donativos de diversas personas y las muy modestas colegiaturas de los alumnos.[57] Juntando de aquí y de allá, la UNAM pudo disponer de 1 906 481 pesos y 29 centavos.[58] Como el intelectual de entonces con poco se conformaba, la UNAM salió adelante de la crisis centavera y se mantuvo en sus trece de no dejarse poner tapujos. La mayoría de los profesores renunció a sus sueldos y las autoridades se resignaron a recibir honorarios de humo.

El reducto universitario no comulgaba ni con la iglesia ni con el gobierno. Estas dos instituciones eran dogmáticas o creían serlo. La universidad estaba muy consciente de que el mundo de ayer se desmoronaba, "en que las doctrinas científicas de hoy se oponían a las de hace apenas unos cuantos años".[59] Por lo mismo, la universidad rehusaba cualquier dogma en sus funciones docentes, de investigación y de divulgación. Según su rector en ese momento, don Manuel Gómez Morín, la universidad debía conseguir "en cada uno de sus momentos ese fruto complejo y riquísimo en su heterogeneidad que es la cultura" a través de estudio, de investigación, de preparación técnica; de investigación consciente de que vivimos "un período de crítica, bien lejano de las épocas en que podían darse por ciertas, con relativa firmeza,

[56] Porfirio Muñoz Ledo, "La educación superior", en *México: 50 años de Revolución. IV: La cultura*, p. 120.
[57] Mayo, *op. cit.*, p. 240.
[58] Muñoz Ledo, *op. cit.*, vol. IV, p. 122.
[59] Mayo, *op. cit.*, pp. 300-301.

algunas de las nociones esenciales del conocimiento" y que todos los resultados de ellas no debían tomarse como conclusiones definitivas sino sujetarlas" a una incesante labor de rectificación y de renovación"; de estudio donde se cotejen y analicen diversas explicaciones dada la "relatividad del saber", donde todo *magister dixit* esté sujeto a la discusión, y de difusión de esas perplejidades más allá de las aulas, pues la Universidad, para no apartarse de la moda, también hacía declaraciones, un tanto exageradas, de populismo.[60]

Las empresas editoriales independientes no eran comparables a la universidad, ni aun al poder editorial del gobierno: Talleres Gráficos de la Nación y las editoriales de las secretarías de Educación Pública y de Relaciones Exteriores. Las casas Porrúa Hermanos y Botas no podían publicar los numerosos libros salidos del cacumen de la inteligencia mexicana ajena a las propagandas clerical y civil. Algunos autores podían darse el gusto de autoeditarse, que no la mayoría. No pocos eran aceptados en las imprentas del poder.[61] Muchos vieron con esperanza la aparición en 1934 del Fondo de Cultura Económica, timoneado por Daniel Cosío Villegas, y proclive a poner en español obras de ciencias sociales de la mayor importancia.[62] En suma, eran pocos los editores; de poca envergadura las empresas editoriales; muy reducidas las tiradas de libros; muy caras las ediciones; de una poquedad increíble la distribución de libros y revistas, y de una brevedad nunca vista el círculo de lectores, como no podía ser de otro modo en un país de tan bajo nivel educacional y de tan pocas y peor organizadas bibliotecas públicas.

Por lo mismo, la prensa periódica no podía ufanarse de tener muchos adictos a su lectura. Seguramente los leeperiódicos no pasaban del millón, y de esa millonada pocos eran de las clases trabajadoras de las ciudades; poquísimos, rancheros, y prácticamente ningún indio. De los diarios más o menos libres, muy noticiosos y escasamente comentadores, tenían fuerza dos adultos capitalinos (*El Universal* en diaria publicación desde 1916 y *Excélsior*, nacido en 1917) y seis adultos provincianos (*El Dictamen* de Veracruz, *La Opinión* de Torreón, *El mundo* de Tampico, *La Crónica* de Puebla, *El Porvenir* de Monterrey y *El In-*

[60] Manuel Gómez Morín, *1915 y otros ensayos*, Editorial Jus, México, 1973, pp. 94-100.
[61] Antonio Acevedo Escobedo, "El desarrollo editorial", en *México: 50 años de Revolución IV. La cultura*, p. 421.
[62] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1976, pp. 148-151.



"Para influir en los que no sabían leer . . . se desarrollaron ampliamente la pintura mural en los edificios públicos . . ."

formador de Guadalajara). Otros diarios de más o menos amplia circulación aún no cumplían sus quince: *El Universal Gráfico*, *El Redondel* de toros y deportes, *La Prensa*, *El Diario de Yucatán* y *El Diario del Sureste*, estos dos últimos de Mérida. En lo tocante a revistas, las más frecuentadas eran *Jueves de Excélsior*, *Crisol*, *Síntesis*, *Mujeres y Deportes* y *Todo*. Lugar aparte ocupaban por satíricos *El Hombre Libre* y *Omega*, y por científico, *El Trimestre Económico*. Después de aquella purga de periodistas en 1927, se respetó la libertad de prensa.[63] Para 1934 la mayor restricción a la prensa libre la proporcionaba el gran número de analfabetos y de indiferentes a la lectura.

Para influir en los que no sabían leer, y aunque no sólo en ellos, se desarrollaron ampliamente la pintura mural en los edificios públicos, el teatro, el cine y la radio. Las representaciones teatrales de índole

[63] José Bravo Ugarte, *Periodistas y periódicos mexicanos (hasta 1935)*, Editorial Jus, México, 1966, pp. 89-94. Otras importantes publicaciones acerca de la prensa periódica de entonces son: Mario Rojas Avendaño, "El periodismo", en *México: 50 años de Revolución. IV. La cultura*, pp. 559-635; Miguel Velasco Valdés, *Historia del periodismo mexicano*, México, 1935; Fortino Ibarra de Anda, *El periodismo en México*, México, 1934, y principalmente la "Introducción", de Stanley R. Ross, a *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, El Colegio de México, México, 1965, vol. I, pp. VII-LI.

solemne, a las que sin duda no asistía el pueblo ignorante, las impulsaban el Grupo de los Siete Autores, La Comedia Mexicana, El teatro de Ulises y El teatro de Orientación.[64] La producción teatral de carácter frívolo, que sí era consumida por el pueblo, no expresaba como el teatro serio a los intelectuales, sino a la masa misma, por intermedio del Cuatezón Beristáin, de la Pingüica Rivas Cacho, del estomagudo Roberto Soto y del incipiente Cantinflas, o directamente a través de insultos, leperadas, proyectiles emitidos en medio de las representaciones teatrales contra los que aquel entonces eran los malqueridos del pueblo: la dictadura del señor general Calles y los ricachones.[65]

Aunque según José Clemente Orozco, el teatro frívolo "fue la más poderosa influencia en la pintura mural" de 1922 a 1935, ésta no parece haber llegado a las masas urbanas en grandes proporciones, como sí llegó la radio y el cine.[66] En 1929, la adhesión de México a la Confe-

[64] Antonio Magaña Esquivel, "El teatro", en *México: 50 años de Revolución. IV. La cultura*, pp. 374-387.

[65] Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1975-1977, vol. IV, pp. 463-466; Salvador Novo, *Toda la prosa*, Empresas Editoriales, México, 1964, p. 783.

[66] De la vasta literatura acerca del muralismo mexicano, distraemos los siguientes títulos: Luis Cardoza y Aragón, *La nube y el reloj*, Imprenta Universitaria, México, 1940,



". . . la producción teatral de carácter frívolo . . . no expresaba como el teatro serio a los intelectuales, sino a la masa misma, por intermedio del Cuatezón Beristain, de la pingüica Rivas Cacho . . . y del incipiente Cantinflas . . ."

rencia Internacional de Comunicaciones celebrada en Washington produjo la costumbre de encabezar los nombres de las radiodifusoras mexicanas ya existentes, que no eran pocas, con las letras XE y XF y la avidez de abrir más ventanas radiofónicas. En 1930 se agregaron a la famosa estación del Buen Tono (XEB), la XEJ de Ciudad Juárez, la XET de Monterrey, la XES de Tampico, la XEV de Veracruz y un cuarteto de capitalinas en el que sobresalió desde su primer grito la XEW.[67] En 1934, las radiodifusoras mexicanas ya eran muchas. "Esgrimían aviesamente la ley del menor esfuerzo, y llevaban a Mahoma [a los jacales proletarios] la montaña de una diversión auditiva" que generalmente no proporcionaban las grandes orquestas sino músicos solitarios, duetos y mariachis emisores de música popular como en el teatro frívolo. La intelectualidad laica no aprovechaba casi la radiodifusión para hacerse oír. Tampoco supo sacar raja de otra institución libre también recién nacida y rete popular.[68]

Es bien sabido que en 1930 despegó el cine sonoro mexicano con la película *Más fuerte que el deber*, película inauguradora de una serie de filmes de tema rústico y religioso.[69] En 1931 *Santa* inaugura los filmes poblados de pirujas. En 1932, con *La sombra de Pancho Villa*, comienza el culto fílmico a los héroes bigotones de la revolución. En 1933, entre las 21 películas realizadas en los tres módicos estudios con que contaba entonces México, tres abrieron brecha: *Juárez y Maximiliano*, con la nostalgia de las épocas imperiales; *La mujer del puerto*, con sus lecciones de erotismo, y *El compadre Mendoza*, con críticas a los logreros de la revolución. En 1934, la industria cinematográfica de México produjo 23 películas; se fundó la productora CLASA; los pocos centenares de trabajadores del cine se agruparon en la UTECM, las salas de exhibición cundieron aun en ciudades pequeñas y lograron meter en su oscuridad a centenares de miles de mexicanos de la medianía y de la peladez. Al llegar Cárdenas a la presidencia, únicamente los templos católicos

y *Pintura mexicana contemporánea*, Imprenta Universitaria, México, 1953. Justino Fernández, *Arte moderno y contemporáneo de México*, Imprenta Universitaria, México, 1952; Antonio Luna Arroyo, "Las artes plásticas", en *México: 50 años de Revolución. IV. La cultura*; José Clemente Orozco, *Autobiografía*, Ediciones Occidente, México, 1945.

[67] Jorge Mejía Prieto, *Historia de la radio y la T.V. en México*, Octavio Colmenares Editor, México, 1972, pp. 31-54, 317-319.

[68] Novo, *Toda la prosa*, p. 784.

[69] Acerca de aquel cine son de consulta obligada el multivoluminoso libro de Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, Ediciones Era, México, 1969-1978; Alfonso Pulido Islas, *La industria cinematográfica de México*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1939. Jorge Ayala blanco, *La aventura del cine mexicano*, Ediciones Era, México, 1968.

y las radiodifusoras tenían más clientela que los salones de cine. Estos atraían más gente que los mítines de los políticos, las corridas de toros y los encuentros de futbol y basquet. Los mexicanos de la ciudad comenzaban a extraer del cine moldes de vida distintos a los moldes tradicionales. A través de la exhibición de películas extranjeras se acrecentó enormemente la influencia de algunos actores foráneos de la vida nacional mexicana, la influencia en un México ya muy semicolonial, de



"*. . . En 1932, con* La sombra de Pancho Villa, *comienza el culto fílmico a los héroes bigotudos de la revolución.*"

de Europa y Norteamérica. No obstante el nacionalismo y la xenofobia de la revolución mexicana, México no había logrado sacudirse las intromisiones económicas, políticas y culturales de las potencias imperialistas. Aún más, los nuevos recursos de comunicación y otras novedades del siglo XX hacían imposible, y no del todo deseable, una independencia absoluta. A los veintitrés años de haberse iniciado la revolución, los más optimistas le llamaban a México país semicolonial. Contribuía a dar esa imagen el hecho de que lo gobernara don Abelardo Rodríguez, quien, según lo esparcido por José Vasconcelos, "se había criado en Arizona, en territorio yankee; sus únicas letras eran dos o tres cursos primarios, en escuela de los Estados Unidos, por lo cual hablaba el inglés mejor que el español". Por eso y por sus conexiones con empresarios gringos, el presidente Rodríguez parecía el "pocho" arquetípico, el bastardo a las órdenes de un padrastro, que en esta ocasión, era el poderoso vecino del norte.[71] Con todo, entonces la figura de país dependiente o colonial no sólo la debía México a la intromisión norteamericana. Voluntaria o involuntariamente, ocho imperios andaban metidos en la tarea de ayudarnos. De menos a más, el catálogo de los metiches registra los nombres de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS o Rusia), el Tercer Reich (Alemania), la Gran Bretaña (Inglaterra), la República Francesa, la Madre Patria (España), el Vaticano y los Estados Unidos.

Desde que Rusia se convirtió en el primer país socialista del mundo, quiso compartir su salvación con los demás países. Aún bajo la égida de Stalin, no se limitó a implantar la ideología marxista en un solo país. Por su parte, México fue uno de los primeros países en reconocer al gobierno soviético y en establecer relaciones oficiales con él, relaciones que el gobierno del presidente Portes Gil rompió en 1929.[72] Como quiera, el principal agente de propaganda de la URSS fue el Partido Comunista Mexicano que se organizó "bajo la guía del camarada Stirner" y un titipuchal de extranjeros en 1919. Adherido a la III Internacional, creció con lentitud.[73] Al desencadenarse la crisis del capi-

[71] José Vasconcelos, *Breve historia de México*, 9a. edición, Editorial Polis, México, 1944, pp. 670-671.

[72] El libro de Rodrigo García Treviño, *La injerencia rusa en México (y Suramérica)*, Editorial América, México, 1959, debe mezclarse con los citados en la siguiente nota.

[73] Jesús Anlen, *Origen y evolución de los partidos políticos en México*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1974; pp. 63-77. Se trata más ampliamente el comunismo en México en

talismo, se vigorizó al punto de sentirse en forma para lanzarse a la conquista violenta del poder. Contrarrestó su pequeñez numérica con una enorme actividad publicitaria de la que *El Machete* es sólo un ejemplo, con una hábil política de infiltración entre los obreros y los campesinos y con un par de campañas electorales poco vistosas. Además, desconectado del Partido Comunista, se produjo un movimiento de simpatía hacia el experimento revolucionario ruso en los círculos de la política y la intelectualidad. El pensamiento marxista, muchas veces muy diluido, tenía en 1934 una amplia aceptación en el gobierno mexicano y aun en grupos opositores de tendencias básicamente liberales. El color rojo estaba de moda en gran parte de la élite mexicana cuando don Lázaro asumió el poder presidencial.[74]

Con el carácter de antídoto contra el veneno ruso, se presentó en el mercado la ideología nazi o fascista, cuyo distribuidor mayoritario

Karl Michael Schmitt, *Communism in Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1965; en Rodrigo García Treviño, *op. cit.*; en Manuel Márquez, *El PCM*, UNAM, México, 1973, y en Armando Martínez Verdugo, *Partido Comunista Mexicano; trayectoria y perspectiva*, Fondo de Cultura Popular, México, 1971.

[74] Charles C. Griffin, *El período nacional en la historia del Nuevo Mundo*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1962; pp. 185-186.



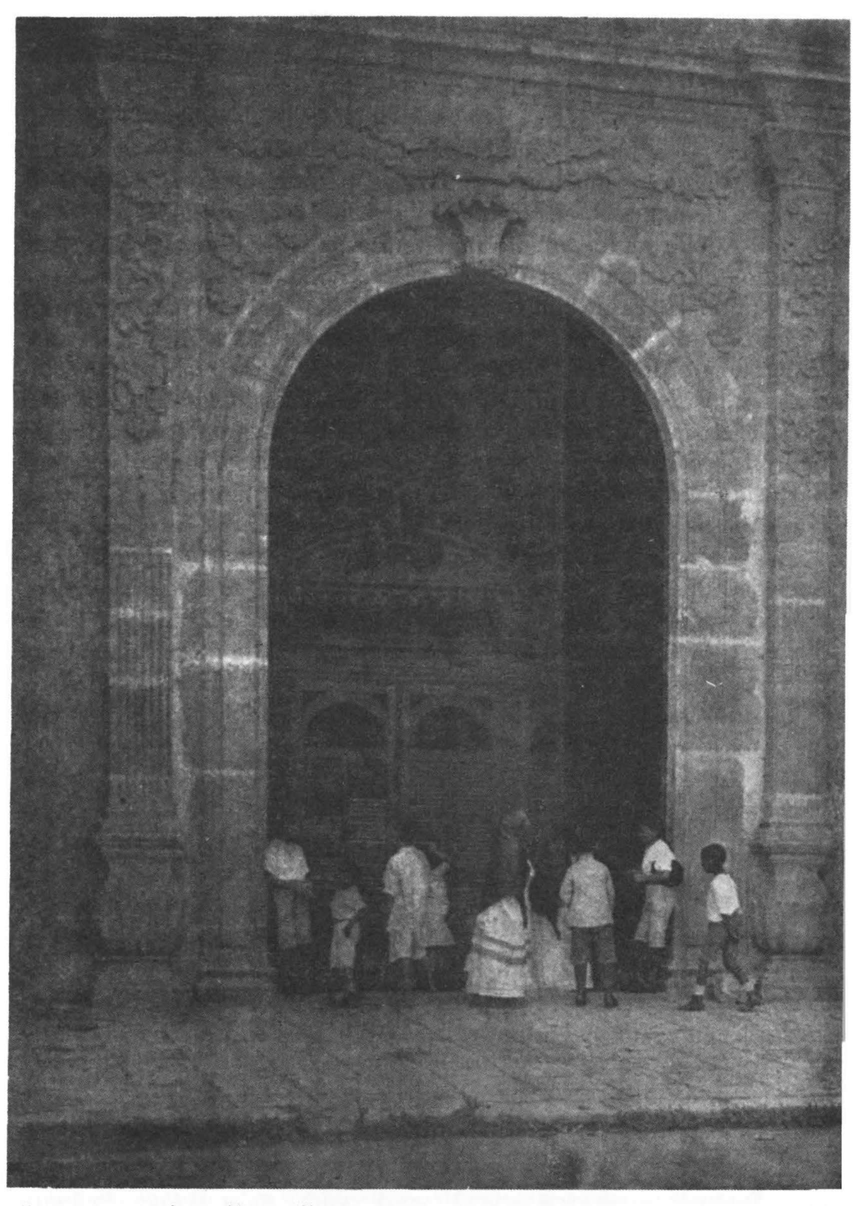
". . . un hombrecillo de bigotes y brazo en alto, con métodos extraídos de la propaganda comercial . . . soñó en implantar el señorío nazi en todo el mundo."

fue Alemania desde 1932, desde que un hombrecillo de bigotes y brazo en alto, con métodos extraídos de la propaganda comercial a fuerza de promover olas de temor y de enojo, de odio y de envidia, con la técnica de las reuniones de masas y de las manifestaciones callejeras, llegó al poder en Alemania y soñó en implantar el señorío nazi en todo el mundo. Por los conductos de embajadas, partidos nazis en otros países, colegios alemanes en el extranjero y muchos vehículos más, la Alemania de Adolfo Hitler intentó mundanizar su socialismo, su estado de partido único, su culto al caudillaje, su tecnocracia y su odio a las libertades públicas. Pese al poco cariño que sentían los nazis por los pueblos de tez oscura y en general por todos los que no eran de raigambre aria, trajeron su propaganda hasta México, que les interesaba por su vecindad con los Estados Unidos, y lograron suscitar simpatías en personas de la clase media, infundir la idea de que la mayor concentración de neuronas cerebrales se daba en los güeros germánicos, hacer prosélitos para su causa e inflar un pequeño partido que uniformó a sus huestes con camisas doradas.[75]

También en plan de salvadoras del mundo y como líderes de la Sociedad de las Naciones, sonaban en aquellos años dos antiguas potencias marítimas y coloniales: la Gran Bretaña y Francia. México ingresó a la Sociedad en 1931, pero a través de ella no recibió ayudas de los imperialismos británico y francés. El capital inglés tenía invertidos en México en 1930 cosa de 275 millones de dólares, especialmente en la industria del petróleo, y la inteligencia británica, a través de los pensadores Keynes, Shaw, Chesterton, Russell, Wells y otros, influía cada vez más en la inteligencia mexicana. El influjo inglés era principalmente económico y cultural y muy secundariamente político y social. El influjo francés, tan notorio en todos los terrenos en épocas pasadas, se había reducido a la cultura. La inversión francesa en México era diez veces menor que la británica, las relaciones comerciales eran exiguas, el afrancesamiento en las costumbres se fue con el porfiriato, pero las corrientes literarias, artísticas y filosóficas de la nueva Francia tenían un buen número de imitadores en los cenáculos intelectuales de México.

Algo parecido pasaba con la vieja España. Había dejado de hablarse del imperio español en términos económicos, políticos y sociales aun en

[75] Véase sobre la influencia nazi en México, Friedrich Katz [et al], *Hitler sobre América Latina*, Fondo de Cultura Popular, México, 1968, capítulo titulado "Alemania en América Latina de 1890 a 1941"; Campbell, *op. cit.*, pp. 47-60.



". . . promover la acción católica, que no era acción política, sino simplemente acción religiosa . . ."

la América que le perteneció como colonia. Tampoco contaba ya en la feria mundial de la cultura, salvo en la América Hispánica. Por lo que mira a México, la opinión de la inteligencia española tenía mucha fuerza, principalmente por la comunidad del idioma. Los productos intelectuales de la generación del 98, y sobre todo la filosofía de José Ortega y Gasset, influía en la vida mexicana más que las contribuciones culturales de los otros países europeos. El espíritu de España reconquistaba a México desde antes del arribo en 1939 de la pléyade de intelectuales españoles.[76] Y eso que tampoco eran una simple nadería los hispanos residentes en México allá por 1930, los 238 millones de dólares de inversión española aquí y los productos que nos llegaban de allá. Por algo la embajada de México en Europa residía en Madrid. Para todos los grupos sociales de México, España seguía figurando como una de las mayores metrópolis imperiales.

Para las mayorías mexicanas, por encima del poder espiritual español sólo podía tomarse en cuenta el poder de Roma, personificado en el Papa, a la sazón Pío XI. Ni siquiera había relaciones diplomáticas con el Vaticano, no las podía haber de orden económico, pero las de índole religiosa eran de la mayor importancia. Las disposiciones pontificales eran obedecidas, aun cuando fuesen mal acatadas, por el máximo poder espiritual de México. "Cuando en 1932 el arzobispo Díaz trató de resistir a un gobierno perjuro, Roma lo obligó a inclinarse".[77] Según se ha visto, el Vaticano, contra la opinión generalizada de los católicos, impidió que estallara una nueva rebelión cristera; hizo que sus súbditos de México normaran su conducta por la encíclica *Acerba animi* que en 1933 exhortó a la iglesia mexicana a orar y a promover la acción católica que no era acción política sino simplemente acción religiosa, aunque el gobierno no lo haya creído así. En lo que sí tenía razón el gobierno era en considerar a los eclesiásticos súbditos de una potencia extranjera y por lo mismo no del todo mexicanos. El estado aceptaba a regañadientes algunas presiones de Washington; la Iglesia obedecía ciegamente a la totalidad de los mandamientos y las exhortaciones de Roma.

Aunque menos obedecido que el Vaticano por la iglesia mexicana, o que el ruso por el PCM, el imperialismo yanqui fue en los treinta el más influyente en México. No dejó campo donde no hubiera metido

[76] Entre otros, véase Patrick Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México, 1910-1950*, El Colegio de México, México, 1954.
[77] Meyer, *La Cristiada*, vol. I, p. 359.

su nariz y su látigo. Tuvo poder de decisión en la economía, las costumbres, la política y la cultura de su pobre y pequeño vecino del sur, aunque no tanto como el que le atribuye Vasconcelos ni tan poco como le reconoce Portes Gil. En el terreno de la política, el imperio de los Estados Unidos sobre la América Hispánica decrecía desde que asomó la crisis económica y sobre todo desde 1933, en que Franklin Delano Roosevelt lanzó los planes del *New Deal* y de la Buena Vecindad. "Palabras y hechos [de Roosevelt] —dice Antonio Gómez Robledo— demostraron muy pronto que un verdadero 'nuevo trato' había empezado en las relaciones interamericanas y que la política del buen vecino estaba lejos de ser una vana expresión."[78] La Unión Panamericana, antes mero instrumento de dominio político de los yanquis sobre la América Hispánica, hizo triunfar el principio de la no intervención[79] en la Conferencia de Montevideo de 1933, Josephus Daniels, el embajador norteamericano en México a partir de 1933, fue un emisario prudente de la política de la Buena Vecindad decretada por Roosevelt.

Y sin embargo ninguna presencia extraña fue más influyente en el México de aquel entonces que la de los Estados Unidos. En parte, por la devolución que hizo a sus vecinos del sur de algunos cientos de miles de compatriotas que habían recibido altas dosis de americanización o apochamiento mientras trabajaban en Estados Unidos. En parte, por la creciente invasión de turistas gringos que dejaban boquiabiertos a los mexicanos por lo grandote, lo anglohablante y lo rico. En muy buena parte, por lo vigoroso de la colonia norteamericana en México que por su superioridad económica nunca se sintió como gallina en corral ajeno, que se plantó aquí en actitud señorial, pues tenía el control "sobre los sectores más modernos de la economía: minería, ferrocarriles, servicios públicos, bancos y una parte notoria de las actividades comerciales y de las exportaciones".[80] Por si esto fuera poco, de los Estados Unidos nos venían casi todos los instrumentos de confort. El 57% de la publicidad comercial hecha en México anunciaba productos norteamericanos, nueve de cada diez películas de las exhibidas acá

[78] Antonio Gómez Robledo, *Idea y experiencia de América,* Fondo de Cultura Económica, México, 1968; p. 178.

[79] *Ibid,* pp. 179-184. En la conferencia de Montevideo, aunque los Estados Unidos dieron todo su "apoyo al principio general de la no intervención" pareció que limitaban la vigencia de ese principio "al período del régimen entonces en el poder". Por lo menos, así se entendió el dicho del delegado norteamericano: "Ningún gobierno necesitaba abrigar temores de una intervención de los Estados Unidos durante el gobierno del presidente Roosevelt."

[80] Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario,* p. 22.

procedían del otro lado, la industria norteamericana de discos fonográficos tenía su segundo cliente en la sociedad mexicana y a la porción citadina de ésta venía dándole por vigorizar sus músculos a fuerza de deportes de origen yanqui.[81] El *american way of life* tenía alelados a muchos compatriotas de la zona norte y a los capitalinos de medio pelo.[82] En fin, el método educativo ideado por Dewey, las ideas sociológicas y económicas de los pensadores estadounidenses, la gran novela de Hemingway, Steinbeck, Faulkner, el arte funcionalista y otras manifestaciones de la cultura superior de los yanquis contaba con devotos y aun imitadores en la "república de las letras" de México.

En suma, aquel México de 1934, en caricatura de José Juan Tablada, se hallaba amenazado por una plaga que diluía nuestra sangre, "ablandando nuestros huesos, convirtiendo en agua nuestros tuétanos y, lo que es peor todavía, debilitando nuestra voluntad . . . La vasta mayoría de México estaba contaminada por la americanización y por un gringoísmo sin dirección. Habíamos sido atacados por la vana megalomanía de un elefante inflado simplemente con aire . . ." Esto era lo que asumíamos por grandeza, lo que considerábamos un modelo digno de imitación y lo que imitábamos grotesca y fatalmente.[83]

[81] E. Simpson, *op. cit.*, pp. 270-273.
[82] Iturriaga, *La estructura social y cultural de México, op. cit.*, p. 319.
[83] CF. E. Simpson, *op. cit.*, p. 273.

". . . La vasta mayoría de México estaba contaminada por la americanización . . ."





". . . la orden de Calles sobre la sustitución de los ***caudillos*** *por instituciones verdaderamente democráticas, no fue cumplida por los miembros* ***de*** *la minoría* ***rectora de*** *la sociedad mexicana, y menos que nadie por quien la dio."*

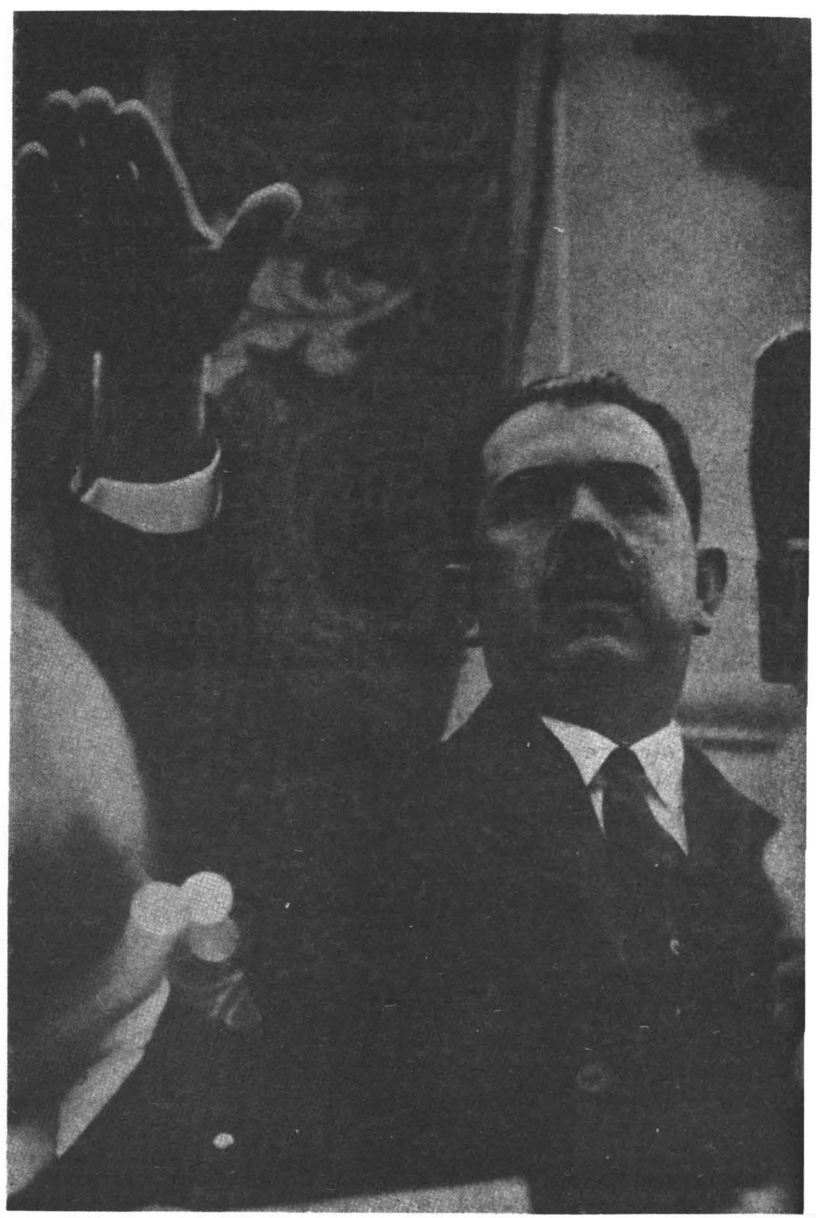
III. LA GRUESA REVOLUCIONARIA

El papel de los caudillos

en la historia contemporánea de México no dejó de tener importancia, pese al úcase del "jefe máximo" de la revolución en 1928, a raíz del asesinato del presidente electo. La orden de Calles sobre la sustitución de los caudillos por instituciones verdaderamente democráticas, no fue cumplida por los miembros de la minoría rectora de la sociedad mexicana, y menos que nadie por quien la dio. No obstante que los historiadores de la línea científica, además de sociólogos, policientistas y economistas, se resisten a concederles un papel importante a las actitudes, creencias, ideas, caprichos y conductas de los llamados extracientíficamente prohombres de la revolución mexicana, la mentalidad popular insiste en las responsabilidades que en el régimen cardenista tuvieron unos cuatrocientos, o a lo sumo quinientos individuos del directorio nacional, y sólo esos 400 o 500, o en el peor de los casos, un número ligeramente inferior o superior.

¿Por qué entre 400 y 500? La cifra sale de un catálogo de nombres hecho a base de la consulta de muchos periódicos del sexenio cardenista, de monografías referentes al período 1934-1940, de media docena de diccionarios bibliográficos y de algunas docenas de sobrevivientes importantes de aquellos años; por medio de la observación atenta de la toponimia reciente, en gran escala nutrida por nombres ilustres de la época revolucionaria.[1] Nuestro catálogo está hecho por los apelativos

[1] Nos servimos especialmente de las siguientes obras: Ermilo Abreu Gómez, *Sala de retratos*, Editorial Leyenda, México, 1946. Emanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, México, 1965. Flavia Derossi, *The Mexican entrepreneur*, OECD, París, 1971. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 4a. ed., Editorial Porrúa, México, 1976. *Enciclopedia de México*, dirigida



". . . desde el advenimiento de Cárdenas a la presidencia . . ."

de la gente más mentada entre 1934 y 1940, con excepción de comediantes, actores y actrices de cine y deportistas. No se trata de ningún camino absolutamente seguro para establecer la nómina de los rectores de la vida nacional, pero quizá no exista ningún modo más objetivo y fácil de hacerla. Es casi seguro que los mentados en nuestra nómina son individualidades que admiten los adjetivos de egregias, decisivas y dirigentes en la sociedad mexicana de los años treinta. Es menos seguro que nombres excluidos de nuestra relación no hayan sido tanto o más influyentes que numerosos incluidos. Es muy probable que muchos extranjeros, aquí no tomados en cuenta, hayan contado en la vida mexicana más que muchos compatriotas tomados en cuenta: gobernantes de otros países que tuvieron muchos queveres con México, no pocos diplomáticos extranjeros acreditados ante el régimen de Cárdenas, como el famosísimo Daniels; empresarios de firmas transnacionales que no residían acá pero tenían intereses aquí; líderes de iglesias y órdenes religiosas, como el Papa o el padre general de los jesuitas. Y algunos cerebros del mundo, como José Ortega y Gasset. La nómina de los cuatrocientos y tantos prohombres del cardenismo se hizo con sólo mexicanos por nacimiento o por residencia.

Huelga decir que la importancia de los escogidos para analizar la minoría rectora del cardenismo varía mucho. La opinión pública pone a Lázaro Cárdenas en el sitio del Señor del Gran Poder; muy por encima de los otros mandamases de aquel México, por haber sido en aquellos años presidente del país. Eso no quiere decir que la misma opinión estime iguales a cada uno de los demás rectores. Sin duda pesó más en aquel sexenio Francisco Múgica que Miguel Alemán. Por otra parte, el peso de los poderosos fue muy distinto en las diferentes regiones del país y en los distintos sectores de la sociedad. Ni duda cabe que Matías Ramos las pudo entonces en Zacatecas, pero que sólo valió un

por José Rogelio Alvarez y editada en México en 1977. Heriberto García Rivas, *Historia de la literatura mexicana*, Textos Universitarios, México, 1971-1974. Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, Novena edición, Editorial Porrúa, México, 1966. *Guía de personas que cultivan la historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1951. J. A. Magner, *Men of Mexico*, The Bruce Publishing Co., Milwaukee, 1943. Manuel Mestre Ghigliazza, *Efemérides biográficas*, Antigua Librería Robredo, México, 1945. Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, Editorial Cosmos, México, 1935. Aurora M. Ocampo, *Diccionario de escritores mexicanos*, UNAM, México, 1967. Ramón Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres (Bocetos)*, Imprenta Sánchez, México, 1938. Además, varias autobiografías y los diccionarios históricos y biográficos de Colima y Sonora, de Francisco R. Almada; Yucatán, de Echánove Trujillo; Sinaloa, de Amado González Dávila; Guerrero, de Héctor F. López; Puebla, de Joaquín Márquez Montiel; Michoacán, de Jesús Romero Flores; Durango, de Pastor Rouaix, etc.

cacahuate en Sonora. Fue indiscutible la influencia de Lombardo en el sector obrero y su insignificancia en el sector campesino, donde los fuertes fueron Graciano Sánchez y Gabino Vázquez. En fin, no todos los regentes rigieron toda índole de conductas. A nadie se le ocurriría decir que Alfonso Reyes influyó en la marcha económica del país o que William Jenkins tuvo que ver en el auge de la literatura.

Se ve a leguas que las de la minoría dirigente se repartieron, según su influjo en tal o cual actividad, en cinco capillas: la del Palacio Nacional o capilla política, la de la Academia o capilla intelectual, la de la Catedral, la del Campo Marte, y la sin sede de los empresarios. Algunos de los rectores no fueron miembros de ninguna de esas capillas; vivieron como lobos solitarios. Muchos frecuentaron simultánea o sucesivamente dos o más capillas. Saturnino Cedillo se columpió entre el oficio político y el de las armas, y como él, otros. Alguna gente de sotana, como Angel María Garibay, mantuvo un doble liderazgo religioso e intelectual. No pocos intelectuales por formación le entregaron parte de su tiempo a la política, y un buen número de políticos en ejercicio figuró también en las filas de los grandes empresarios. Casi nadie respetaría la consigna de zapatero a tus zapatos. Como quiera, los más son fácilmente identificables en una de las capillas. Al general Eduardo Hay, pese al título antepuesto a su nombre, se le reconoce como político. Otrosí, a varios generales y abogados o licenciados: Pascual Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez, etcétera.

Dos decenios antes del decenio de los treinta la capilla militar estuvo superpoblada de influyentes, pero al llegar Cárdenas al poder ya quedaban relativamente pocos grandes en ella. En los días de don Lázaro, los militares en servicio con gran poder no pasaban de cuatro docenas; eran, si bien va, el 10% del total de poderosos. Ciertamente la capilla de los empresarios tenía menos hombres decisivos, pero más que en los años anteriores, pues ya pasaban del medio ciento. El sacerdocio rector, no obstante la golpiza que le impuso Calles, nunca fue escaso, y desde el advenimiento de Cárdenas a la presidencia su número no dejó de crecer, aunque no al grado de igualar el de los intelectuales y mucho menos el de los políticos. La capilla intelectual o república de las letras ya albergaba cerca de cien egregios antes del arribo de los intelectuales españoles, y creció considerablemente sus filas con éstos a partir de 1938. Por supuesto, el mayor contingente de gargantones vivía de y para la política, y eso que sólo se consideran en nuestra nómina de notables al presidente de la República, su gabinete, por el que



". . . Al General Eduardo Hay . . . se le conoce como político. Otrosí, a varios generales y abogados o licenciados: Pascual Ortiz Rubio . . ."

pasaron dos docenas de personas, cinco o seis subsecretarios de fuste, cincuenta de cien gobernadores, no más de diez diputados, un trío de la Suprema Corte de Justicia, un sexteto de líderes de las masas trabajadoras y pocas personas más que, como el general Calles, no tuvieron chamba en aquel gobierno, que sí fuerza.

Además de por actividades, los pudientes de entonces se distinguían entre sí por edades. Todo mundo hacía por lo menos la distinción entre viejos y jóvenes. Se identificaban como viejas las personas de cuarenta y cinco años para arriba, y como jóvenes revolucionarios los que frisaban entre treinta y cuarenta y tantos. De hecho, si se acepta el dicho de Ortega y Gasset de que las generaciones, camadas u hornadas son cuerpos cuasibiológicos que se mueven a quince años de distancia entre sí, y que cada generación es reconocible por actitudes, sensibilidades, ideas y aun conductas propias, debemos convenir que en el sexenio de Cárdenas tuvieron muchos queveres individuos de tres generaciones, y no sólo de dos.[2] Sin duda, los sobrevivientes de la camada de los científicos (hombres de setenta y cinco a noventa años) ya no contó en absoluto. La gente menor de treinta influyó todavía muy poco, pero es indiscutible el pegue de los de 60 a 75, los de 45 a 60, y ya no se diga, los de 30 a 45. Durante la presidencia de Cárdenas figuraron en la rectoría nacional prohombres nacidos entre 1859 y 1874, pertenecientes a la generación azul o modernista; ilustres oriundos de la zona de fechas 1875-1890, miembros de la camada roja o revolucionaria, y eminencias nacidas de 1890 a 1905 que caen en el territorio de la generación modestamente llamada de 1915, pero que también admite los apelativos de verde, reconstructora y epirrevolucionaria. En los días de Cárdenas fue muy notorio el influjo de grandes del modernismo en los campos de la religión y la cultura; de líderes de la revolución en los terrenos religioso, cultural, militar, político y económico, y de prohombres de 1915 o epirrevolucionarios en todos los cotos, menos el de la religión. Ciertamente, de los 500 gargantones del cardenismo sólo uno de cada diez era de la camada modernista, y dos de cada diez, de la revolucionaria. Las tres cuartas partes de la minoría dirigente las constituyeron jóvenes epirrevolucionarios.

Al asumir Lázaro Cárdenas el poder presidencial únicamente 50

[2] Partimos de la tesis general sobre las generaciones expuesta por José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, Revista de Occidente, Madrid, 1947, y sobre las generaciones en el caso particular de México presentada por Wigberto Jiménez Moreno, *El enfoque generacional en la historia de México*, Seminario de Cultura Mexicana, México, 1974.

de los hombres decisivos pertenecían a la generación modernista, a la de los nacidos de 1859 a 1874. En 1935, el más joven de esa gente pasaba de los sesenta y había viejecitos que se acercaban a los ochenta y aún tenían poder de decisión en los destinos del país. En las filas gubernamentales únicamente figuró don Miguel Angel de Quevedo, pero en otros sitios, como en la república de las letras, por lo menos veinticinco modernistas compartieron la dirección espiritual laica con otros tantos de la camada revolucionaria y con cuatro veces más de la generación de 1915. De los intelectuales influyentes en el sexenio de Cárdenas, pertenecían a la

un trío de normados por Aries (Rubén M. Campos, Enrique González Martínez y Juan José Tablada), un par de Tauro (Germán Gedovius y Ezequiel Ordóñez), uno de Géminis (Primo Feliciano Velázquez), uno de Cáncer (Alfonso Herrera), cuatro de Virgo (Ezequiel Chávez, Francisco González León, Luis González Obregón y Andrés Molina Enríquez), un Libra (Pastor Rouaix), dos Sagitarios (Toribio Esquivel Obregón y Gonzalo Castañeda) y tres Capricornios (Federico Gamboa, Mariano Azuela y Carlos R. Menéndez) y ocho de no se sabe quién.[3] En el orden espiritual religioso, la mayoría de los influyentes fueron venerables ancianos de la hornada modernista. Cinco de los ocho arzobispos mexicanos en 1936 pertenecían a la generación prerevolucionaria o del modernismo (José Guadalupe Ortiz, de Monte-

[3] Balbino Dávalos, Salvador Toscano, Luis Lara Pardo, Alfonso Toro, Carlos Pereyra, Salvador Toscano, Rubén M. Campos y Mariano Azuela. Quizá debieran agregarse los nombres de Salvador Quevedo y Zubieta, muerto en 1935; Julio Guerrero, muerto en 1937; Nicolás Rangel, muerto en 1935; Joaquín Clausell, también difunto del 1935; Jesús Galindo y Villa y Germán Gedovius, fallecidos en 1937; Ignacio Alcocer, muerto en 1936.

". . . Cinco de los ocho arzobispos mexicanos en 1936 pertenecían a la generación prerrevolucionaria o del modernismo (José Guadalupe Ortiz, de Monterrey; Leopoldo Ruiz y Flores, de Morelia . . .)"



rrey; Leopoldo Ruiz y Flores, de Morelia; José Othón Núñez y Zárate, de Oaxaca; Martín Tritschler y Córdova, de Mérida y Francisco Orozco y Jiménez de Guadalajara). Una tercera parte de los obispos eran coetáneos de los anteriores, personas generalmente con promedio de 70 años de edad (José de Jesús López, de Aguascalientes; Amador Velasco, de Colima; Agustín Aguirre, de Culiacán; Genaro Méndez del Río, de Huajuapan; Emeterio Valverde Téllez, de León; Mariano Tinajero, de Querétaro; Jesús María Echavarría, de Saltillo; Manuel Azpeitia, de Tepic, e Ignacio Placencia, de Zacatecas.).[4] Un jesuita muy influyente (Carlos María Heredia) y un fundador de orden religiosa (Félix de Jesús Rougier) pertenecían también a la vieja onda que ya sólo predominaba en el campo religioso, que todavía las podía en la república de las letras, y que ya contaba muy poco en la milicia, la política y los negocios.

Para 1934 ya no tronaban los chicharrones de ningún general azul.[5] Dicho de otra manera, a sólo 23 años de distancia del arranque de la revolución, no quedaban en activo mílites importantes mayores de 60 años. Tampoco permanecía en las altas esferas del poder más de un par de políticos coetáneos de Madero.[6] Ni siquiera en el mundo de la gran economía, que suele ser reino de maduros, figuraban abundantes sesentones y septuagenarios. De los empresarios de fuste, siete u ocho militaban en la generación azul: el español Adolfo Prieto, director de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey desde 1907; los también industriales e hispanos Arturo Mundet, José Garci-Crespo, y los industriales Carlos B. Zetina, Francisco G. Sada, Alberto Lenz y el comerciante Frank Sanborn.[7]

Los ilustres de la generación modernista o azul, tan rápidamente desaparecidos de tres sectores claves de la vida nacional (la política, la milicia y la economía), habían nacido en lo más crudo de las guerras

[4] La nómina de arzobispos y obispos fue extraída de José Bravo Ugarte, *Diócesis y obispos de la Iglesia Mexicana. 1519-1965*, Editorial Jus, México, 1965.

[5] No obstante, todavía seguían vivos algunos mílites de la generación azul: Amado Aguirre, Gabriel Gavira, Félix Díaz y José Inocencio Lugo.

[6] Al llegar el general Cárdenas a la presidencia aún vivían Francisco León de la Barra, José María Maytorena, Ignacio L. Pesqueira, Miguel Díaz Lombardo, José Natividad Macías, Luis Manuel Rojas, Luis G. Monzón, Andrés Osuna, Aureliano Urrutia, Silvestre Terrazas, Jorge Vera Estañol, Pastor Rouaix y Miguel Angel de Quevedo. Quizá, fuera de este último, ningún político azul tuvo poder en los días del presidente Cárdenas.

[7] Tal vez debieran agregarse a la lista de empresarios de la vieja camada los nombres de Ramón Prida, muerto en 1937; Edward L. Doheny, muerto en 1935; Diego Redo de la Vega y Ernesto Madero Farías.

de Reforma, Intervención y República Restaurada. Carranza y Bonillas dieron su primer grito en plena trifulca de tres años; los Vázquez Gómez y Urbina, durante las mortíferas guerras de Intervención, y Rosas, Angeles, Nervo y Tablada, en el lustro de oro de los pronunciamientos, el bandolerismo y las incursiones apaches. Los azules nacieron en un quindenio rojo, lo cual no significa que de este trauma haya provenido el gusto de su élite cultural por tender "el vuelo en pos de atmósferas serenas". El amor a lo azul les nació, según ellos, por la náusea que les produjo el negrísimo hollín de una ferrocalización duramente comenzada en tiempos del "manco" González, lo que significa también que en lo referente a técnicas económicas no eran modernistas.

Por lo demás, los peces mayores de la camada azul tuvieron un comienzo dichoso. A la circunstancia de haber nacido en ciudad, en el interior de una familia decente, hay que añadir el hecho de su educación en institutos mexicanos, yanquis o europeos de lo mejorcito, donde recibieron una cultura chic, llena de moños y cintas y muy afrancesada. Desde luego todos los del sector intelectual, deslumbrados por la capital de Francia, se dieron desde muy jóvenes al aprendizaje del idioma francés, y se rodearon de una atmósfera parisiense. Dizque para asumir plenamente el *sprit français*, frecuentaron casi desde niños burdeles y bares y consumieron a lo bestia alcohol, drogas y hembras. Ya entonces sentían un sincero desprecio hacia el burgués; andaban tras una sociedad ideal integrada y regida por poetas bodelerianos o en salmuera de ajenjo como Verlaine, o doctorados en el claroscuro de Rops o escenógrafos de misas negras como Huysmans. Desde muy jóvenes dieron mucho que decir a la camarilla científica que rodeaba a Díaz por su amor a la lectura de autores ocultistas, por sus creencias en mesas parlantes y en amenazas del zodiaco y por sus aficiones religiosas.[8]

En el quindenio de 1891 a 1906 hacen mucho ruido los artistas y literatos de la generación azul por culpa de sus frivolidades, protestas, rencores, exhibicionismos; por culpa de las óperas de Felipe Villanueva, los valses de Juventino Rosas, la "Duquesa Job" y miles de prosas y versos de Manuel Gutiérrez Nájera, la "misa negra", poema erótico, de Juan José Tablada, la reminiscencia del *México Viejo* por Luis González Obregón,[9] un folleto contra *La reelección indefinida*, de

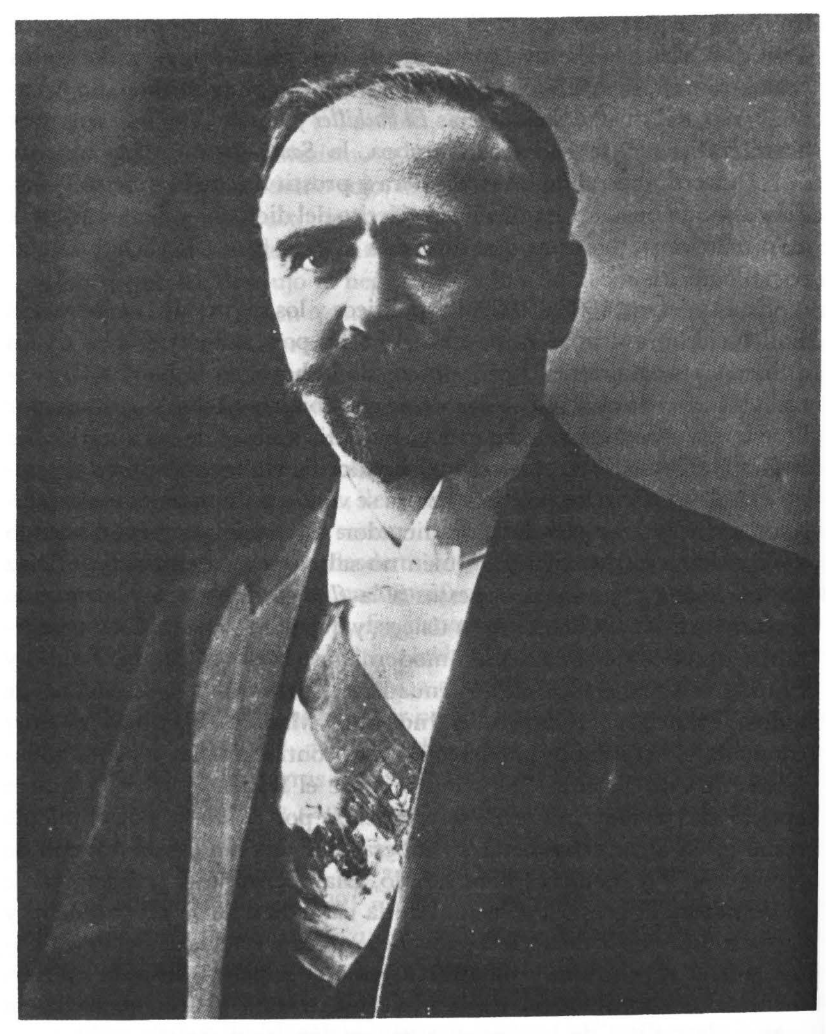
[8] Octavio Paz, *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, Editorial Seix y Barral, Barcelona, 1974, pp. 128-132.

[9] Luis González Obregón, *México viejo (Epoca colonial)*, Bouret, París, 1900. Hay ediciones anteriores de 1891 y 1895.

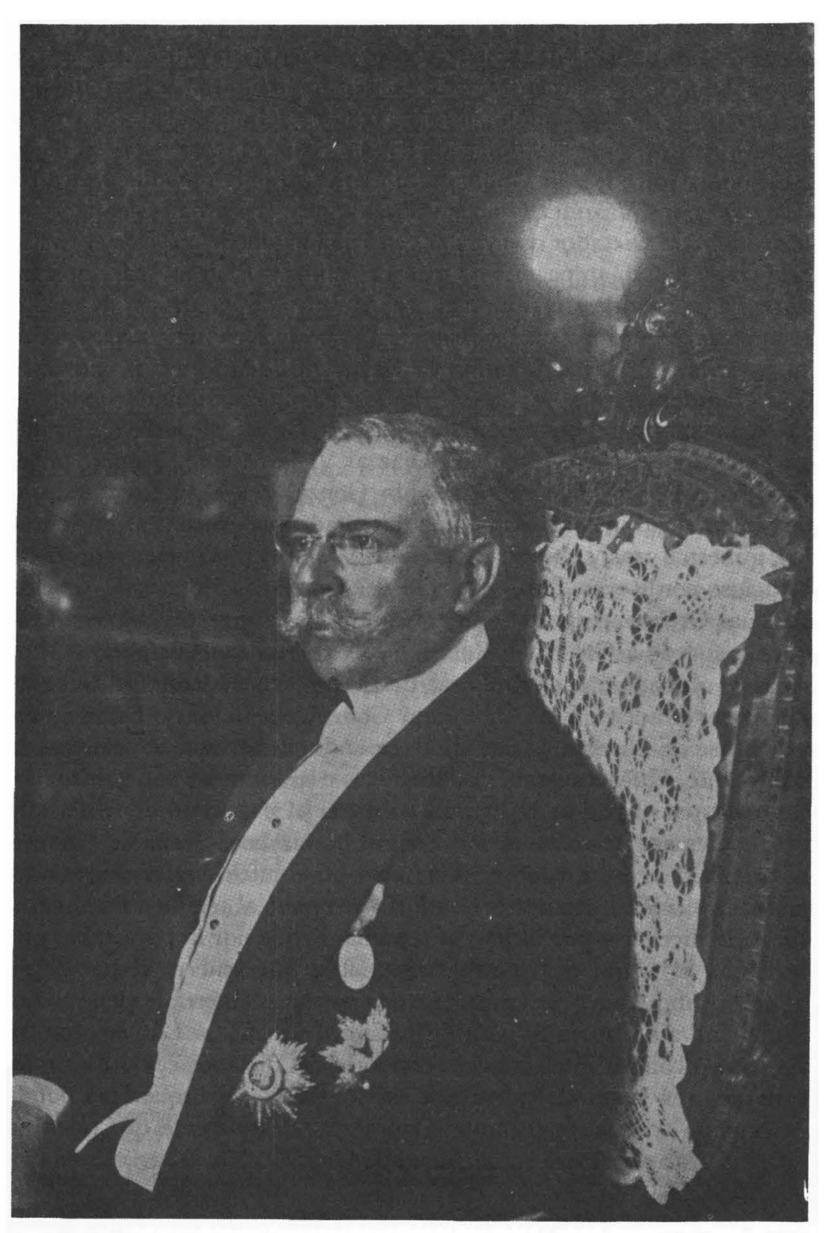
Emilio Vázquez Gómez,[10] *El País*, diario de oposición, dirigido por Trinidad Sánchez Santos, con tiraje de doscientos mil ejemplares, los *Poemas rústicos*, de Manuel José Othón, *Perlas Negras* y *Místicas*, de Amado Nervo, del mismo, las novelas *El bachiller* y *Pascual Aguilera*, entonces pornográficas,[11] de Federico Gamboa, la *Santa* o campesina amante de un torero, esposa de un cualquiera y prostituta, de Heriberto Frías, *Tomóchic* que puso en vergüenza al ejército del dictador y de tantas otras maquinaciones literarias que difunden la cara fea de la dictadura con vocablos bellísimos.[12]

En la zona de 1906 a 1920, los políticos y los mílites de la generación azul hicieron aún más ruido que el hecho por los intelectuales en los quince años anteriores. Los políticos de la hornada lo habían comenzado a hacer desde 1901, fecha de aquel Congreso Liberal reunido por Ponciano Arriaga para contener y combatir excesos de las autoridades civiles y eclesiásticas, congreso prohijador de clubes opositores al régimen de Díaz. Pero los políticos azules se volvieron sumamente escandalosos a partir del dicho del gran dictador: "Acogeré gustoso un partido de oposición en México".[13] Quién no sabe que el manifiesto de Díaz abrió cancha a partidos opuestos a la *élite* en el poder, a la minoría rectora de los científicos, o cien tísicos, y que tales partidos fueron generalmente obra de los azules o modernistas: Manuel Calero, Emilio y Francisco Vázquez Gómez, Venustiano Carranza, y, por encima de todos, Francisco (Indalecio o Inocente) Madero. También es muy conocido el refunfuño davidesco de éste contra las dimensiones goliatescas de don Porfirio "Si usted permite el fraude electoral y quiere apoyar ese fraude, la fuerza será repelida por la fuerza por el pueblo resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la ley"[14] y, como es bien sabido, Díaz permitió el fraude. Frente al atentado, el grupo intelectual de la camada azul se mostró débil y pusilánime. Pocos de aquellos jóvenes sabios y estetas se dejaron atrapar por la revolución, y ninguno asumió el papel de dirigirla militarmente. La coordinación de la violencia revolucionaria quedaría en manos de mílites de la siguiente generación y sin escuela militar.

[10] Emilio Vázquez, *La reelección*, Imprenta cerca de Santo Domingo, México, 1892.
[11] John S. Brushwood, *México en su novela*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, pp. 266-268.
[12] Carlos González Peña, *op. cit.*
[13] Luis González, *El liberalismo triunfante, 1867-1911*. Editorial Eclalsa, México, 1977, p. 108.
[14] *Ibid*, p. 113.



". . . tales partidos fueron generalmente obra de los azules o modernistas: Manuel Calero, Emilio y Francisco Vázquez Gómez, Venustiano Carranza, y, por encima de todos, Francisco (Indalecio o Inocente) Madero."



". . . León de la Barra asume interinamente la presidencia con un gabinete azul . . ."

La revolufia comenzó apenas pasadas las grandes fiestas del Centenario. Los azules del sector político oscilaron entre la obediencia y la rebeldía. Quizá los más conocidos, presa de grandes indecisiones, se tendieron de tapete debajo de los botines del poderoso. Tal vez los menos lucidores son los que toman las armas. Maytorena en Sonora, Abraham González en Chihuahua, Carranza en Coahuila, Moya en Zacatecas, los Vázquez Gómez y Pino aquí y allá promueven la rebelión contra el Dictador que ya parecía árbol navideño por tanta corcholata como le habían pegado en su traje de luces. El árbol, para no caer ante la embestida del huracán, se adornó con ramas modernistas: Demetrio Sodi, ministro de Justicia; Norberto Domínguez, de Comunicaciones; Francisco León de la Barra, de Relaciones. Ni por esas logra mantenerse en pie. León de la Barra asume interinamente la presidencia con un gabinete azul: los Vázquez, Calero, de la Peña. Irrumpe la diáspora. Dos se van con Díaz al Viejo Mundo. Madero sube, Pino lo copilotea. Calero, Abraham González y Díaz Lombardo lo sirven en el gabinete. Cosa de una docena de modernistas asume curules, gubernaturas, subsecretarías. Garza Aldape se alía en aventura de sedicioso con Reyes. Emilio Vázquez se pone a las órdenes del rebelde Pascual Orozco. Angeles combate contra los insurrectos del Sur. Lascurain sucede a Calero en Relaciones. Tablada, con sus poemas satíricos y obscenos, contribuye al desplome de Madero. Continúa la diáspora. Madero, Pino, Abraham González y Belisario Domínguez, por úcase de Huerta, pasan al otro mundo. Otros nomás cambian de continente. Huerta restaura a científicos e instaura a unos quince modernistas en el poder: Lascurain gobierna al país el 19 de febrero de 1913 mientras se mete el sol. Esquivel, Gamboa, Tablada, Chávez, González Martínez, Alcocer, Pereyra y otros intelectuales azules caen en la abyección huertista.[15] Carranza se opone al régimen de Huerta; luego le dice sí, y por último lo repudia dizque por la pura rabia que le causó al varón de Cuatro Ciénegas el que Huerta rechazase su ayuda. Aunque no por el desafecto de Carranza, Huerta se viene abajo. Sube Carvajal, quien le pasa los trastos a Carranza. Este se muestra rencoroso con los intelectuales servidores del dictador caído. Los malqueridos, en lugar de ponerse a escribir las leyes requeridas por la revolución triunfante en aquel Congreso Constituyente que operaría con tan pocas cabezas, en la ciudad de Querétaro, que haría sin mayo-

[15] José Fuentes Mares, *La Revolución Mexicana*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1972, pp. 73-74.

res refinamientos la constitución de 1917, se van a recorrer el mundo, a entrar en contactos efímeros con desterrados de la misma camada, pero de otros países de Hispanoamérica.[16]

Para 1915 la mitad de la centuria azul sobreviviente vive con apuros fuera de su patria. El destierro los transfigura. Por una parte, como dice José Emilio Pacheco, la generación "pierde las ilusiones del europeísmo, adquiere una perspectiva continental, siente que pertenece a una nacionalidad única formada por todos nuestros países" hispanohablantes.[17] Por otra, vigoriza su antimperialismo. Algunos botones de muestra: *Los capitales extranjeros*, de Díaz Dufoo,[18] *México y los Estados Unidos ante el derecho internacional*, de Esquivel Obregón,[19] *El mito de Monroe*, *Bolívar y Washington*, *La obra de España en América* y la monumental *Historia de América Española*, de Pereyra.[20] El destierro, además, los limpia de preciosismos y de actitudes diabólicas y los conduce a la reflexión metafísica. Bastan como botones de muestra: *Serenidad*, *Elevación* y *Plenitud*, de Nervo, y *La muerte del cisne*, *El libro de la fuerza* y *Parábolas*, de González Martínez.[21] Los desterrados de la onda política generalmente se hunden en el escepticismo y en el silencio.

También los que se quedan cambian a fuerza de ver horrores cometidos por una "multitud estólida, semidesnuda y pestilente". En Pacheco se lee: "Los zapatistas irrumpen en el jardín japonés que Tablada cultiva en Coyoacán . . . se van en seguida pero no sin dejar su huella, brutal y verdadera." Los libros de muchas bibliotecas son arrojados de sus anaqueles; los archivos locales entregados a las llamas; las obras de arte, destruidas o vendidas a vil precio.[22] En 1915 y 1916, México vive en un vivo ardor. Carranza no consigue imperar sobre tantos ejércitos combatientes. Los modernistas adictos a la abyecta política andan cada uno por su lado. Angeles apoya a Villa. Pesqueira, Martínez Solórzano, Aguirre y Rojas contribuyen al Congreso Consti-

[16] José Bravo Ugarte, *México independiente*, Salvat Editores, Barcelona, 1959, pp. 313-319.

[17] *José Emilio Pacheco (Int.) Antología del modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970; vol. I, pp. XLVIII y XLIX.

[18] Carlos Díaz Dufoo, *México y los capitales extranjeros*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1918.

[19] Toribio Esquivel Obregón, *México y los Estados Unidos ante el derecho internacional*, Herrero Hermanos Sucesores, México, s. f.

[20] Carlos Pereyra, *La obra de España en América*, Biblioteca Nueva, Madrid, s. f. *El mito de Monroe*, Editorial América, Madrid, s. f. *Historia de la América Española*, Editorial Saturnino Calleja, Madrid, 1920-1925. *Breve historia de América*, Aguilar, Madrid, 1930.

[21] José Luis Martínez, *Literatura mexicana. Siglo XX. 1910-1949*. Antigua Librería Robredo de J. Porrúa Hnos., México, 1949-1950, vol. 11, pp. 56 y 86.

[22] Pacheco, *op. cit.*, p. L.



"Si vas a Tlaxcalantongo/ procura ponerte chango/ porque allí a Barbastenango/ le sacaron el mondongo."

tuyente de 1916. Serratos se esfuma con los convencionistas. A Carranza, contra su voluntad, le hacen una nueva constitución, no lo dejan imponer a Bonillas y lo dejan frío en Tlaxcalantongo y lo rematan con la siguiente cuarteta:

Si vas a Tlaxcalantongo
procura ponerte chango,
porque allí a Barbastenango
le sacaron el mondongo.[23]

En el quindenio de 1920 a 1934, quizá por no haberse puesto changos, quizá por su escasa solemnidad, los militares y políticos azules son excluidos de la política y de la milicia. La generación siguiente asume las riendas de la república. Los generales y licenciados modernistas obtuvieron la jubilación forzosa entre los 45 y los 60 años de edad. En cambio, los cultos que habían sobrevivido a los excesos etílicos o que no habían sido viciosos volvieron a timonear la república de las letras en sana paz con revolucionarios y aun epirrevolucionarios, como lo demuestran los versificadores Tablada y González Martínez, el economista metido a dramaturgo Carlos Díaz Dufoo, el pedagogo vuelto historiador Gregorio Torres Quintero y los enciclopedistas Ezequiel Chávez, Agustín Aragón, Manuel M. Campos y muchos más.[24] La

[23] Gabriel Zaid, *Omnibus de poesía mexicana*, Tercera Edición, Siglo XXI Editores, México, 1973.
[24] González Peña, *op. cit.*, pp. 280-281.

generación azul, por imaginativa, emotiva y proteica, compartió con los revolucionarios la dirección intelectual laica del país en los veintes, y aun hasta bien entrados los treintas, y en otros terrenos hizo otro tanto. Así los muy pocos empresarios del grupo y los numerosos clérigos del mismo.

En el quindenio 1920-1924, prohombres de la generación modernista asumieron plenamente la dirección religiosa del país. La gran mayoría de los jerarcas eclesiásticos pertenecían a un equipo generacional desafecto al antiguo régimen porfírico, pero también a las maneras bruscas del grupo revolucionario. Quizá el predominio de obispos y arzobispos azules explique, por lo menos parcialmente, la derrota de la rebelión cristera, rebelión lidereada por gente de una camada más joven que no contó con el apoyo del grueso de la jerarquía sacerdotal, tan obedecida por las masas católicas.[25] Por lo general, los grandes del modernismo no fueron conformistas, pero tampoco hombres de armas tomar. En su lenguaje abundó el término evolución, sin r inicial. Querían el cambio "con noble lentitud". Se trata de espíritus sentimentaloides incapaces de matar una mosca; gente preocupada por alcanzar "la luz de un nuevo día" pero no a fuerza de producir incendios; individuos muchas veces de juventud etílica y erótica, pero de madurez y senectud amable y cordialísima.

Para 1934, la mitad de los modernistas o azules sobrevivientes, por razones de edad (su promedio de vida es de 70 años) ya se habían apartado del diabolismo, ya estaban en plena reconciliación con Dios y ya eran la gente más venerada, en asuntos intelectuales, por el común de la clase media, y en materia de religión, por amplios sectores del pueblo. Incluso desde la llegada del cardenismo al poder, tras de perdonarles su despiste político, su frivolidad, su perpetua oscilación entre la dignidad y la ignominia, son declarados precursores del agrarismo y del laborismo y maestros de la actitud antiimperialista, sin tomar en cuenta que su anglofobia, como dice Octavio Paz, "no estaba fundada en una ideología política y económica, sino en la idea de que la América Latina y la América de lengua inglesa representan dos versiones distintas y probablemente inconciliables de la civilización de Occidente".[26] Como quiera, los modernistas no disonaron con el cardenismo, o por lo menos, tuvieron menos roces con él que la minoría de la

[25] Jean Meyer, *La cristiada*, vol. III, pp. 303-311.

[26] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, segunda edición, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

generación revolucionaria,

la de los nacidos entre 1875 y 1890, en la zona temporal que corre desde la primera reelección presidencial de Lerdo hasta la segunda reelección de Díaz, la camada de los que ya no sufrieron las atrocidades de las guerras de Reforma e intervención francesa ni las luchas pacificadoras de Díaz contra militares rebeldes, bandoleros de camino real e indios nómadas.[27]

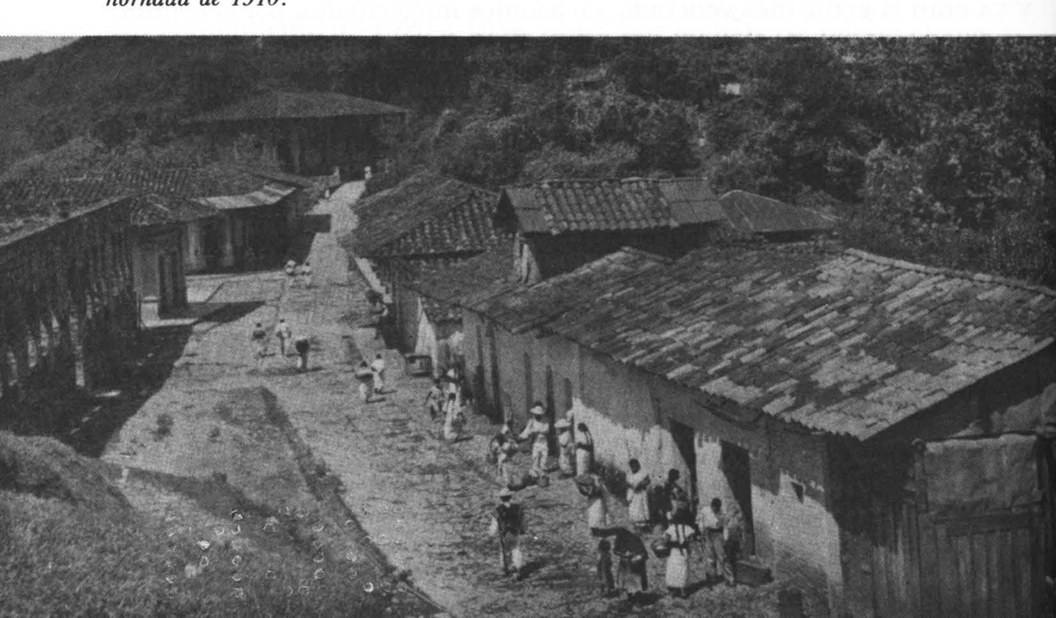
En los tiempos en que les tocó nacer a estos protagonistas de la revolución mexicana, la población de la república era aproximadamente de diez millones de habitantes.[28] Un 12% vivía en la zona del sur, la tierra del dictador Porfirio Díaz que sólo adujo un 3% de los grandes de la revolución.[29] Un 5% poblaba la zona del sureste o península de Yucatán, donde comenzó el 4% de los líderes destruc-

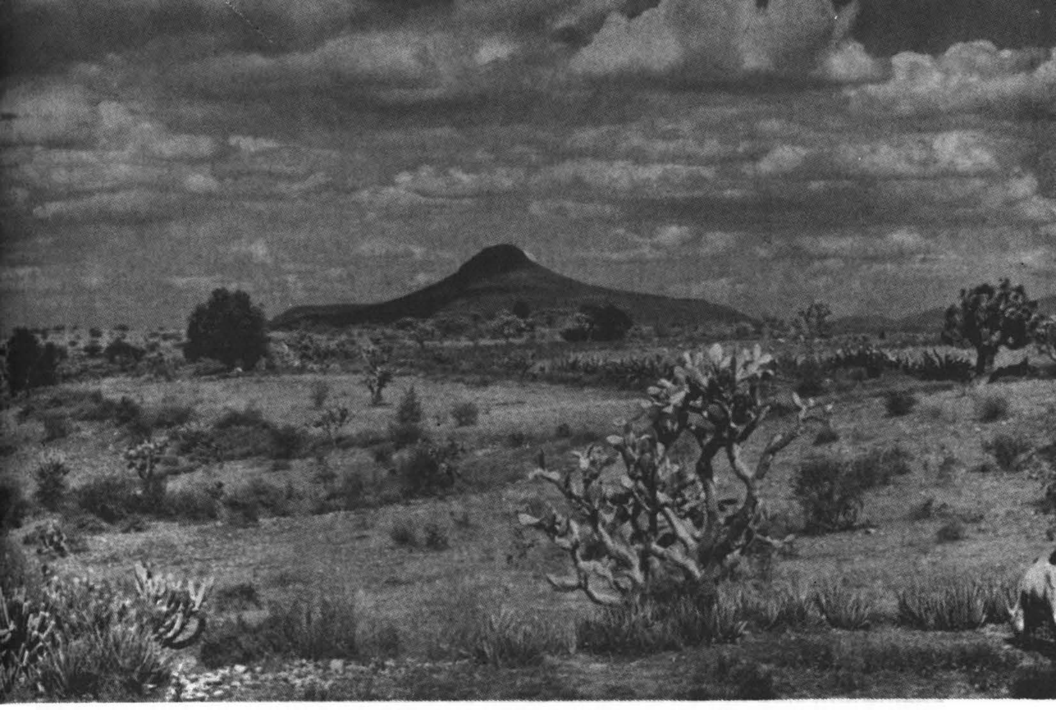
[27] Los datos biográficos de los miembros de la *élite* de la generación revolucionaria han sido distraídos en su mayor parte de las obras mencionadas en la nota 1 de este mismo capítulo.

[28] Luis González [et al]. *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida Social*, Editorial Hermes, México, 1956, p. 51. Un puñado de miembros de la generación revolucionaria nació fuera de México: William O. Jenkins, Julio Lacaud Rodd, Agustín Anfossi, Aldo Baroni, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo, etcétera.

[29] En los Estados del Sur (Oaxaca, Chiapas, Guerrero) nacieron Manuel García Vigil, Alfonso Alarcón, Andrés Figueroa, Ricardo Flores Magón, Querido Moheno, José Vasconcelos, David G. Ramírez y Leopoldo Díaz.

". . . En la región media del Golfo, en Tabasco y Veracruz, habitaba el 6% de la hornada de 1910."





". . . Los estados centrales (de Puebla al estado de México y de Hidalgo a Morelos) . . ."

tores del antiguo régimen.[30] En la región media del golfo, en Tabasco y Veracruz, habitaba el 6% de la población que acunó el 6% de la hornada de 1910.[31] El noreste era morada del 4% de la gente del país y fue cuna del 4% de los notables de la revolufia.[32] Los estados centrales (de Puebla al estado de México, y de Hidalgo a Morelos) hospedaban al 25% de la gente y únicamente adujeron al 10% de los dioses mayores de la lucha contra Díaz.[33] Esto es: el México situado al oriente del meridiano ciento, patria de poco más de la mitad de la población de entonces, sólo aportó la cuarta parte de la pléyade revolucionaria. Hacia 1880, el 26% de los mexicanos vivía al occidente del meridiano

[30] Eran nativos de Yucatania los campechanos Rafael Zubarán, Miguel Lanz Duret y Manuel Puig Casauranc y los yucatecos Carlos J. Menéndez, Felipe Carrillo Puerto y Antonio Mediz Bolio.

[31] Fueron nativos de Veracruz Francisco Lagos Cházaro, Adalberto Tejeda, Manuel Chao, Heriberto Jara, Cándido Aguilar y Erasmo Castellanos Quinto, y de Tabasco Félix Fulgencio Palavicini y J. D. Ramírez.

[32] Entre los oriundos de Nuevo León y Tamaulipas se cuentan Alfonso Reyes, Pablo Quiroga, Antonio Villarreal, Moisés y Aarón Sáenz, Nemesio García Naranjo, Emilio Portes Gil y Enrique Goroztieta.

[33] Puebla acunó a Luis y Rafael Cabrera, Pastor Rouaix, Aquiles Serdán, Miguel Quintana, Eduardo Tamariz, Joaquín Cardoso e Isaac Ochoterena; Querétaro, a Federico Mariscal, Agustín Legorreta y José Siurob; Morelos, a Emiliano Zapata y Otilio Montaño; el Estado de México a Isidro Fabela y Maximino Ruiz y Flores, y el estado de Hidalgo a José Parrés, Efrén Rebolledo, Alfonso Cravioto y Bartolomé Vargas Lugo.

100, de donde fue oriundo el 76% de la élite destructiva. En la zona centro norte, tierra del 10% de los habitantes de la república, comenzó el 13% de las famas que salieron a escena en 1910. El noroeste (de Nayarit a California), residencia del 3% de la población, produjo el 10% de los peces gordos de la revolución, y el mero norte, morada del 5%, dio el 24%. En suma, las tres cuartas partes de los protagonistas del México nuevo brotaron en un nuevo México que antes del siglo actual había influido relativamente poco en los destinos del país.

Por primera vez en nuestra historia será mayor el número de prohombres oriundos del otro México, tan escasamente indio y todavía con escasa población urbana; del México bárbaro. Por primera vez sólo un décimo de una minoría rectora será metropolitana por nacimiento.[34] Más de la mitad de las futuras glorias comenzó en sitios que distaban de diez a cuarenta días de la capital a buen paso y en buen potro. Un 50% fue parido en las estepas nórdicas y casi tres cuartos criados allá, pues en los años ochenta estuvo de moda la emigración a los nortes, atraída por el cuento del oro, de la plata y de las tierras baldías.[35] La

[34] Entre los líderes "revolucionarios" del D.F. se cita a Jorge Vera Estañol, Francisco Modesto Olaguíbel, Luis Lara Pardo, Roberto Esteva Ruiz, Fernando Ocaranza, Juan Sánchez Azcona, Alberto María Carreño, Eduardo Hay, Joaquín Gamboa, Mariano Cuevas, Rafael Martínez, Jesús Tito Acevedo, Manuel Gamio, Genaro Fernández McGregor, Joaquín Gallo, Alfonso Pruneda, Augusto Genin, Roberto García Loera, Joaquín Cordero, Manuel Fulcheri, Juan Lainé y Manuel Toussaint.

[35] Un catálogo selectivo de los oriundos de las tierras mexicanas al oeste del meridiano 100 es el siguiente: Aguascalientes, Alberto J. Pani, Saturnino Herrán, Aquiles Elorduy y José Elizondo; San Luis Potosí, Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Nieto, David Alberto Cossío, Juan Barragán y Julián Carrillo; Zacatecas, Alfonso Toro, Francisco Murguía, Alfredo Méndez Medina, Ramón López Velarde, Francisco Goitia, Manuel M. Ponce, Roque Estrada, Manuel C. Téllez, Joaquín Amaro y Roberto Soto; Nayarit, Luis Castillo Ledón; Sinaloa, Benjamín Hill, Salvador Alvarado, Rafael Buelna, Genaro Estrada, Rodolfo Fierro y Francisco Serrano; Sonora, Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta, Abelardo Rodríguez, Francisco Elías, Cosme Hinojosa, Ramón P. de Negri, Juan Cabral, Arnulfo Gómez, Manuel Mascareñas; Chihuahua, Pascual Orozco y Martín Luis Guzmán; Durango, Domingo Arrieta, Ignacio Asúnsulo, Francisco Castillo Nájera, José Agustín Castro, Joaquín López Negrete y Pánfilo Natera, y Coahuila, Rafael Hernández, Manuel Aguirre Berlanga, Eulalio Gutiérrez, Lucio Blanco, Gertrudis Sánchez, Roque González Garza, Jesús Acuña, Julio Torri, Alfredo Breceda, Vito y Miguel Alessio Robles, Benjamín Argumedo, David Berlanga, Artemio de Valle Arizpe, Gustavo Madero, Manuel Pérez Treviño, Tomás Urbina, Jesús Acuña y Melquiades Angulo; Jalisco, Nicolás Corona, Manuel J. Yerena, Ignacio de Alba, Anastasio Hurtado, Vicente Camacho, José Garibi Rivera, José López Portillo y Weber, Anacleto González Flores, Sotero Prieto, Pedro de Alba, Basilio Vadillo, Pascual Díaz Barreto, Severo Díaz, José Guadalupe de Anda, Miguel Palomar, José Clemente Orozco, José María Lozano y Rodolfo Reyes Ochoa; Michoacán, Ernesto Espinosa Porset, Salvador Martínez Silva, Francisco J. Múgica, Rafael Sánchez Tapia, José María González Valencia, Luis M. Altamirano, Luis M. Martínez, Antonio y Rafael Guízar y Valencia, Martín Castrejón, Pascual Ortiz Rubio, José Alvarez, José Elguero Alfredo Maillefert, José Rubén Romero, Ramón Martínez Silva y Celestino Fernández y, de Guanajuato, Federico Escobedo, Diego Rivera y Fernando González Roa.

élite revolucionaria fue en gran medida norteña ya por nación, ya por naturalización. Fue también más rústica que las minorías rectoras anteriores. En la pléyade de la reforma militó un 28% de nacidos rústicos; en la porfírica, un 32%; en la de los científicos, un 20% de hombres de oriundez campesina, y cosa nunca vista con antelación, de crianza rural. No es, por supuesto, una *élite* ajustadamente representativa de los tres estratos nacionales. Ninguno de sus componentes provino del sector indígena. Con todo, fueron menos de los que debían haber sido los provenientes del sector ranchero.

Desde otro punto de vista, tal hornada difería apenas de las que hicieron, consolidaron y chotearon la reforma liberal. Como en las generaciones aquellas, la mayoría de ésta fue integrada por retoños de clase media, productos de gente ni fu ni fa, vástagos de padres de la medianía, de padres ansiosos de tener hijos que fueran más que ellos, con más dinero, sabiduría y poder que ellos; de progenitores noroccidentales que no se resignaban a quedarse a medio camino y temerosos de cualquier retroceso. Quizá ochenta de cada cien le llamaron papá a un señor de chaqueta y barbita, profesor de escuela o agente viajero o enmarañador de pleitos, o pequeño burócrata o empleado del comercio o comerciante al menudeo, o matasanos o explotador de una pequeña propiedad, o arriero de una recua de mulas. Quizá no más de una docena nació en chozas campesinas o en vecindades obreras. También fueron muy pocos los de estirpe millonaria. Aunque no es fácil reconstruir el status social y económico de las familias donde muchos de ellos se originaron, aunque sólo se tienen noticias ciertas de poco más de la mitad, no es improbable la afirmación siguiente: las figuras de la familia revolucionaria salieron de las clases medias, no obstante que en el último cuarto del sigo XIX esas clases no sumaban ni un décimo del haber demográfico.

Cosa de veinte de los futuros 200 líderes de la revolución no asistieron a la escuela y no conocieron ni por los forros los textos escolares, si bien algunos de esa veintena iletrada llegaron a escribir garabatos y a leer entrecortadamente. Cosa de quince sólo cursaron la educación elemental y otro número parecido siguió estudios de nivel medio, una docena hasta conseguir el título de bachiller. Todos pasaron por la crianza hogareña; casi todos, por la educación parroquial, y también muchos por la enseñanza impartida en las pocas escuelas del porfiriato. En el instante de cumplir los catorce, en la adolescencia, durante el quindenio de 1890-1905, en pleno auge de la paz y la dictadura por-



". . . Como en las generaciones aquellas, la mayoría de ésta fue integrada por retoños de clase media, productos de gente ni fu ni fa, vástagos de padres de la medianía . . ."

fírica, dos tercios, siete de cada diez siguieron calentando los pupitres de algún plantel educativo. De dos a tres docenas, en seminarios eclesiásticos; otra docena, en los colegios que las órdenes religiosas volvieron a abrir durante la paz porfírica; otra, en las escuelas normales, hechura del régimen de Díaz, y lo gordo de los demás, en la aún famosa que ya no digna de su fama Escuela Nacional Preparatoria. Aquí, según recuerda Alfonso Reyes, alumno del plantel que hizo célebre a Barreda, la herencia de éste se había "secado en los mecanismos del método . . No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaba en aquella escuela" a fines del XIX y comienzos de este siglo. "No alcanzamos ya —escribe Reyes— los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata [la modernista], sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos." La mata del positivismo "se había convertido en una rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros programas de estudios".[36]

"Al final de los cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario."[37] El 28% de la pléyade revolucionaria llegó a tener patente de abogacía, y por ende, de orador. La oratoria era una parte sustancial de la formación de entonces. "Desde la Constitución de 1857 el culto a la oratoria era muy vivo en México."[38] La cultivaban con particular cariño los leguleyos y los sacerdotes. El 7% de la hornada fue de sacerdotes. Algunos de éstos obtuvieron su consagración sacerdotal en Europa o en los Estados Unidos. También algunos de los que formarían el sector artístico de la generación, redondearon su trato con las musas en el viejo mundo. El estudiar fuera comenzaba a hacerse costumbre. También los aspirantes a las ramas cientificotécnicas de la cultura salieron en muchas ocasiones a pulirse en el extranjero, y ya no sólo en París o en Roma, como

[36] Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*. El Colegio de México, México, 1941, pp. 28-30: "Aunque los laboratorios no seguían desarrollándose en grado suficiente, mejor libradas salían la Física y la Química; pero tendían ya a convertirse en ciencias de encerado, sin la constante corroboración experimental que las mentes jóvenes necesitan . . . La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas. Sólo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana . . ."

[37] *Ibid*, p. 35.

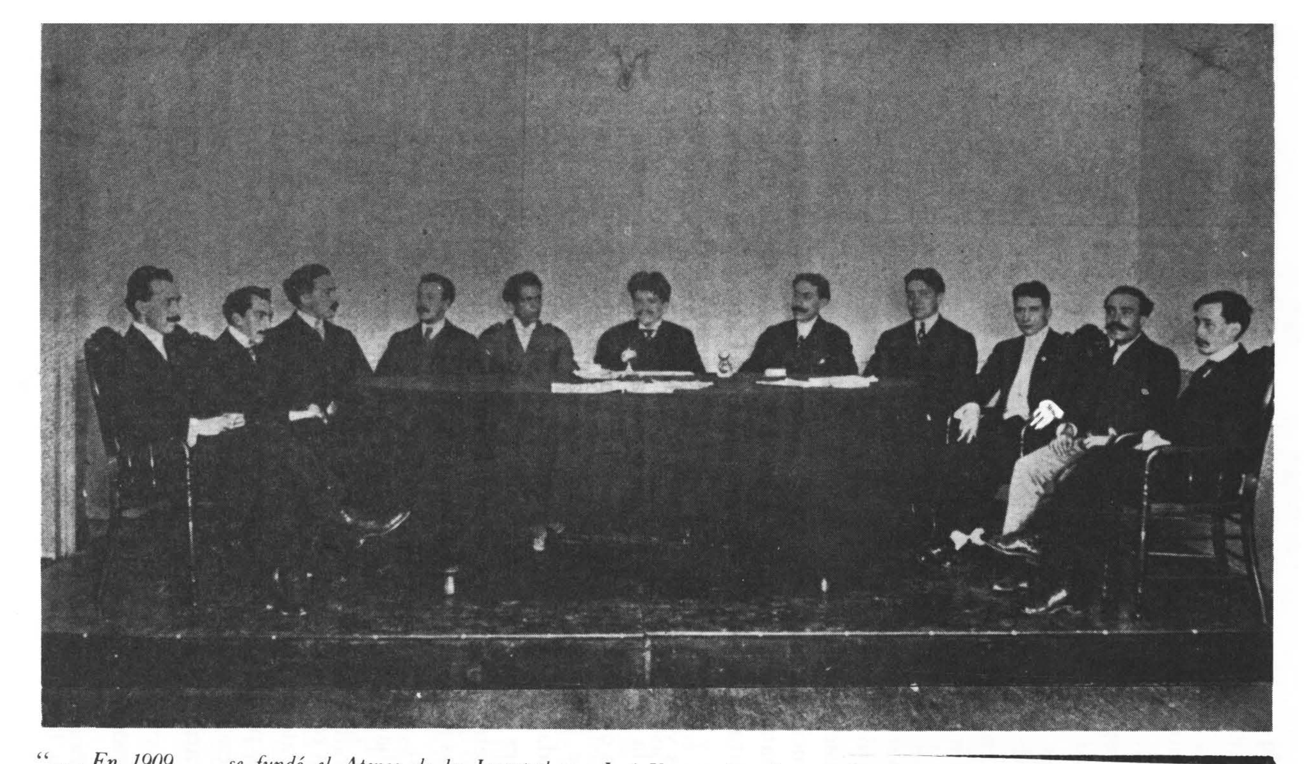
[38] *Ibid*, p. 37.

antes. Varios se pulieron en institutos de enseñanza superior de los Estados Unidos. Sirvan de botones de muestra Eduardo Hay, alumno en la Universidad de Notre Dame, Manuel Gamio, en la Columbia. La parte instruida de la generación del Centenario fue menos afrancesada que las generaciones precedentes, fue la primera que aspiró una buena dosis de pochismo, de cultura yanqui o gringa.

Un 66% de los revolucionarios pudo llegar a poner delante de su nombre alguna de las siguientes siglas prestigiosas: Lic., Dr., Ing., P. y Prof. Contra lo usual, los maestros de instrucción primaria abundaron en ésta si se compara con las generaciones precedentes. El 7% del conjunto de la élite hacedora de la revolución fue de profesores. No sólo Plutarco Elías Calles y Otilio Montaño ejercían ese oficio. Otros nueve que también llegarían a consejeros de jefes militares o burócratas de envergadura iniciaron su carrera pública en alguna escuelita de primeras letras. El 15% obtuvo su consagración sacerdotal; esto es, como maestros de enseñanza en las iglesias. La oncena de profesores y las dos oncenas de sacerdotes se constituirían con el tiempo en los enemigos más irreconciliables entre sí adentro de la minoría rectora de la revolución. Esta tuvo otras dos oncenas, menos mal llevadas entre sí: la oncena de los médicos y la oncena de los ingenieros. También se lució con un cuarteto de la brocha, un dúo de los andamios y un dúo del pentagrama.

Por lo general, maestros, sacerdotes, médicos, ingenieros y artistas empezaron a ejercer sus respectivos oficios desde el día en que recibieron su diploma. En cambio muy pocos leguleyos abrieron bufetes o enredaron pleitos judiciales. Los más se dieron de alta como periodistas: Miguel Angel Menéndez, los luises Lara y Cabrera, los rafaeles López, Sánchez y Martínez, y Rodolfo Reyes, el primogénito del secretario de la Guerra, que hizo periodismo para conseguir llevar a su padre al Palacio Nacional. No fueron menos los jóvenes abogados metidos a poetas (Alfonso Cravioto, Julio Torri, Efrén Rebolledo, Alfonso Reyes, Antonio Mediz Bolio *et al*) o a novelistas (Carlos González Peña, Martín Luis Guzmán y Artemio del Valle Arizpe) o a dramaturgos y comediógrafos (José Elizondo el de *Chin-chun-chan* y Joaquín, el del drama de *La carne* y la zarzuela de *La soledad*). En cambio, sólo un médico se metió con la literatura: el versificador Rafael Cabrera.

Los del ala intelectual de la pléyade revolucionaria fueron muy sensibles desde jóvenes a la opresión intelectual junto con la política y económica. "Veíamos que la filosofía oficial —escribe don Pedro

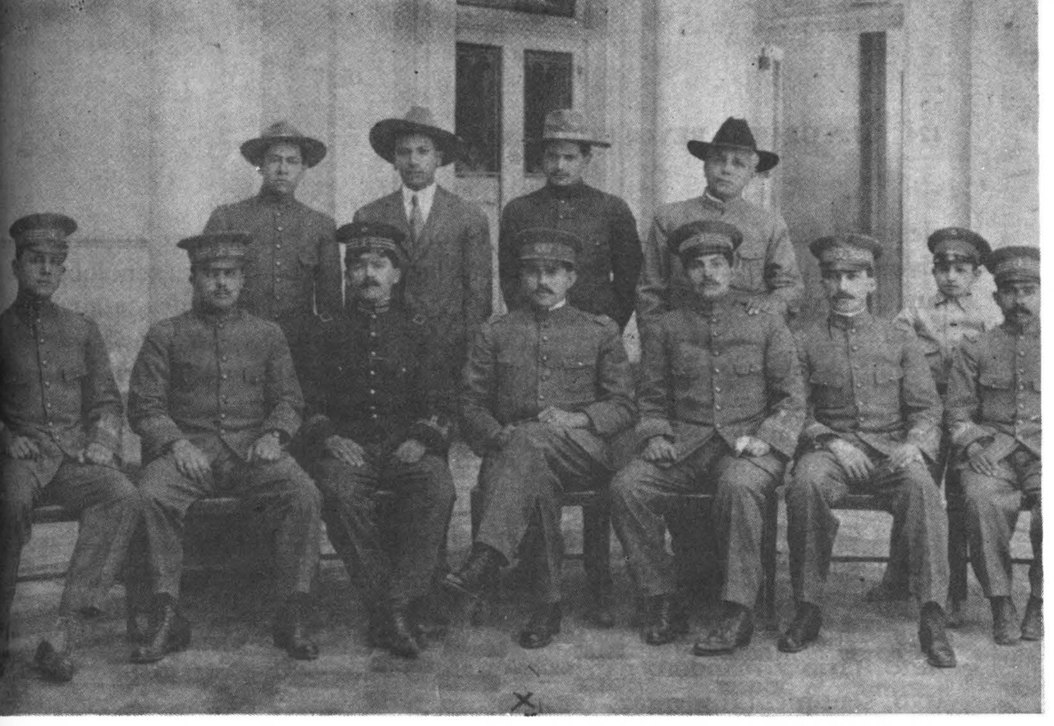


"... En 1909 ... se *fundó* el Ateneo de la Juventud con José Vasconcelos, Antonio Caso, **Isidro Fabela, Mariano Silva y Aceves, Pedro Henríquez,** Nemesio García Naranjo, **Alfonso Reyes y otros aspirantes** a hombres decisivos."

Henríquez Ureña— era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos ... tomamos en serio a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce ... Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos a la literatura española. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*."[39] Con la exposición promovida por Gerardo Murillo o el Dr. Atl en 1906, donde empezó a darse a conocer Diego Rivera, la pintura de los relamidos académicos fue atajada de golpe. Al siguiente año, en un ciclo de conferencias sobre temas helénicos, la nueva hornada intelectual exhibió ante el público ideas tan escabrosas como la de la democracia. En 1908, en una manifestación en memoria de Gabino Barreda, la juventud que salía de las escuelas de alta cultura declaró su amor a la juventud de la reforma, cuyo parecido con la generación de sesenta años después era indudable. En 1909, los nuevos revolucionarios emprendieron el derrumbe del héroe del 2 de abril y de mil batallas más: Pérfido Díaz. En ese año se fundó el Ateneo de la Juventud con José Vasconcelos, Antonio Caso, Isidro Fabela, Mariano Silva y Aceves, Pedro Henríquez, Nemesio García Naranjo, Alfonso Reyes y otros aspirantes a hombres decisivos.[40] Por otra parte, en ese año, la mayoría de la futura minoría rectora de la revolución había salido de su terruño, se había concentrado en la capital de la república donde también despachaban, repegaditos a don Porfirio, los de la camada científica, los preferidos por el odio de los ateneístas. Los jóvenes intelectuales esgrimieron la pluma como si fuera espada o machete desde las vísperas del centenario de la Independencia.

Los jóvenes que andando el tiempo serían héroes militares de la revolución, también sentían la opresión del régimen presidido por Díaz, pero hacia 1909 peleaban únicamente por ganarse el sustento. Treinta y seis futuros guerreros aún pasaban desapercibidos, los más empeñados en obtener, a fuerza de labores rudas, su cuota de gorda y frijoles. Catorce eran gente de campo; algunos de categoría y los más de medio pelo. Diez ejercían la compra y venta en corta escala; cinco eran empleados de ferrocarriles y otros cinco, trabajadores mineros. Al contrario de los intelectuales, estos futuros próceres no se frecuentaban

[39] Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 612.
[40] Patrick Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana*, El Colegio de México, México, 1954.



"Los jóvenes que andando el tiempo serían héroes militares de la revolución".

entre sí, vivían en terruños distintos y distantes. Eso sí: los jóvenes agricultores, ferrocarrileros y comerciantes se codearon entonces cotidianamente con la gente del vulgo. Conocieron, por haberla visto o vivido, la vida rigurosa de los de abajo, la existencia apaleada por caciques y latifundistas, mucho más de cerca que todos los de la generación azul y que los jóvenes intelectuales revolucionarios.

Mientras los cultos querían acabar con la dictadura a plumazos dirigidos contra el positivismo, considerada la doctrina oficial de aquel régimen; mientras los incultos todavía no escogían arma para derrocar al general Díaz, los de vocación política se juntaban en clubes revolucionarios, presididos por uno de la generación azul: Ricardo Flores Magón. Así Antonio Díaz Soto y Gama, Pascual Ortiz Rubio, Pablo González, Antonio Villarreal, Eulalio Gutiérrez, Adolfo de la Huerta, Enrique Estrada, Práxedis Guerrero, Manuel Diéguez y Pascual Orozco se afiliaron desde antes de la crisis de 1908 a los clubes liberales promovidos por Camilo Arriaga desde San Luis Potosí.[41] Los hubo que se expatriaron en vísperas de la fecha clave. En los Estados Unidos hicieron migas con ideólogos de la revolución total, con fuerzas proletarias en pie de lucha y sindicatos. Estos, en julio de 1906, expidieron

[41] L. González, *op. cit.*, pp. 103-104.

desde el *San Luis Missouri* un plan revolucionario que admite los adjetivos de antirreleccionista, antimilitarista, libre pensador, xenófobo, anticlerical, laborista y agrarista. Ese plan exige 50 reformas, a cuya realización acudieron con sus puños los huelguistas del mineral de Cananea, agitados por Manuel Diéguez y trabajadores textiles de Puebla, Tlaxcala y Veracruz con la hechura de una explosión popular conocida con el nombre de huelga de Río Blanco.

Desde los años pintos de 1908 y 1909, cuando en algunos lugares llovió más de la cuenta y en otros menos de lo necesario, cuando la pizca de maíz y frijol, ya de por sí deficiente, se redujo, ya se vio claro que los jóvenes aspirantes a tomar las riendas del país (ateneístas, clubianos, rerunovadores *et al*) no eran de la especie conciliadora, eran de índole apasionada, de tipo violento y terco, perseverante y honorable, autoritario y mandón, patriótico y ambicioso, vindicativo y superactivo, sentimental y veraz. La nueva camada rectora en vías de imponerse ya no inventó componer su mundo por las buenas, aun cuando le tomó la palabra a Díaz ("No aceptaré una nueva elección y vería con gusto la formación de un partido oposicionista en la República") y se dio a formar partidos de lucha. Mientras los viejos celebraron con verdadero gusto el centenario de la independencia de México, los jóvenes y los adultos jóvenes acaudillados por el modernista Francisco Madero le decían al dictador por boca de su caudillo: Si usted permite el fraude electoral "y quiere apoyar ese fraude con la fuerza, será repelida


". . . también sentían la opresión del régimen presidido por Díaz . . ."



por el pueblo resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la ley."[42] Mientras el tirano arrojaba a la cárcel al retador y a buen número de sus seguidores y presidía, vestido de gala, cañonazos, discursos, marchas triunfales, verbenas, luces de bengala, inauguración, desfiles, repiques de campanas, exposiciones y demás adornos de las fiestas en honor de los hombres que nos dieron patria, la *élite* juvenil se esforzaba "por llegar a algunas conclusiones, por provocar un saldo y pasar, si es posible, a un nuevo capítulo de la historia patria . . . Se trataba de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria; de probarse a ellos mismos que algo debía acontecer . . ."[43] Mientras el dictador se declaraba reelecto para el período 1910-1916, la parte más violenta de la *élite* juvenil secundó el plan de San Luis, que negó al orondo dictador el triunfo en las elecciones, lo acusó de abusivo y le avisó a las claras que a partir de las seis de la tarde del 20 de noviembre de 1910 comenzaría la demolición de su dictadura.

Como todo mundo sabe, la franqueza de los bien dispuestos a empezar la demolición produjo arrestos, detenciones y desapariciones de muchos de los inscritos en la campaña demoledora, pero no de todos, y mucho menos de los que aún no asomaban. Desde los finales de 1910 brotaron insospechados caudillos militares contra Díaz: Pancho Villa y Pascual Orozco, en Chihuahua; Eulalio Gutiérrez y Lucio Blanco, en Coahuila; Benjamín Hill y Salvador Alvarado, en Sonora; Domingo Arrieta y Agustín Castro, en Durango; Antonio Villarreal, en Nuevo León; Andrés Figueroa, en Guerrero y Rafael Sánchez Tapia, en Michoacán. Entre todos, con pobres ejércitos anhelantes de haber y de botín, y con pistolas, escopetas y fusiles en desuso, en menos de un semestre derrumbaron al presidente-emperador y a su corte de "científicos". En seguida condujeron con toda legalidad al cuarentón don Francisco I. Madero a la primera magistratura del país. Pero el primer magistrado no correspondió con la misma moneda. Al integrar su gabinete se olvidó de los jóvenes revolucionarios, de los que andaban entre los veintiuno y los treinta y seis años de edad, excepción hecha de su primo Rafael Hernández y de su hermano Gustavo Madero que no ocupó puesto alguno, pero que según la opinión pública llegó a ser un

[42] *Ibid,* pp. 108-109.
[43] A. Reyes, *op. cit.*, p. 54.

superministro sin cartera. Con pocas excepciones, al caudillo de la revolución le dio por gobernar con viejos reaccionarios de la camada "científica", y con hombres indecisos de la generación modernista. En todo caso, a algunos de los jóvenes cabecillas triunfadores sólo se les concede la oportunidad de ser diputados. En 1912 entran al Congreso Luis Cabrera, Luis Manuel Rojas, Querido Moheno, los oradores del cuadrilátero, Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Eduardo Hay, Félix F. Palavicini, Aquiles Elorduy, Heriberto Jara, José Manuel Puig Casauranc, Roque González Garza, Pascual Ortiz Rubio, Luis Castillo Ledón, etcétera.[44] Otros mantienen puestos de mando locales. Quizá los más no obtienen ninguna rebanada del nuevo pastel político. La revolución hecha gobierno les ofrece pocas oportunidades de gobernar a sus hacedores más entusiastas. En el decenio de los diez los puestos políticos de mayor responsabilidad recaerán en miembros de la generación azul, de una generación relativamente poco combativa y poco revolucionaria, lo que le acarrea la animosidad y aun la disidencia de la gente del centenario, de los bélicos paladines nacidos entre 1875 y 1890.

[44] Félix F. Palavicini, *Los diputados*, Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias México, 1976, p. XI.



". . . desde los finales de 1910 brotaron insospechados caudillos militares contra Díaz . . ."

Sobrevienen las disensiones dentro de la familia revolucionaria. A los sacerdotes no les parece la libertad concedida por Madero a los antirreligiosos, y se lo echan en cara. Los jefes modernistas devuelven a sus casas a los de la tropa popular y se olvidan del cumplimiento de algunas promesas de reforma social. Algunos se levantan en armas. Así Pascual Orozco. Así Emiliano Zapata, autor con Otilio Montaño del plan que dice: el pueblo "fue a derramar su sangre para reconquistar libertades . . . y no para que un hombre se adueñara del poder", y ya en él tratara de eludir las promesas que hizo a la nación en el Plan de San Luis Potosí. Por supuesto que las acusaciones del Plan de Ayala no tenían mayor base, pero son ya un claro síntoma del espíritu peleonero de los prohombres de la generación revolucionaria. Aunque las revueltas de Orozco y Zapata no triunfaron, las disensiones entre los vencedores de la dictadura dieron ocasión a que ésta retoñara por obra del "científico" Victoriano Huerta, quien no sólo se limitó, como es bien sabido, a desplazar del poder a Madero y Cía. El dispuso la muerte de la primera figura de la pléyade revolucionaria.[45]

Como reacción al asesinato de Madero, los jóvenes rectores de la revolución volvieron a unificarse; se dieron a la tarea de derribar a Huerta autonombrado presidente. La nueva unificación tampoco duró cosa, ni abarcó a todos. No faltó quien condescendiera a servirle al usurpador: así el cuadrilátero de los picos de oro (Querido Moheno, Nemesio García Naranjo, José María Lozano y Francisco y Benjamín Argumedo) y un trío de políticos despistados: Jorge Vera Estañol, Rodolfo Reyes y Eduardo Tamariz. Ciertamente los demás, encabezados por el viejo Carranza, les pusieron tremenda paliza a Huerta y sus secuaces, pero con sólo ese acto contribuyeron a reducir las filas de la *élite* joven. Diez de los distinguidos de la camada 1875-1890 abandonaron el país, culpables de complicidad con Huerta. Los carrancistas en un santiamén se hicieron de palabras y pelearon entre sí. El bienio 1915-1916 conquistó merecidamente el nombre de "gran escisión revolucionaria".[46] Aquello fue un par de años de desbarajuste, hordas, saqueos, carranceos, impune abolición de hombres, primitivismo, cargas de caballería a lo Pancho Villa, voladura de trenes a lo Pascual Orozco, presidencias efímeras de la República a lo Eulalio Gutiérrez, desconcierto, confusión, sangrienta restitución por cuenta de los zapatistas de tierra y aguas a los pueblos, leyes por cuenta de los carrancis-

[45] Berta Ulloa Ortiz, *La lucha armada (1911-1920)*, Editorial Patria, México, 1976, pp.
[46] *Ibid.*



". . . Al constituyente de Querétaro asistió muy poco de la espuma de la intelectualidad revolucionaria . . ."

tas contra los explotadores de la gente de trabajo y contra los maridos energúmenos, fusilamientos masivos desempeñados por la increíble puntería de Rodolfo Fierro, agitación laboral organizada por batallones rojos, asesinatos gratuitos de algunas luminarias de la generación: el profesor David Berlanga, muerto por los de la bandera de Villa; los profesores Manuel Palafox y Otilio Montaño, muertos por los zapatistas; Benjamín Argumedo, "El León de la Laguna", fusilado por los carrancistas. Como remate, destierro de más de la mitad del directorio revolucionario.[47]

A la hora de darle al país una nueva constitución quedaban en funciones pocos jóvenes revolucionarios capaces de hacerla. La mayoría mejor había sido eliminada por muerte o por exilio. Al constituyente de Querétaro asistió muy poco de la espuma de la intelectualidad revolucionaria, lo que no quiere decir que la carta de aquel congreso no tenga el toque de aquella gente: plataforma democrático liberal sobre las que se asientan prolijas disposiciones de sabor popular (Artículo 27 sobre reparto de tierras a los pobres y Artículo 123 relativo al ajuste de relaciones entre capital y trabajo mediante la vigilancia oficiosa de los contratos laborales, los derechos de organización sindical y de

[47] Fuentes Mares, *op. cit.*, pp. 88-111.

huelga y las garantías sobre el salario y la jornada) y del gusto de los sectores medios nacionalistas (planificación económica por parte del estado, nacionalismo económico y exilio de los sacerdotes de la política, de la economía y de la impartición de la cultura). La Constitución de 1917 resultó esquizofrénica. Tuvo gestos amistosos hacia las masas (artículos acerca de la reforma agraria y la reorganización laboral) y gestos sin duda inamistosos como los artículos anticlericales.[48] Más que un documento unificador fue un arma de combate. De hecho, los más de los productos intelectuales de los jóvenes revolucionarios se distinguen por su belicosidad. Ellos no vinieron a traer la paz sino la guerra.

La trifulca se extendió a todos los campos. En el de la filosofía, las principales manifestaciones bélicas fueron *La existencia como economía y como caridad*, de Antonio Caso, y *El monismo estético*, de José Vasconcelos; en el de la literatura, los poemas eróticos de Efrén Rebolledo, los *Ensayos y poemas* irónicos de Julio Torri, la agridulce *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, y la exaltación de la vida de la pequeña ciudad del emotivo Ramón López Velarde; en el ensayo, *La querella de México*, presentada por Martín Luis Guzmán, las consideraciones de Jorge Vera Estañol *Al margen de la constitución*, y los ensayos *Pro Patria* de David Berlanga, en las artes, las *Disertaciones* del arquitecto Jesús T. Acevedo, *La patria y la arquitectura nacional* de Ignacio Mariscal, la expresión pictórica de la vida revolucionaria que emprendió José Clemente Orozco, la revolucionaria técnica cubista que adoptó Diego Rivera en aquel entonces. "El baile de la Revolución" de Francisco Goitia, las transcripciones de música popular a música culta hechas por Manuel M. Ponce y varios esfuerzos del músico Julián Carrillo, director de la Orquesta Sinfónica de México. También la consigna de los jóvenes intelectuales fue la de "fuego en toda la línea".

Alguien podría atribuir la combatividad de la generación de 1910 a su juventud, a la circunstancia de que en los años diez todos eran veintiañeros o treintañeros, a que todavía no sentaban cabeza. La verdad es distinta. Aquellos jóvenes, ni se deshicieron del rifle y de las plumas envenenadas, ni abandonaron la costumbre de combatir contra esto y aquello, contra el antiguo régimen, contra las antes consideradas potencias madrinas de México y contra ellos mismos. La matanza de prójimos siguió a la orden del día, ya atizada por el Plan de Agua

[48] Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 359-370.

Prieta, ya por el más mínimo pretexto. Las cabezas de miembros de la minoría revolucionaria no cesarán de caer. Zapata cae acribillado a balazos. En 1921 ya sólo quedan con resuello 164 de los 200 próceres de la generación nacida entre 1875 y 1890. A un 12% lo han dejado sin vida, sus colegas de lucha. Un 22% ha sido arrojado de su país, casi siempre por sus compañeros de causa. Al tomar plenamente el poder los de la generación revolucionaria a raíz del triunfo de la revolución aguaprietista, la *élite* encargada de formar el México nuevo se había reducido a un centenar y pico de personas repartidas en media docena de grupos hostiles.

El grupo que asumió el poder político, acaudillado sucesivamente por los generales Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, dedicó lo mejor de sus esfuerzos a la demolición de cosas y personas. Quizá los generales Benjamín Hill y Angel Flores no murieron enyerbados por otros generales como se dijo. Seguramente el general Pancho Villa hizo mutis porque un compañero suyo lo prefirió cadáver. Por culpa de la violenta rebelión del revolucionario Adolfo de la Huerta, un trío de próceres revolucionarios se fueron de este mundo (Salvador Alvarado, Manuel Diéguez y Felipe Carrillo Puerto) y cosa de una docena se fueron del país. Durante el decenio de los veintes la autopoda de la familia revolucionaria se mantuvo floreciente. Toda campaña electoral, toda rebelión, todo grito imprudente terminaba con un buen saldo de muertos y expulsados ilustres. Generales y políticos solían perder la vida y sacerdotes e intelectuales, la tierra. En el quindenio 1920-1934, la república estuvo en un tris de quedarse sin jefes militares, sin caudillos civiles, sin sabios y artistas, sin timoneles de los negocios, y de manera muy notoria, sin guías espirituales. Los más zarandeados en el decenio de los 20 fueron los líderes de la tradición católica, los sacerdotes de más pegue, los obispos. Estos, no únicamente porque eran de otra generación como por ser los más influyentes en los sectores indio y ranchero, acabaron siendo la pluma de vomitar de la *élite* del poder civil. Y es cosa bien sabida que la desavenencia de los líderes eclesiásticos con los líderes de la política desencadenó la guerra crudelísima, altamente destructora, de la Cristiada, cuya fechoría principal, que no la única, fue la noche de noventa mil combatientes, entre ellos el general Enrique Goroztieta, y el exilio de los prohombres de la tradición católica.[49]

[49] Jean Meyer, *op. cit.*

La *élite* de los nacidos entre 1875 y 1890 sólo se parece a otras dos minorías: la dirigente de la lucha por la Independencia y la del movimiento de Reforma. Ninguna de las tres dejó títere con cabeza. Las tres usaron desmedidamente del odio, de la pasión desenfrenada, del rifle y de la piqueta aunque no con propósitos iguales. La pléyade insurgente se ensañó sobre todo contra los gachupines y contra las maneras del despotismo monárquico, contra los boinas vascas y contra la Corona. Por lo menos, rara vez superó esos fines.[50] La pléyade de la reforma se propuso borrón y cuenta nueva en casi todos los órdenes de la vida. Por eso a su lucha se le apodó democrático-burguesa. La pléyade de la revolución no fue tan enemiga de todo pasado como la reforma, como pudo hacerlo suponer su enemigo hacia los guardianes de la tradición católica y hacia el pasado inmediato, jefaturado por Díaz y los científicos. Incluso, cabe afirmar que los protagonistas de la revolución eran reaccionarios. Tiene mucho de cierto la tesis de Octavio Paz cuando dice que la hornada de 1910 concibe a su nación no "como un futuro que realizar, sino como un regreso a los orígenes."[51]

Quizá en caudillos como Obregón y Calles no sean claras las miras de volver a unos orígenes que se suponen más o menos dorados. En Zapata, como lo ha visto John Womak, el propósito involutivo es claro. La restitución de tierras a los pueblos, como lo indica la palabra "restitución", fue una forma de volver al orden anterior a las innovaciones liberales. La campaña educativa de José Vasconcelos se propuso resucitar la labor evangélica de los frailes del siglo XVI, aunque con diferente evangelio. A partir de 1921 —escribe Daniel Cosío Villegas— "la educación no se entiende ya como una educación para una clase media urbana, sino como una misión religiosa (apostólica), que se lanza y va a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que México se ha levantado de su letargo, se yergue",[52] y tras de equiparse con alfabeto, pan y jabón, camina hacia la recuperación de sus pasadas glorias.

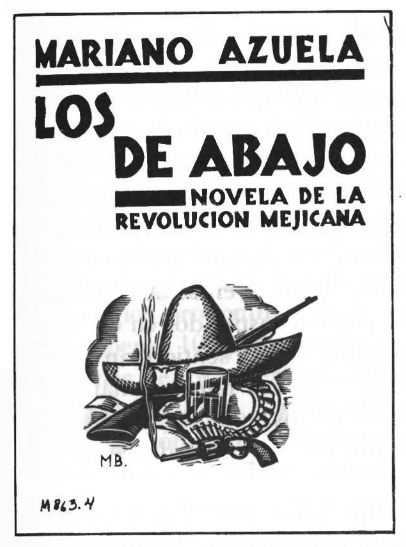
Entre 1921 y 1930, los sabios y artistas de la hornada revolucionaria, ya en México, ya en el exilio, siguen varios métodos para desenterrar las tradiciones olvidadas. Alfonso Reyes acaudilla desde los

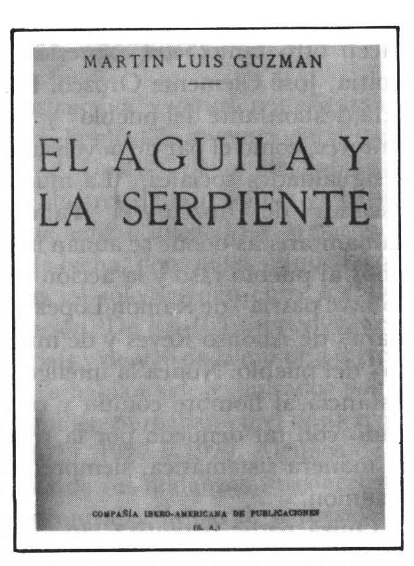
[50] Sobre las generaciones mexicanas del siglo XIX véase mi libro *La ronda de las generaciones. El México moderno al través de sus líderes*. (En prensa).
[51] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad.*
[52] Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas,* Editorial Hermes, México, 1966, vol. I, p. 141.

países a que lo conduce su vida diplomática el estudio del legado español por ser "lo que más se nos parece"; José Vasconcelos encabeza el retorno a la cultura de los griegos; desde la Universidad difunde a los clásicos de aquel mundo, y logra atraer a varios de sus amigos a los estudios helénicos, entre otros al padre Federico Escobedo, traductor de muchas *Flores del huerto clásico.* El antropólogo Manuel Gamio artífice de la multivoluminosa *Población del Valle de Teotihuacán*, Antonio Mediz Bolio, autor de *La tierra del faisán y del venado* y Diego Rivera, ya de vuelta en México y del cubismo, pintor de una floreada existencia indígena, encabezan la reconquista de los valores prehispánicos. Alfonso Cravioto descubre en 1921 *El alma nueva de las cosas viejas* del pasado colonial y propicia la corriente colonialista, en la que se inscriben los historiadores Luis Castillo Ledón, Mariano Cuevas, Alberto María Carreño y Manuel Romero de Terreros, y los novelistas Artemio de Valle Arizpe y Genaro Estrada. Según éste, la principal moda de los días del secretario Vasconcelos es la de desenterrar los siglos del imperio español. "Desentiérranse prelados y monjas, cerámica de China, galeones españoles, oidores y virreyes, palaciegos y truhanes, palanquines, tafetanes, juegos de cañas, quemadores inquisitoriales,



". . . El antropólogo Manuel Gamio . . Antonio Mediz Bolio, autor de La tierra del faisán y del venado *y Diego Rivera . . . encabezan la reconquista de los valores prehispánicos."*





"... Eso fue la llamada 'Novela de la Revolución', fundada por Mariano Azuela con Los de abajo *y por Martín Luis Guzmán con* El águila y la serpiente *..."*

hechiceras, cordobanes, escudos de armas, gacetas de 1700, pendones, especiería, sillas de coro, marmajeras, retratos de cera" y el habla del "habedes". Y la conclusión de la tarea de desentierro de las varias raíces de la mexicanidad es ésta: La tradición de México es "realmente bella y profundamente humana".[53]

Las minorías dirigentes de las revoluciones de independencia y de reforma fueron tan nacionalistas como la minoría dirigente de la revolución mexicana, pero el nacionalismo de ésta fue de signo mucho más popularista. Aparte de descubrir las características de la nación, los intelectuales de la hornada de 1910 volvieron con frecuencia sus ojos a la vida popular. Eso fue la llamada "Novela de la Revolución", fundada por Mariano Azuela con *Los de abajo* y por Martín Luis Guzmán con *El águila y la serpiente*. Ambos producen un género en prosa donde el principal protagonista es el pueblo, "un pueblo inculto, casi salvaje en su furia, que se lanza a la lucha movida por instintos turbios, aunque nobles".[54] Ambos, además, denuncian la injusticia social. Y

[53] Luis González, *Fuentes de la historia contemporánea en México. Libros y folletos*, vol. I, pp. XLIX-L.
[54] Elsa Frost, *Las categorías de la cultura mexicana*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972, p. 174.

hacen otro tanto, con expresión pictórica, Diego Rivera, Francisco Goitia, José Clemente Orozco. Los tres reproducen en los veintes "la vida desbordante del pueblo" y "el drama que vive el país". El trío de pintores, como el par de novelistas, ponen al descubierto las tremendas desigualdades sociales, "La muerte del peón" de Rivera, "Los franciscanos" de Orozco y el "Tata Jesucristo" de Goitia son denuncias humanitaristas donde se aúnan la contemplación de la vida popular, el amor al pueblo raso y la acción redentora. Lo mismo cabe decir de la "Suave patria" de Ramón López Velarde, de las "Yerbas de la Tarahumara" de Alfonso Reyes y de muchos poemas inspirados en el "corrido" del pueblo. Nunca la inteligencia había visto y sentido tan a corta distancia al hombre común y corriente.[55] Nunca tampoco había peleado con tal denuedo por la redención de los humildes, aunque no de manera sistemática, siempre acosados por las contradicciones y la desunión.

Quizá nadie patentiza tan claramente como José Vasconcelos las modalidades del equipo revolucionario: contemplación, pasión, acción; provincialismo, nacionalismo, hispanismo y universalismo; vuelta a los tatas indígena y colonial; caridad hermanada con la crueldad y muchas otras contradicciones. Vasconcelos, por otro lado, "suspirante" a la presidencia de la República, le da en 1929 uno de los mandobles más rudos a su propio equipo generacional. Durante su campaña en busca de votos desprestigia a los ojos del pueblo, y divide, a la familia revolucionaria como no lo habían conseguido tantos generales rebeldes o dictadores. Vasconcelos no consiguió que se le reconociera su triunfo en unas elecciones que estuvieron tan animadas como las que llevaron al poder a Madero, pero sí produjo una imagen pública de los astros de la revolución que no podía ser peor. A partir de 1929 ya a nadie le cupo la menor duda de que los protagonistas de la generación nacida en 1875-1890 eran incapaces de sacar el buey de la barranca por ser

[55] Luis Villoro, "La cultura mexicana de 1910 a 1960" en *Historia Mexicana* (oct-dic. 1960), vol. X, núm. 2, pp. 200-205.

de emprender cualquier tarea constructiva, y varios, por añadidura, corruptos. A finales de los años veinte, la pléyade revolucionaria había quedado reducida a menos de la mitad. Un 18% de los 200 había sido arrojado de la vida; tres docenas de ilustres de la revolufia ya habían fallecido, y no de su muerte, sino que habían quedado fríos por culpa de sus compañeros de generación y de lucha. Poco antes de que Lázaro Cárdenas asumiera la silla presidencial sólo seguían entre los vivos 165 de los prohombres de la revolución. De los 165 sobrevivientes a duras penas 100 permanecían en su país y dentro de la minoría rectora. Los más de los sacerdotes influyentes habían sido expulsados por los del poder político. Varios mílites también purgaban en el destierro su participación en las rebeliones de 1923, 1927 y 1929. Algunos de los intelectuales se habían exiliado a raíz de sus andanzas vasconcelistas. Entre los políticos en destierro se encontraba un par de expresidentes y no menos de una media docena de exsecretarios de estado. En 1930 México sólo conservaba en servicio activo a un centenar de próceres de la revolución que se veían entre sí como perros y gatos.

El rápido descontinuamiento de la hornada revoltosa no condujo, como podía esperarse, a una cerrazón de filas. La hechura del Partido Nacional Revolucionario, dizque para unir a la dividida familia revolucionaria, no unió a los veteranos. La guerra interior fue proseguida por grupos y por personas. Muy visiblemente el grupo de los políticos y el grupo de los sacerdotes, pese a la intervención del embajador norteamericano y a los arreglos de 1929, se mantuvo a la greña, en vivo pleito, en un incesante intercambio de mandobles.[56] Menos visible y airadamente, la *élite* política y la *élite* intelectual, sobre todo después del descolón de Vasconcelos en 1929, tuvieron enfrentamientos duros. Mucho menos visible pero quizá más ardua fue la competición de políticos y militares por los huesos más encarnados de la vida pública. Algunos caciques estatales se resistían a obedecer al poder central, querían ser dueños absolutos de la región que a cada uno les había deparado la lucha revolucionaria. Los erigidos en hombres fuertes locales naturalmente no contribuían a la unidad de la familia revolucionaria. Todos peleaban contra todos. También andaban a la greña los políticos que respondían al nombre de "obregonistas" con los qu

[56] Jean Meyer, *op. cit.*, vol. II, pp. 371-377.

se decían "callistas" y ambos (obregonistas y callistas), con los que permanecían fieles a la memoria de Carranza.

No tenía ni un par de años de vigencia el *modus vivendi* acordado entre curas y políticos en 1929, cuando la lucha entre ambos volvió a los golpes duros. "A pesar de todo es necesario continuar la lucha" gritaron algunos líderes del clero que entonces andaban por los cincuenta años de edad. Según ellos el catolicismo era "una doctrina de combate . . . de guerra interminable entre el Bien y el Mal, la luz y las tinieblas".[57] Por lo mismo, José de Jesús Manríquez y Zárate aseguraba: "Lucharemos valientemente en un gran combate y daremos otra vez al mundo el espectáculo, admirable y edificante, de un pueblo que sabe defender sus derechos inviolables . . ."[58] En la otra esquina del ring, los líderes políticos de la camada revolucionaria pedían la guerra a muerte contra Dios, contra los santos y contra los sacerdotes. Por lo que se refiere a Dios, algunos lo declararon su enemigo personal.

[57] *Criterio*, 16 de septiembre de 1934, cit. por Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México*, SepSetentas, México, 1976, p. 40.
[58] Jesús Manríquez y Zárate, *Voz de aliento*, México, 1936, p. 19.



"A raíz del fraude electoral que impidió la llegada a la presidencia de Jose Vasconcelos, menudearon las polémicas entre intelectuales y políticos de la generación revolucionaria."

Por lo que mira a los santos, se les quitó su carácter de epónimos de calles y pueblos de la república. En cuanto a los sacerdotes, se tomaron medidas más eficaces para impedir su acción sobre el pueblo. Con el aplauso del "jefe máximo", algunos gobernadores restringieron el número de curas en sus respectivas ínsulas, como ya se dijo.

A raíz del fraude electoral que impidió la llegada a la presidencia de José Vasconcelos, menudearon las polémicas entre intelectuales y políticos de la generación revolucionaria. Aquéllos lanzaron torrentes de artículos, libros y murales a los que respondieron muy torpemente los militares menos analfabetas y los políticos que usurpaban el poder, no obstante el uso que hicieron de algunos intelectuales al servicio del régimen, de dos o tres inteligencias que habían asumido la incómoda función de lamer a cuatro patas los botines de los poderosos. Como quiera, la lucha de escritores y artistas revolucionarios contra militares y políticos revolucionarios era una nadería comparada con la batahola de éstos entre sí. Los fieles a Carranza permanecían mayoritariamente noqueados, pero los incondicionales del difunto Obregón seguían en pie de guerra contra Calles y los callistas, y éstos ya se enfrentaban a nueva especie de pugilistas conocidos con el nombre de portesgilistas, muchos de los cuales militaban en una nueva ola, al principio muy apapachada por los revolucionarios pero ya para estas fechas blanco de las furias de la generación furiosa.

Desde el principio del decenio de los 30 se vio claro que el espíritu bélico de los revolucionarios dirigía sus tiros contra la *élite* de la hornada de 1915, contra los cachorros de la revolución, contra sus propios hijos. En 1933 escribía José Vasconcelos: La de 1915 "es una generación indecisa que vive en el limbo, siempre al margen de la acción y del pensamiento definido . . . En fin, acaba uno de leer a estos señores y no sabe dónde están; pertenecen al limbo: ni siquiera a la tierra porque la realidad siempre les anda dando sorpresas. Eso del cultivo de la 'totalidad de nuestro espíritu, dirigido por el amor y encaminado hacia el bien' . . . No, la vida no es armonismo. Esta vida es una magnífica lucha desigual, con el demonio que nos quiere arrastrar al pecado, a la soberbia y a la blasfemia . . . y en oponerse a esta voluntad del demonio está el gusto . . . Pero eso se logra con la espada del ángel, no con sonrisas . . . No sé si seré injusto . . . pero éste es un viejo conflicto con esa generación que a mi juicio se quedó paralizada por el choque y el confusionismo de la barbarie carranclana. Además, yo no soy cristiano ciento por ciento y sí combativo . . . Avíseme para presen-

tarme con ustedes, el día en que en México aparezca un grupo decidido a empuñar la espada de la violencia por la justicia".[59]

El principal punto de disidencia entre la generación revolucionaria y la siguiente llegó a ser el modo de solucionar el problema agrario. Calles volvió antiagrarista de Europa, donde estuvo en 1930. Pascual Ortiz Rubio frenó el ritmo de los repartos de tierras. Su jefe había dicho lo que él también creía; "Si queremos ser sinceros tendremos que confesar, como hijos de la Revolución, que el agrarismo, tal como lo hemos comprendido y practicado hasta el momento presente, es un fracaso. La felicidad de los campesinos no puede asegurárselas dándoles una parcela de tierra si carecen de la preparación y los elementos necesarios para cultivarla . . . Este camino nos llevará al desastre, porque estamos creando pretensiones y fomentando la holgazanería. Es interesante observar el elevado número de ejidos en los que no se cultiva la tierra . . . Hasta ahora hemos estado entregando tierras a diestra y siniestra y el único resultado ha sido echar sobre los hombros de la nación una terrible carga financiera . . . Lo que tenemos que hacer es poner un hasta aquí y no seguir adelante en nuestros fracasos . . . Lo que se hizo durante la lucha . . . debe dejarse como está. El paria que se apoderó de un pedazo de tierra debe conservarla . . . Cada uno de los gobiernos de los Estados debe fijar un período relativamente corto en el cual las comunidades que todavía tienen derecho a pedir tierras puedan ejercitarlo.[60] La minoría rectora que sucedería a la revolucionaria a poco andar no puso la otra mejilla, ni tampoco se lió a golpes con la gente de la generación revolucionaria. Desde que la nueva *élite* tomó los mandos políticos en 1934 empezó a excluir del directorio nacional a los peleoneros revolucionarios, no obstante que aún estaban en edad de merecer, y a los indecisos modernistas, que si viejos, aún tenían mucho que decir. Sin embargo, el desalojo será paulatino y sin aspavientos. Al principio del régimen de Cárdenas todavía perduran en la gerencia nacional no menos de 144 prohombres de las camadas azul y roja; es decir una gruesa de próceres de la revolución, una gruesa revolucionaria: medio centenar de veteranos modernistas y ocho docenas de revolucionarios con toda la barba, de gente ilustre de la generación del Centenario.

De la pléyade de 1910, el cardenismo retendrá un número relativa-

[59] Alfonso Taracena, *La Revolución desvirtuada*, B. Costa Amic, México, 1966, tomo I, año 1933, pp. 94-95.

[60] *El Universal*, 23 de junio de 1930.



"... Otros revolucionarios con fuerza política sobresaliente fueron un trío de embajadores: el general Francisco Castillo Nájera, representante en Washington; el coronel Adalberto Tejeda, en las legaciones de Francia y España, y el licenciado Isidro Fabela, delegado de México en la Liga de las Naciones." Coronel Adalberto Tejeda.

mente grande y poderoso. En primer término dos docenas de intelectuales: los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos (éste en el exilio, a través de obras); los polígrafos Luis Cabrera y Alfonso Reyes; los periodistas José F. Elizondo, José Elguero, Ernesto García Cabral, Miguel Lanz Duret y Aldo Baroni; los ensayistas Alfredo Maillefert y Julio Torri; los historiadores Alfonso Toro, Alfonso Teja Zabre, José López Portillo, Manuel Toussaint y Mariano Cuevas; el antropólogo Manuel Gamio; el jurisconsulto Manuel Borja Soriano; los novelistas José Rubén Romero, Carlos González Peña y Martín Luis Guzmán; los poetas Antonio Mediz Bolio y Federico Escobedo; los músicos Manuel M. Ponce y Julián Carrillo; los pintores José Clemente Orozco y Diego Rivera, y el todista rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, el médico don Fernando Ocaranza.

Por lo menos, docena y media de políticos de la generación revolucionaria (los más militares metidos a la política), ocuparán puestos decisivos en los días de Lázaro Cárdenas, o en algunos de esos días. Como todo mundo sabe, el general Plutarco Elías Calles no tuvo poder más de 18 meses; dejaron de tronar sus chicharrones bien pronto, igual que los del general Andrés Figueroa, aunque por razones distintas.

Este, por defunción, hubo de pasarle los trastos de la secretaría de la Defensa Nacional a don Pablo Quiroga, también de corta duración en el puesto. Más largamente decisivos fueron los secretarios de Estado y suspirantes a la presidencia, los michoacas y generales Rafael Sánchez Tapia y Francisco J. Múgica, y otros tres miembros del gabinete presidencial: los generales Eduardo Hay y José Agustín Castro, y el médico José Siurob. Otros revolucionarios con fuerza política sobresaliente fueron un trío de embajadores: el general Francisco Castillo Nájera, representante en Washington; el coronel Adalberto Tejeda, en las legaciones de Francia y España, y el licenciado Isidro Fabela, delegado de México en la Liga de las Naciones. Por último, desempeñaron distinguidos puestos en aquel régimen don Cosme Hinojosa, gobernador del Distrito Federal, el general Heriberto Jara, presidente del partido oficial y aun el ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio. Aunque disminuida, varios líderes obreros de la generación revolucionaria conservaron gran influencia en los días de Lázaro Cárdenas: Luis Napoleón Morones, Rosendo Salazar, etcétera.

Por lo que toca a militares, algunos de los que estaban arrejolados por haber sido carrancistas o rebeldes con don Adolfo el cantante vuelven a tener mando de tropas con el general Cárdenas de presidente, ya en plan de secretario de guerra como Andrés Figueroa, o de inspectores generales del ejército como Heriberto Jara, o de jefes de zona como Rodrigo Talamantes, Maximino Avila Camacho, Rafael Sánchez Tapia, Jesús Agustín Castro, Alejo González, Juan José Ríos, Pánfilo Nájera, Genovevo Rivas Guillén, Pedro J. Almada, Manuel Medinabeitia, Anacleto Guerrero, Rafael Navarro y Rodrigo M. Quevedo.

También se mantendrán en funciones varios capitanes maduros de la industria, el comercio y las finanzas, entre ellos algunos militares y políticos revolucionarios conversos a los negocios: Abelardo Rodríguez, Aarón Sáenz y Fortunato Zuazua. Además, los negociantes de siempre: Manuel Mascareñas, Joaquín López Negrete, Augusto Genin, Arturo Ponce Cámara, William O. Jenkins, Julio Lacaud Rodd, Epigmenio Ibarra, Salvador Ugarte, Florencio Gavito, Juan Lainé, Antonio Llaguno, Agustín Legorreta, Evaristo Araiza, León Salinas Arriaga, Ernesto Espinosa, Roberto García Loera y el industrial regiomontano Luis G. Sada.

Cosa de docena y media de sacerdotes nacidos entre 1872-1888 compartieron la dirección espiritual del país con otros tantos sacerdotes aún más añosos. Así los sucesivos arzobispos de México Pascual Díaz

y Luis María Martínez, los arzobispos de Durango (José María González Valencia) y de Puebla (Pedro Vera y Zuria) y los obispos de Huejutla (José de Jesús Manríquez y Zárate), de Veracruz (Rafael Guízar y Valencia), de Cuernavaca (Francisco María González Arias) de Chihuahua (Antonio Guízar y Valencia), de Chiapas (Gerardo Anaya), de Chilapa (Leopoldo Díaz), de Hermosillo (Juan María Navarrete), de Papantla (Nicolás Corona), de San Luis Potosí (Guillermo Tritschler), de Tabasco (Vicente Camacho), de Tampico (Serafín Armona), de Tulancingo (Luis María Altamirano) y de Zamora (Manuel Fulcheri). También ocuparán lugares muy distinguidos los jesuitas Joaquín Cardoso, Joaquín Cordero y Ramón Martínez Silva.



"La generación de 1915 . . . o generación de Lázaro Cárdenas, produjo una minoría rectora . . . quien por su sabiduría, espíritu laborioso, cordura y juventud . . ." Juan Andrew Almazán con los periodistas.

IV. LOS 300 CACHORROS DE LA REVOLUCION

La generación de 1915,

como le puso Manuel Gómez Morín, o generación epirrevolucionaria, según bautizo de Wigberto Jiménez Moreno, o generación agrarista, o generación de Lázaro Cárdenas, produjo una minoría rectora de no menos de tres centenares de individuos quienes por su sabiduría, espíritu laborioso, cordura y juventud contrastan a ojos vistas con los rústicos, ignorantes, destructivos y melenudos leones revolucionarios. La nueva *élite* nace con el cine, la radio, la quimioterapia, el automóvil, el avión y la ley de la relatividad en la *belle époque* europea y la paz porfírica mexicana, en un quindenio alegre, entre 1891 y 1905. Esto no quiere decir que más de alguno de los 300 no nazca antes o después de las fechas límites, ni tampoco significa que todos hayan nacido en México.

Por primera vez en la historia del México independiente, una minoría rectora de la sociedad mexicana se constituye con un alto porcentaje de personas nacidas fuera o hijas de forasteros, con un 15% de oriundos de otros países y un 8% de criollos de primera generación. En la primera mitad del siglo XIX tampoco escasearon los extranjeros metidos en la *élite*, pero, con muy pocas excepciones, se trataba de una extranjería familiar, española. En la pléyade de 1915 abundan los españoles pero ya no en exclusiva. Muchos de los nuevos mandamases son de raíz no hispánica como lo descubren los siguientes apellidos: Abed, Andrew (por más que se haya mudado en Andréu), Aub, Baillères, Beckman, Best, Bodet, Boytler, Foucher, Freyding, Frisbie, Herzog, Leduc, Lenz, List, Lombardo, Maples, Maugard, Michel, O'Farril, Owen, Pagliai, Rosenblueth, Signoret, Spitalier, Sprading, Thompson, Trouyet, Usigli, etcétera. De los 45 nacidos en el extranjero, 30 osten-

tan oriundez española (Isaac Abeytua, José Almoina, Max Aub, Juan Comas, José Bergamín, Pedro Bosch Gimpera, Luis Buñuel, Laureano Carús, Luis Cernuda, Lorenzo Cue González, Pablo Díez, Santiago Galas, José María Gallegos Rocafull, José María González de Mendoza, Ramón Iglesia, Eugenio Imaz, Emilio Lanzagorta Unamuno, Faustino Miranda, José Miranda, José Medina Echavarría, Manuel Pedroso, Carlos Prieto, Pedro Garfias, Juan Rejano, Enrique Rioja, Angel Urraza, Angel de Velasco y Joaquín Xirau); 6, estadounidense (A. W. Lloyd, L. M. Roy, Fraine B. Rhuberry, Guillermo B. Richardson, William Spratling); 4, francés (Alex Michel, Antonio Signoret y Emilio y Ernesto Spitalier), y uno de cada uno de los siguientes países: Líbano (Miguel Elías Abed), Guatemala (Luis Cardoza y Aragón), Italia (Bruno Pagliai), Suecia (Eric Beckman) y Japón (Seki Sano).

La gran mayoría de los de oriundez mexicana brota en la región central del país: en el centro occidente (Querétaro, Michoacán, Guanajuato y Jalisco), una quinta parte; en el centro oriente (Tlaxcala, Puebla y Veracruz), otra quinta, y en el mero centro (Hidalgo, Morelos, México y Distrito Federal), una cuarta parte.[1] Las seis zonas periféricas sólo producen un tercio de los 258 nacidos en territorio mexicano. Al contrario del anterior, en el equipo generacional del año de 1915 hay pocos norteños.[2] Como en el anterior hay pocos suria-

[1] Nacieron en Guanajuato: Luis I. Rodríguez, Rodolfo y Santiago Piña Soria, José Aguilar y Maya, Hilario Medina, Ignacio García Téllez, Víctor Manuel Villaseñor, Luis Chávez Orozco, Jesús Guisa y Acevedo, Luis Chico Goerne, Raúl Bailleres, Agustín Arroyo Ch., Miguel Darío Miranda y Melchor Ortega; en Jalisco, Primo Villa Michel, José Guadalupe Zuno, Silvano Barba González, Francisco Xavier Nuño, Salvador Martínez, Carlos Gutiérrez Cruz, Francisco Rojas González, Efraín González Luna, Salvador Azuela, Ramiro Camacho, Marcelino García Barragán, José Pilar Quezada, Jaime Castillo y Agustín Yáñez; en Puebla, Rafael Alducín, Vicente Lombardo Toledano, Vicente T. Mendoza, Germán y Armando Lizt Arzubide, Froylán Manjarrez, Luis Sánchez Pontón, José García Valseca, Manuel Maples Arce, Alfonso Espino Silva y los hermanos Maximino y Manuel Avila Camacho; en Veracruz, Gregorio López y Fuentes, César Garizurieta, José Mancisidor, Adolfo Ruiz Cortines, Roberto Gómez Maqueo, Miguel Alemán, Hernán Laborde, Rafael Murillo Vidal, Jorge Cuesta, Ernesto García Cabral, Enrique González Aparicio, Gonzalo Vázquez Vela y Manlio Fabio Altamirano; en Hidalgo, Javier Rojo Gómez, Alfonso Corona del Rosal, José Parrés; en Morelos, Manuel Pío López, Fernando Amilpa y Gilberto Figueroa; en el Estado de México, Octaviano Valdés, Gabriel Ramos Millán, Narciso Bassols, Carlos Riva Palacio, Angel María Garibay, Wenceslao Labra, Alfredo del Mazo, Juan Fernández Albarrán y Agustín García López; en Colima, Jesús González Lugo, y en Tlaxcala, Octaviano Márquez Toris y Miguel N. Lira.

[2] Provenían del noroeste, los sonorenses Juan de Dios Bojórquez, Rodolfo Elías Calles e Ignacio Otero Pablos y los sinaloenses José María Dávila, Francisco Xavier Gaxiola, Gilberto Owen, José María Dávila, José C. Valadés; del mero norte, los chihuahuenses Manuel Gómez Morín, Arturo Rosenblueth, Rafael F. Muñoz, Miguel Acosta y David Alfaro Siqueiros, los duranguenses Silvestre Revueltas, Xavier Icaza

nos.[3] Tampoco es alarmante la cifra de tabasqueños y yucatecos.[4] Como en ninguno, hay muchísimos michoacanos.[5]

La minoría rectora revolucionaria se caracterizó por el alto porcentaje de personas de origen rural. En la minoría rectora epirrevolucionaria predominan los urbanos. Pese a ser la mexicana de fines del XIX una sociedad en sus cuatro quintas partes rústica, únicamente la quinta parte de las luminarias de 1915 brota en casa de campo o aldea. La capital en 1900 ni siquiera albergaba el 5% de la población mexicana y sin embargo adujo el 25% de la minoría dirigente "1915".[6] Y por si esto fuera poco, un tercio de la gente encumbrada de origen ranchero, se vuelve capitalina antes de salir de la niñez. Por lo demás no hay ningún representante en la *élite* epirrevolucionaria de la raza india.

Por ningún lado que se le mire, la pléyade de 1915 resulta representativa de las mayorías del país. En el México porfiriano había una familia aristócrata por cada ciento. Sin embargo, una décima parte de

y José Angel Ceniceros y los coahuilenses Miguel Henríquez Guzmán y Alberto Salinas Carranza; del noreste, los neoleoneses Enrique Gorostieta, Rodrigo de Llano, Alfonso Junco, Adolfo León Osorio, Oswaldo Robles, Alfonso Díaz Garza, Rodrigo Gómez y Eugenio y Roberto Garza Sada; los tamaulipecos José Domingo Lavín, Emilo Azcárraga, Marte R. Gómez, Federico T. Lachica y Emilio Portes Gil; del centro norte, los zacatecanos Enrique Estrada, Leobarco C. Ruiz, Matías Ramos y Manuel Tello, y los potosinos Ignacio Hernández del Castillo, Saturnino Cedillo, Jorge Ferretis, Graciano Sánchez, Jesús Silva Herzog, Antonio Castro Leal, Xavier Escontría y León García.

[3] Eran oriundos de Guerrero: Ezequiel Padilla, Juan y Leonides Andrew Almazán; de Oaxaca Carlos Franco Sodi, Rufino Tamayo, Genaro Vázquez, Romeo Ortega y Lucio Torreblanca; y de Chiapas Tomás Garrido Canabal y Rafael Pascacio Gamboa.

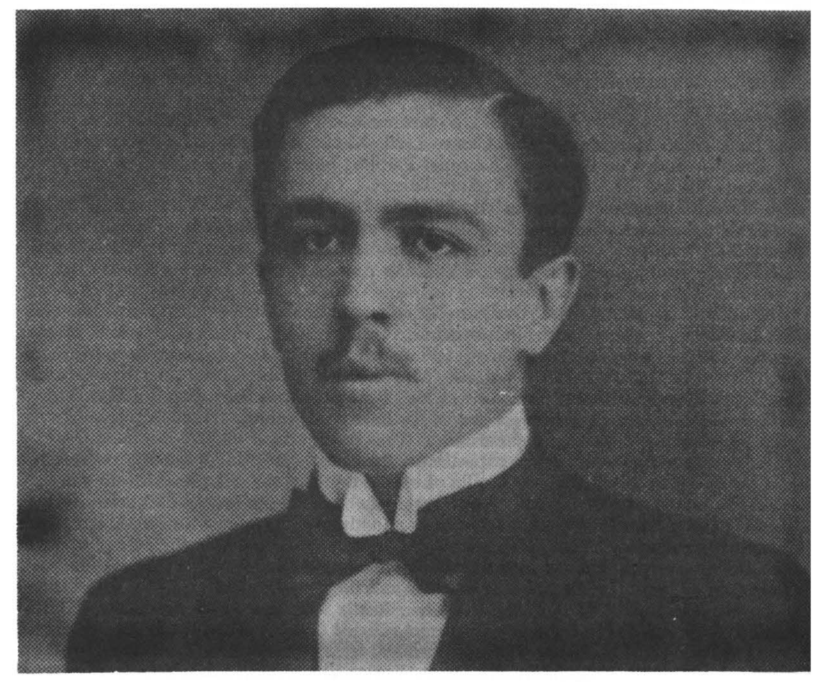
[4] Eran nativos de Tabasco: José Mijares Palencia, Rodolfo Brito Foucher, José y Celestino Gorostiza y Carlos Pellicer; de Campeche, Raúl Carrancá Trujillo, Manuel Gual Vidal y Juan de la Cabada, y de Yucatán Ermilo Abreu Gómez y Alfredo Barrera Vázquez.

[5] Nacieron en Michoacán: Abraham Martínez, Ignacio Chávez, Eduardo Villaseñor, Alberto Coria, Ignacio González Guzmán, Gildardo Magaña, Luis Padilla Nervo, Ramón Martínez Silva, Gabriel Méndez Plancarte, Mariano R. Suárez, Samuel Ramos, Efraín Buenrostro, Manuel y Antonio Martínez Báez, Silvestre Guerrero, Manuel Martín del Campo, Alberto Bremauntz, José Bravo Ugarte, Salvador González Herrejón, Gabino Vázquez, Luis Mora Tovar, Luis Sahagún, Joaquín Sáenz Arriaga, Agustín Leñero, Luis Guízar Barragán y Fernando Ruiz Solórzano.

[6] Más que michoacanos, sólo capitalinos, Augusto y Luis Novaro, Eduardo Iglesias, José Gabriel Anaya y Díez de Bonilla, Luis Garrido, Renato Leduc, Ramón Beteta, Carlos Trouyet González, Ignacio F. Herrerías, Leopoldo Méndez, Jesús Yurén, Manuel Alvarez Bravo, Antonio Fernández Blanco, Justino Fernández, Rodolfo Usigli, Luis Barragán, Juan Bustillo Oro, Jesús Grovas, Guillermo Barroso Corichi, Rafael Illescas, Francisco Monterde, Gustavo Baz, Aurelio Manrique, Julio Vértiz, Antonio Villalobos, Pablo Martínez del Río, Daniel e Ismael Cosío Villegas, Adolfo Best Maugard, Fernando de Fuentes, Alfonso Caso, Julio Jiménez Rueda, Manuel Rodríguez Lozano, Lucio Mendieta y Núñez, Carlos Obregón Santacilia, Carlos Chávez, Manuel Sandoval Vallarta, Agustín Lara, Ramón Beteta, Jaime Torres Bodet, Luis Enrique Erro, Diego Arenas Guzmán, Leopoldo Méndez, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Eduardo Suárez, Armando de Maria y Campos y Rafael García Granados.

los epirrevolucionarios ilustres proviene de esa *élite* social. En aquel México, noventa de cada cien familias eran apodadas humildes. Pese a lo anterior, sólo una décima de la minoría de 1915 nace en petate. La gran mayoría de esta minoría dirigente surge de la clase media y no conoce en carne viva los sufrimientos y las humillaciones del jornalero del campo o del obrero de la ciudad. La casi totalidad de las criaturas que llegarían a insignes epirrevolucionarios, vive una primera infancia más o menos dichosa. Los más provenían de un hogar "decente", o, como se dice ahora, pequeño burgués.

Al contrario de los revolucionarios, todos los epirrevolucionarios insignes tuvieron oportunidad de asistir a la escuela, si bien las experiencias escolares de éstos son diferentes en cada caso. Sirvan de muestra los botones mostrados a continuación. Marte R. Gómez le comunica a Wilkie, su entrevistador: Al caer el siglo XIX, "no había escuela en Reynosa. Mi padre le encargó a mi madre que ella organi-



". . . Manuel Gómez Morín refiere . . ."

zara una escuela particular ... Después tuve ocasión de hacer mis estudios en diversas ciudades (pues la vida militar de mi padre ... hizo estancia de servicio en diversas poblaciones de la República). Terminé mi instrucción primaria en la capital, en la Escuela Anexa a la Normal de Maestros".[7] Manuel Gómez Morín refiere: "Empecé a aprender las primeras letras de mi misma madre. Después, al llegar a Parral, asistí a una escuela llamada Progreso, protestante, por cierto. Más tarde estuve en Chihuahua algunos meses en el Colegio Palmore ... Más tarde fuimos a vivir a León, Guanajuato. Allí estudié el resto de la escuela primaria."[8] Jesús Silva Herzog rememora: "Aprendí primero en una escuela de párvulos ... Me pusieron en el seminario de San Luis Potosí ... [y en él] en 1905, terminé la instrucción primaria."[9] Experiencia diferente fue la de Lombardo: "Aprendí las primeras letras con una tía de mi madre que me enseñó a leer en el *Silabario de San Miguel* ... cuando cumplí los seis años, ingresé al Liceo Teziuteco", regenteado según el último grito de la moda por Audirac, discípulo de Rebsamen.[10] Lázaro Cárdenas escribe: "A la edad de 6 años ingresé a la escuela que atendía Merceditas Vargas. Concurríamos 12 alumnos con cuota de 2 pesos mensuales ... Dos años después ingresé a la escuela oficial a cargo del maestro don Hilario de Jesús Fajardo en la que llegué al cuarto año."[11] Fueron muy pocos los que como Lázaro Cárdenas no terminaron sus estudios primarios. En contraste con la generación revolucionaria, los caudillos de ésta no solían cometer altas dosis de faltas de ortografía. En mayor o menor grado todos hubieron de pasar por las rigideces gramaticales y aritméticas de los centros educativos del porfiriato. Según el general Cárdenas y otros testimonios, la escuela primaria del antiguo régimen proporcionaba más sabiduría, mejor disciplina intelectual y mayor fuerza de voluntad que la escuela de los tiempos posteriores. Un testimonio de los refinamientos y seriedades a que conducía el viejo régimen escolar sería el mismo Cárdenas.[12]

Aunque la mayoría de los no urbanos por nacimiento empezó a urbanizarse en el curso de la enseñanza primaria y antes de 1910,

[7] James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 1969, pp. 75-76.
[8] *Ibid*, pp. 143-144.
[9] *Ibid*, p. 606.
[10] *Ibid*, pp. 236-237.
[11] Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972-1974, vol. I, p. 6.
[12] *Ibid*, vol. I, p. 7.

prácticamente la totalidad sufrió un rápido proceso de urbanización a partir de ese año. La guerra civil produjo fugas de clase media y alta hacia las ciudades mayores de la provincia y hacia la capital de la república. Desde los inicios de la revolución, México, Guadalajara, Monterrey, Puebla, Mérida, San Luis y otras fueron usadas como ciudades de refugio. De ahí que a la gran mayoría de la minoría epirevolucionaria le haya empezado a cambiar la voz y a salirle el bozo, en la vida ya doblemente ajetreada de las ciudades.[13]

A partir de 1910, aparte del tráfago normal, hubo que vérselas con las coleadas de la trifulca. Durante la revolución ni siquiera la metrópoli fue un buen sitio de aprendizaje y de refugio. El capitalino Alfonso Caso recuerda que después de la caída de Madero, "la ciudad frecuentemente carecía de luz y de agua y de prácticamente todos los servicios municipales". Con frecuencia los profesores "tenían que festinar los exámenes de fin de curso porque se anunciaba la toma de la ciudad por alguno de los grupos revolucionarios".[14] En los años terribles de

[13] La literatura que se utilizó para reconstruir la vida de la generación de 1915 fue básicamente la consignada en la nota 1 del capítulo III.
[14] Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana,* Siglo XXI Editores, México, 1976, pp. 57-60.

". . . durante la revolución ni siquiera la metrópoli fue un buen sitio de aprendizaje y de refugio."





"A partir de 1910, aparte del tráfago normal, hubo que vérselas con las coleadas de la trifulca."

1914-1916, la lucha de las banderías revolucionarias se coló hasta las calles capitalinas.

Más de alguna vez —rememora Daniel Cosío Villegas— el desorden, "el ruido y el estruendo fue de tal naturaleza que los profesores [se vieron en la necesidad de suspender los cursos] y acabaron por darnos el pase" al siguiente año escolar sin examen previo.[15] "Fue la época —añade Manuel Gómez Morín— en que los salones servían de caballeriza; en que se disparaba sobre retratos de ilustres damas y la disputa por la posesión de un piano robado quedaba resuelta con partirlo a hachazos lo más equitativamente posible."[16] La prédica de don Antonio Caso, "haced de cada cuartel una escuela", se cumplía al revés. Para aquellos estudiantes la revolución a lo Villa, a lo Carranza, a lo González, a lo Obregón y a lo Zapata, no fue ninguna pera en dulce; fue una dura pesadilla.[17]

Sin embargo una quinta parte de los que andando el tiempo serían prohombres de la generación epirrevolucionaria fueron militantes de la revolución destructiva. Aunque se fueron a la bola aún adolescentes, muy pocos tuvieron la oportunidad de ser maderistas o revolucionarios de la primera hora. Con el bronco general Pancho Villa no militó per-

[15] *Ibid*, p. 60.
[16] *Ibid*, pp. 61-63.
[17] Wilkie, *op. cit.*, pp. 146-148.

manentemente ninguno de los grandes de 1915. En cambio una media docena se hizo de armas tómar junto a Zapata: José Parrés, Gustavo Baz, Gildardo Magaña, los hermanos Juan y Leonides Andrew Almazán. La gran mayoría de los mílites de la hornada se afilió al viejo Carranza, al jefe del ejército constitucionalista: Miguel M. Acosta, los Zuno Hernández, Manuel Avila Camacho, Marcelino García Barragán, Celestino Gasca, Lázaro Cárdenas, Pablo Macías Valenzuela, José García Valseca, Ramón F. Iturbide, Miguel Henríquez Guzmán, José González Lugo, Matías Ramos, Agustín Olachea, Leobardo C. Ruiz, Alberto Salinas Carranza, José María Tapia, Jesús Gutiérrez Cázares, Rubén García, Ignacio Otero Pablos, Francisco Carrera Torres. Aunque algunos en el momento de la ruptura entre convencionistas y carrancistas quedaron del lado de la Convención de Aguascalientes, la mayoría se mantuvo fiel a Carranza.[18] Para 1915, los más de los citados ya anteponían a su nombre algún título de jefe militar: mayor, coronel. Quizá ninguno era todavía general a las derechas.

En el decenio 1910-1920 la mayoría de los grandes de 1915 no peleaba en el teatro de la guerra, hacía cursos con el propósito de llegar a anteponer a sus nombres de pila y de estirpe alguna prestigiada sigla profesional: P., Lic. Dr., Ing., o, aunque fuera, Prof. Treinta y tres estudiaban en seminarios eclesiásticos: los futuros padres Agustín Pro, Manuel Pío López, Miguel Darío Miranda, Jaime Castiello, Joaquín Sáenz, Julio Vértiz, Manuel Martín del Campo, Fernando Ruiz Solórzano, Roberto Cuéllar, Eduardo Iglesias y muchos más, y los futuros comepadres Narciso Bassols y algunos otros. Muy contados (Aurelio J. Manrique, Jaime Torres Bodet) pasaban por la Escuela Nacional de Maestros. La mitad de la *élite* era alumna de una Escuela Nacional Preparatoria recién conquistada por profesores normalistas y recién limpiada de positivismo. Doscientos de los trescientos que formarían la pléyade epirrevolucionaria se alistaron en una carrera larga. Algunos de los que llegarían a ser magnates de la industria siguieron cursos en universidades de los Estados Unidos. Por ejemplo, los hermanos Garza Sada graduáronse en el Massachusetts Technological Institute.[19] Algunos de los sacerdotes influyentes se pulieron en la universidad gregoriana de Roma. Otros insignes estudiaron en escuelas de leyes de alguna ciudad del interior de la república, y no-

[18] Muchos militaron sucesivamente en diversas banderas.

[19] José Fuentes Mares, *Monterrey; una ciudad creadora y sus capitanes*, Editorial Jus, México, 1976, p. 127.

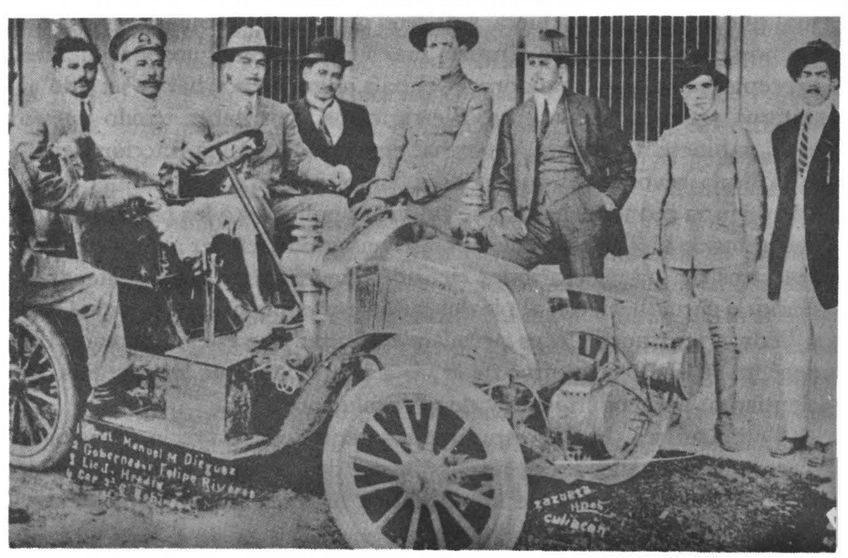
venta y cinco en la Universidad Nacional de la metrópoli. Aquí, pues, para 1915 estaba ya un tercio de lo que sería la pléyade de 1915. Los más de esos universitarios capitalinos se trataban cotidianamente en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Fuera de la Universidad, cuatro estudiaban en la Escuela Libre de Derecho; cuatro en el Colegio Militar; ocho en el Seminario; tres en la Escuela de Agricultura de San Jacinto, y tres en la Escuela de Bellas Artes.

La minoría dirigente epirrevolucionaria en su conjunto llegó a un nivel de cultura muy por encima del nivel de la mayoría dirigida. Las dos terceras partes del grupo obtuvieron títulos de universidad o de instituto de enseñanza superior. Como de costumbre, más de la mitad de los graduados, cosa de 100, obtuvo el título de abogado: 35 recibieron la consagración sacerdotal; 18, las licencias de médico; 12, las de ingeniero y de 2 a 6, las de filosofía, economía, pintura, historia, química, arquitectura y contabilidad. Ninguna de las minorías dirigentes anteriores había contado con tal gama de profesionales; ninguna, sobre todo, había tenido economistas. Veinticinco de los licenciados en México hicieron estudios adicionales en Europa o en los Estados Unidos: siete, de medicina; cinco de economía; tres, de teología, y un par de cada una de estas disciplinas: filosofía, pintura, letras y derecho. En términos generales, los jóvenes epirrevolucionarios del sector intelectual que no estudiaron fuera, sufrieron de escasez de buenos maestros. Como se lee en Enrique Krauze, muchos de los antiguos y reputados preceptores habían abandonado el país, algunos por haber servido al antiguo régimen, como Justo Sierra; otros "por haber tenido puesto en el gabinete de Huerta, o por haberse sumado a una fracción derrotada de la revolución" y no pocos, simplemente por sacarle el bulto a la penuria económica, a la inestabilidad política y a los balazos.[20] Los institutos de alta cultura sólo habían conseguido retener a unos cuantos maestros de las generaciones científica, modernista y del centenario. Aunque permanecieron al pie del cañón dos eminencias (Antonio Caso y Pedro Henríquez), sí es permisible afirmar que el estudiantado del decenio 1910-1920 se privó de la vista y la palabra de los egregios del cientismo, del modernismo y de la revolución.

Como quiera, la *élite* estudiantil de entonces se creció al castigo. Aprovechó hasta los topes las enseñanzas de Caso y Henríquez Ureña, y sobre todo, a través de libros de los ingleses Shaw, Chesterton y

[20] Krauze, *op. cit.*, p. 50.

Rusell; de los franceses Bergson, Maritain y Gide; de los españoles Unamuno, Ortega, Azorín y Machado; de los estadounidenses Dewey y James; de los alemanes Marx, Spengler, Freud, Scheler y Husserl; del italiano Croce, y de otros, se pusieron al tanto de neorrealismo, materialismo dialéctico, neotomismo, pragmatismo, fenomenología, historicismo, raciovitalismo, superrealismo, de media docena de corrientes literarias y artísticas y de algunas novedades en las ramas de la sociología y de economía, principalmente. Es de recordar que una buena parte de aquella *élite* estudiantil aprendió lenguas extranjeras. Como de costumbre, el idioma francés, pero además el inglés y no pocos el alemán. Es de recordar también que el aprendizaje fuera de las aulas lo hizo en forma tan exuberante porque se vio en el apuro de suplir a los maestros idos. La Universidad, compelida a llamar a sus jóvenes más brillantes para mantener la docencia, los hizo compartir con los demás estudiantes no sólo lo propio del oficio que estudiaban. Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín y Daniel Cosío Villegas debutaron como profesores de la máxima casa de estudios a los 18 años, y Alberto Vázquez del Mercado, a los 21.



". . . Los militares combatían por esta o aquella nadería revolucionaria . . ."

En 1915 se perfilaban ya las cinco columnas de protagonistas de la generación de ese año. En el encierro de los seminarios alentaba el pelotón de los sacerdotes. En los institutos laicos y sin clausura, alborotaban los de pinta de intelectuales. Los vocados al negocio hacían pininos en la agricultura y el comercio a solas, sin conexiones con clérigos, letrados y mílites. Los militares combatían por esta o aquella bandería revolucionaria en los campos. Algunos que devendrían políticos de altura, ya intrigaban aquí y allá. Se contaban con los dedos de la mano los que, como Gustavo Baz, participaban en más de una de esas esferas de intereses antes de 1916. A partir de este año, los de la pluma y los del rifle, empezaron a sumarse a las huestes de la política. Cultos y broncos, unos por el camino de la sapiencia y los restantes por el de la bravura, desembocaron en el prurito del poder público. Unos y otros fueron conducidos a ese terreno por los que en esa hora disfrutaban el chicote. En 1916 el "primer jefe" don Venustiano Carranza convocó a un congreso estudiantil con el propósito de ganar simpatías y conseguir ayuda. Desde 1916, algunos mílites de la generación epirrevolucionaria comenzaron a desempeñar puestos políticos en el régimen de Carranza (Matías Ramos, Agustín Castro y Bonifacio Salinas). La politización de plumíferos y espadachines creció mucho de un año a otro. "Después de promulgada la Constitución de 1917 y llegadas las elecciones de 1918 para diputados y gobernadores —escribe Krauze— el ambiente [intelectual capitalino] estuvo saturado de política".[21] Lo mismo cabría decir de las filas del ejército. Con la mayoridad de los 21 años inician su militancia en el servicio público, y no como meros votantes, Tomás Garrido Canabal (gobernador interino de Tabasco), Antonio Villalobos (secretario de gobierno en Oaxaca y diputado federal), Ramón F. Iturbe (gobernador de Sinaloa), Alberto Salinas Carranza (fundador y director del primer departamento de aeronáutica), Efraín Buenrostro, José Mancisidor, Luis Napoleón Morones y varios más. Pero eso apenas fue el anuncio de lo que habría de suceder torrencialmente al triunfo de la revolución de Agua Prieta en 1920. A la caída del gobierno de Carranza, cuando el promedio de los de 1915 era de 22 años de edad, se produjo la

[21] *Ibid,* pp. 95-96.

de una élite que debió haber comenzado a llegar al escenario público, y siempre en calidad de segundona, cinco años después, no antes de 1925. Al colocarse Adolfo de la Huerta interinamente y Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles constitucionalmente en la presidencia de la República, los jóvenes militares de la generación epirrevolucionaria se transfiguraron en políticos prominentes: el brigadier Lázaro Cárdenas (25 años), gobernador de Michoacán; el general Francisco Serrano (31 años), secretario de Guerra y Marina; el coronel Carlos Riva Palacio (32 años), gobernador del estado de México; el general Aarón Sáenz (29 años), gobernador de Nuevo León y poco después secretario de Relaciones Exteriores. Otro tanto aconteció con muchos profesionistas: el médico José Parrés (31 años), gobernador de Morelos; el profesor Graciano Sánchez (33 años), gobernador de San Luis Potosí; el abogado Gonzalo Vázquez Vela (33 años), secretario de Gobernación; el abogado Genaro Vázquez (33 años), gobernador de Oaxaca; el pintor José Guadalupe Zuno (32 años), gobernador de Jalisco; Romeo Ortega (31 años), procurador general de la República; Luis Montes de Oca (30 años), contralor general de la Nación; Vicente Lombardo Toledano (29 años), gobernador de Puebla; Froylán Manjarrez (28 años), gobernador de Puebla, y el abogado Tomás Garrido Canabal (25 años), gobernador y hombre fuerte de Tabasco.

También los más puramente intelectuales y artistas comenzaron a pontificar y a hacerse oír apenas veintiañeros y a veces ni siquiera eso. Jaime Torres Bodet a los 18 años dio a luz su primer *Fervor* poético; cumple sus 21 como secretario particular del secretario de Educación Pública, y antes de completar los treinta era autor de nueve poemarios, dos novelas y dos libros de crítica.[22]

La fama novelística de Gilberto Owen comenzó con *La llama fría* que produjo a los 20 años.[23] Desde los 21, Salvador Novo se inauguró como uno de los máximos poetas y ensayistas del país.[24]

[22] En seguida de *Fervor*, publicó *Canciones*, Cultura, México, 1922; *El corazón delirante*, Porrúa, México, 1922; *La casa*, Herrero, 1923; *Los días*, Herrero, México, 1923; *Nuevas canciones*, Calleja, Madrid, 1923; *Poemas*, Herrero, México, 1924; *Biombo*, Herrero, México, 1925; *Poesías*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926; *Margarita de Niebla*, Cultura, México, 1927; *Contemporáneos*, Herrero, México, 1928, y *Destierro*, Espasa-Calpe, Madrid, 1930.

[23] Gilberto Owen, *La llama fría*, El Universal Ilustrado, México, 1925.

[24] Novo celebró su mayoridad con la publicación de un par de libros: *XX poemas*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1925, y *Ensayos* con igual pie de imprenta al anterior.

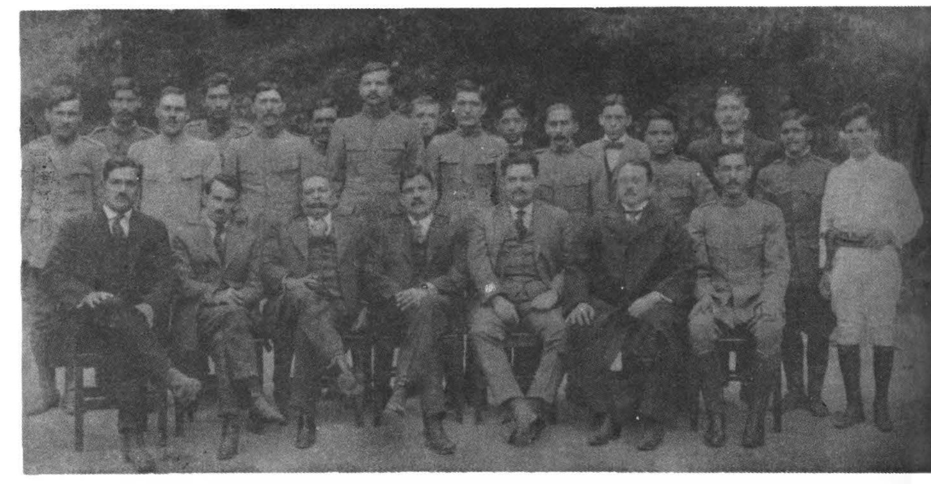


". . . El general Francisco Serrano (31 años), secretario de Guerra y Marina . . ."

Entre los 21 y los 25 de edad, Carlos Gutiérrez Cruz versificó su *Sangre roja.*[25] Carlos Pellicer, los *Colores en el mar y otros poemas*;[26] José Gorostiza compuso *Canciones para cantar en las barcas*;[27] Bernardo Ortiz de Montellano manifestó su *Avidez* como poeta[28] y Manuel Maples Arce los *Andamios interiores* de la corriente estridentista, corriente que los poetas de la competencia calificaron de "andamos inferiores".[29] Antes de cumplir los 25 años, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda y Alfonso Junco ya eran colonialistas de renombre.[30]

En los veintes, la minoría rectora epirrevolucionaria asume perfiles propios que acaban por distinguirla de la minoría rectora revolucionaria en el poder. Aun a simple vista ofrecen diferencias notables. Son, en conjunto, de tez más clara que sus predecesores, lo que no quiere decir que se hayan apartado en conjunto del tinte trigueño, del *latin*

[25] Carlos Gutiérrez Cruz, *Sangre roja. Versos libertarios*, Ediciones de la Liga de Escritores Revolucionarios, México, 1924.
[26] Carlos Pellicer, *Colores en el mar y otros poemas*, Cultura, México, 1921.
[27] José Gorostiza, *Canciones para cantar en las barcas*, Cultura, México, 1925.
[28] Bernardo Ortiz de Montellano, *Avidez*, Cultura, México, 1921.
[29] Manuel Maples Arce, *Andamios interiores. Poemas radiográficos*. Cultura, México, 1922.
[30] Emanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, México, 1965, pp. 158-179.



". . . La nueva hornada propende más que la vieja del atuendo de la gente bien de Europa y los Estados Unidos: a la chaqueta, a la vaselina, al chaleco y a los pantalones planchados."

colour, del color tostado en la piel y azabache en el pelo. La nueva hornada propende más que la vieja al atuendo de la gente bien de Europa y los Estados Unidos: a la chaqueta, a la vaselina, al chaleco y a los pantalones planchados. Portan revólver, pero no expuesto a la vista. Se cubren con sombreros chiquitos y rara vez caen en la gorra texana. En la nueva minoría tienen cabida principalmente hombres de carácter sanguíneo: laboriosos, prácticos, extrovertidos, deportivos, observadores, conciliadores, vanidosos y gastrónomos. En muy pocos se advierte la índole apasionada de los que hicieron la revolución. Generalmente practican la solidaridad de hombre a hombre. No es que no existan las pugnas en el interior del grupo generacional, pero son una nadería comparadas con las del grupo anterior. Los odios rara vez llegan a la aniquilación del contrario. Algunos conocen la muerte o el destierro (algunos sacerdotes, algunos militares, algún político) no por obra de sus coetáneos sino por orden de sus mayores. En general, es gente juiciosa que a fuerza de

> "haber visto cosas muy duras en nuestras
> revoluciones, estropicios, quemazones,
> golpizas y colgaduras."[31]

se aprudenta, sienta cabeza precozmente. En ningún momento les da por acabar de romper los platos rotos por la generación anterior. Tampoco se ponen a discutir y menos a pelear con sus mayores. Ciertamente no faltan los seducidos por la rebelión de Adolfo de la Huerta; más de alguno se dejó arrastrar por los rebeldes Gómez y Serrano. Pero eso no es lo común. Los de 1915 no pelean de frente con los revolucionarios aunque sí deploran que en su país "los políticos y los administradores, el ejército y los gendarmes, las leyes, los camiones, los sabios, las lecherías, los ferrocarriles, los paseos, los héroes, los cantantes . . . los temblores de tierra y casi todo (sea) improvisado, defectuoso, vulgar, nunca definitivo".[32] Les repugna el desorden revolucionario, el conocimiento superficial de la realidad mexicana, la poca consistencia de los planes salvadores, el ningún aprecio a los últimos gritos de la tecnología.

[31] Gabriel Zaid, *Omnibus de poesía mexicana,* tercera edición, Siglo XXI Editores, México, 1973, p. 303.

[32] Manuel Gómez Morín en *El Heraldo de México,* 14 de Junio de 1919, citado por Krauze, *op. cit,* pp. 89-90.

Los líderes obreros de la nueva generación desde muy temprano se entregan a poner orden en el caos laboral. Vicente Lombardo Toledano asume la tarea de depurar la Confederación Regional de Obreros y Campesinos Mexicanos (CROM) con el auxilio de cinco líderes coetáneos, con la ayuda del antes exrepartidor de leche Fidel Velázquez, a quien ya se debía la hechura de la Unión de Trabajadores de la Industria Lechera;[33] el chofer Fernando Amilpa, padre del Sindicato de Trabajadores de Limpia y Transporte del D. F. y de la Alianza de Camioneros;[34] Jesús Yurén, otro obrero del volante, organizador de los trabajadores de diversas industrias, Sánchez Madariaga, y Quintero.[35]

Aunque entre los recién consagrados sacerdotes de la generación se daba aún la tendencia a convertirse en hacedores de un México distinto al diseñado por las de la bronca revolucionaria, los más de los veinte se mantuvieron alejados de la acción y desde luego de los puestos de control por varios motivos: destierro de algunos, miedo de otros por estar en plena "cristiada", supeditación de todos a unos obispos de la generación modernista, y en el mejor de los casos, de la revolucionaria. No es insólito que los más de los sacerdotes de la hornada dediquen los años veinte a tareas intelectuales: Eduardo Iglesias a escribir una *Teosofía*,[36] Octaviano Valdés a sacar poemas de *El pozo de Jacobo*; Angel Garibay a traducir clásicos, y más de alguno a la hechura de textos para las escuelas católicas. Algunos ya sonaban como predicadores a finales de los 20 y Agustín Pro Juárez se convirtió en mártir a raíz de la muerte de Obregón.[37] El jesuita Ramón Martínez Silva, en cuanto vuelve a México, funda la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC) en 1927, y dos años después, los centros Labor y Lux.[38]

Los más de la minoría epirrevolucionaria asumen en los años 20 la actitud de encauzar las aguas broncas de la revolución. Toman muy

[33] María Luisa Solares, "la increíble historia verídica de Fidel Velázquez" en *Contenido*, Julio de 1978, pp. 59-78.

[34] Rosendo Salazar, *Historia de las luchas proletarias de México, 1930-1936*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956.

[35] Alfonso López Aparicio, *El movimiento obrero en México; desarrollo y tendencias*, Editorial Jus, México, 1952.

[36] Eduardo Iglesias, *Teosofía*, Imprensa Universal, México, 1932.

[37] De las varias biografías del padre Pro, tres son las más divulgadas: Eugenio Garcés Obregón, *Vida del P. Miguel Agustín Pro*, México, 1931. Alberto María Carreño, *El P. Miguel Agustín Pro*, Helios, México, 1938. Antonio Dragón, *Vida íntima del padre Pro*, Buena Prensa, México, 1940.

[38] Manuel Ulloa Ortiz, *Don Ramón Martínez Silva. Semblanza de un maestro*. Editorial Jus, México, 1974.

a pecho el aforismo de Ortega y Gasset: "yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo". Se sienten destinados a "hacer algo por México", a "hacer una cosa mejor" que la hecha por los revolucionarios, a construir una sociedad más habitable con los principios de la razón, con apoyo en el conocimiento, "de acuerdo a la técnica".[39] Se aferran a "la decisión de convertirse en hacedores de un México Nuevo", pero no con espíritu tranquilo. La impaciencia por conquistar el paraíso los conduce a errores tácticos. Todos quieren hacerlo todo; conocer la realidad mexicana, diseñar planes salvadores, poner en práctica las soluciones halladas. Todo quieren hacerlo a la vez: el diagnóstico, la medicina y la aplicación del remedio. Todos al unísono tratan de asir simultáneamente el binocular, la pluma y la pala.

Los de 1915 elaboran desde muy jóvenes una nueva imagen de México hecha a las volandas y con poco trabajo de campo. Quienes la hicieron (Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Samuel Ramos, Manuel Gómez Morín, Gilberto Loyo, Jorge Cuesta, Xavier Icaza, Luis Chávez Orozco, Lucio Mendieta y Núñez) no obraron, por los apuros del momento, tan minuciosa y científicamente como hubieran querido. Cosío publicó en 1924 las versiones taquigráficas de algunas de sus lecciones en la Facultad de Jurisprudencia con el nombre de

[39] Enrique Krauze, *op. cit.*, pp. 85-92.

". . . somos pobres no sólo económica sino naturalmente . . ."





". . . El perfil del hombre y la cultura en México, *descubre un mexicano fantasioso, susceptible . . .*"

Sociología mexicana. Allí rechaza "la idea de que México es país de extraordinaria riqueza natural", y la sustituye con la opinión de "que somos pobres no sólo económica sino naturalmente".[40] Gómez Morín da a luz en 1927 su ensayo *1915* que es una autognosis de su propio grupo con algunas referencias a México en general.[41] Cinco años más tarde, Ramos, con "el aprovechamiento metódico de las teorías psicológicas de Adler", traza *El perfil del hombre y la cultura en México,* descubre un mexicano fantasioso, susceptible, apasionado, y con fuertes sentimientos de inferioridad.[42] Ramos analiza tres tipos (el pelado, la clase media y el burgués) en los que encuentra rasgos síquicos comunes a los tres: inconsciencia de "la realidad de su vida, es decir, de las limitaciones que la historia, la raza, las condiciones biológicas imponen a su porvenir";[43] recelo "de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier palabra", e impulsividad o naturaleza explosiva. Ramos ve que no sólo en la minoría rectora de la revolución, que también en la mayoría dirigida, "la pasión ha llegado a convertirse en una necesidad . . . Esto obliga a todo el que quiere atraer la atención sobre lo que hace o lo que dice, a subir la voz, a extremar los gestos, a violentar las expresiones para impresionar al auditorio", lo que no sería demasiado grave si esa misma pasión no condujera frecuentemente a "pantomimas de ferocidad".[44] También sería menos malo si esa pasión fuese sincera. Ramos asegura que los gestos apasionados, las susceptibilidades y las fantasías son "ardides instintivos", máscaras disimuladoras del verdadero sentir del mexicano, del sentimiento de inferioridad o de minusvalía que ha contraído, en el curso de su historia, a causa de una serie de reveses históricos: la conquista española, la supeditación de los criollos a los peninsulares en el virreinato, la discordia social que siguió a la independencia, la derrota de 1848 infligida por los yanquis, la invasión francesa, el estereotipo que hicieron del mexicano las naciones extranjeras en el siglo XIX, y otras desventuras.[45] Por ser el sentimiento de minusvalía producto de la historia, Ramos lo ve supera-

[40] Daniel Cosío Villegas, *Sociología mexicana,* Editorial Juris, México, 1924-1925, 3 opúsculos, opúsculo 1.

[41] Se ha reeditado recientemente con el nombre de Manuel Gómez Morín, *1915 y otros ensayos,* Jus, México, 1973.

[42] Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México,* Espasa-Calpe Mexicana, México, 1972, pp. 50-65.

[43] Se encuentra un buen análisis de la mexicología de Ramos en Raúl Béjar Navarro, *El mito del mexicano,* Editorial Orientación, México, 1971, pp. 141-144.

[44] Samuel Ramos, *op. cit.,* pp. 60 y 117.

[45] *Ibid,* pp. 118-119.

ble. "Cuando el mexicano escape del dominio de las fuerzas inconscientes", "comenzará una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará el espíritu en libertad para la conquista de su destino."[46]

Aunque el cenáculo de 1915 se hizo una idea pesimista de los recursos naturales y humanos de México, nunca descreyó de la posibilidad de redimirlo. Cosío, después de decir que el territorio mexicano es una birria, propuso la superación de esa desgracia mediante "el esfuerzo del trabajo y la educación del pueblo". Ninguno llegó a proferir la frase terrible: "Aquí no se puede hacer nada". Don Xavier Icaza, en *Magnavoz 1926*, clasificó las ideas que se disputaban la salvación nacional en cuatro tendencias: mística, conservadora, comunista y nacionalista.[47] Las soluciones propuestas por los grandes hombres de negocios fueron de corte liberal, pero no exentas de inquietudes sociales. Ya los Garza Sada creían "que el lucro no es renta para satisfacciones egoístas sino instrumento de reinversión para el progreso económico y social".[48] Por lo general, las salvaciones propuestas entonces por intelectuales, soldados, políticos y aun hombres de negocios y gente de sotana fueron de inspiración socialista. Las de la *élite* sacerdotal y de algunos pensadores muy adictos a ella, como Alfonso Junco, provenían de la *Rerum Novarum* de León XIII y de diversas obras de Maritain. Las del sector intelectual laico, con no pocas excepciones, eran deudoras cercanas del marxismo. Hubo un momento en el que la revolución rusa cautivó a casi todos los jóvenes intelectuales. En 1919, Gómez Morín le confesó a un amigo que la "organización, tendencias y procedimientos", de la "República Federal Socialista de los Soviets" le "había cautivado".[49] Durante los 20, Arqueles Vela, José C. Valadés, Manuel Maples Arce, Ramos Pedrueza, José Mancisidor, Miguel Othón de Mendizábal, Hernán Laborde y muchos otros proponen caminos de renovación de tinte rojo y ruso. En general, los máximos líderes obreros, aunque no se suman a las filas del Partido Comunista y aun las combaten, usan pensamiento de corte socialista.

De hecho, el plan salvador más reiterado por la mayoría de los protagonistas de la generación de 1915 podría llamarse nacionalsocia-

[46] *Ibid*, pp. 101-102.

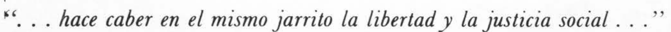
[47] Xavier Icaza, *Magnavoz 1926; discurso mexicano*, Talleres Gráficos del Gobierno de Veracruz, Jalapa, 1926.

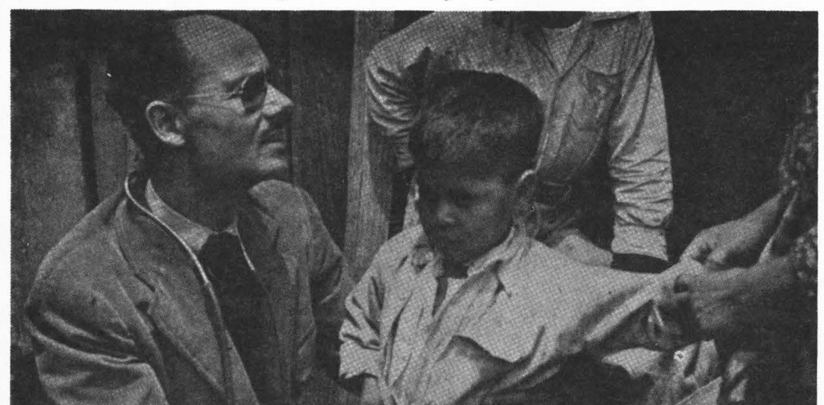
[48] José Fuentes Mares, *Monterrey; una ciudad creadora y sus capitanes*, Editorial Jus, México, 1976, pp. 93-97.

[49] Confróntese Krauze, *op. cit.*, pp. 114-117.

lista si ese nombre no tuviera, por culpa de los nazis, una nota infamante. Se trata de una fórmula hecha con fragmentos de varias ideologías aparentemente contradictorias, que acepta las tendencias liberales y socialistas de la Constitución de 1917, que hace caber en el mismo jarrito la libertad y la justicia social, la iniciativa privada y la intervención del estado en la actividad económica, el nacionalismo económico y las inversiones extranjeras, el fundo colectivo y la pequeña propiedad privada, el fomento de la industrialización y de las organizaciones obreras, la democracia y la dictadura, la división de poderes y la supremacía del poder ejecutivo, el régimen federal y la centralización política, la integración racial y el indigenismo, la tolerancia religiosa y las restricciones al culto católico, la libre expresión y el control estatal de los planteles educativos, la mala y la buena vecindad con el poderoso imperio de los Estados Unidos.

Pese a las divergencias en la visión de México y en los planes para salvarlo, todos los de 1915 coinciden en los años 20 en que su patria está enferma, que su enfermedad no es de muerte y que el remedio requerido para conseguir su salud es bastante accesible y de fácil aplicación. También creen que la hornada revolucionaria, por su incultura, por sus disensiones internas, por su creciente impopularidad, por su falta de ideas, no es capaz de conducir a México por el buen camino. Esto no quiere decir que deploren todo lo hecho por la hornada anterior ni se malquisten con ella. Los de 1915 se llevan muy bien aparentemente con sus antecesores. Los revolucionarios, violentos por naturaleza, no encuentran contrincante en los epirrevolucionarios. Estos, enemigos de toda ruptura, suceden en el poder a aquéllos. O mejor dicho: durante unos años disfrutan de un


". . . hace caber en el mismo jarrito la libertad y la justicia social . . ."



con sus mayores en todos los campos, menos en el religioso. A partir de la muerte de Obregón en 1928, se puso de moda ver en la cúspide del poder y de la influencia a miembros de la generación de 1915 que apenas tenían en promedio una edad de 30 años, pues ninguno pasaba de los cuarenta y algunos ni siquiera cumplían aún los 25. Para 1928, fuera de los transterrados españoles que se incorporarían hasta diez, once o doce años después, los jóvenes ilustres de la camada 1915 vivían al contrario de sus predecesores en la República Mexicana y casi todos en la ciudad de México: los menos, apartados de la actividad política, recluidos en actividades económicas, religiosas o cultas; los más ganosos de conseguir la oportunidad de poner a prueba sus planes de salvación nacional por sus propias manos, desde un puesto público.

La coyuntura favorable se presenta a la muerte de Obregón. La presidencia de la República, que no el poder supremo bien asido por Calles en su calidad de "jefe máximo" de la Revolución, confluye en el abogado Emilio Portes Gil, presidente provisional durante catorce meses en los que, salvo muy pocas excepciones impuestas por el "jefe máximo" se rodea de un gabinete presidencial de la marca 1915: Luis

". . . durante unos años disfrutan de un poder compartido con sus mayores en todos los campos . . ."



Montes de Oca (34 años), secretario de Hacienda y Crédito Público; Marte R. Gómez (32 años), secretario de Agricultura; Ezequiel Padilla (38 años), secretario de Educación Pública, y José Aguilar y Maya (31 años), procurador del Distrito y Territorios Federales. Otros reciben una subsecretaría, como José Parrés, o una oficialía mayor, como Matías Ramos y Gonzalo Vázquez Vela, o una gubernatura como Lázaro Cárdenas en Michoacán, Leonides Andrew Almazán en Puebla y Rodolfo Elías Calles en Sonora.

Genaro Vázquez, que acababa de encumbrarse a jefe del Departamento del Distrito Federal, da a conocer el 8 de diciembre de 1929 la dizque victoria electoral del viejo revolucionario Pascual Ortiz Rubio para la presidencia de la República. El 5 de febrero, don Pascual recibe la banda tricolor de presidente y designa un primer gabinete en donde hay tantos jóvenes epirrevolucionarios como en el de Portes Gil: Luis Montes de Oca en Hacienda, Carlos Riva Palacio en Gobernación y Juan Andrew Almazán en Comunicaciones. Don José Aguilar y Maya asciende a procurador general de la República. Poco después Lázaro Cárdenas asume la secretaría de Gobernación y Narciso Bassols, la de Educación. En un tercer momento, se entrega a Miguel M. Acosta la secretaría de Comunicaciones; en Educación sigue Bassols con Luis Padilla Nervo de subsecretario.

Durante la presidencia del general Rodríguez fueron ministros cinco de 1915: en Gobernación, Eduardo Vasconcelos; en Industria y Comercio, Primo Villa Michel; en Guerra, Lázaro Cárdenas; en Hacienda, Marte R. Gómez; en Economía (antes Industria y Comercio), Primo Villa Michel. Por otra parte, aumentó el número de subsecretarios, oficiales mayores y gobernadores de la hornada de los de 1915. Esto es, a partir de 1932, la mayoría de los puestos claves de la administración pública quedan en poder de la nueva tanda que ya venía caracterizándose por su interés hacia los problemas sociales. Tan fue así que a sus miembros se les puso el apodo de "los agraristas" porque exageraban su afinidad con los rústicos y su amor a la reforma agraria. De hecho, en los catorce meses que estuvo en "la silla" Portes Gil y en los veinticinco de Abelardo Rodríguez, se intensificó la dotación de ejidos. Desde los días de Portes Gil presidente, varios gobernadores de la tanda 1915 se distinguieron como agraristas: Lázaro Cárdenas en Michoacán, Leonides Andrew Almazán en Puebla, Agustín Arroyo Chico en Guanajuato y Saturnino Osorno en Querétaro. Desde finales de los 20 el profesor Graciano Sánchez andaba de agitador agra-

rista por todo el país y trató de juntar a las masas campesinas en una confederación nacional.

No menos intensa fue la preocupación de los epirrevolucionarios por las clases trabajadoras de la industria y el comercio. Quizá eran muy pocos los que querían una ejidización de las fábricas semejante a la de las haciendas, pero seguramente muchos pugnaban por el alza de salarios fabriles, por la mejoría de las condiciones de trabajo en talleres y fábricas y sobre todo por la hechura de vigorosas confederaciones obreras. Fuera de un par, los grandes líderes obreros de 1929 son de la hornada 1915: Vicente Lombardo Toledano, artífice de la CROM depurada y la CGOCM; Fernando Amilpa, líder de los ferrocarrileros; Fidel Velázquez, Sánchez Madariaga, etc. Para 1934, la exigencia interior de los de 1915 de hacer algo para la elaboración del nivel general de vida se había traducido en la hechura de un titipuchal de instituciones laborales: CROM, CNC, CGOCM, CSUM, CGT, *Código Agrario, Ley de Trabajo de 1931*, y otras cosas por el estilo.[50]

Los nuevos reclamos de justicia social son compartidos también por la nueva onda de capitanes de la industria, el comercio y la banca, aunque en dosis homeopáticas. Desde los días del maximato comienzan a sonar los nombres principales de un nuevo tipo de empresario, laborioso, perseverante, ahorrador, enamorado de la técnica y el éxito, muy parecido a los nuevos capitalistas estadounidenses: Máximo Michel, director general de Al Puerto de Liverpool y promotor de compañías de seguros; Angel Urraza, rey de la industria hulera desde 1928 y desde su Compañía Euzkadi; Bernabé del Valle, fundador en 1932 del Banco Mexicano; Raúl Bailleres, quien desde 1934, a través del Crédito Minero y Mercantil, S. A., refacciona la minería; Leopoldo Palazuelos, metido en empresas bancarias y de comercio exterior; Eloy Vallina, el del Banco Comercial Mexicano; Gunnar Hugo Beckman, gerente a partir de 1934 de Teléfonos Ericsson; Emilio Azcárraga, fundador de radiodifusoras; Santiago Galas, Russell F. Moody, Carlos Prieto, José Domingo Lavín, los hermanos Eugenio y Roberto Garza Sada, Miguel Elías Abed, los Spitalier, Antonio Signoret, Emilio Lanzagorta y treinta más.

Los intelectuales de la hornada de 1915, que ya venían distinguiéndose como artífices de instituciones cultas desde tiempo atrás, intensifican su obra. Carlos Chávez funda en 1928 la Orquesta Sinfó-

[50] *Vide* capítulo III, nota 1.



"Los nuevos reclamos de justicia social son compartidos también por la nueva onda de capitanes de la industria . . ."

nica de México que no sólo da a conocer la música contemporánea en la capital y no únicamente a las clases altas.[51] Agustín Lara funda la orquesta El Son Marabú, con el propósito de que los sones populares lleguen también a los oídos de la gente chic, por medio de la radiodifusora XEW.[52] Los cultos incrustados en el PNR echan a andar el 1o. de enero de 1931 la XEFO con este recado: "Al instalar su estación radiodifusora el Partido Nacional Revolucionario pone al servicio de la ideología renovadora, la técnica de difusión más eficaz que se conoce hasta hoy." Amenaza, además, con difundir "la doctrina del partido, la información diaria de su gestión y la de los gobiernos". Promete, por último, llevar "el registro minucioso de las palpitaciones cotidianas de la vida nacional".[53] Daniel Cosío Villegas crea el Fondo de Cultura Económica en 1934 con el fin de hacerla la editorial central de México y cofunda otras instituciones tan importantes como una Escuela Nacional de Economía de nivel universitario y un *Trimestre Económico*.[54] Cosío Villegas fue en aquellos años el principal animador de los estudios de economía.

[51] Otto Mayer-Serra, *Panorama de la música mexicana desde la independencia hasta la actualidad*, El Colegio de México, México, 1941, p. 95.

[52] Jorge Mejía Prieto, *Historia de la radio y la TV en México*, México, 1972, p. 54.

[53] *Ibid*, pp. 55-63.

[54] Centro de Estudios Históricos, *Extremos de México. Homenaje a don Daniel Cosío Villegas*, El Colegio de México, México, 1973, pp.

No menos importante fue el despliegue que los de 1915 le dan a cinco formas de comunicación masiva: la radio, la música, el cine, la novela y la pintura mural. En 1930, Emilio Azcárraga funda, dizque para "unificar la gran familia mexicana" que había contraído la costumbre de adquirir radiorreceptores, dos potentes radiodifusoras: la XEW en la ciudad de México y la XET en Monterrey. Ambas expiden sin tregua ni cansancio los boleros de Agustín Lara, los corridos de la revolución y otras piezas de música popular más o menos sentimentaloide y más o menos patriótica.[55]

Durante la crisis se produjo también el despegue del cine sonoro mexicano por obra de hombres de la generación epirrevolucionaria. En 1930 *Más fuerte que el deber* inaugura una serie de películas de temas rústico-religiosos.[56] En 1933, dirigen tres películas de calidad las dos máximas figuras del primer cine sonoro de aquí: el ruso Arcady Boytler y el apochado Fernando de Fuentes. Este hace el primer gran film dedicado a la revolución: *El compadre Mendoza*.[57] Y sin embargo, fueron

[55] Jorge Mejía Prieto, *op. cit.*, pp. 37-54.
[56] Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, Ediciones Era, México, 1969 y ss, vol. I, p. 17.
[57] *Ibid*, vol. I, pp. 38, 53-54, 41-42 y 57-59.

Fernando de Fuentes . . . hace el primer gran film dedicado a la revolución: El compadre Mendoza.



las novelas las que más machacaron los episodios de la lucha contra Porfirio Díaz. "En 1931 no se publicó una sola novela importante que no tratase el tema" revolucionario.[58] Rafael F. Muñoz escribió *Vámonos con Pancho Villa*;[59] José Mancisidor, *La asonada*;[60] Gregorio López y Fuentes, *Campamento*, *Tierra* y *Mi General*;[61] José Rubén Romero, *Desbandada* y *El Pueblo inocente*,[62] y Fernando Robles, *La Virgen de los cristeros*. Pero un poco antes y un poco después de 1931, los hombres de 1915, siempre indecisos ante el nacionalismo y el cosmopolitismo publicaron novelas, como *La educación sentimental*, de Jaime Torres Bodet, donde se plantean problemas tan universales como el del conocimiento mutuo de los individuos.[63] También las pinturas de Rufino Tamayo oscilan entonces entre los temas aportados por la circunstancia nacional y la internacional, por lo de aquí y ahora y por lo de todas partes y cualquier tiempo. Y lo mismo puede decirse de la música de Carlos Chávez y Silvestre Revueltas.

En 1933, de las cinco secciones de la ascendente minoría rectora epirrevolucionaria, dos, la política y la militar hechas una, las dos ya a unos cuantos metros de la cumbre del poder político, ascienden todavía más con la venia de Calles, el caudillo político de la cada vez más achicada minoría revolucionaria. Calles le da el visto bueno al general Lázaro Cárdenas para figurar como candidato seguro a la Presidencia. A Calles también, en el mismo mes de mayo en que decide la sucesión presidencial en pro de uno de la segunda generación revolucionaria, se le ocurre, quizá para evitar que el escogido para presidente se salga del redil callista, aunque él dijo que lo hacía para hacer de México "un país responsable y fuerte", lanzar la idea de un

[58] Brushwood, *op. cit.*, p. 352: "Sorprende el cambio de rumbo en 1931: la Revolución se ubica en la novela."

[59] Rafael F. Muñoz, *Vámonos con Pancho Villa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1931.

[60] José Mancisidor, *La asonada. Novela mexicana*, Editorial Integrales, Jalapa, 1931.

[61] Gregorio López y Fuentes, *Campamento*, Espasa-Calpe, Madrid, 1931. *Tierra. La revolución agraria en México*, El Gráfico, México, 1932. *Mi general*, Ediciones Botas, México, 1934.

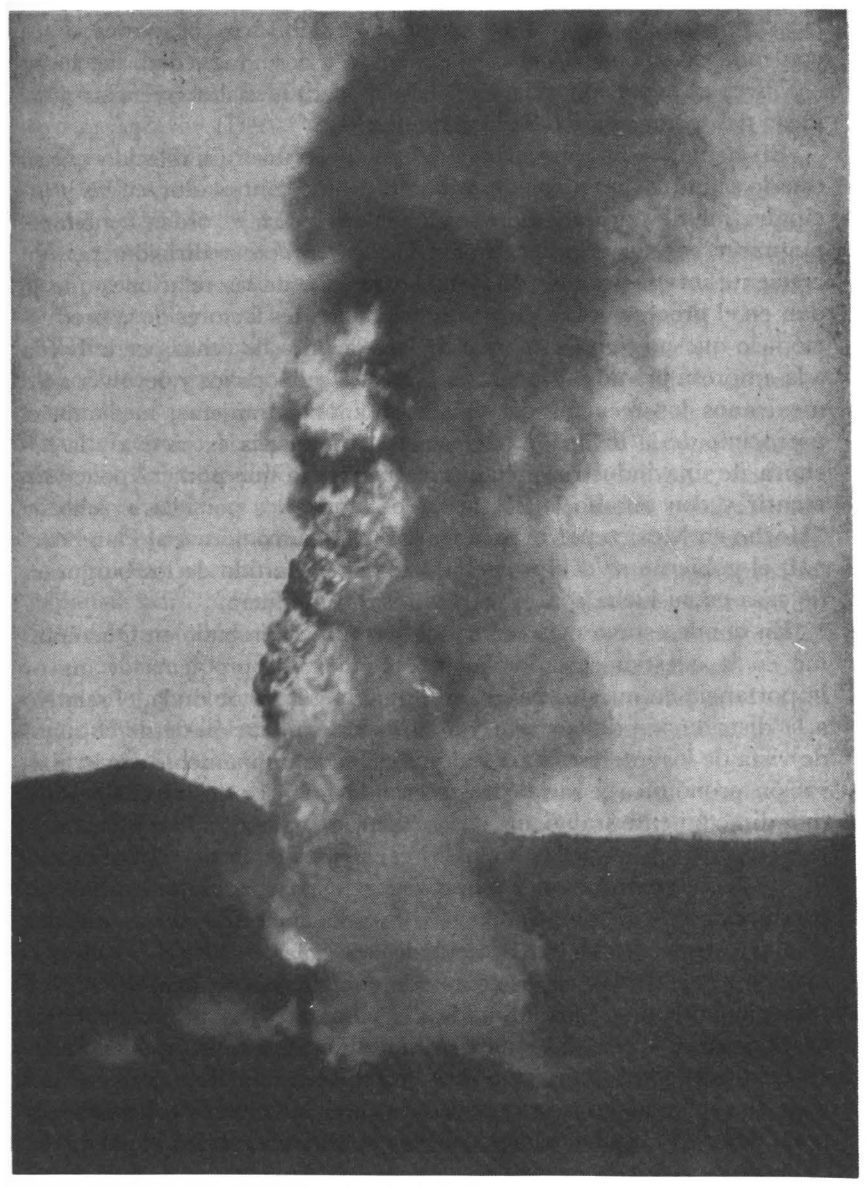
[62] José Rubén Romero, *El pueblo inocente*, Imprenta Mundial, México, 1931.

[63] Brushwood, *op. cit.*, p. 343.

o "programa detallado de acción para el siguiente período" que el lanzador de la idea no hizo, como tampoco ninguno de sus coetáneos. La hechura del plan le fue encargada a dos comisiones constituidas por personas de la misma hornada del candidato oficial, que no de la generación de Calles. En una de las comisiones figura el propio Cárdenas, Carlos Riva Palacio (el presidente del PNR), Gabino Vázquez y varios legisladores, entre los que destacan Ezequiel Padilla y Genaro Vázquez. En la comisión llamada técnica para distinguirla de la programática, figuraron los secretarios de Hacienda, de Economía, de Educación, de Comunicaciones y el jefe del Departamento de Trabajo; es decir, muchos políticos prominentes, todos de la nueva ola de 1915. Los comisionados para hacer el plan sólo se reunieron en cuatro ocasiones. En seguida una Comisión Dictaminadora de diputados "enriquece la ponencia del Comité Ejecutivo Nacional con el sentimiento vivo de las clases populares". Léase el sentimiento de Graciano Sánchez en punto al agrarismo y el de Manlio Fabio Altamirano, en lo tocante a educación. Seguramente también el general Calles intervino en la confección del Plan, pero los toques finales izquierdistas se los dio la Convención del PNR, reunida en Querétaro del 3 al 6 de diciembre de 1933.[64]

Seguramente sólo una parte de la *élite* de la hornada de 1915 intervino en la hechura del Plan Sexenal, pero al parecer otros miembros ilustres de esa hornada no lo vieron con malos ojos. Quizá el sector de los hombres de empresa no lo encontró a su gusto, pero no dijo nada duro en contra de él. Las mayores críticas vinieron, como era de esperarse, de los guardianes de la tradición católica. Los autores del Plan se inspiraron en los planes soviéticos; lo vistieron con frases tomadas del socialismo ruso. Sin embargo, el Plan mexicano quedó muy distante de la precisión de sus modelos, y poco, fuera de su fraseología, que era socialista a lo ruso. Marcó, en términos muy generales, el camino a seguir e hizo una mezcla de principios liberales y antiliberales. Su punto de partida no fue, como se dijo que iba a ser, la lección de las estadísticas y de la experiencia. No resultó tan científico y técnico como lo hubieran querido sus autores porque sólo se contaba con estadísticas mentirosas y con historias que no registraban puntualmente

[64] Partido Nacional Revolucionariol *Plan sexenal del PNR*, México, 1934, pp. III-XIII.



"El mentado programa . . . procuraría evitar los monopolios y devolver a los mexicanos los recursos del país en manos extranjeras . . ."

la experiencia nacional. Pese a todo, a su débil base heurística, a sus contradicciones entre forma y contenido y a su vaguedad, fue hasta entonces la expresión más nítida de las actitudes, las creencias y las ideas del sector político de la gente de 1915.[65]

El mentado programa comenzó por dejar bien establecido que el estado se inmiscuiría, como promotor y como controlador, en las principales manifestaciones de la vida del país. En el orden conómico, pugnaría por un régimen progresivo de economía dirigida, por un creciente intervencionismo estatal, regulador de las relaciones que se dan en el proceso económico entre los diferentes factores de la producción, lo que no significaba que tuviera la mira de echar por la borda a la empresa privada. Procuraría evitar los monopolios y devolver a los mexicanos los recursos del país en manos extranjeras, mediante el patrocinio de la inversión nacional en la industria extractiva y la hechura de una industria metalúrgica mexicana que pudiera poner sin mentir y con orgullo en los artículos fabricados por ella el sello de "Hecho en México por mexicanos". En suma, conforme al Plan Sexenal, el gobierno se comprometía a tomar el partido de los burgueses de casa en su lucha contra los empresarios de fuera.

En donde estuvo más radical el programa aprobado en Querétaro fue en la cuestión agraria. Sobre ésta dijo: "el problema de mayor importancia en nuestro país es, sin ningún género de duda, el relativo a la distribución de la tierra y a su mejor explotación desde el punto de vista de los intereses nacionales, vinculado íntimamente con la liberación económica y social de los grandes núcleos de los campesinos que directamente trabajan la tierra; por lo cual, continuará luchando por convertirlos en agricultores libres, dueños de la tierra y capacitados, además, para obtener y aprovechar el mayor rendimiento de su producción . . . El límite único de las donaciones de tierras y aguas será la satisfacción de las necesidades agrícolas de los centros de población . . ." El Plan expuso con toda energía la necesidad del rápido "fraccionamiento de los latifundios" "para satisfacer prontamente las necesidades de los campesinos" y simultáneamente (lo que se llama matar dos pájaros del mismo tiro) "establecer en definitiva una situación de confianza en las explotaciones agrícolas, libres de afectaciones posteriores".[66] Los hacedores del Plan se extendieron ampliamente en

[65] Leopoldo Solís, *Planes de desarrollo económico y social de México*, SepSetentas, México, 1975, pp. 106-120.

[66] Partido Nacional Revolucionario, *op. cit.*, pp. 20-37.

la resolución de lo que menos conocían: el problema agrario. Se acordó que para dar mayor solidez a la redistribución del agro la modesta Comisión Nacional Agraria se convirtiese en un flamante Departamento Agrario (DA), y que se disolvieran las comisiones locales agrarias para permitir la hechura de comisiones agrarias mixtas, compuestas por un número igual de representantes del DA, del gobierno del estado, y de las organizaciones campesinas. Se dijo que para redondear la felicidad de los campesinos se promoverían, por si lo anterior fuera poco, la redistribución geográfica de rancheros, la hechura de organizaciones campesinas y el desarrollo agrícola.

Una vez terminada la división de la tierra debería meterse mucho empeño en organizar a los ejidatarios para la producción, y en poner a su alcance métodos modernos de cultivo, semillas selectas, fertilizantes y máquinas. Al mismo tiempo habría que estudiar las posibilidades agrícolas de la república, y por lo pronto, regar, regar, regar. La federación costearía los trabajos de riego. Las autoridades públicas también se volverían las tutoras de la fauna y de la flora. A fin de mantener y desarrollar nuestra abundancia de bosques el Plan dispuso: estricta vigilancia para prevenir la tala inútil; trabajos de reforestación; medidas *ad hoc* para cubrir de árboles zonas que nunca los habían tenido, y por último, aprovecharse de los bosques de manera racional y económica, no para hacer leña con ellos. A los rústicos se les serviría su felicidad en bandeja de plata mediante repartos, cooperativas, irrigaciones, créditos, máquinas, escuelas, hospitales y discursos.[67]

En cambio, "por lo que se refiere a política obrera —como dice Lorenzo Meyer— el plan se quedó en generalidades". "El PNR —dictaminó— hará que sus miembros en el Poder desarrollen una política francamente sindical, fomentando y estimulando, por todos los medios posibles, la organización de los trabajadores sin más límite que el señalado por las leyes." También insistió en lo del salario mínimo, y en el fomento de los contratos colectivos de trabajo que deberían convertirse "en la forma única, o por lo menos preponderante, de poner en relación a los industriales y a los trabajadores".[68] Por último recomendó "la implantación del seguro social obligatorio, aplicable a todos los trabajadores", y, cubridor de los riesgos no amparados por la Ley del Trabajo, decidió, para darle cierto dramatismo a la vida obrera que

[67] *Loc. cit.*

[68] Antonio Henríquez Filio, *Nueva economía social: Plan sexenal mexicano, 1935-1940.* Talleres Linotipográficos Mexicanos, México, 1935.



"Para la salud del alma, el Plan mandó . . . contener las excesivas efusiones religiosas de la gente . . ."

cada vez se hacía más rutinaria, el impulsar la lucha de clases, el promover los *matches* entre obreros y patronos.

Para evitar que la lucha de clases resultara ridícula por ser el pleito entre un vigoroso patrono y un obrero enfermizo, recomendó la vigorización del débil mediante una política sanitaria implantadora de servicios para prevenir endemias y epidemias y principalmente para

reducir al mínimo la producción de "angelitos". El Plan dispuso que el gobierno federal le gastara más a la salud del pueblo; no un simple 3% del presupuesto como el gastado en 1933; a partir de 1934, una suma mayor que se incrementaría anualmente hasta llegar al 5.5% en 1939. El Plan dijo, también, que después de todo la capital estaba más o menos bien surtida de médicos y medicinas, y que los incrementos al presupuesto de salubridad se aplicasen exclusivamente en sanear lo extracapitalino, o sea el mayor número posible de cuautitlanes. Por último pidió que no se le dejara toda la carga de cuidar de los enfermos al gobierno federal, que los gobiernos de los estados y de los municipios se reservaran una parte de esa obra de misericordia. Tampoco la vigorización por el deporte de los enclenques trabajadores mexicanos debería dejarse en las manos exclusivas de la federación. ¿Acaso los municipios no se podían hacer sus propias canchas de futbol, basquetbol y beisbol y sus mesitas de ping pong? Para consolidar la salud pública el plan propuso el fomento de instituciones de beneficencia (asilos de ancianos e inválidos y dormitorios gratuitos para quienes no lo tuvieran propio); el desarrollo de campañas contra los incentivos de la prostitución y de la mendicidad, y leyes estrictas que redujeran al mínimo los satisfactores de borrachos y drogadictos.

Para la salud del alma, el Plan mandó establecer en las capitales de los estados tribunales para resolver crímenes cometidos por menores de 18 años; organizar una vigorosa fuerza policiaca preventiva; impedir la apertura de casas de juego en las zonas de trabajadores; rehacer la justicia, impartir normas de orientación moral y de defensa colectiva como las ya señaladas contra los crímenes juveniles, la prostitución, el alcoholismo y los escándalos públicos; conseguir la regeneración de los presos; impedir la hechura y puesta en pantalla de películas inmorales y antipatrióticas; fomentar la procreación de niños; contener las excesivas efusiones religiosas de la gente, y, sobre todo, abrir, hasta lo indecible, escuelas para las masas.[69]

Sólo en educación vuelve a expresiones relativamente precisas sobre el gasto federal para construir escuelas y promover su uso, y sobre las metas de la enseñanza. "El PNR considera que el fomento de la educación pública deberá ser una de las más serias preocupaciones del Estado . . . Declara que . . . el presupuesto federal nunca baje este ramo del 15% del total de los gastos de la Federación . . . El PNR . . . reco-

[69] Solís, *op. cit.*, pp. 17-26.

noce y proclama que la escuela primaria es una institución social, y por lo mismo, las enseñanzas que en ella se imparten y las condiciones que deben llenar los maestros para cubrir la función social que tienen, deben ser señaladas por el Estado, como representante genuino y directo de la colectividad, no reconociéndose a los particulares (con falso y exagerado concepto de libertad individual) derecho absoluto para organizar y dirigir planteles educativos ajenos al control del Estado . . . La escuela primaria será laica, no en el sentido puramente negativo abstencionista, en que se ha querido entender el laicismo por los elementos conservadores y retardatarios, sino que en la escuela laica, además de excluir toda enseñanza religiosa, se proporcionará respuesta verdadera, científica y racional a todas y cada una de las cuestiones que deben ser resueltas en el espíritu de los educandos, para formarles un concepto exacto y positivo del mundo que les rodea y de la sociedad en que viven."[70]

El Plan Sexenal empezó a ponerse en obra antes de iniciado el sexenio de Cárdenas. Con gran estrépito se rehizo el artículo constitucional referente a la educación. A fines de julio de 1934 los legisladores Alberto Coria y Alberto Bremauntz proponen el proyecto de reforma a la Cámara de Diputados. Meses después, concluidos los trámites de rigor y en medio de gran alharaca pública, se promulgó un Artículo tercero que estatuye: "La educación que imparta el Estado será socialista, y, además de excluir toda doctrina religiosa combatirá el fanatismo y los prejuicios."[71]

Otras dos medidas del Plan Sexenal aplicadas en seguida se refieren a la reforma agraria. En vísperas del régimen de Cárdenas se promulga un Código Agrario[72] y se echa a andar el Departamento Agrario. Simultáneamente se publican numerosos artículos y libros referentes a la cuestión agraria que permiten ver, entre otras diferencias, las existentes acerca de este punto entre los "veteranos" de la revolución y los "renovadores" o "agraristas"; es decir, entre la familia revolucionaria y epirrevolucionaria, entre la minoría rectora que iniciaba la retirada y la minoría rectora que entraba al ejercicio del poder, y de la influencia, entre la generación ya definida en el capítulo precedente y la que presenta los siguientes

[70] Partido Nacional Revolucionario, *op. cit.*

[71] Carlos Alvear Acevedo, *Lázaro Cárdenas, el hombre y el mito*, segunda edición, Editorial Jus, México, 1972, pp. 99-116.

[72] *Diario de Debates de la Cámara de Diputados*, 1o. de septiembre de 1934.

deducibles de lo dicho en estas páginas. En números absolutos, la minoría dirigente llamada generación constructora, o de 1915, o epirevolucionaria, o de los siete sabios, o de los agraristas, resulta un poco más poblada que la generación destructiva, o de los veteranos, o de los revolucionarios. Esta se constituye con unos 200 individuos, en tanto que a la constructora se le pueden atribuir 300.

De hecho, al asumir Cárdenas la presidencia los próceres "veteranos" en activo no llegaban a ciento, mientras los próceres innovadores eran casi el triple.

Como la revolucionaria, la minoría rectora epirrevolucionaria fue exclusivamente masculina. No figura en ella ninguna mujer. Con todo, es menos "machista" que la revolucionaria. Alguien podría atribuir este hecho a que tuvo relativamente pocos militares. Una cuarta parte de la minoría revolucionaria fue de generales del ejército. En cambio, sólo una décima parte de la minoría epirrevolucionaria ostenta el grado de general. Un 27% de los epirrevolucionarios admite como principal título el de estadista o gobernante; un 35% cae en la categoría de intelectual. Esta generación tiene menos políticos y más intelectuales que la inmediata anterior. Incluye más sacerdotes (12% contra 5%) y más empresarios u hombres de negocios (16% contra 9%).

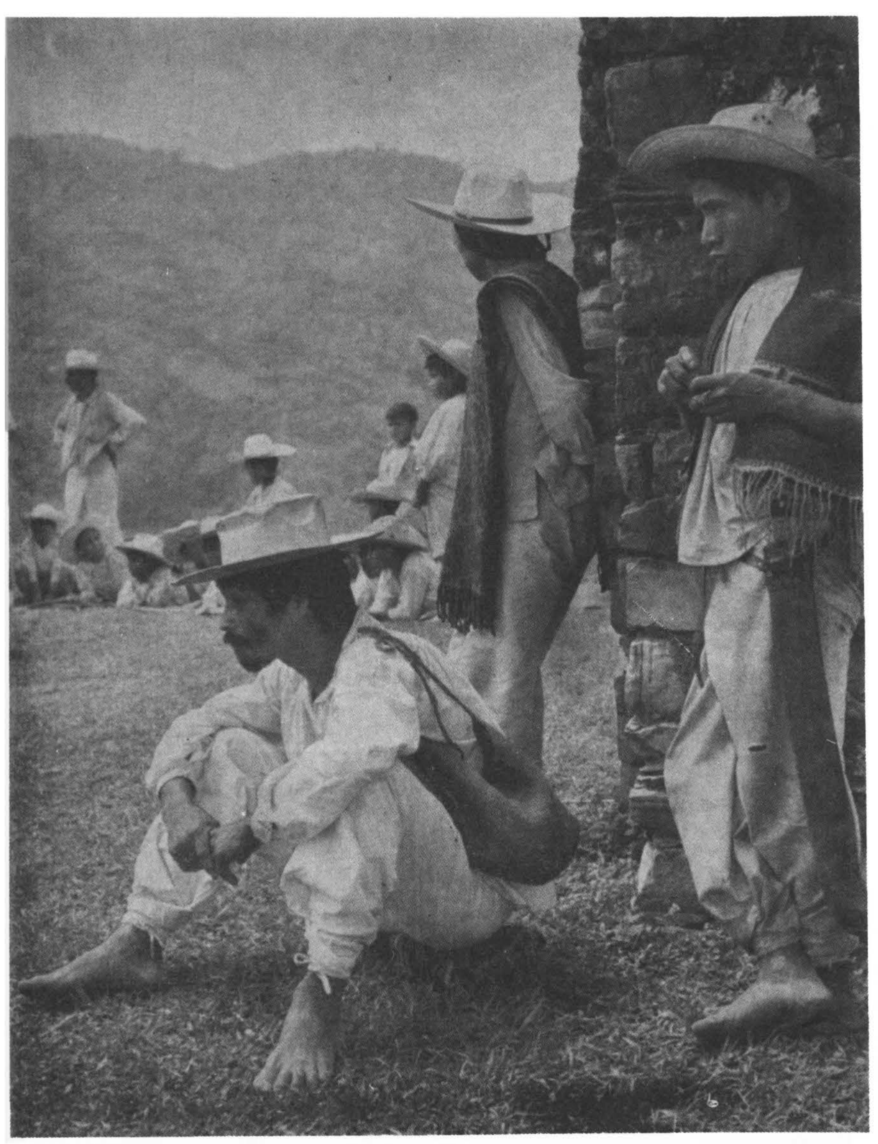
Ninguna minoría rectora anterior había dado cabida a tanta gente oriunda de otros países o mexicana nueva. Por lo menos dos de cada diez protagonistas, epirrevolucionarios o no, nacieron en México o fueron hijos de inmigrantes. Alguien podría atribuir a este hecho el que los de 1915 hubiesen sido menos nacionalistas que sus predecesores. También se distinguen de los revolucionarios por una mayor dosis de urbanidad. Un 80% de la pléyade epirrevolucionaria nació en centro urbano y el 12% restante, con alguna excepción, se hizo citadina desde la más tierna infancia. Este fenómeno parece estar en contradicción con el agrarismo de los epirrevolucionarios. Como quiera, el hecho de que la gran mayoría se originó al sur del Trópico de Cáncer, donde el problema agrario era alarmante, puede explicar su agrarismo. A su nacimiento y estancia en el México circuncapitalino se puede atribuir su sensibilidad para el problema agrario, y a su falta de raíces rurales, los errores cometidos a la hora de resolverlo.

La gran mayoría de los protagonistas del cardenismo nació y creció en casas de clase media. Recibió la crianza de tipo autoritario y reli-

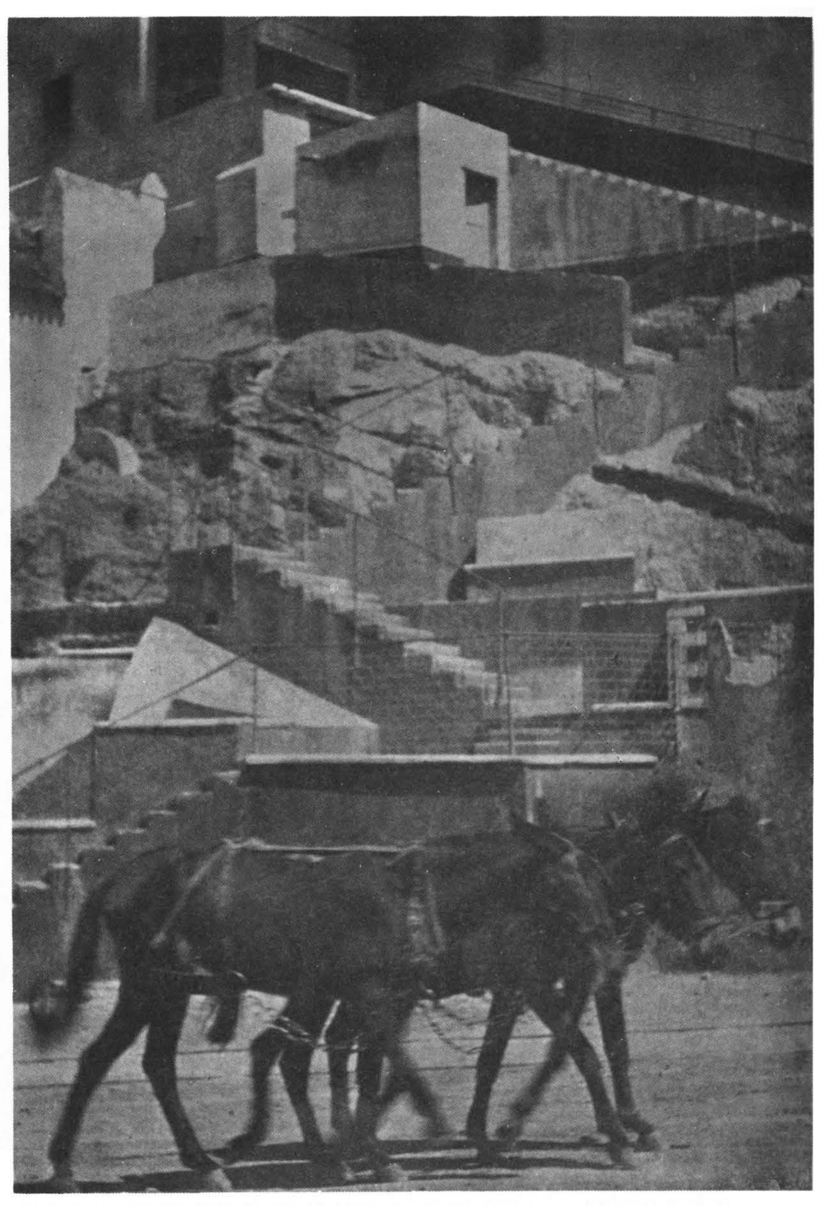
gioso que se estilaba en ese grupo. Estuvo desde la niñez en escuelas más o menos laicas. Padeció, entre la infancia y la primera juventud, los sustos, las carreras, el empobrecimiento, la violencia del bronco decenio revolucionario de 1910 a 1920. Algunos tomaron parte activa en la guerra; los más sólo fueron víctimas de la trifulca. Casi ninguno llegó a simpatizar con aquel caos de matanzas, violaciones, robos y discursos incendiarios. Nadie deploró el derrumbe del porfiriato, pero a todos les dejó muy mala impresión la rabia y la violencia con que fue derrumbado, y sobre todo, la prolongación de la rabia y la violencia derrumbadoras después del derrumbamiento.

Fuera de los militares que recibieron por regla general sólo la educación primaria, y de los empresarios que rara vez traspasaron la educación media, los prohombres de 1915 recibieron educación universitaria. Casi una tercera parte, como era de costumbre, estudió leyes; poco más de la décima parte hizo la carrera eclesiástica, pero alrededor de una cuarta parte, lo que era inusitado, tomó rumbos profesionales más acordes con el mundo moderno. De los de este grupo, no pocos estudiaron en universidades extranjeras, y de los que se refinaron en el extranjero, un número importante lo hizo en institutos norteamericanos, ingleses y alemanes. Para muchos de ellos su segunda lengua fue el inglés, ya no el francés de las generaciones del siglo XIX, y menos el latín de las minorías de la época colonial y los primeros años del México independiente. El no haber tenido la oportunidad de recibir el mensaje de los viejos humanistas, desterrados por la revolufia de la educación superior, les permitió absorber sin mayores trabas la cultura científico-técnica de los nuevos tiempos. Las palabras "ciencia", "técnica", "revolución industrial", "economía", "máquinas" serán más adoradas por los epirrevolucionarios de lo que lo fueron por los "científicos" de la odiosa dictadura porfiriana.

Aun los ausentes de la educación extranjera y anglosajona estuvieron, durante el período entre las dos guerras, muy al tanto de las novedades en todo el mundo occidental. Su actitud indudablemente nacionalista se combinó con una clara recepción de los aires forasteros que vino a desembocar en una actitud socialista ecléctica en la que caben muchos matices. En general, su gusto por el desarrollo económico conseguido por los grandes países capitalistas se conjugó con una simpatía a la justicia social predicada por el único país socialista de entonces y por algunos partidos de otros países. Muy pocos permanecieron fieles a la tradición mexicana; quizá ninguno se sintió adicto al capita-



"... Un 80% de la pléyade epirrevolucionaria nació en el centro urbano y el 12% restante ... se hizo citadina ... Como quiera, el hecho de que la gran mayoría se originó al sur del Trópico de Cáncer, donde el problema agrario era alarmante, puede explicar su agrarismo."



"... Se trata de un nacionalismo que no excluye el consumo de lo más que se pueda del otro, ni tampoco la aceptación del México feo."

lismo clásico; sólo unos cuantos dieron todo su amor al marxismo-leninismo; los más asumieron una actitud vagamente socializante, proletarizante, de preocupación por las masas. El enriquecimiento patrio a fuerza de ciencia, técnica, ingeniería y justicia social, por medio de las organizaciones de los trabajadores, fueron metas compartidas por los directores de la sociedad que habían nacido entre 1890 y 1905, sin distinción de credos e ideologías.

La actitud nacionalista de la generación de 1915 parte del reconocimiento de que el país "tiene intereses y gustos propios" que en caso de conflicto, hay que "hacerlos prevalecer sobre los gustos e intereses extranjeros". Se trata de un nacionalismo que no excluye el consumo de lo más que se pueda del otro, ni tampoco la aceptación del México feo. Los de 1915 se hacen una idea pesimista de su país; destruyen el mito del cuerno de la abundancia, y miran con poca fe a los componentes de la sociedad (al indio, al ranchero, al pelado) no obstante los discursos patrióticos sobre las virtudes del indio, los filmes sobre la nobleza ranchera, y las composiciones orquestales inspiradas en la música de los barrios bajos. Es un nacionalismo más pesimista y un poco menos xenófobo que el de la generación precedente. Elimina de su lista de odios a los chinos; recluye en los discursos del 16 de septiembre las injurias contra España y casi únicamente respeta la yanquifobia popular. Es un nacionalismo frecuentemente invadido por sentimientos cosmopolitas. Es un no saber decidirse entre la sajona Margarita y la Paloma mexicana. Es el conflicto planteado por Jaime Torres Bodet en *Margarita de Niebla*.

A las actitudes economicistas, socialistas y nacionalistas, habría que agregar la patriarcal. El uso desmedido del término democracia de parte de los próceres de 1915 no parece indicar ninguna predisposición al abandono de la tutoría gubernamental. Todos se inclinaron desde muy pronto por un gobierno papá, por una oligarquía, por estos *slogans*: "Al Estado le corresponde el papel de principal promotor del bienestar material y moral de la nación."

"Estado actor en vez de un Estado contemplativo." Estado regulador de las actividades productivas y de servicios. Estado coordinador de las aspiraciones de agricultura, industriales, mercaderes y consumidores. Estado enfermero, profiláctico, salutífero, reglamentador de la higiene y de la cura de enfermedades. Estado moralizante y policiaco. Estado árbitro de grupos sociales antagónicos. Estado creador de organizaciones campesinas, obreras y patronales. Estado generador y con-

trolador de partidos políticos como el Partido Nacional Revolucionario. Estado educador por lo menos en los niveles elemental y medio. Un verdadero Estado tutor es el ideal de la mayoría de los hombres dirigentes de la generación de 1915. Son muy pocos los que optan por el *laissez-faire* del liberalismo clásico.

A la quinta actitud de los prohombres de 1915 hay que llamarla indiferencia religiosa. Indudablemente la mayoría, desde la juventud, dejó de creer, sentir y practicar la religión católica. Algunos siguieron confesándose católicos y más de alguno, protestante; pero muy pocos, que ni siquiera todos los sacerdotes, son comparables por su intolerancia y fervor religioso con aquellos obispos tan beligerantes de la generación revolucionaria. Lo mismo puede decirse de los que abandonaron las prácticas religiosas. Ninguno padece el virus antirreligioso de un Calles y de varios de sus compañeros de tanda. Habría que decir que ésta fue la primera minoría claramente inmanentista de la historia de México, lo que no excluye que las siguientes hayan sido aún menos trascendentalistas o más irreligiosas. Es una *élite* que por ser más proclive a la razón que a la fe, no obstante su actitud populista, nunca llegará a ser verdaderamente popular, siempre se mantendrá distante del pueblo. Ni la reforma agraria ni el fomento del sindicalismo conseguirán unir a las masas creyentes con su minoría rectora descreída.

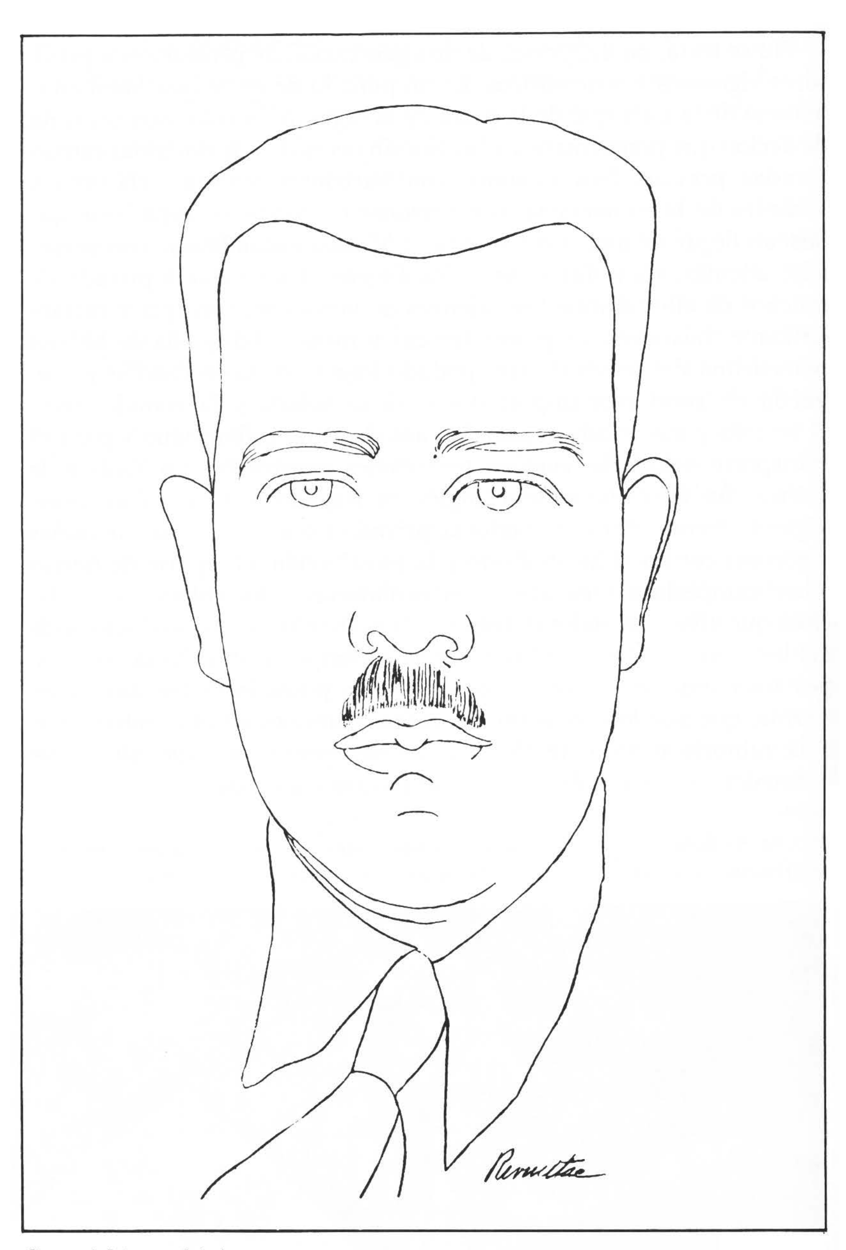
Por otra parte, ninguna de las actitudes anteriores fructifica en ideologías. Los de 1915 se quejaron de la falta de sistemas ideológicos en los hombres de la revolución, y lo cierto es que ninguno de ellos llegó a pergeñar sistemas comparables a los de Antonio Caso, José Vasconcelos o Alfonso Reyes. Algunos adoptan y aún adaptan a México ciertas ideologías entonces relucientes en el Viejo Mundo, pero ni siquiera lo hacen constante y coherentemente. Nunca se dan el tiempo necesario para construir ideologías o conformar a la realidad mexicana ideologías exóticas. Siempre salen vencidos por el deseo de hacer y de vivir. Sin proponérselo caen en la improvisación que le critican a sus mayores aunque no en forma tan rotunda como éstos. ¿Y el Plan Sexenal? Según Leopoldo Solís, ese plan "no contiene instrumentos para su ejecución . . ." Si bien reconoce la urgencia "de elaborar programas económicos anuales para complementar la estructura general del Plan, así como la revisión periódica de sus metas, no dispone el establecimiento de un mecanismo informativo o instrumental para tal propósito."[73]

[73] Solís, *op. cit.*, pp. 190-191.

No se trata, en definitiva, de una generación de pensadores y previsores vigorosos y sistemáticos. Es un puñado de gente más hábil en el manejo de la pala que de la pluma y la regla de cálculo. Son hombres de acción que ponen manos a la obra sin necesidad de doctrinas estructuradas previas. Nos topamos con hacedores realistas, elásticos y amantes de la tecnocracia, con personas de conducta impaciente que buscan llegar de una sola zancada al México vislumbrado; con personas, además, muy diferentes a los ángeles. La conducta privada de muchos de ellos admite los adjetivos de licenciosa, corrupta y extranjerizante; búsqueda de placer (mozas y mesas); búsqueda de billetes por encima del temor de ser apodado logrero de la revolución y búsqueda de productos importados para la bebida y la comida, para el vestido y sus adornos, para la casa de estilo californiano y para el transporte veloz. Se vuelven tentaciones irresistibles un Rolls a la puerta, un hijo que estudie inglés en Inglaterra, una gringa como segundo frente. Pero la conducta privada no impedirá las campañas vigorosas contra el alcoholismo y la prostitución, el reparto de tierras entre campesinos miserables, las catilinarias y los golpes contra los ricos que viven del sudor del obrero, la exaltación de los productos y de las bellezas de México y las hazañas antiimperialistas. Ni la obsesión por los banquetes y por los billetes, ni la posesión de hembras y de tierras, que por lo demás no son rasgos comunes a todos, inhabilitan a la minoría rectora de 1915 para desempeñar un papel altamente constructivo a partir del sexenio de Lázaro Cárdenas.

". . . la conducta privada no impedirá campañas vigorosas contra el alcoholismo y la prostitución . . . la exaltación de los productos y de las bellezas de México . . ."





General Lázaro Cárdenas.

V. EL EPONIMO DEL SEXENIO

Jiquilpan de Cárdenas

como ya comienza a decírsele al terruño de Tata Lázaro, ejercía en tiempos de don Porfirio la triple función de ciudad hospedadora de cinco mil habitantes, cabecera de un municipio de quinientos kilómetros cuadrados y capital de un distrito tan grande como el estado de Tlaxcala. El distrito de Jiquilpan era merecedor, tan sólo en el aspecto geográfico, de los siguientes apodos: pie de la Sierra Volcánica, sección occidente, ladera norte; punta suroccidental del Bajío o Depresión del Lerma; ciénega de Chapala, y Jamicán, Jalmich o Michjal, o sea la zona donde se juntan los modos de ser de Jalisco y de Michoacán. Una parte del suelo del Distrito de Jiquilpan, situado a casi 1 600 metros sobre el nivel del mar, recuerda a las llanuras de Guadalajara; la otra, a cosa de 2 000 metros de altura, se parece a la Meseta Tarasca. El ámbito de Jiquilpan luce dos relieves (el liso y el rugoso); dos climas (el templado caliente de la planicie y el templado frío del lomerío); dos economías primarias (agrícola en el plan y ganadera en la montaña); dos economías secundarias (manufacturera de rebozos, guaraches y sombreros en las villas de los llanos, y de queso, en las pequeñas comunidades de las lomas).[1]

En 1895, el 80% de los 50 mil habitantes del distrito de Jiquilpan habitaban en la porción de abajo repartidos en tres ciudades minúsculas (Jiquilpan, Sahuayo y Cotija), tres pueblecitos (Cojumatlán, Tingüindin y Guarachita), una veintena de rancherías y una gran hacienda (Guaracha) que se extendía alrededor de un caserío informe;

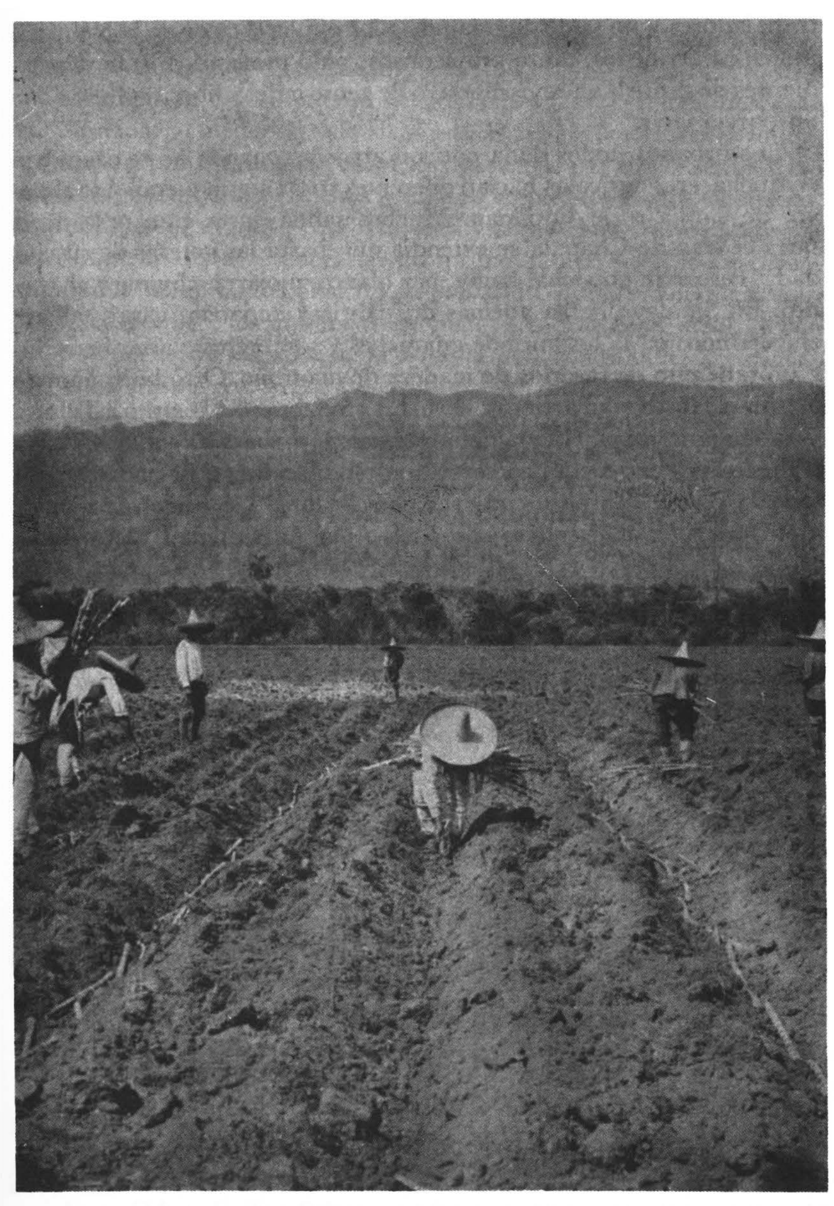
[1] Luis González, *La tierra donde estamos*, Banco de Zamora, México, 1971, pp. 36-37.

de un caserío donde lo único sobresaliente era la casa grande, de esbelta arquería neoclásica. Por lo demás, la población jiquilpense que vivía en la zona abajeña estaba expuesta a las tres enfermedades del Bajío: catarros y pulmonías de primavera, solturas del verano y fiebres palúdicas del otoño. Por lo insalubre de la región, los señores hacendados residían la mayor parte del tiempo en la ciudad de Guadalajara, no lejos de Jiquilpan, desde la que se podía ir en sólo un día: primero, a caballo, luego en barca y al último, en ferrocarril, en el tren estrenado en 1888. Guadalajara, que no Morelia, era la capital en funciones del Distrito de Jiquilpan.[2]

Dos tercios de la población del Distrito eran rústicos. En la parte baja, la gran mayoría de los campesinos figuraban como peones o aparceros de la enorme hacienda de Guaracha y de otra media docena de latifundios. Esa peonada, descendiente de siervos indios y esclavos oscuros, bajo las órdenes directas de activísimos administradores, se extenuaban en los sembradíos de azúcar, trigo y maíz. Los aparceros cultivaban a medias. El amo ponía los utensilios de labranza, los bueyes y la tierra, y el gañán su trabajo. A la hora de la cosecha, éste entregaba la mitad de los frutos. Los demás peones ganaban 25 centavos o dos reales al día por un esfuerzo físico que iba de sol a sol. Medieros y jornaleros apenas juntaban lo suficiente para vivir en un jacal, comer frijoles y gordas de maíz y mal cubrir su desnudez con camisa y calzón blancos de manta.[3] Los rústicos de arriba, los de la mitad alta, sinuosa, saludable y ganadera, eran diferentes, pues allí predominaba la pequeña propiedad, había pocas haciendas y quizá ninguna de tipo capitalista. Había muchos ranchos, mayoritariamente atendidos por sus dueños. Los pocos jornaleros no ganaban un jornal mayor que los gañanes de allá abajo, pero tenían permiso de tener vacas propias, corral de gallinas, el puerco de engorda y el caballo. También se recogían por la noche en jacales, pero más abrigadores y mejor amueblados que las chozas guarachenas. También usaban camisa y calzón blanco, y por añadidura, enormes sombreros y jorongos de lana. También comían fríjoles y tortillas, pero además leche y requesón en el temporal de lluvias y carne en las secas. Los ricos de arriba eran simples riquillos. Vivían en sus ranchos, convivían con sus

[2] Ramón Sánchez, *Bosquejo geográfico, histórico y estadístico del Distrito de Jiquilpan*, Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, Morelia, 1896, pp. 142, 148-150, 205.

[3] Heriberto Moreno García, *Guaracha: tiempos viejos y tiempos nuevos*, edición mimeografiada, México, 1978, pp. 99-109.



"Dos tercios de la población del Distrito eran rústicos. En la parte baja, la gran mayoría de los campesinos figuraban como peones o aparceros . . ."

trabajadores y no se distinguían de ellos ni por el color de la piel. Casi todos los arribeños, tanto propietarios como proletarios, eran descendientes de gente blanca y señorial o de gente india y libre, y observaban un parejo vivir.[4]

Los urbanos, todos de la porción abajeña, cuando no se ocupaban en quehaceres agrícolas hacían diferentes cosas según fueran de Sahuayo, de Cotija o de Jiquilpan. Muchos sahuayenses eran pescadores pues el lago de Chapala se extendía aún hasta las goteras de su ciudad.[5] Pescaban popocha, bagre, pez blanco, mojarra, chuime y charalito. En Sahuayo había además dos fábricas de jabón, varios talleres entretenidos en la hechura de guaraches y sombreros, varias herrerías y un tallercito de rosarios de madera de madroño. Otro buen número de sahuayenses eran arrieros; llevaban productos del Distrito a Toluca, Guadalajara, León, Guanajuato, México, Uruapan, Zapotlán y Tierra Caliente. No pocos eran comerciantes establecidos en su ciudad y para toda la región. Ya para entonces había cundido el rumor de que los mercaderes de allí vendían con poca o ninguna utilidad, al contrario

[4] Luis González, *Pueblo en vilo*, El Colegio de México, México, 1972, pp. 79-87.
[5] Sánchez, *op. cit.*, p. 211.



"Los urbanos, todos de la porción abajeña, cuando no se ocupaban en quehaceres agrícolas hacían diferentes cosas . . ."

de los de otras poblaciones, y mucha gente de los alrededores dio en acudir a las tiendas de Sahuayo.[6]

También los de Cotija eran buenos comerciantes establecidos, pero su principal actividad seguía siendo la arriería. Centenares de mulas trajinaban por los caminos de México arreadas por cotijenses.[7] Vivían además en Cotija muy buenos artesanos empleados en dos jabonerías, una fábrica de cerillos, una imprenta y algunos talleres de sastrería, herrería, zapatería y rebocería. Lo mismo Sahuayo que Cotija aventajaban a la capital del Distrito en población, producción y bienestar. En lo económico, los jiquilpenses tenían poco de qué presumir. Según se advirtió desde los años de la bola, la población iba cuesta abajo.[8] La mayor rama industrial la constituía la fabricación de quince mil rebozos anuales en cuya textura se ocupaban cien operarios; la segunda en importancia, el tejido de diez mil sarapes, y la tercera, el moldeo de tejas y tabiques.[9]

En Sahuayo y Cotija las desigualdades de fortuna no eran muy notorias, pues la propiedad de la tierra y de los demás instrumentos de producción estaban relativamente bien repartidos. El nivel de bienestar, si no alto, sí era más o menos parejo. En Sahuayo no abundaba la gente chic. En Jiquilpan, la clara distinción entre la gente y la gentuza no ayudaba a la existencia de la concordia social. Según la gente bien de la cabecera, mientras sus miembros se caracterizaban por sus modales ilustrados y finos, su amor a la música y las bellas artes, su gusto por los días de campo y otras exquisiteces, la gente proletaria se distinguía por su proclividad a las diversiones burdas, su deseo "de armar pendencias" que conducían frecuentemente al homicidio, su afán de hacer bailes en plena calle, su gusto por las fiestas de trueno y brillo destinadas al patrono local (San Francisco) y a la patrona nacional (La Guadalupana). Entre ambos órdenes sociales se tendía un delgado colchón de clase media. La sociedad jiquilpense era desigual en todos los órdenes, incluso en el político.[10]

[6] *Ibid.*, p. 207.

[7] José Romero Vargas, *Cotija, cuna de trotamundos*, Editorial Progreso, México, 1973, pp. 326-348.

[8] Crescencio García, "Noticias históricas, geográficas y estadísticas del distrito de Jiquilpan", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 3a. época, 1873, t. I, p. 485.

[9] Alvaro Ochoa, *Jiquilpan*, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 1978, pp. 136-137. Para enterarse de la vida en Jiquilpan hace 80 años, ésta es la mejor obra.

[10] Sánchez, *op. cit.*, pp. 145-147.

En el orden de la política, los rústicos de abajo y de arriba eran indiferentes; no les importaba un pito ni la larga dictadura de don Porfirio, el presidente-rey de la República, ni la sorda gubernatura de don Aristeo, el gobernador-virrey de Michoacán, ni los tejemanejes del prefecto distrital y de los presidentes municipales. La política era asunto de viejos de la medianía y de "l'alta", que se repartían en dos bandos: conservador o mocho y liberal o chinaco. Los de Cotija y Sahuayo se mostraban mochos; habían sido del bando del emperador barbas de oro, aunque ya comenzaban a tolerar al régimen instaurado por los liberales en 1867. En Jiquilpan dominaban los de cepa liberal, los adoradores de la trinidad Juárez-Lerdo-Díaz, los amigos del partido victorioso y en el poder.

De las tres ciudades del contorno donde nació y creció Cárdenas, Jiquilpan, al fin cabecera, era la más política. Hospedaba una guarnición militar de tres oficiales y veintitrés individuos de tropa. En las otras ciudades del rumbo había muy pocos empleados del gobierno, mientras en Jiquilpan abundaban. En un flamante palacio recién construido frente al jardín de Zaragoza funcionaban ocho oficinas públicas: presidencia municipal, juzgado de letras, administración subalterna del timbre, recaudación de rentas del estado, prefectura, correos y telégrafos, registro civil y cárcel. No pasaba un lustro sin que el gobernador de Michoacán visitara a Jiquilpan. El general Mariano Jiménez había estado en dos ocasiones y el general Aristeo Mercado acababa de estar en 1894. Allí había además un par de escuelas oficiales, objetivas, laicas: una de niños y otra de niñas. Jiquilpan era el único enclave del gobierno liberal y modernizador de Díaz en el oeste de Michoacán.[11]

Lo demás aún lo poseía plenamente la Iglesia. Toda la población del distrito era católica. La gente pobre, además, muy sumisa a los mandamientos de un sacerdocio muy poco o nada gobernista. También las personas de polendas, principalmente en Sahuayo y Cotija, tendían al partido del pálido, huesudo y polémico obispo de Zamora que no al del gobernador de Michoacán. Las más de las pocas escuelas del distrito enseñaban el humanismo cristiano, no el nacionalismo liberal. El obispo José María Cázares acababa de establecer una orden femenina que, con el nombre de "asilos", abrió varias escuelas donde se impartía escritura, lectura, cuentas y catecismo a los párvulos de la diócesis de Zamora, a unos párvulos que "cantaban sus lecciones".[12]

[11] Ochoa, *op. cit.*, p. 132.
[12] Luis González, *Zamora*, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978, p. 112.

El obispo quería mantener instruidos a sus feligreses en la tradición católica. Fuera de Jiquilpan, en ninguna parte prosperaba la modernidad liberal y nacionalista. Jiquilpan era hasta cierto punto la oveja descarriada de la diócesis de Zamora. Quizá por eso era una de las ovejas preferidas del estado de Michoacán. La ley del 13 de abril de 1891 acababa de subirla al rango de ciudad. Con tal motivo hubo fiestas muy rumbosas en las que participaron todos los lugareños, incluso

que eran relativamente nuevos en la nueva ciudad, no de los considerados como familia de alcurnia o de solera allí, aunque en el origen de los Cárdenas figuraba un don Cristóbal, administrador en la segunda mitad del siglo XVIII de la parte occidental y montañosa de la hacienda de Guaracha, de la parte que un siglo después se fraccionaría en numerosos ranchos. A fines del XVIII, el tronco de la familia Cárdenas se mudó a la hacienda de Toluquilla, contigua a la anterior, pero perteneciente a la Nueva Galicia y luego a Jalisco. En los tiempos revoltosos del segundo tercio del siglo XIX, algunos Cárdenas se quedaron en sus quehaceres ganaderos y otros, aprovechando sus cualidades de broncos y buenos jinetes, se dieron de alta en las revueltas. Don Francisco Cárdenas, el abuelo del personaje de esta historia, fue soldado en las guerras de Reforma e Intervención. No se sabe cómo ni cuándo vino a parar a Jiquilpan, donde se casó con Rafaela Pinedo y donde nacieron sus tres hijos: Dámaso, Lázaro, muerto en plena juventud, y Angelina, que nunca se casó y fue por lo mismo la tía Angelina, el ángel bueno en casa de su hermano.

Don Francisco había llegado a Jiquilpan en plan de labrador. Tomó en arriendo una pequeña propiedad pedregosa en las faldas del cerro de San Francisco, arribita de la ciudad. Al principio, quiso mantenerse sembrando maíz, ordeñando vacas y dedicado a cosas campestres en general, pero para salir con los gastos de la casa también incurrió en la hechura de rebozos. Su hijo Dámaso abandonó las labores agropecuarias. Empezó de tejedor de rebozos y acabó en mesonero y en comerciante establecido.[13] También se apartó de la gran tradición católica conservadora para incurrir en la nueva costumbre nacionalista liberal. Ya talludo, contrajo matrimonio con Felícitas del Río, oriunda de Guarachita, muy devota y emparentada con la gente bien de los contornos: los Mora, los Amezcua, los Betancourt y otros. Aunque él era de familia menos ilustre que su consorte, siempre fue muy bien visto por el vecindario pues era de sangre liviana, y en una ciudad donde no había médico, sabía mucho de las virtudes de las plantas medicinales. Entre sus escasas pertenencias figuraba una farmacopea que acabó sabiéndose de memoria. Recetaba gratis multitud de infu-

[13] Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972, vol. I, p. 6.



"El matrimonio de don Dámaso y doña Felícitas llegó a tener ocho hijos."

siones, unturas, lavativas, aguas de uso para templar los nervios, recoger la bilis, librarse de lombrices y solitarias, quitar cólicos, anemia, clorosis, fiebres biliosas, paludismo, diarreas, asma, dolores de cabeza, tos, granos, hinchazones, fatiga y demás alifafes de la región. Entre la gente pobre, el prestigio de don Dámaso sólo era inferior al del señor cura.

El matrimonio de don Dámaso y doña Felícitas llegó a tener ocho hijos. La mayor fue Margarita, y la segunda, Angelina. El mayor de los varones, y tercero de la serie familiar, se llamó Lázaro, como su tío difunto. Después de él llegaron, uno tras otro, Dámaso y Josefina, y juntos, Alberto y Francisco. El benjamín fue José Raymundo. Comparada la prole de don Dámaso y doña Felícitas con la normal de las familias jiquilpenses de fines del pasado siglo no resultaba numerosa. Ocho hijos no era una carga anormal en el antiguo régimen, máxime si se toma en cuenta la ayuda prestada por la tía Angelina y la nana Pachita. Tres mujeres al cuidado de 8 criaturas y un adulto, tres mujeres plenas de abnegación como se usaba en los viejos tiempos y en las tierras del occidente de Michoacán, mantenían la casa limpia y a los menores bien abrigados contra viento y marea. El papá acudía con lo indispensable para sufragar los gastos caseros. Los niños Cárdenas

"Los niños Cárdenas nacieron en una casa recibida en herencia por su madre . . ."



nunca estuvieron mal comidos. Jamás les faltó la leche, y sólo pocas veces, la carne.[14]

Los niños Cárdenas nacieron en una casa recibida en herencia por su madre, en una típica casa de clase media pueblerina: espaciosa, soleada, de muros de adobe, de alto techo de teja, de pozo en el patio, de amplias recámaras, "y macetas y macetas y macetas"; brotaron en un hogar humilde si se le compara con las casonas de largos corredores y luminosos patios y traspatios de los ricos de Jiquilpan, de los Quiroz o de los Villaseñor, pero hogar soberbio si se le ve desde la perspectiva de las casuchas de los pobres. Lázaro nació el 21 de mayo, en el mero mes de las flores. Como todos los niños de aquellos contornos, fue llevado a bautizar al templo. Como sólo se hacía con las criaturas urbanas, se notificó su arribo al mundo a la oficina del registro civil. Como cualquier chiquillo de allí y de entonces padeció la serie del sarampión, la tos ferina y las solturas estomacales. Con todo, no parece haber sido ni enfermizo ni escuálido. A los seis años se le puso en una escuela de paga, a la que asistía una docena de niños de buenas familias. Aprendió a leer y a escribir con Merceditas Vargas, maestra alfabetizadora. De allí, después de un bienio de silabario de San Miguel, fue conducido por su padre a la escuela del común, a la escuela oficial, atendida por el profesor Hilario de Jesús Fajardo, un maestro que supo labrarse muy buenas famas, como las de ser cariñoso y enérgico con sus 300 alumnos; enseñar varios tipos de letra; poner por las nubes a don José María Morelos, a don Benito Juárez y otros próceres de la patria; infundir entre discípulos y amigos el amor por los árboles; llevar a sus alumnos al campo e inducir a cada uno de ellos por el camino de sus inclinaciones.[15] El maestro Fajardo pronto se dio cuenta que Lázaro nunca sería buen contador, ni siquiera un buen escribano pese a su buena letra, ni tampoco un sabio no obstante su gusto por la lectura. El hijo del mesonero y herbolario se inclinaba hacia la comandancia de gente. Desde entonces traslucía una apetencia de poder y un hambre de gloria superior a la de sus compañeros.

Estudió hasta el cuarto ciclo de instrucción primaria. Abandonó la escuela a los doce años. En 1908, su padre cerró el mesón y puso tienda de abarrotes en una de las piezas de su casa, y en otra, "instaló

[14] Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*. II. *El caudillismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 12.

[15] William C. Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, Biografías Gandesa, México, 1959, pp. 12-13. Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 5-6.



". . . en la mañana desempeñaba el de chícharo en la Oficina de Rentas . . ."

una mesa de billar". Al negocio en su conjunto le puso el nombre de Reunión de los Amigos. "A él concurrían sus amistades". "Por su carácter jovial —don Dámaso— tenía numerosos amigos", quizá más cuates que clientes, pues tuvo necesidad de buscarle trabajo a su primogénito. De hecho el negocio de don Dámaso decaía desde finales de 1908, desde que fue a México en busca de salud para sus ojos.[16] Lázaro se constituyó en principal sostén del hogar gracias a tres empleos. En la mañana desempeñaba el de chícharo en la Oficina de Rentas; en la tarde, el de ayudante en la imprenta La Económica, y los fines de semana, el de copista en casa de una pariente. En la Oficina aprendió a hacer "anotaciones en los prontuarios de la propiedad urbana y rústica"; en La Económica, a acomodar letras, y en la casa de doña María Betancourt de Villaseñor, a perfeccionar su letra izquierdilla. Con tal letra le copió a doña María muchos rezos.[17]

Con el trabajo de copiar libros de devociones la señora Betancourt se proponía dos cosas: darle unos centavos a doña Felícitas sin que pareciera limosna. y hacer a Lázaro devoto, pues ése se "resistía a acompañar" a su madre "a misas y rosarios".[18] Lázaro le siguió las

[16] Cárdenas, *op. cit.*, pp. 6-8.
[17] *Ibid.*, I, pp. 9-12.
[18] *Ibid*, I, p. 14.

pisadas a su progenitor. Por mera casualidad leyó los libros de Salgari. El prefería la lectura del solemne anticlerical trasnacional Víctor Hugo y a dos campanudos anticlericales nacionales: Juan A. Mateos y Antonio Plaza.[19] Por otra parte, lo mal hablado del cura García lo asqueaba. El no encontró conductas ejemplares en los ensotanados. En una ocasión, fue metido a la fuerza en el redil del párroco. Casi accidentalmente había golpeado a otro niño. Después de que su padre lo "castigó con energía", su mamá lo condujo a los "ejercicios que anualmente verificaba el señor cura del lugar . . . Estos duraban varias semanas" y eran de encierro. "Al día siguiente de haber ingresado a la casa de los ejercicios, el señor cura" lo "llamó al confesonario", donde le "hizo una serie de preguntas con . . . malas palabras. Al escuchar lo que sólo había oído entre gente que peleaba o en estado de ebriedad", se retiró del confesionario, corrió violentamente a la puerta de salida y le contó a su madre lo sucedido.[20]

Por angas o por mangas, el niño Lázaro se manifestó bien pronto desafecto a los sacerdotes y afecto a los políticos, que eran dos especies de personas que se malmiraban entre sí, pese a la política de conciliación del general Díaz. Que los sicólogos resuelvan el enigma de la temprana noluntad de Lázaro para la gente del servicio público espiritual y de la temprana voluntad para la gente del servicio público civil. Los amigos de su padre, del partido nacionalista, influyeron más sobre él que las amistades de su mamá, del partido clerical. Desde la niñez contrajo el sentimiento de la patria y perdió el de la iglesia.

Fue un niño y un adolescente hosco, aunque una vez participó en un baile de lanceros. Desde la infancia quiso el trato con los mayores. Se le vio muchas veces en el jardín de Zaragoza con don Modesto Estrada, el sastre, "que se distinguía por su cariño a los árboles" y con don Esteban Arteaga, "hombre culto y de amena plática" que le narraba los episodios mayores de la historia civil de México. En las ciudades chicas nunca faltan los adultos que conversan pacientemente con los niños. También es pan de todos los días la amistad de abuelos y nietos. Lázaro le ayudaba a don Francisco Cárdenas en las labores agrícolas (ajoyeo, desyerbe, alzada y cosecha) y de rebocería.[21]

Lázaro Cárdenas entró a la adolescencia con arrestos de adulto. Fue un adolescente un poco extraño. Varias cosas, además de su índole,

[19] *Ibid,* I, p. 6.
[20] *Ibid,* I, p. 7.
[21] *Ibid,* I, pp. 6-7. Benítez, *op. cit.,* pp. 14-17.

contribuyeron a madurarlo prematuramente. Como principio de cuentas, la tensión nacional por la campaña de Madero. En 1910 se organizó en Jiquilpan, encabezado por Gustavo Maciel, el Club Antirreeleccionista Democrático Jiquilpense que pasó las de Caín.[22] Adultos y adolescentes comenzaban a hablar en serio de política. En casa de Lázaro, por añadidura, la cuestión económica se volvía muy seria a causa de la enfermedad del padre, de los ataques nerviosos de la mamá y de los quehaceres mal retribuidos del hijo mayor. Con todo, cuando la revolución estallaba en el norte del país, el primogénito de aquella casa ya era, a los quince años de edad,

[22] Ochoa, *op. cit.*, pp. 144-145.



el muchacho quinceañero que cubría escrupulosamente "el diario" del hogar desde que don Dámaso tuvo que poner llave a La Reunión de los Amigos por razones de salud, y que escribía un "diario". Desde la primavera de 1911, a Lázaro le dio por llevar el registro de sus peripecias personales. En forma simple, objetiva y seca apuntaría sucesos próximos. En los apuntes de la primera semana de octubre, se lee: "Estos días ha estado bastante malo mi papá". "En la noche de este día se puso muy malo mi papá". "Hoy recibí la bendición de mi papá". Don Dámaso, enfermo de pulmonía, expiró el 7 de octubre de 1911 a la edad de cincuenta y tantos años.[23]

Alguna vez, por excepción, Lázaro apuntó emociones que tacharía posteriormente. Detrás de esas tachaduras se lee: "Creo que para algo nací. Para algo y algo he de ser. Vivo siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama". En una ocasión se sueña en medio de una noche borrascosa al frente de un numeroso y bien disciplinado ejército con el que combate por la salvación de México, con el que consigue liberar "a la patria del yugo que la oprimía". Entonces se pregunta: "¿Acaso se realizará este sueño?", y se responde: "con la pluma no se conquista fama para hacerse temer. En una oficina no hay hechos de admiración". Y torna a preguntarse: "¿De qué pues lograré esta fama con que tanto sueño", y se responde: "Tan sólo de libertador de la patria".[24]

A partir de 1911, cuando se comentaban los levantamientos contra Porfirio Díaz, el maderismo del médico local Gustavo Maciel y la entrada a Jiquilpan, al frente de 50 hombres, de los jefes revolucionarios Irineo y Melesio Contreras, Lázaro trabajaba todo el día y muchas horas de la noche. En la mañana era escribiente en la prefectura, donde ganaba quince pesos mensuales. Después de la comida, era impresor en La Económica, por 18 pesos al mes. Al quedar manco don Enrique Ibarra, fue ascendido a jefe del taller. Poco más tarde, cuando La Económica fue puesta en venta por su dueño, un grupo de seis jóvenes, entre ellos el jefe, la compraron en abonos fáciles. De allí en adelante el quehacer de Lázaro se concentró en la imprenta. Salía muy temprano a imprimir

[23] Benítez, *op. cit.*, p. 25: "El 6 escribe: "Hoy recibí la bendición de mi papá encargándome . . .", y aunque trunca la frase podemos suponer que le encargó la guardia y el sostén de la familia, una herencia bastante pesada para un muchacho de 16 años recién salido de la escuela primaria y que sólo poseía una letra excelente. El 7, a las 9:30 de la mañana, cesó la vida "triste y pesarosa de don Dámaso".

[24] Confróntese Benítez, *op. cit.*, p. 27.

y coser bandos municipales, anuncios de la parroquia, oraciones, participaciones de bodas; volvía a la hora de la comida; regresaba por las tardes, siempre con esta admonición de la mamá: "Vente temprano, hijo; dicen que ya viene la Revolución".[25]

La revolución violenta llegó a mediados de 1913, a raíz de la caída y muerte de don Panchito Madero, cuando Carranza prendió la mecha contra el general Huerta, el asesino de don Pancho. El 30 de mayo, el general José Rentería, comandante de 600 caballeros, les quitó la plaza de Zamora a los de Huerta. Al otro día, el general victorioso "llegó a la hacienda de Guaracha con su columna. La acordada [o defensa policial] de la hacienda huyó". Esa misma tarde "entró a Jiquilpan . . . el capitán Lemus", hombre de las confianzas de Rentería. Lemus, después de tomar la plaza, fue a La Económica con la solicitud de que le imprimieran un manifiesto revolucionario que firmaban Rentería y otros jefes. Como pidiera cinco mil ejemplares de aquella proclama para el otro día, los impresores trabajaron veinte horas seguidas sin parar. Desgraciadamente la entregaron en mal momento, en vísperas de la derrota de su autor intelectual. Los impresos cayeron en manos del enemigo.[26]

Después del combate del 2 de junio, los vencedores entraron a Jiquilpan en busca de cómplices del vencido. Especialmente buscaron a quienes imprimieron la proclama. Les fue fácil dar con el taller de la imprenta, hacer una reguza de letras, llevarse impresos y papeles en blanco y quemar el archivo. No pudieron coger a los impresores, previamente avisados de lo que se traían contra ellos. Los de La Económica durante dos semanas no asomaron las narices a la luz del día. Por fin, el 15 de junio, a solicitud de Lázaro, se reunieron para comunicarse mutuamente sus temores y para convenir que el temor sólo tenía una salida: la agresión del que lo causaba. En la junta decidieron que únicamente uniéndose a los antihuertistas salvaban el pellejo y de paso a la patria. Quien propuso la decisión, fue el primero en ponerla en práctica. El día 16 le dijo a su madre que se iba a Tierra Caliente a trabajar con su tío José María del Río, administrador de la hacienda de la Concha. "No vas con mi hermano. Sé que te vas a la Revolución", le contestó la señora.[27]

[25] Cárdenas, *op. cit.*, I, p. 13.

[26] *Ibid*, I, pp. 14-17. Jesús de Bernal Villanueva, *Tierra mía. (Recuerdos de adolescencia)*, Talleres de Gráfica Panamericana, México, 1969, p. 10.

[27] Cárdenas, *op. cit.*, I, p. 16: A las palabras de su madre, Lázaro repuso: "le aclaré que nos habíamos comprometido con varios del lugar para incorporarnos a la Revo-

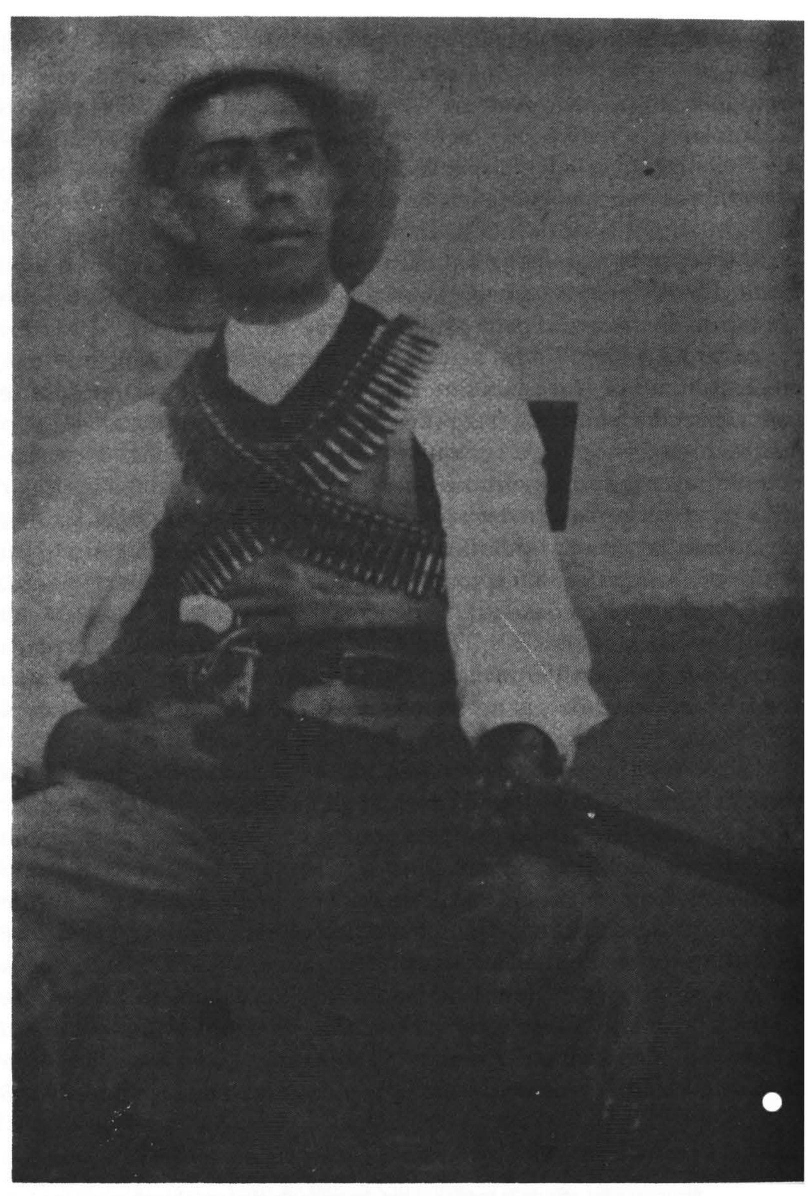
"El 18, a las 6 de la mañana, después de hacerle doña Felícitas mil reflexiones, y de pedirle que se cuidara mucho, lo abrazó. A pie, en compañía de su amigo Antonio Cervantes, Lázaro salió por el camino de Totolán con muy poco dinero y grandes esperanzas . . . sabía ensillar y montar un caballo, disparar un fusil o una pistola . . ., había leído varios libros, pero su ignorancia en el arte de la guerra era absoluta . . . El día 19, después de dormir en un mesón, entraron a Los Reyes . . . El 21, clareando la mañana, reanudaron su camino . . . Anduvieron todo el día. En Peribán . . . se acogieron a la hospitalidad de don Agapito Mejía, un hombre de ideas revolucionarias que habría de ayudarlos en varias ocasiones."[28] El 23, llegaron al valle de Apatzingán, "una planicie hundida entre laberintos de cimas y simas a la que sólo se podía ascender por dos o tres rutas . . . Se le decía Tierra Caliente con más merecimientos que a cualquier otra . . . Según algunos era susceptible de hacer huir a los mismos diablos; según otros, bastaba rasguñar un poco el suelo para poder sacar diablitos por la cola. Unos y otros afirmaban haber visto difuntos terracalenteños que volvieron por su cobija . . ." Para acabar pronto, tratábase de una extensa llanura, "fuera de camino, rodeada de vericuetos . . . muy cálida, reseca y con vestidura vegetal espinosa". Todavía en 1914, era asiento de toda plaga y de todo tipo de enfermedades. Unicamente tenía dos puntos a su favor: la fertilidad de sus tierras y la esplendidez de sus puestas de sol y de sus noches de luna.[29]

"El 24, los viajeros hacían su entrada a la Concha. Don José María ya tenía noticias de la llegada por las diligencias de doña Felícitas." Durante unos diez días, quizá para entrenar, Lázaro recorrió a caballo los potreros de la hacienda. Pese a ser de clima templado, "parecía inmune el clima tórrido, a los moscos y a las innumerables plagas" de la Tierra Caliente. El 3 de julio fue a despedirse de su tío. "Don José María, no resignado a dejarlo partir, le habló de doña Felícitas, de los peligros de la guerra, de los hermanos que quedaban sin protección, y al final, viendo la resolución del sobrino, le dijo: Llévate el caballo retinto y que te acompañe Juan, el caballerango. Lázaro no aceptó la oferta y evitando el encuentro con la familia, a las 8 de la mañana tomó

lución . . . ¿y cuándo quieres irte?, preguntó. 'Luego, madre, en estos días'. 'Sí, hijo, aquí estás en peligro; ayer noche mandó recado don Jesús Zepeda que hay orden de detenerte'. Y el 18 de junio a las seis de la mañana, me despedía de ella; me abrazó emocionada".

[28] Benítez, *op. cit.*, pp. 31-34.

[29] Luis González, "Tierra Caliente" en *Extremos de México. Homenaje a don Daniel Cosío Villegas*, El Colegio de México, México, 1971, pp. 115-117.



"García Aragón . . . recorría los pueblos de la tierra caliente de Michoacán cuando se le hizo presente el joven Lázaro Cárdenas del Río."

el camino de Buenavista. Esta vez iba solo y se movía en un territorio desconocido, lejos de los suyos", entre gente alzada.[30]

En Tierra Caliente, en un lugar próximo a la Concha, operaba el general don Guillermo García Aragón, "hombre culto, de mentalidad ágil, con disposiciones para el mando, comedido, exigente en la disciplina". Don Guillermo, compadre de don Emiliano Zapata, comandaba la segunda División del Sur. Esa división había estado a las órdenes de Zapata pero dejó de estarlo desde que los compadres riñeron. Para evitar que se realizara la terrible orden: "¡Liquídenlo!" Guillermo García Aragón cambió el buen clima morelense por las infernales tierras del sur de Michoacán, pero no depuso la bandera agrarista, símbolo de los revolucionarios del sur. García Aragón, con una columna de 700 hombres, recorría los pueblos de la tierra caliente de Michoacán cuando se le hizo presente el joven Lázaro Cárdenas del Río. Eso fue en Buenavista, en la tarde del 3 de julio de 1913. Allí, ese día, en la tienda de campaña del general tuvo lugar el siguiente diálogo:

— ¿A qué viene usted?
— A incorporarme a la Revolución.
— ¿Sabe usted escribir?
— Un poco.
— Copie esta orden.

— ¿En realidad. quiere incorporarse a mis fuerzas?
— Sí señor.
— Queda usted incorporado a mi estado mayor con el grado de capitán segundo. Se encargará de mi correspondencia mientras vuelve el coronel Viguri.[31]

Media hora después el general Jaimes le proporcionaba un caballo alazán y una carabina 30-30. Así, sin mayores ceremonias, el eximpresor jiquilpense, que acababa de cumplir los 18 años de edad, pasó de la adolescencia a la juventud escudado en el título de

[30] Benítez, *op. cit.*, pp. 34-35.
[31] Townsend, *op. cit.*, pp. 20-22. Cárdenas, *op. cit.*, p. 20. Benítez, *op. cit.*, pp. 35-36.

escudero de general,

aunque por lo pronto sin derecho a bulla, sólo gracias a su buena letra, a escribir cartas, partes y demás papeles requeridos por el general García Aragón. El 8 de julio fue espectador de un espectacular triunfo de las fuerzas a que se había incorporado. Luego anduvo errando un par de meses con aquella tropa por el infernal país de Tierra Caliente, sacándole la vuelta a las tropas enemigas. Hacia el fin del temporal de lluvias salió, siempre al lado de su general, de aquel horno. Pero más le hubiera valido a jefe, secretario y luchadores estarse quietos. La División del Sur fue hecha garras el 13 de septiembre. "En la madrugada del 14 [se reunieron] la mayor parte de las [fuerzas derrotadas] en la serranía que se interpone entre Purépero y Chilchota . . . El general García Aragón ordenó que su columna marchase en grupos . . . hacia Apatzingán, en donde esperaba encontrar armas y municiones."[32] Sólo encontró fuerzas enemigas que lo motivaron a salir de Michoacán y hundirse en los breñales de Guerrero. Entonces el capitán Cárdenas mudó de jefe, se fue con las tropas del coronel Cenobio Moreno, comandante de 300 soldados de caballería. A las órdenes de Moreno combatió en la hacienda de Zicuirán y en el desfiladero de Arucha. Aquí, tras la derrota, puso fin al segundo episodio revolucionario de su carrera. Anduvo de la ceca a la meca antes de volver a Jiquilpan donde supo lo que se sospechaba: había orden de aprehensión contra él.[33] De Jiquilpan salió hecho la mocha con su asistente y dos oficiales; no pudo hacer contacto con ninguna guerrilla, y fue a esconderse a la capital de Jalisco.

Guadalajara era una ciudad suficientemente grande como para perderse en ella. La poblaban unas 130 000 personas, pero no sólo era importante por su multitud. Desde el siglo XIX venía siendo el principal polo de atracción del occidente del país por sus centros educativos, por sus hospitales, por su Banco de Londres, por sus ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, por sus periódicos (*El Correo de Jalisco, El Regional* y *Jalisco Libre*), por sus grandes tiendas y mercados, por sus fábricas textiles, de ropa y de zapatos, por sus molinos de harina, por su par de cervecerías, por sus talleres de fundición y reparación, por sus tranvías eléctricos y sus automóviles. Según don José López Portillo y Rojas,

[32] Cárdenas, *op. cit.*, pp. 23-24.
[33] Townsend, *op. cit.*, pp. 22-23.

gobernador de Jalisco en aquel momento, Guadalajara era "ciudad de luz", "una ciudad alegre y risueña, de calles rectas y limpias, casas pintadas de colores vivos y jardines poblados de naranjos y rosales".[34] A Guadalajara no habían llegado aún las molestias grandes de la guerra civil, y constantemente recibía prófugos de la chamusca desatada en sus alrededores. Además, tenía suficiente vitalidad para darles quehacer a quienes la escogían como refugio. En Guadalajara aún era posible vivir sin el ¡Jesús! en la boca.

A principios de 1914 el excapitán Cárdenas trataba de acomodarse en la capital de Jalisco. Después de varios meses de busca, consiguió empleo en la cervecería La Perla y un jornal de 75 centavos.[35] Sólo toleró un par de meses el puesto de acomodador de botellas. Luego, sin chistar, regresó a Jiquilpan donde se mantuvo escondido en la troje de su casa y en otros escondites en diversas casas durante mes y medio. A mediados de junio decidió "jugarse el todo por el todo y salir a la luz del día". Los cuicos o gendarmes dieron con él a la vuelta de una esquina y lo llevaban a la prefectura cuando se les escapó con el pretexto de pedir una olla de agua en casa de un amigo.[36] Anduvo prófugo

[34] José López Portillo y Rojas, *Los precursores* (novela), Imprenta de Victoriano Agüeros, México, 1909, pp. 107.
[35] Cárdenas, *op. cit.*, I, p. 45.
[36] Townsend, *op. cit.*, pp. 23-24.

"El capitán Cárdenas mudó de jefe . . ."



hasta el 19 de junio, fecha del arribo del general José Morales Ibarra, ante quien se presentó para ofrecer sus servicios.[37] Al otro día mudó de jefe. El general Eugenio Zúñiga "entró a Jiquilpan al frente de 700 hombres". Cárdenas, con la anuencia de Morales, fue "incorporado como oficial del Estado Mayor de Zúñiga" a quien había conocido cuando anduvo con García Aragón, de quien corría la fama que era furibundo comecuras.

Zúñiga hizo honor a su fama en Sahuayo, dispuso la aprehensión de trece sacerdotes y el fusilamiento de aquel, que según decires, había retozado con varias muchachas. El cura travieso se atrevió a preguntarle al jefe que lo mandaba al cadalso:

— ¿Por qué se me va a fusilar?
Él jefe repuso:
— Por bonito y por [cabrón].[38]

Los sahuayenses, tan clericales, juntaron mucho dinero para evitar el sacerdocidio. En seguida se vio que la codicia del famoso comecuras era más fuerte que su anticlericalismo. El hijo de doña Felícitas, que se iba con ese "demonio", al ir a despedirse de su madre, la encontró con "lágrimas en los ojos" y con esta súplica: "No hagas tú eso".[39] ¿De la petición de la madre nacería en el hijo su proverbial rechazo a la violencia?

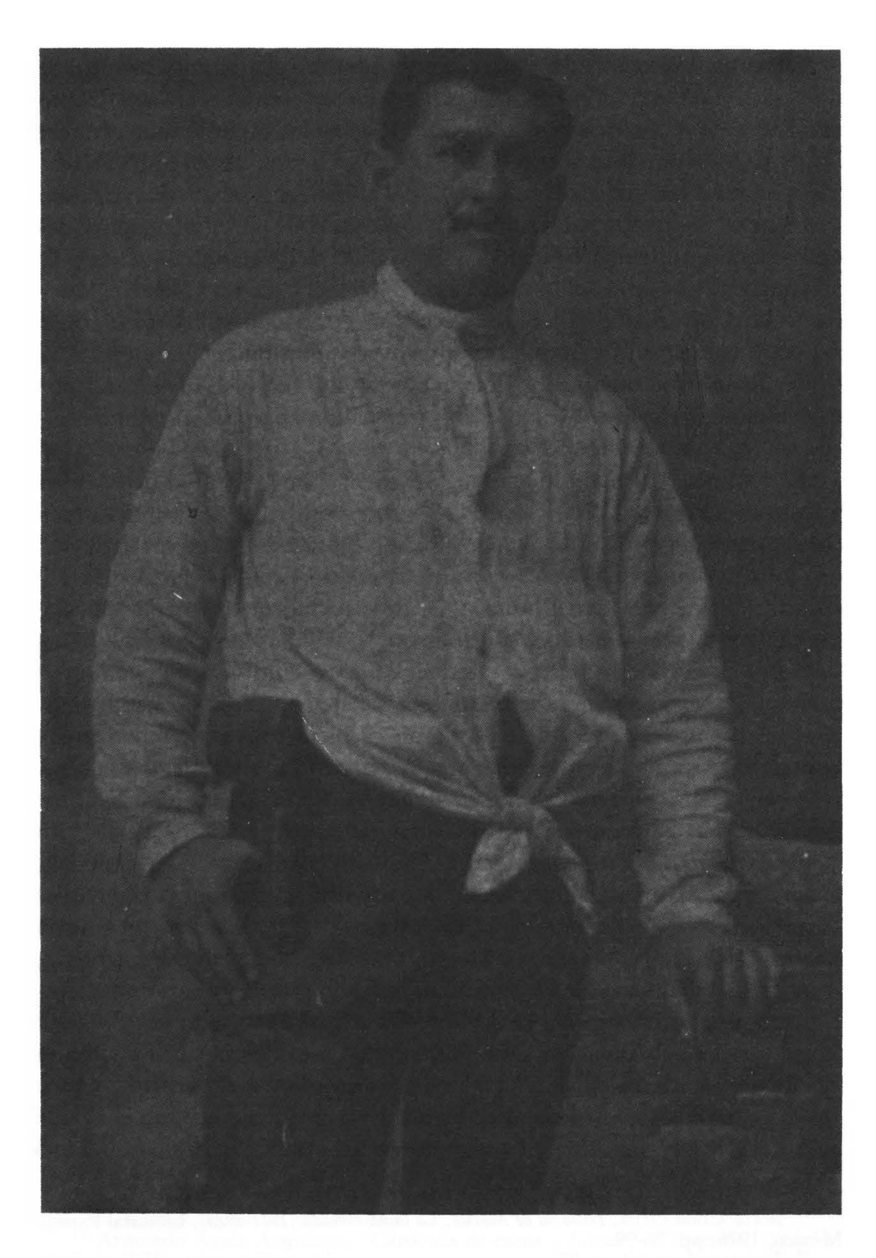
La columna del jefe espantasotanas salió de Sahuayo rumbo al occidente. Tras de bordear la laguna de Chapala se trabó en duro combate, en El Castillo, con las fuerzas huertistas del general José María Mier, y las venció.[40] Luego enfiló hacia la capital de la República. Durante tres semanas, transitó a caballo, en compañía de muchos rebeldes, por las llanuras del Bajío, llamadas por los cursis "el granero de la República". El 15 de agosto, tras haber presenciado en Teoloyucan la rendición y el licenciamiento del ejército federal, entró a la metrópoli, ya abandonada por el usurpador Huerta, ya en poder

[37] "Ya lo habían tomado preso para quitarle la vida: pero su mala intención no les fue favorecida". (Del "Corrido del General Cárdenas" en Higinio Vázquez Santana, *Jiquilpan y sus prohombres*, México, 1934, pp. 31-34.)

[38] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 49-51. Con muchas variantes el mismo episodio, en Benítez, *op. cit.*, pp. 42-44.

[39] Cárdenas, *op. cit.*, I, p. 51. Benítez, *op. cit.*, p. 44, escribe: "Se afirma que [la súplica de doña Felícitas] influyó de un modo determinante en la futura carrera militar de su hijo y esto puede ser cierto, pero no lo es menos que la naturaleza moral de Cárdenas rechazaba la violencia en una época regida por las más atroces violencias."

[40] Townsend, *op. cit.*, p. 24.



"Zúñiga hizo honor a su fama en Sahuayo . . ."

de los constitucionalistas, ya supuestamente instalada en la tranquilidad de la revolución vencedora, aunque esto último no era así. Como se sabe, a la etapa de todos contra uno siguió la etapa de todos contra todos; a la revolución, la revolufia. Los tres grandes jefes (Pancho Villa, Venustiano Carranza y Emiliano Zapata) dieron en malmirarse desde la víspera de la victoria sobre Victoriano Huerta. A principios del otoño, el Centauro del Norte y el Caudillo del Sur desconocieron la jefatura del que se autollamaba Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. La Convención Revolucionaria que se instaló el 1o. de octubre no logró convencer de la necesidad de unirse a las partes en pugna. Los "principios" fueron tirados por la borda. La gente se olvidó del por qué luchaba y sólo se atuvo a con quién luchaba. Los caudillos sustituyeron a los ideales.[41]

El otoño de 1914 fue de suma turbulencia en la ciudad de México y sus alrededores. Proliferaron los tiroteos, los robos, los discursos candentes y las proclamas, y se volvieron ojos de hormiga los artículos de consumo indispensable. Simultáneamente proliferó la alegría alcohólica, la juerga prostibularia, la procacidad en teatros y cines y demás cosas por el estilo. "La metrópoli, con sus espectáculos atrayentes y sus influencias características, hizo sucumbir a muchos revolucionarios" compañeros de Cárdenas.[42] Este supo escapar de las delicias de Capua. Al frente de 80 hombres participó en varios tiroteos contra los zapatistas en pueblecitos del Distrito Federal. El 19 de septiembre recibió el nombramiento de Mayor, encargado de las oficinas del detall del 22 regimiento de Caballería.[43]

El 1o. de noviembre de 1914, Venustiano Carranza, a quien la Convención había declarado rebelde por no haber reconocido la magistratura de Eulalio Gutiérrez, salió de la ciudad de México con rumbo a Veracruz. Tres semanas después hizo otro tanto Alvaro Obregón, mientras el grueso de las tropas zapatistas se posesionaban de la capital ante el azoro general. El 30 llegó Pancho Villa al frente de 20 mil hombres. El 4 de diciembre, en Xochimilco, los jefes norteño y suriano "se abrazaron con efusión" y tuvieron una plática en privado y otra en el bochinche que hubo allí mismo. El 6 de diciembre fue el desfile triunfal del ejército convencionista desde Chapultepec hasta el Palacio

[41] Berta Ulloa Ortiz, *Historia de México, La lucha armada (1911-1920)*, Editorial Patria, México, 1976, pp. 86-99.
[42] Townsend, *op. cit.*, p. 25.
[43] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 53-58.

por el Paseo de la Reforma. En el Palacio se había instalado tres días antes el presidente Eulalio Gutiérrez con José Vasconcelos en plan de secretario de Gobernación; Felícitas F. Villarreal, de Hacienda; Lucio Blanco, de Gobernación; José Isabel Robles, de Guerra, etc. Los zapatistas se mostraban enemigos del gabinete y manifestaban su disgusto de dicho y de hecho. Sin embargo, aprehensiones, plagios, fusilamientos y robos de aquellas primeras semanas de diciembre corrieron a cargo de los villistas. "En el propio carro de Villa se repartían los anillos, los relojes y las carteras de los fusilados la noche anterior." Se comenzó con la matanza de gente ajena a la revolución y se terminó suprimiendo a revolucionarios. Se dice del general Fierro que "noche a noche fusilaba por su cuenta y gusto veinte coroneles zapatistas". En esos días de crimen, Lázaro Cárdenas sólo era "una hoja que arrastraba el viento de la Revolución", en esos momentos de matonería indiscriminada cayeron los dos antiguos jefes del hombre de Jiquilpan. "El general García Aragón cayó por órdenes de Zapata en la Escuela de Tiro de México". Zapata le había pedido a Villa la persona del compadre a cambio de otro jefe al que Villa quería fusilar. El general Eugenio Zúñiga fue destrozado "en el cuartel del Carmen", en Guadalajara, donde estaba preso. "El general Diéguez visitó en la prisión al general Zúñiga". El visitado abofeteó al visitante. La guardia de éste lo deshizo a bayonetazos.[44] Por el mutis del mandamás de la Octava Brigada de Caballería, formada entre otras por el 22 regimiento en que militaba el mayor Cárdenas, la Octava Brigada quedó a las órdenes directas del anciano general Federico Morales y a las remotas de los generales sonorenses Ramón Sosa y Juan Cabral, comandantes de la Cuarta División Mixta que fue mandada por la Convención a Sonora con el fin de reforzar a don José María Maytorena, quien desde que conoció a Carranza se hizo anticarrancista y navegó en adelante con la bandera de villista.[45] La Cuarta División, compuesta de 2 500 hombres, llegó a Sonora por el rumbo de la Sierra Madre en días de ventisca y mucho frío. "Una gruesa capa de nieve cubría el suelo", y a muchos soldados, al fin oriundos del trópico, "se les gangrenaron las orejas y los pies".[46] Mientras estos soldados de la Convención se enfriaban, los grandes del convencionismo peleaban acaloradamente entre sí.

[44] L.B. Simpson, *Muchos Méxicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp. 295-298. Cárdenas, *op. cit.*, pp. 69-70.

[45] Armando Ayala Anguiano, "Cárdenas de carne y hueso" en *Contenido*, (México, abril de 1974), núm. 179, p. 43.

[46] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 64-66.



". . . la Octava Brigada de Caballería, formada entre otras por el 22 Regimiento en que militaba el mayor Cárdenas . . ."

"Al tener conocimiento los generales Sosa y Cabral —escribe Cárdenas, ya Teniente Coronel del 22— de que el general Eulalio Gutiérrez "había renunciado al puesto de presidente de la República que le había concedido la Convención" y que "el general Maytorena, gobernador y comandante militar del Estado de Sonora" se había vuelto villista hasta las cachas, "llamaron a una junta a los ocho jefes de los regimientos y batallones" integrantes de la Cuarta División, y reunidos en Cananea, "les manifestaron" su decisión de "trasladarse al puerto de Veracruz para ponerse a las órdenes del señor Carranza". También dijeron "que los jefes de corporaciones de la propia división podían decidir si quedaban del lado del constitucionalismo" o de Maytorena. Morales, Cabral y Sosa cruzaron la línea fronteriza con los Estados Unidos sin que nadie los viera. Los demás regresaron a sus campamentos. El 23 de marzo, en junta de jefes, oficiales y sargentos de los regimientos 22 y 23, "y analizando la situación del país" y considerando su "procedencia del constitucionalismo", decidieron "por unanimidad incorporarse en Agua Prieta al general Calles . . .",[47] en ese momento el coco de Maytorena, el jefe joven en quien los villistas se mellaban, el segundo del célebre caudillo Alvaro Obregón. Como quiera, el maytorenismo dominaba aún en Sonora.

Mientras Obregón, el único apoyo importante de Carranza, avanzaba hacia el sur con fuerzas sonorenses que obtenían una victoria tras otra, Villa, después de su ruptura con el "primer jefe", inundó con su fuerza todo el norte, desde Baja California hasta Nuevo León. En Sonora quedaron en poder de los carrancistas "únicamente las plazas de Naco y Agua Prieta, ocupadas por el general Plutarco Elías Calles, quien, con toda entereza y sin más apoyo que 2 500 hombres, permaneció adicto al "primer jefe", no obstante que había quedado completamente aislado en un inmenso mar villista . . ."[48] Maytorena hizo lo indecible para destruir el reducto de Calles. Mandó contra Naco unos tres mil hombres, que pese a sus repetidos ataques contra una guarnición de sólo mil quinientos, no consiguieron hacerse de Naco, que sí encender el disgusto de los gringos. Por eso ese pueblo fronterizo fue declarado zona neutral y el general Calles tuvo que reducirse a la población de Agua Prieta, donde recibió el refuerzo de 4 000 hombres que le envió el general Obregón a través de territorio americano y los 400

[47] *Ibid*, I, p. 71.
[48] Froylán C. Manjarrez y Gustavo Ortiz Hernán, *Lázaro Cárdenas* . . ., Editorial Patria, México, 1933, p. 20.

hombres de los regimientos 22 y 23, la noche del 27 de marzo de 1915, noche en que Cárdenas, de 20 años de edad, conoció a Calles que ya estaba por cumplir los cuarenta.

De marzo a octubre, Cárdenas, nombrado jefe de los regimientos 22 y 23 fusionados, compartió con Calles la vida de sitio. Las tres salidas de Agua Prieta estaban cerradas por el enemigo. Entonces nació entre Calles y Cárdenas un profundo afecto. El joven apreció en el adulto "al hombre de carácter y firmes convicciones" que ponía "especial empeño en satisfacer las necesidades de los campesinos y obreros", e impulsaba "notablemente la instrucción pública", prohibía "la fabricación, introducción y venta de bebidas embriagantes", combatía "los juegos prohibidos por la ley", y que acabaría por ser el "primer gobernante de ideas socialistas en Sonora", el que "dotó de ejidos" a los pueblos y "decretó la ley sobre tierras ociosas".[49] Calles, por su lado, después de haber visto pelear diariamente a Cárdenas con una millada de sitiados a fuerza de tiroteos, en medio de hambres y privaciones, rodeados de inseguridad, contra los ejércitos de Maytorena y de Villa, reportó: "Cárdenas se ha conducido admirablemente, habiéndosele felicitado en más de una ocasión por su capacidad y conducta ejemplar,

[49] Pere Foix, *Cárdenas; su actuación, su país*, 3a. edición, Editorial Trillas, México, 1971, p. 79.



". . . Cárdenas, nombrado jefe de los regimientos 22 y 23 fusionados, compartió con Calles la vida de sitio."

pues al mismo tiempo que infligía inesperados golpes al enemigo, tomaba rápidas y eficaces medidas contra el tráfico de licores, contra la prostitución y contra el juego . . . Cárdenas es de un valor a toda prueba, disciplinado y celoso en el desempeño de las comisiones que se le encomiendan".[50] Calles le decía a Cárdenas "el Chamaco", y éste a Calles "mi general", aunque, según los observadores de aquella amistad, poco faltó para que se dijeran "hijo" y "papá". Lázaro llegó a ser el hombre de las confianzas de Calles.

Asegurada la victoria del general Plutarco Elías Calles sobre José María Maytorena a fines de 1915, Cárdenas obtuvo permiso de volver a Jiquilpan. El 18 de enero de 1916 dejó Hermosillo y el 10 del mes siguiente, tras de recorrer unos mil quinientos kilómetros, ya en tren, ya en buque, ya a caballo, fue recibido en su terruño sin órdenes de aprehensión, como un joven y brillante coronel, que aunque todavía no alcanzaba la mayoridad de los 21 años, era respetado y respetable, fuerte, silencioso y de posibles. Mandó a doña Felicitas a Guadalajara y se llevó consigo al regresar al noroeste a dos de sus hermanos.[51] El 19 de marzo, de regreso en Guaymas, recibió dos noticias: "la entrada de fuerzas americanas a territorio mexicano . . . con el fin de ayudar a la persecución de Francisco Villa" y el agravamiento de una vieja enfermedad de su madre.[52] El 22 salió para Agua Prieta con el fin de despedirse del general Calles y del ejército. El general no le aceptó la renuncia. Entre tanto arreciaban las noticias alarmantes sobre la expedición punitiva de los gringos sobre México. Cárdenas escribió en su diario el 22 de junio: "El único paso que debe dar nuestro gobierno [si no funciona la lucha diplomática] es obligar a la punitiva, por medio de las armas, a abandonar el país."[53] De pronto decidió que antes de acudir al llamado de la gravedad de su mamá debía estar disponible para poner remedio a la gravedad de su patria; tomó el partido de "luchar contra el invasor", si el presidente Carranza así lo disponía.[54] Con todo, ante el anuncio de que también estaban enfermos gravemente dos de sus hermanos, cambió de parecer y pidió permiso de volver con los suyos. Su jefe le dijo que suspendiera su viaje hasta nueva orden. Todo el resto de 1916 fue de lucha. No pudo ver a su

[50] Townsend, *op. cit.*, pp. 26-27.
[51] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 117-118.
[52] *Ibid*, I, pp. 119-120.
[53] *Ibid*, I, p. 119.
[54] *Ibid*, p. 120.

familia ni combatir a los gringos. El general Calles lo condujo a pelear contra los indios yaquis, lo que no fue del agrado de Cárdenas.

El primero de febrero de 1917 marchó a Chihuahua a las órdenes del general Guillermo Chávez.[55] A la muerte de Chávez, el coronel Cárdenas tomó el lugar del difunto. Como jefe se labró las famas de decidido, cauto e incansable. Tuvo encuentros con los villistas en Cuba y en Rancho Blanco y un combate de nota en San Fermín.[56] En esa campaña no se las ganó todas a Pancho Villa, pero sí obtuvo la victoria final. Con porte de coronel victorioso, volvió a Sonora por órdenes superiores. Sublevados otra vez los yaquis traían en aprietos a las autoridades y a los terratenientes yoris; es decir, a los colonos blancos. El coronel Cárdenas fue agregado a la columna que marchó a someter a los indios otra vez rebeldes.

La tribu yaqui, simpatizadora del general Maytorena, no era santo de la devoción del general Calles. La tribu yaqui, que venía defendiendo desde hacía un siglo la posesión de sus buenas tierras de la codicia de los agricultores descoloridos, no contaba con el amor de éstos. En 1917 entraron a la zona yaqui "miles y miles de soldados de las tres armas, todos perfectamente armados y abundantemente pertrechados" y pusieron en práctica "la deportación al sur de las esposas, hijos y demás familiares" de los aborígenes. Contra el destierro de sus familias, los mil guerreros de la tribu acosada retomaron su vieja costumbre de rebelarse. La chamusquina se reinició con el ataque a Esperanza en el último mes de 1917.[57] En 1918, los indios se convirtieron en la presencia más temible del sur de Sonora. "Los había entre las ramas de los huizaches, detrás de los cercados, metidos hasta el cuello en los vallados." Su principal teatro de operaciones fue la Bacatete.[58]

Todo parece indicar que el coronel Cárdenas volvió a participar a disgusto en aquella guerra, tanto porque "comprendió la inutilidad de combatirlos militarmente" como porque creía que los yaquis y no los yoris o blancos estaban en lo justo. "Sin embargo, él no estaba todavía en posición de determinar las tácticas a seguir."[59] Para poder tomar decisiones propias necesitaba ser

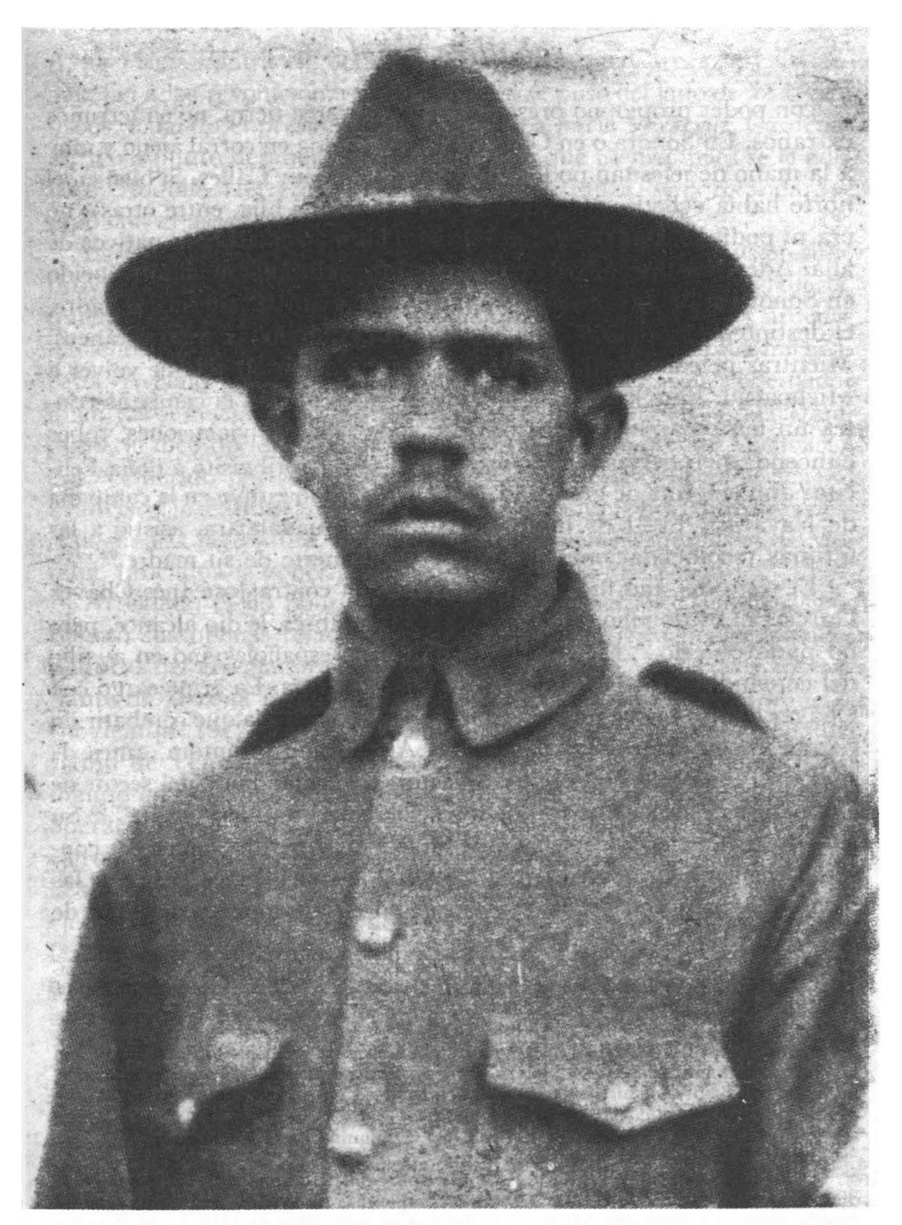
[55] Juan de Dios Bojórquez, *Lázaro Cárdenas, líneas biográficas*, Imprenta Mundial, México, 1933, pp. 58-59.

[56] *Ibid*, p. 66.

[57] Claudio Dabdoub, *Historia del valle del Yaqui*, Librería Manuel Porrúa, México, 1964, pp. 206-207.

[58] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 139-141.

[59] Townsend, *op. cit.*, I, p. 34.



". . . el coronel Cárdenas fue agregado a la columna que marchó a someter a los indios otra vez rebeldes."

con poder propio, no prestado, y en su propia tierra, no en terruños extraños. En Sonora o en Chihuahua era gallina en corral ajeno y muy a la mano de jefes tan poderosos como Obregón y Calles. Si bien en el norte había echado raíces (la de engendrar una hija, entre otras), no era ni podía ser norteño con oportunidades parecidas a los nativos de allá. Además, el Chamaco Cárdenas (nombre con el que era conocido en Sonora) seguía con la preocupación de la enfermedad de su madre, el destino de sus hermanos y hermanas y la suerte de sus coterráneos. Mientras peleaba contra los yaquis le volvió la ventolera de volver a Michoacán. Entonces consiguió que se le destinase a la campaña contra un feroz bandolero que cometía toda clase de violaciones, robos e incendios en tierras michoacanas.[60] El 13 de abril visitó a doña Felícitas aún enferma de gravedad. En mayo y junio estuvo en la campaña de Nayarit.[61] El 21 de junio, de paso por Guadalajara, asistió a las últimas recomendaciones, la agonía y la muerte de su madre.[62]

El resto del año fue de viva persecución contra José Inés Chávez García. El 24 de julio, al frente de 1 500 hombres, le dio alcance, pero no pudo cogerlo.[63] Meses después, la gripe española vino en auxilio del comandante de la Primera Brigada de Sonora. La gripe cargó con Chávez el 11 de noviembre.[64] Con todo, hubo todavía que combatir un par de meses contra los bandoleros Altamirano y Síntora, antes de salir a la Huasteca con el nuevo destino de comandante del sector de Tuxpan, Veracruz, puerto que lo recibió con "un fuerte norte".[65] Su jefe en las tierras del petróleo fue el general Arnulfo Gómez; su consigna, vencer a los guerrilleros del general Manuel Peláez, pelele de las compañías petroleras. Allá lo sorprendió el lanzamiento del Plan de

[60] L. González, *Pueblo en vilo*, pp. 128-131; Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, vol. III, pp. 213-214.

[61] Cárdenas, *op. cit.*, I, PP. 142-143.

[62] *Ibid*, I, pp. 144-145: "Mi madre murió el 21 de junio . . . A las 11 horas llegué con las fuerzas a la ciudad de Guadalajara. Inmediatamente me trasladé a ver a mi madre, que me reconoció y me hizo algunas recomendaciones, entre ellas: 'cuida de tu chiquita Alicia'. Falleció a las cuatro de la tarde del propio día 21 de junio. Tuvo aliento para esperar mi llegada . . . A los tres días salí con la columna hacia Michoacán."

[63] *Ibid*, I, pp. 146-150. Townsend, *op. cit.*, pp. 35-36.

[64] Cárdenas, *op. cit.*, p. 151. El 24 de diciembre de 1918 apunta L. Cárdenas en su diario: "José Inés Chávez García, el bandolero que más asoló Michoacán, murió en un rancho cercano a Purépero, Mich., el 11 del mes de noviembre de 1918. Lo mató la llamada influenza española, fiebre que azotó al Estado".

[65] Manjarrez y Ortiz Hernán, *op. cit.*, p. 52.

Agua Prieta contra el gobierno constitucional de Carranza, y Cárdenas, fiel a los revolucionarios sonorenses, se puso del lado de los levantiscos. Cuando el presidente en derrota iba hacia Veracruz, Cárdenas estuvo a punto de interceptarle la fuga, lo que no hizo pues se le adelantó Rodolfo Herrero, quien asesinó a Carranza. A poco andar, se topó con el asesino, lo arrestó y lo condujo a México.[66]

Es cosa bien conocida que a raíz del asesinato de don Venus presidió provisionalmente la República el cantante don Adolfo de la Huerta, quien premió el vigésimo quinto cumpleaños del coronel Cárdenas haciéndolo general brigadier y comandante militar de la zona michoacana. Acéfalo el ejecutivo de Michoacán, fue nombrado gobernador mientras se hacían elecciones. A él, aparte de establecer el salario mínimo, le tocó decidir cuál de los aspirantes al gobierno de Michoacán era el querido por la ciudadanía. Cárdenas declaró electo al general Francisco José Múgica y le entregó los trastos del oficio, mientras desconocía a la legislatura, que instalada en el palacio municipal de Morelia, proclamaba gobernante a Porfirio García de León.[67]

Arreglado el lío político de Michoacán, gracias al cual Cárdenas reforzó sus buenas relaciones con el general Múgica, las actividades políticas del arreglador cesaron por algún tiempo. Volvió a ser comandante de la zona militar de su estado. En seguida, por cuatro meses (noviembre 1922-febrero 1923) fue jefe de operaciones en la zona del Istmo de Tehuantepec.[68] Por un trimestre (marzo a mayo de 1923) mandó en el campo militar del Bajío.[69] Nuevamente en la jefatura de operaciones de Michoacán, tomó otra decisión acertada. Una mitad del ejército no quería permitirle al presidente Obregón que se saliera con la suya de imponer en la presidencia al general Calles. Otra mitad del ejército apoyaba los deseos del general Obregón. Cárdenas, hombre de Calles, estuvo en la lucha, como era de esperarse, con el obregonismo, contra los delahuertistas, aunque a él concretamente le tocó combatir contra el general que lo fue a los 18 años, el célebre Rafael Buelna o

[66] Ayala Anguiano, *op. cit.*, p. 44: "Dos días después de cometido el magnicidio, Herrero se reunió con Lázaro Cárdenas en un paraje situado a medio camino de las rancherías de Comalteco y Coyutla. Allí charlaron largamente, y no es imposible que Herrero haya revelado a Cárdenas lo que ya sospechaba todo México: que Obregón le ordenó asesinar a Carranza . . . Cárdenas pudo sostener una conferencia telegráfica con Calles y recibió órdenes de conducir a Herrero hasta la ciudad de México."

[67] Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, *Lázaro Cárdenas en Michoacán*, Ediciones Casa de San Nicolás, Morelia, 1976, p. 13.

[68] Manjarrez y Ortiz, *op. cit.*, p 25.

[69] *Ibid*, p. 52.



". . . el cantante don Adolfo de la Huerta, quien premió el vigésimo quinto cumpleaños del coronel Cárdenas haciéndolo general brigadier . . ."

Grano de Oro, quien hizo trizas las fuerzas de su contrincante. El jiquilpense, además de perder el encontronazo de Huejotitlán, fue herido y preso. Contra la costumbre en aquellas guerras, el vencedor, en vez de rematarlo, lo condujo a un sanatorio de Guadalajara. Derrotados a los pocos días los delahuertistas, fue conducido por éstos a una cárcel colimota, donde, puesto en libertad, se hizo cargo de las fuerzas locales y recibió la rendición del jefe de las fuerzas delahuertistas, del general Enrique Estrada, a quien devolvió la copa; facilitó la salida de Estrada y otros jefes rebeldes por Manzanillo, antes de que se le ordenara fusilarlos.[70]

Quizá Cárdenas perdió parte de su prestigio de mílite por la derrota de Huejotitlán, pero seguramente acrecentó su prestigio de hombre humanitario, y obtuvo el ascenso a general de brigada.[71] Y eso no fue todo: Calles, durante su campaña por la presidencia, se hizo acompañar por él en algunos de los mítines de esa gira.[72] Aun así, Calles presidente lo hizo jefe de operaciones en la Huasteca, lo puso a topar con las poderosísimas compañías explotadoras del petróleo. Cárdenas no recibió el nombramiento con címbalos de júbilo, quizá porque ya estaba ansioso de pasar a la etapa en que concluía toda carrera militar de entonces: la jefatura política. Esto no quiere decir que anhelara el poder por el poder mismo. Para esas fechas ya tenía ideales políticos bien redondeados, ya era nítida, por lo menos, "su voluntad inquebrantable de redimir a los desvalidos", la idea de que los humildes "como seres humanos, eran iguales a sus amos, y que su trabajo les daba derecho a una existencia menos pobre y oscura".[73] Para 1925 su actitud anticlerical había menguado, pero no su ojeriza hacia los ricos, sobre todo hacia los ricos de fuera con intereses acá. Aunque era bien conocida su aptitud para encubrir sus emociones, para no dejar entrever lo que pensaba, sentía y quería, algunos de sus amigos ya percibieron entonces algunas de sus filias, su devoción por los preceptos más radicales de la Carta Magna de 1917, su nacionalismo, su agrarismo, su indigenismo, su obrerismo, su fe en una educación para el trabajo, y en definitiva, su "temperamento revolucionario", de revolucionario con más inclinación a construir que a destruir, muy a la manera de los otros que asomaban

[70] Benítez, *op. cit.*, pp. 152-154. Townsend, *op. cit.*, pp. 38-39.

[71] Bojórquez, *op. cit.*, p. 81.

[72] Carlos Alvear Acevedo, *Lázaro Cárdenas; el hombre y el mito*, 2a. edición, Editorial Jus, México, 1972, p. 38.

[73] Townsend, *op. cit.*, pp. 43-46. Victoriano Anguiano, "Cárdenas revolucionario y agitador" en *Excélsior*, 7 de diciembre de 1949.

como dirigentes de su misma generación, del mismo estilo que los siete sabios de 1915, aunque Cárdenas sin sabiduría libresca y con un instinto autoritario superior a los restantes de la camada. A poco de su instalación en la Huasteca le dijo a don Antolín Piña Soria:

> Voy a retirarme del ejército . . . Es tiempo de que las promesas de la Revolución se conviertan en realidades, en hechos tangibles. Todos nosotros, los que creemos en los ideales de nuestra Revolución, debemos dedicarnos con ahínco a que estos ideales se conviertan en acciones concretas y constructivas.[74]

El general Cárdenas estuvo tres años en Tampico. Todos sus biógrafos coincidieron en la idea de que ese trienio fue muy importante en su vida. Allá supo que era capaz de resistir los halagos y los sobornos de las compañías petroleras. Allá se enteró por sus propios ojos del distinto trato otorgado por los patrones petroleros a los trabajadores ojiazules traídos de fuera y a los aborígenes de México. Observó que a labor igual un extranjero recibía doble paga y buen trato. Además, en Tampico, saliéndose de sus quehaceres militares, abrió una escuela Hijos del Ejército, arranque de una serie que se haría célebre. Puso también en marcha sus propósitos agraristas a la manera del buen juez, empezando con lo propio. Un día le dijo a don Antolín:

> En virtud de que mis convicciones son de que la tierra y lo que produce deben de ser para el que la trabaja, entregue usted a los trabajadores de mi rancho parcelas de tierra a fin de que las cultiven en su beneficio y libres de toda renta. Súrtalos de semilla y facilíteles, sin costo alguno, los implementos y animales que necesiten para su trabajo, siembre el resto de la tierra y págueles a los trabajadores lo suficiente . . . De lo que las tierras cultivadas produzcan, páguese primero la renta del rancho y los gastos de administración, y si sobra algo, empléelo en obras de beneficio colectivo, tales como escuelas y caminos . . . Lamento no poder hacer más. Para la pronta . . . emancipación de los *trabajadores y los campesinos de México*.[75]

Mientras Cárdenas hacía pininos como gobernante y reformador social en el oriente, en el occidente ardía la rebelión cristera, y, en todo el país, la familia revolucionaria debatía sobre la sucesión presidencial. Alvaro, ansioso de suceder a su sucesor Plutarco, puso fuera de la lona a los demás aspirantes al sacrificio de ser presidentes de la República.

[74] Antolín Piña Soria, *Cárdenas. Apuntes para una semblanza espiritual*, México, 1934, p.
[75] Townsend, *op. cit.*, pp. 47-48. Piña Soria, *op. cit.*, p.



". . . en Tampico, saliéndose de sus quehaceres militares . . ."

Mientras tanto, "una convención de partidos políticos, reunida en Morelia [y quizá inspirada por el presidente Calles], aprobó unánimemente la candidatura del general Cárdenas para gobernador de Michoacán".[76] Este no podía aspirar, cuando aceptó su candidatura, a ser gobernador por la venia mayoritaria de sus paisanos debido a dos sencillas razones: porque las mayorías no acostumbraban votar y porque el aspirante era muy conocido en Sonora y en la Huasteca veracruzana, que no en su estado, pese a la batida contra Chávez en 1918 y al gobierno provisional en 1920. Como dice Townsend, la gubernatura de Cárdenas le debió poco a su popularidad y mucho al apoyo de las altas esferas.[77] Como quiera, la impopularidad pronto desapareció. Es cierto lo que cuenta el más encarnizado enemigo del general Cárdenas: Este, a las primeras de cambio, comenzó a distinguirse por "sus calidades de líder o guía de multitudes". No bien acababa de asumir el puesto de

[76] Alfonso Taracena, *La verdadera revolución mexicana*; *13ª etapa*, Editorial Jus, México, 1960, p. 204.
[77] Townsend, *op. cit.*, p. 51.

cuando empezó a promover el entusiasmo de la gente por su persona. Se empezó a admirar en él "la voluntad inquebrantable de redimir a los desvalidos, su simpatía profundamente humana y su temperamento revolucionario". Aunque lo que llegó a impresionar sobremanera de las actitudes del joven gobernante "fue el severo empeño paternal con que rechazaba las actitudes de hinojos o los ademanes de besar la mano que los señores principales de los poblados indígenas querían hacerle en señal y reconocimiento de su autoridad. Los tomaba de la mano con una cordial energía y los hacía erguirse para que lo vieran de frente".

El mismo Anguiano, tan reconocedor del carisma del general, le atribuye vicios no menos visibles que sus virtudes: "acendrado amor propio"; intervención "en todos los ámbitos de la administración pública, mezclándose en las atribuciones de los poderes judicial y legislativo", y demasiada inclinación por mantener la autoridad, por dárselas de omnipotente no obstante su sumisión a las órdenes de don Plutarco.[78] No bien acababa de asir las riendas de su gubernatura cuando escribió un encendido elogio de Calles. Con todo, ese panegírico, más que una imagen exagerada del caudillo norteño, trasluce el ideario del autor del elogio. Cárdenas escribe:

> En marzo de 1915 me presenté al general Calles en Agua Prieta . . . y durante la campaña en que tomé parte . . . pude apreciar en él el hombre de carácter y convicciones . . . Se dio a querer y tuvo numerosos adeptos por su ejemplo de moralidad, por su cordialidad, y por su don de mando . . . Fue jefe y amigo de sus subordinados, pero exigió moralidad a sus tropas, estimulando siempre la iniciativa de sus subalternos . . . Puso especial empeño en la Reforma Agraria y en proteger a la clase obrera; impulsó la instrucción pública . . . En el gabinete del general Obregón siguió significándose por sus ideas progresistas . . . Electo presidente de la República . . . exigió al clero el cumplimiento de la Constitución [y] sentó las bases de una nueva economía.

A raíz del asesinato del presidente reelecto Alvaro Obregón, el gobernador recién electo propuso que Calles siguiese en la presidencia:

[78] Victoriano Anguiano, "Cárdenas el revolucionario y agitador", en *Excélsior,* 7 de diciembre de 1949.

"Nadie más que él —le comunicó a su amigo Múgica— debe seguir dirigiendo los destinos del país. No hay ahorita personaje que lo sustituya porque ninguno tiene ascendiente en todas las clases de la República como lo tiene él."[79] Otro tanto le dijo al general Rafael Sánchez Tapia.

> El cobarde asesinato del señor general Obregón . . . exige que en bien de los intereses de la República, se manifieste en todas sus formas la unánime voluntad del pueblo mexicano . . . Debe el Sr. Gral. Plutarco Elías Calles continuar en el poder por dos años más para asegurar la paz . . . Estimo conveniente que con objeto de influir en el ánimo del mismo Sr. Gral. Calles, se dirijan unidas todas las legislaturas de los Estados al Congreso de la Unión, para que se le dé forma legal al unánime deseo de que el Sr. Gral. Calles continúe en el poder hasta la verificación de las nuevas elecciones, porque su personalidad . . . responde en estos momentos a una ingente necesidad: la conservación de la paz pública . . .[80]

Cárdenas veía en Calles un pacificador cuando todo mundo culpaba a éste de la falta de paz en México. El sabía con toda exactitud que el estado que regiría a partir de septiembre de 1928 andaba muy re-

[79] Taracena, *La verdadera revolución mexicana, 14ª etapa*, p. 145.
[80] Cárdenas, *Epistolario*, vol. I, pp. 25-26.

"Cárdenas veía en Calles un pacificador cuando todo mundo culpaba a éste de la falta de paz en México."



vuelto por culpa de la persecución religiosa desatada por Calles. De hecho, asumió la gubernatura en plena guerra religiosa. "La actividad cristera fue tal en octubre y en noviembre de 1928 —escribe Meyer— que el gobierno del estado llegó al borde de la quiebra . . . Los ferrocarriles habían dejado de funcionar, así como el correo y la recaudación de los impuestos. No se pagaba ya a los funcionarios, grandes ciudades se encontraban abandonadas por sus autoridades y Ramón Aguilar se aprovisionaba en ellas".[81] "Michoacán rebosaba combatientes todavía más que Jalisco, aunque no organizados . . . Poseía el mejor jefe de la guerra: Ramón Aguilar. El y Anatolio Partida daban mucho quehacer . . . Lo mismo Fernando González" y otros jefes cristeros.[82] Cárdenas sabía entonces que estaba a punto de perder su gubernatura; no podía ignorar que sólo se había apuntado un triunfo en la guerra contra la Cristiada: "la rendición de Simón Cortés, enfermo".[83]

En marzo y abril de 1929 abandona la gubernatura; asume el mando de uno de los tres ejércitos que desbarató la furibunda rebelión de los generales Escobar y Manzo allá en el noroeste. Pasado el susto de Escobar y tras de haberse resuelto la lucha cristera por los convenios entre Iglesia y Estado, Cárdenas "se encontró libre para dedicar todas sus energías a sus deberes gubernamentales" para "hacer del gobierno de su ínsula natal una avanzada de la Revolución y, al mismo tiempo, un experimento novedoso", que no para seguir las pisadas de su padrino.[84] Para el ahijado, lo primero era la reestructuración social y económica; para el padrino, la desfanatización. Para el ahijado, los ideales revolucionarios debían alcanzarse con el apoyo de las masas obreras y campesinas; para el padrino, con la ayuda de la parte nacionalista de la minoría dirigente. Como gobernador, Cárdenas puso especial empeño en meter a los trabajadores en el redil de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMT).

La CRMT fue su brazo derecho en Michoacán. El gobernador trataba y decidía con los manejadores de la CRMT. Los líderes de ésta "intervenían en la designación de presidentes municipales, jueces menores y de primera instancia, diputados locales y federales. Por otra parte, comenzaron los líderes a actuar ante los tribunales judiciales y en las esferas administrativas". En las manos de los dirigentes (Ga-

[81] Jean Meyer, *La cristiada*, Siglo XXI Editores, México, 1973-1974, vol. I, p. 277.
[82] *Ibid*, I, pp. 277-278.
[83] *Ibid*, I, p. 279.
[84] Manjarrez y Ortiz, *op. cit.*, p. 40. Bravo Ugarte, *op. cit.*, III, p. 220.

bino Vázquez, Ernesto Soto Reyes, Luis Mora Tovar) que se manifestaban más revolucionarios que el mismo gobernador, se puso a la tarea de rehacer económica y socialmente al estado sin mayores miramientos para los poderes legislativo y judicial, y aun con vejamen a la legislación vigente. Cárdenas y los capitostes de la CRMT, que no la muchedumbre trabajadora, insuficientemente preparada, se entregaron a poner en práctica un plan de seis puntos: 1) distribución de la tierra entre ejidatarios; 2) rescate de los recursos de Michoacán de manos extranjeras; 3) dique a la obra del clero; 4) ampliación y renovación del sistema de enseñanza; 5) hechura de presas y de caminos carreteros, y 6) extinción de bares y cervecerías.[85]

Cuando Calles ya descreía de la reforma agraria, Cárdenas la volvió a poner en marcha. Siendo gobernador repartió casi todos los latifundios de Michoacán; sólo quedaron indivisos los que no pudo dividir. Durante su gubernatura —según Bravo Ugarte— entregó 408 807 hectáreas de tierra a 400 ejidos, a 24 mil ejidatarios.[86] A través de la CRMT, "dedicó especial atención y esfuerzos a las haciendas de Lombardía y Nueva Italia, propiedad de los señores Cusi. En las dos fincas ocupaban varios miles de trabajadores. Estos fueron organizados en sindicatos y la organización les dio frutos apreciables como alza de salarios y otros mejoramientos en su existencia individual y colectiva".[87] Con todo, tales latifundios, lo mismo que la hacienda de Guaracha, no se dejaron repartir entonces.

La política nacionalista se ejerció particularmente con las compañías extranjeras Mexican Finance Company, Compañía Industrial de Michoacán y Michoacan Transportation Company. Cárdenas decretó la nulidad de los contratos leoninos que esas negociaciones habían hecho con las comunidades indígenas propietarias de montes. Según Anguiano, los convenios, sobre todo los celebrados con el yanqui Slade, los habían tenido que hacer los representantes de los pueblos, "bajo la presión y amenaza de los prefectos porfiristas" y nadie, antes de Lázaro, se había atrevido a quitar a los extranjeros aquellos emporios forestales.[88]

[85] Victoriano Anguiano, "Mi situación frente a la CRMT" en *Excélsior*, 9 de diciembre de 1949.
[86] José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, vol. III, p. 220.
[87] Victoriano Anguiano, "La personalidad de Lázaro Cárdenas. Los conflictos de las haciendas de Lombardía y Nueva Italia", en *Excélsior*, 3 de enero de 1974.
[88] Cárdenas, *Apuntes*, I, pp. 182-183. Townsend, *op. cit.*, p. 55; Victoriano Anguiano, en *Excélsior*, 9 de diciembre de 1949.

En su ínsula, Cárdenas únicamente se ajustó al plan Calles en la hechura de obras de irrigación y drenaje, en el trazo de carreteras y en la campaña desfanatizante. Esta consistió principalmente en la orden de sólo admitir el ejercicio de 33 sacerdotes en el estado, repartidos de tres en tres en cada uno de los once distritos, a razón de uno por cada tres municipios; en la quema de imágenes de santos y en la apertura de escuelas desfanatizadoras.[89] En total se abrieron cien nuevos planteles de enseñanza por cuenta del estado y trescientos más por la de los patronos de fincas, una escuela técnica industrial para indios en Pátzcuaro y otra del mismo jaez para mujeres en Morelia. Se puso en escandalosa marcha la coeducación en la Escuela Normal de Maestros y "se hizo más democrático el sistema de enseñanza universitario". El gobernador, además, "giró órdenes rigurosas para que a los maestros se les pagara puntualmente"; recorrió una a una las escuelas oficiales y se acercó a un grupo de profesores y alumnos de la Universidad Michoacana. Un día el gobernador Cárdenas se presentó a tomar café con un grupo universitario de tinte rojo en una de las reuniones semanarias de ese grupo. "Más tarde se llegó a tomar el café en la casa particular del propio gobernador". Este, desdeñoso al principio de su gubernatura de los problemas estudiantiles "pudo convencerse más tarde, merced a su convivencia con los estudiantes, de que éstos representaban un importante núcleo de opinión revolucionaria" digna de tomar en cuenta. Antes de terminar su gobierno, el general recibió de sus amigos de café la sugerencia de reformar el Artículo 3o. de la Constitución en sentido socialista.[90]

Tal vez la amistad de Lázaro Cárdenas con el "grupo nicolaíta" hizo que las filias de aquél hacia los débiles se convirtieran en doctrina, en cuerpo de ideas de sabor marxiano, lo que no quiere decir que se haya imbuido del conjunto de la argumentación de los materialismos dialéctico e histórico. La filosofía cursada en los cafés con los universitarios no lo volvieron filósofo, que sí un hombre provisto de ideas más o menos generales. Según algunos, los contactos con la Universidad Michoacana le dieron piernas al joven gobernador para convertirse en buen jinete dentro de

[89] Alvear, *op. cit.*, pp. 81-84.
[90] Anguiano, en *Excélsior*, 9 de diciembre de 1949.

la arena política nacional,

en comisiones de envergadura fuera de su ínsula. En 1930 fue llamado para dirigir al recién hechecito partido oficial, al Partido Nacional Revolucionario, al PNR, al que concurrían los políticos gordos del país y los hombres fuertes de cada una de las entidades nacionales, donde Cárdenas trató a lo más influyente de la familia revolucionaria, donde se conquistó muchos amigos poderosos. Además, le dio al PNR otras tareas, sin menoscabo de las políticas. A través del partidazo promovió los deportes, la lucha antialcohólica, y "cuando un fuerte temblor de tierra dejó a la ciudad de Oaxaca y a los pueblos circunvecinos soterrados, movilizó al Partido para los trabajos de salvamento. Como presidente del Comité de Socorros, él mismo se trasladó al lugar del desastre".[91] En lo político, implantó un sistema de plebiscitos para la designación de candidatos y trató de darle un tapabocas al viejo revolucionario Luis Cabrera, que andaba escribiendo en los periódicos que la revolución de entonces, la jefaturada por Madero, Carranza y Obregón era superior, por limpia y poética, a la revolución corrupta

[91] Townsend, *op. cit.*, p. 62.

"en 1930 fue llamado para dirigir al recién hechecito partido oficial, al Partido Nacional Revolucionario, PNR . . ."



y prosaica de ahora, dirigida por Calles. A propósito de esos artículos Cárdenas le dijo a Cabrera que únicamente escribía para hacerse de "posiciones políticas futuras". Asimismo, desconoció la labor de Vasconcelos en la secretaría de Educación Pública, elogiada por Cabrera, por la razón de que "en un tipo de gobierno como el que tenemos . . . ningún miembro del gabinete puede desarrollar determinado programa si no es de completo acuerdo del Presidente. En consecuencia, la obra de Vasconcelos es obra del general Obregón". También insinuó, en Cabrera, ministro de Hacienda de Carranza, mal manejo de los fondos públicos, porque según él "hasta la administración del general Calles no fue posible establecer severas disciplinas para los que manejaban fondos públicos ni organizar sistemas para impedir las fugas de fondos . . ." Por último, lo retó a la lucha:

> Para concluir, quiero manifestar . . . que el PNR se verá altamente satisfecho si los grupos conservadores, o aquellos que son francamente reaccionarios, se decidieran a organizarse políticamente y midieran sus fuerzas, a todo lo largo del curso de nuestra vida nacional, con la organización política de la Revolución.[92]

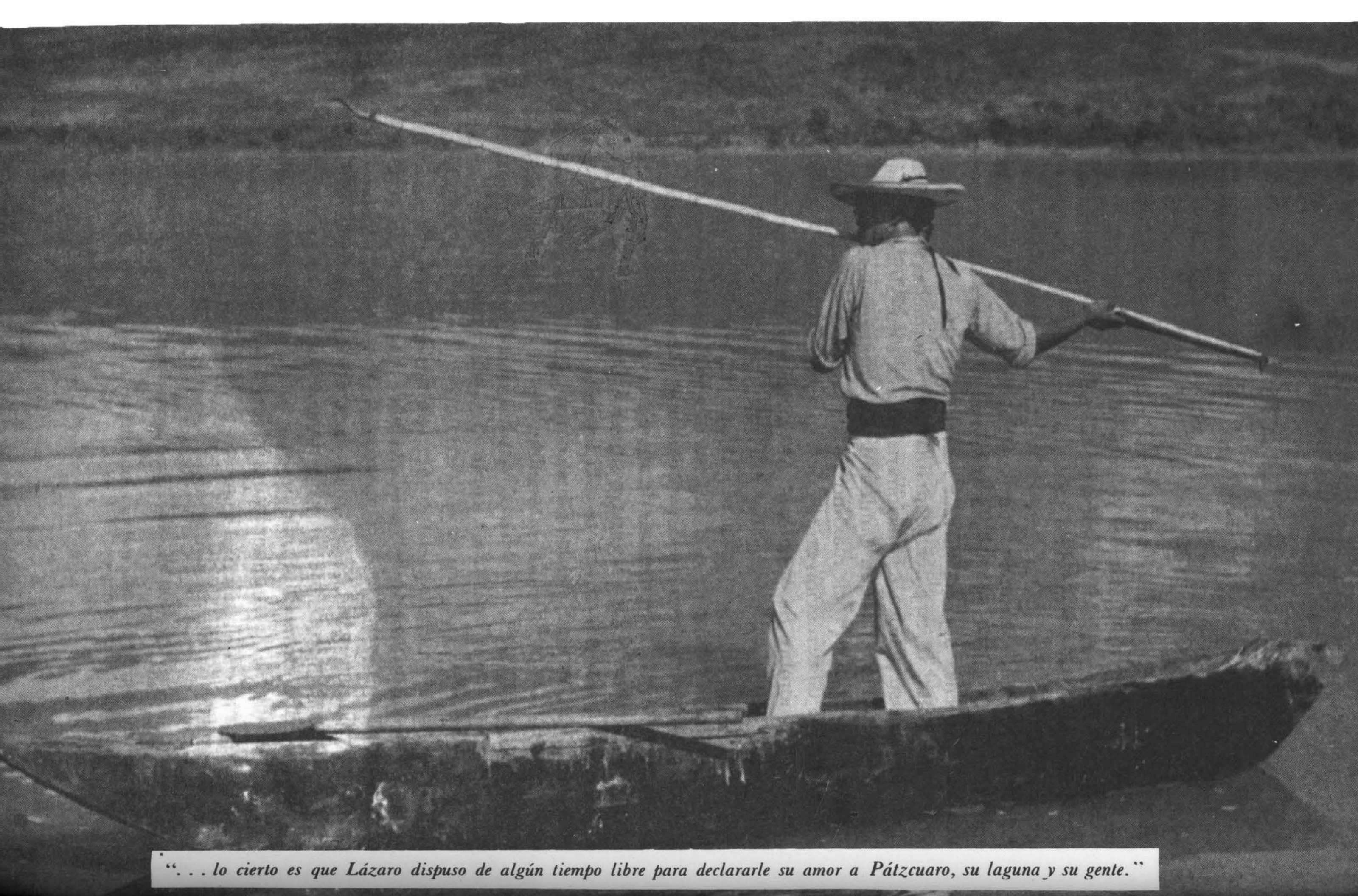
El 30 de mayo de 1931 Cárdenas retomó el gobierno de Michoacán por un trimestre. El 28 de agosto fue nombrado secretario de Gobernación en el gabinete de Pascual Ortiz Rubio, que ya por esos días no estaba en buenos términos con el "jefe máximo". Cárdenas quiso reconciliarlos. Le propuso al general Calles dar "pleno apoyo al presidente Ortiz Rubio". Calles aceptó la propuesta, pero no compuso nada, quizá por lo que pensaba Cárdenas: el general Calles no consigue "disciplinar las ambiciones del grupo que se considera presidenciable y hace política" debilitadora del gobierno del presidente Ortiz Rubio.[93] El 13 de octubre los secretarios de Hacienda (Luis Montes de Oca), de Relaciones (Genaro Estrada), de Comunicaciones (Juan Andrew Almazán), de Industria (Aarón Sáenz) y de Gobernación van con Calles a pedirle apoyo para el presidente de la República y acabar con la agitación existente; a solicitar que él sea secretario de Guerra y Marina en vez de Amaro, y a proponer la renuncia a sus respectivas secretarías de los allí presentes. El general Calles estuvo de acuerdo en todo, y el 15 de octubre el general Cárdenas renunció como secretario

[92] *Ibid*, p. 63-64.
[93] Cárdenas, *Apuntes*, I, p. 185.

de Gobernación, después de mes y medio de haberlo sido. Al día siguiente volvió a encargarse del gobierno de Michoacán.[94]

Según Cárdenas, el 17 de abril de 1932, la Convención Estatal del PNR designó como candidato para sucederle en la gubernatura al general Benigno Serrato.[95] Según los políticos michoacanos, el general Cárdenas escogió a su relevo muy distinto a él. Serrato no era extremista, y por lo mismo la selección produjo preguntas como estas: ¿El general Cárdenas deja un sucesor reaccionario para que su obra sea única y distinta? o ¿cree acaso amainar así la tormenta social que ha desatado con su política revolucionaria? o ¿teme que su estrella pueda apagarse si insiste en seguir caminando en sentido opuesto al del cada vez más conservador "jefe máximo"?[96] De hecho, desde que salió de la secretaría de Gobernación empezaron los rumores sobre el descenso político del hombre de Jiquilpan. Al entregar el poder ejecutivo de Michoacán a Serrato, y no recibir otra magistratura, los políticos locales creyeron que había terminado la carrera política de Cárdenas. Hasta corrió el rumor de que Calles culpaba a su ahijado de haber sumido a Michoacán en el desastre económico y la turbulencia social.[97] Lo cierto es que Lázaro dispuso de algún tiempo libre para declararle su amor a Pátzcuaro, su laguna y su gente. Allí había adquirido un terreno sobre una colina, frente a la laguna.[98] Allí dispuso una casa campestre, la Eréndira, desde la que contemplaba la enorme escultura en construcción del Rayo del Sur, sobre el islote de Janitzio; la gigantesca estatua de un José María Morelos desemejante al histórico, vestido con ropas eclesiásticas y con una mano en alto y puñicerrada. Por supuesto, el escultor no quiso hacer una copia del natural. Quizá tampoco una obra de arte. Tanto la mole de Guillermo Ruiz, como las entrañas pictóricas de Fermín Revueltas ("Encuentro de Hidalgo con Morelos en Charo" y el "Congreso de Apatzingán") tenían una misión aleccionadora; de alguna manera expresaban las ideas del promotor del monumento que en ese entonces, además de su cariño a Morelos, dejaba entrever otro de índole privada. El 25 de septiembre, a diez días del fin de su gubernatura, Cărdenas apuntó en su diario:

[94] *Ibid*, p. 187.
[95] *Ibid*, p. 199.
[96] Victoriano Anguiano, "El abstencionismo político de Cárdenas" en *Excélsior*, 12 de diciembre de 1949.
[97] Victoriano Anguiano, "Michoacán agobiado por la pugna cardenismo vs. serratismo", en *Excélsior*, 20 de diciembre de 1949.
[98] Townsend, *op. cit.*, p. 64.



". . . lo cierto es que Lázaro dispuso de algún tiempo libre para declararle su amor a Pátzcuaro, su laguna y su gente."

> A las 10 horas de hoy verifiqué mi enlace civil con Amalia, en su casa de Tacámbaro . . . Los padres de Amalia se abstuvieron de estar presentes en el acto por no estar conformes en que prescindamos del matrimonio eclesiástico . . . A las 12 horas salimos en tren hasta Ajuno y de allí en auto al rancho de Aranjuez . . . Por la tarde seguimos a la Eréndira.[99]

El primero de noviembre se cerró el paréntesis romántico. Cárdenas asumió la jefatura de operaciones de Puebla. Esto mantuvo la creencia en su eclipse político. Del par de meses que estuvo allí, las dos primeras semanas se fueron en visitas al campo de maniobras, al 45 batallón, al hospital militar, a las cárceles y a los regimientos de caballería; las siguientes, en tiritar, vencido por las fiebres palúdicas.[100] Todavía maltrecho por las tercianas, obtuvo un encumbradísimo menester. El primer día de 1933 fue de Puebla a Cuernavaca a entrevistarse con Calles; el segundo día rindió la protesta de Ley como secretario de Guerra y Marina ante el presidente que había entrado en lugar del depuesto Ortiz Rubio, ante el general Abelardo Rodríguez. Al conocerse en Michoacán la noticia de que el exgobernador había llegado a la antecámara de la presidencia de la República, los rumores sobre su eclipse político se esfumaron y los políticos, que habían dejado de rendírsela, súbitamente le volvieron a brindar adoración.

Desde el puesto de secretario de Guerra y Marina dispuso que no hubiese militares en disponibilidad; fletó expediciones a las islas Revillagigedo para restablecer la soberanía de México en esos distantes territorios; convino con la República Española la fabricación de 15 navíos para la armada de México, y procedió al desarme de los agraristas veracruzanos.[101] En la orden de recoger carabinas y cartuchos a los achichincles de Adalberto Tejeda, quien sin duda andaba tras la silla presidencial, los mal pensantes advirtieron en Cárdenas propósitos parecidos a los de Tejeda. Desde que el hombre de Jiquilpan se convirtió en secretario de Guerra su nombre se asoció a la de tres precandidatos presidenciales: además de Tejeda, a Pérez Treviño y Riva Palacio.[102]

[99] *Ibid*, p. 65. Cárdenas, *op. cit.*, I, p. 206.

[100] Anguiano, art. cit., *Excélsior*, 20 de diciembre de 1949. Cárdenas, *op. cit.*, pp. 207-209.

[101] Alvear, *op. cit.*, p. 20. Alfonso Taracena, *La Revolución desvirtuada*, Costa-Amic, México, 1965-1970, vol. I, p. 17.

[102] Lorenzo Meyer [et al], *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1928-1934. Los inicios de la institucionalización. La política del Maximato*. El Colegio de México, México, 1978, p. 277.

Sepa Dios quién propuso la precandidatura del joven general Cárdenas para ocupar la "silla embrujada". Emilio Portes Gil dice que fue él.[103] Rodolfo Elías Calles dijo muchas veces en vida: "Yo fui". A la mayor parte de la gente nadie le quitará de la cabeza que el voto decisivo fue el del padre de Rodolfo, el del "jefe máximo". Otros le achacan la decisión al Partido Agrarista de Jalisco; otros, a todas las ligas de aspirantes al reparto de la tierra. También hay sendos sostenedores de las siguientes tesis: Cárdenas fue arrastrado hacia la presidencia por las tolvaneras que sucedieron a los lodos de la crisis mundial, por los líderes del movimiento laboral, por la presión del pueblo que ya le había descubierto dotes de salvador, porque así lo quiso el presidente del "otro lado", porque así lo decidió la masonería internacional, y por simple suerte. Según el general Cárdenas, tan enemigo de acudir a entes fantasmales para entender las conductas humanas, el proceso de su precandidatura empezó el 17 de abril de 1933, en medio del zangoloteo del tren. El presidente Rodríguez y el secretario Cárdenas volvían de un viaje por el oeste mexicano cuando aquél, "en momentos en que partía el tren de la estación de Irapuato", le dijo a éste:

— Te llamé para que me digas . . . si vaś a lanzar tu candidatura . . . Te estimamos como sabes, e indiscutiblemente que serías de los más indicados . . . Tu actuación al frente de la Secretaría de Guerra es satisfactoria . . .

— Mi propósito —repuso el llamado— es no separarme de la línea de conducta que me tracé, de abstenerme de tomar parte en la lucha . . .[104]

Al tercer día de la entrevista rodante hubo otra. En la del 19 de abril, Rodríguez le dijo a Cárdenas "que en varios Estados empezaba a agitarse la sucesión presidencial . . . que elementos de Nuevo León y Sonora estaban dispuestos a trabajar" por él, que el general Calles no quería dar ninguna orientación, y en vista de todo eso "él estimaba conveniente suspendiera las declaraciones" de abstinencia, pues lo lógico era "guardar una actitud expectante", "observar primero el sentir nacional, y si había un franco respaldo de la opinión revolucionaria, no debería rehuir corresponder a la confianza . . ." Cárdenas

[103] Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, Ediciones Botas, México, 1941, pp. 474-475.
[104] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 218-219.

repuso "que seguiría su consejo . . . pues no quería se le tomara como individuo que rehuía semejante responsabilidad . . ."[105] El 20 fue a comer en L'Escargot y a oír de Aarón Sáenz "que los partidos de Sonora, Nuevo León . . . Tamaulipas y Chihuahua, violentaban su determinación de principiar sus trabajos" en favor del secretario de Guerra y Marina. El 22 en la noche, un par de senadores y otro de diputados, procedentes de Sonora, le dijeron a nombre de Rodolfo Elías Calles, el hijo del jefazo, que estaban hechos uno para proponer la candidatura del antiguo comandante sonorense. Cárdenas respondió que cuando fuera oportuno resolvería.[106]

Como buen político, Cárdenas, al decir que quién sabe, dejó entrever que sí, lo que explica aquel brote inesperado de futurismo presidencial en la cámara baja a fines de abril. La mayoría de los legisladores amaneció con la seguridad de que el pueblo se manifestaba abiertamente en favor de la candidatura de Lázaro Cárdenas y en contra de los demás suspirantes a la presidencia de la República.[107] Las adhesiones de los gobiernos de los estados llegaron en precipitado desfile. Para emprender

[105] *Ibid*, I, pp. 219-220.
[106] *Ibid*, I, p. 221.
[107] Meyer, *op. cit.*, pp. 280-287.

sólo le faltaba al secretario de Guerra un sí categórico de su padrino desde 1915. El 3 de mayo de 1933, Cárdenas le mandó con propio el siguiente recado:

> Mi general:
> Va el Sr. Lic. Antonio Villalobos llevándole mi saludo cariñoso . . . El propio Sr. Lic. Villalobos referirá a Ud. el caso de carácter político que se me presenta y sobre el que no podré resolver si antes no conozco su opinión, que yo pido a Ud. como amigo y como jefe y que espero me comunicará usted. Cariñosamente . . .[108]

Calles le dio el placer a su ahijado consentido, al "chamaco" Cárdenas. Este, el 15 renunció a la secretaría de Guerra y Marina en vista de haberse "iniciado en distintos sectores del país un movimiento muy sensible de opinión en favor de su precandidatura para la presidencia y en vista de que ese movimiento tan copioso le exigía todo su tiempo para atenderlo".[109] El 20 fue a celebrar su 38 cumpleaños al rancho

[108] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 222-223.
[109] *Ibid*, p. 225.

"*. . . renunció a la Secretaría de Guerra y Marina en vista de . . . un movimiento muy sensible de opinión en favor de su precandidatura . . .*"



de Palmira, "fracción de 25 hectáreas . . . con fuertes pendientes" que tras la compra lo había dedicado al cultivo de la morera y los frutales y a refugio contra el bullicio de la capital, y no lejos de ésta, próximo a Cuernavaca.[110]

Si hemos de creerle a Victoriano Anguiano, "para clasificar situaciones y normar su conducta y acción políticas en sus entidades, un grupo de gobernadores decidió dilucidar definitivamente el problema [de la sucesión] con el "jefe máximo" que estaba en su retiro de El Sauzal, Baja California". Allí Calles les dijo a los gobernadores: "El candidato único a la presidencia de la República será el general Cárdenas". Melchor Ortega y Manuel Estrada Cajigal le hicieron ver al general Calles que el elegido "era un hombre inculto, muy inquieto y con ideas extremistas". El jefazo repuso: "Cárdenas es un revolucionario joven y honesto . . . merece una oportunidad . . . con buena rienda, puede hacer un buen gobierno". Naturalmente los que fueron con el chisme se rindieron ante la opinión pontificia. El general Manuel Pérez Treviño, el otro aspirante a la precandidatura, perdió en un tris simpatizadores. "Las floridas filas del pereztreviñismo comenzaron a desgajarse: desertaron gobernadores y líderes . . . como contrapartida creció asombrosamente el cardenismo."[111] El general Manuel Pérez Treviño decidió entonces retirarse de la contienda electoral, pues, según dijo, Cárdenas "tenía una mayoría de opinión en todo el país" [112] A su vez, Cárdenas manifestó "a la Nación" que las "numerosas adhesiones de todos los sectores del país" lo obligaban a aceptar su precandidatura a la presidencia.[113] Poco después, en plena "cargada" en su favor, fue a California, la nuestra, a visitar al "jefe máximo" y platicar con él sobre la política social y económica que debería desarrollarse en el futuro". Calles, unas veces sedente, otras veces bañándose en el mar, ora en caminatas automovilísticas, ora en paseos a pie, ya con cara de buenos amigos, ya molesto por los cólicos que lo aquejaban, oía y replicaba al "escogido" sobre proyectos de ferrocarriles y carreteras, sobre la política a seguir "con las riquezas naturales

[110] *Ibid*, p. 225.

[111] Victoriano Anguiano, "La personalidad de Lázaro Cárdenas. Cárdenas arrebatado en el carro de fuego de la gloria" en *Excélsior*, 7 de enero de 1950.

[112] John W. F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución: 1919-1936*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 527. Cárdenas, *op. cit.*, p. 227.

[113] Benítez, *op. cit.*, pp. 236-238: "El general Cárdenas eliminó de sus apuntes el número casi increíble de maniobras, choques, declaraciones y malevolencias a que dio lugar la nueva campaña electoral".

como son el petróleo, los metales, la energía eléctrica . . .", acerca de la intervención del "estado en la organización de la economía nacional", sobre cómo "satisfacer las necesidades ejidales y cómo afinar al PNR, y a propósito de cien cosas más".[114]

Entre tanto asomaban la cabeza los opositores. El Partido Socialista de las izquierdas lanzó la candidatura del coronel Adalberto Tejeda. El Partido Pro Patria pidió la reelección de Abelardo Rodríguez.

El Partido Social Democrático, no menos minúsculo que los anteriores, respaldó las ganas presidenciales de Gilberto Valenzuela. Otro grupo, aún más fantasmal, propuso a Enrique Colunga para la presidencia y no faltó el grupúsculo agrarista lanzador de la candidatura de Román Badillo. "El 19 de noviembre de 1933, el Partido Antirreeleccionista y la Confederación Revolucionaria de Partidos Independientes tuvieron un mitin muy animado en el teatro Politeama". El PA, cuyo gallo llegó a ser Luis Cabrera, se redujo a muy poco cuando Cabrera respondió a sus partidarios: "No quiero tomar parte, y menos como figura central, en la farsa democrática que se prepara para julio". La CREPI sí obtuvo el sí del veterano don Antonio Villarreal. Como la Confederación Nacionalista Democrática no pudiese traer del Paso a su candidato Gilberto Valenzuela, se sumó a las exiguas huestes de Badillo. El Partido Comunista no se dejó engatusar por los coqueteos del coronel Tejeda y lanzó la candidatura de su secretario Hernán Laborde. Quizá nunca había habido tantos y tan débiles candidatos de oposición al régimen callista.[115]

La segunda convención ordinaria del PNR, reunida en Querétaro del 4 al 6 de diciembre, hizo suyo el Plan Sexenal y la candidatura del general Lázaro Cárdenas a la presidencia del país.[116] El candidato dio principio a su campaña con una obra de misericordia: la visita al general Saturnino Cedillo, enfermo en San Luis Potosí. De allí siguió a la ciudad de Aguascalientes donde lo aguardaba un mitin popular y un Congreso Agrario. El día de la Virgen de Guadalupe estuvo en la recoleta ciudad de León, y en los días restantes de 1933, en diversas poblaciones de Guanajuato y Michoacán.[117] Del 9 al 14 de febrero de 1934 anduvo por Veracruz, y del 15 de febrero al 5 de marzo, en las anfractuosidades de Chiapas. Los últimos días invernales los dedicó

[114] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 231-240.
[115] Dulles, *op. cit.*, pp. 529-536.
[116] *El Nacional Revolucionario*, 5, 6, 7 de diciembre de 1933.
[117] Cárdenas, *op. cit.*, I, pp. 241-244.



". . . El Partido Comunista no se dejó engatusar por los coqueteos del coronel Tejeda y lanzó la candidatura de su secretario Hernán Laborde."

a las cálidas tierras de Campeche y Yucatán, y los inicios de la primavera, a la gente de Tabasco, al general Calles y a otros políticos de fuste que estuvieron a visitarlo allá, en el feudo fascistoide del desfanatizador Tomás Garrido Canabal.[118]

En las tres primeras semanas de abril, el candidato recorrió los problemas de Oaxaca. El 1o. de mayo, de regreso en la capital, radiodifundió un mensaje dirigido a los trabajadores de la república, y estuvo en el nacimiento de Cuauhtémoc, su vástago varón.[119] Desde el 9, otra vez girante, anduvo por pueblecitos de Guerrero y Morelos. A partir del 2 de junio, discurseó y recibió comisiones en Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí, Zacatecas, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Durango. Aquí, el día de las elecciones para renovar poderes federales se malquistó con la mayoría ciudadana por haber dado su voto para presidente de la República en pro del licenciado Tomás Garrido Canabal, el comecuras de Tabasco.[120] Después de las elecciones, como de costumbre poco concurridas, fue a saludar a Calles en su ingenio de Navolato. Llegó en un momento en que el jefe jugaba "poker con dos generales que se esforzaban en perder, y al anunciarle la presencia de Cárdenas, Calles se limitó a decir: Entreténganlo mientras acabo". Por lo demás, el presidente de la República ninguneado, sostuvo dos semanas de conversaciones con el ninguneador que como todo mundo sabe se sentía el jefazo.[121]

La campaña electoral de Cárdenas fue un viento incesante. Recorrió en siete meses 27 609 kilómetros. Nadie como él había utilizado tal surtido de medios de transporte. Cárdenas voló 11 825 kilómetros, rodó 7 294 en ferrocarril y 7 280 en automóvil; navegó 735, y cabalgó 475. Por primera vez en una contienda presidencial, el candidato anduvo metido en poblaciones minúsculas y solas; arrastró temerariamente su equipo por "pueblos pequeños y villas soterradas entre abruptas serranías", "donde residen los más graves problemas de las clases proletarias".[122] No prescindió, por supuesto, de los mítines de masas en las ciudades, de los discursos pomposos frente a las muchedumbres, de las lluvias de confeti, de las bandas de música y demás adornos de

[118] Ayala Anguiano, Art. cit., p. 49: "El moderado Cárdenas no podía ver con buenos ojos los desmanes de Garrido, "pero Calles había dicho . . ."

[119] Cárdenas, *op. cit.*, I, p. 281.

[120] Townsend, *op. cit.*, p. 91.

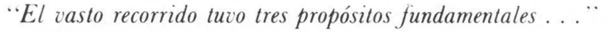
[121] Benítez, *op. cit.*, pp. 245-246.

[122] Townsend, *op. cit.*, p. 85. *El Universal*, 28 de diciembre de 1933.

ese género de giras, pero adujo a esa liturgia los sones del mariachi, el diálogo con gente humilde y apolítica, y el conocimiento de visu de problemas lugareños. "La gira del general Lázaro Cárdenas obedeció —según José Muñoz Cota— al deseo de . . . estudiar los problemas propios de cada región . . ."[123] No fue un recorrido para conquistar votos, pues ésos estaban asegurados por el PNR. Como quiera, tampoco puede decirse que únicamente hayan sido andanzas de estudio.

El vasto recorrido tuvo tres propósitos principales: dar a conocer al mayor número posible lo que el gobierno de la nueva hornada revolucionaria se proponía hacer para el bienestar de los mexicanos; conocer las necesidades de éstos punto por punto, y decidir la guisa en que los vagos y nuevos ideales debían acudir a la satisfacción de dolencias patrias y matrias. El anhelo de sembrar la semilla revolucionaria consta en un libro. En él se recogen el ideario general del gobierno cardenista; en él se leen párrafos como este:

[123] José Muñoz Cota, *Panorama de México. Una opinión sobre la gira del general Lázaro Cárdenas*, Imprenta Mundial, México, 1934, p. 38.



"El vasto recorrido tuvo tres propósitos fundamentales . . ."

> Lo principal de la nueva fase de la Revolución es la marcha de México hacia el socialismo, movimiento que se aparta de las normas anacrónicas del liberalismo clásico. Del liberalismo individualista se separa porque éste no fue capaz de generar en el mundo sino la explotación del hombre por el hombre, al entregarse, sin frenos, al egoísmo de los individuos. Del comunismo de Estado se aparta, igualmente, porque ni está en la idiosincrasia de nuestro pueblo la adopción de un sistema que lo prive del disfrute integral de su esfuerzo, ni tampoco desea la sustitución del patrón individual por el Estado Patrón.[124]

En *La gira del general Lázaro Cárdenas* constan los discursos en que se vertió el plan sexenal para consumo masivo. Allí se transcribe muy claramente la cuádruple aspiración de los planeadores expuesta al pueblo mexicano. Allí están dichos los términos por los que se peleaba: agrarismo, laborismo, indigenismo, educación socialista y nacionalismo. Allí se lee que por agrarismo no entendía el predicador Cárdenas "la simple entrega de la tierra a los campesinos", sino también "ayuda moral y material . . ., crédito refaccionario, implantación de modernos sistemas de cultivo y explotación de nuevos productos . . .",[125] que por laborismo, Cárdenas concebía unificación de todos los sindicatos en un frente único, hechura de cooperativas y entrega parcial del poder a los trabajadores. Así lo expuso: "siempre he querido que los obreros y campesinos organizados tengan el Poder en sus manos . . . cuando tuve el honor de dirigir los destinos . . . de Michoacán, la inmensa mayoría de las autoridades municipales y de los puestos representativos en la legislatura local fueron entregados a los trabajadores organizados, y asimismo, se impuso el cooperativismo . . .[126] Por educación socialista, el aspirante a la presidencia entendía el abandono de la enseñanza por parte del clero, la admisión en "la escuela absolutamente de todos los núcleos de la población" y el empuje de la niñez hacia la industria y hacia la agricultura.[127] En fin, en su mente, la palabra nacionalismo implicaba muchas actividades que iban desde el uso del mexicanísimo rebozo hasta la lucha por la libertad económica de México.

[124] Partido Nacional Revolucionario, *La gira del general Lázaro Cárdenas. Síntesis ideológica*. México, 1934, p: 46.
[125] Cf. Townsend, *op. cit.*, p. 88.
[126] PNR, *La gira del general Cárdenas* . . ., p. 157.
[127] *Ibid*, p. 93.

El resultado de la segunda mira de la campaña (captar los problemas más apremiantes de la nación y los de cada una de sus partículas) Cárdenas lo recogió personalmente, con su puño y letra, en su "diario". Allí fueron a dar observaciones de este tipo: "Existe la necesidad imperiosa de irrigar las tierras". "La división de los trabajadores de Veracruz es muy notoria". "En materia de cultos no hay cumplimiento de la ley". "El gobierno del Estado de Guerrero no ha desarrollado una acción contra el fanatismo".[128]

El "diario" también recogió la cosecha del tercer propósito de la campaña electoral, el de hacer planes concretos de acción. Allí se lee:

> "Considero de la mayor importancia dar agua a los pueblos sobre cualquier otra mejora." "Nuestro pueblo presenta un mosaico de criterios. Trataremos de fundirlos en uno solo". "Combatir los centros de vicio". "A los sacerdotes católicos que están bajo la autoridad del Papado de Roma, debe al igual que a los demás ministros de sectas religiosas, considerárseles como extranjeros y extranjeros perniciosos . . ." "Hacer en todos los pueblos de la República la forestación que ha logrado [en los Cocos, Veracruz] el ingeniero Quevedo". "Estaciones culturales del tipo de las que en Carapan, Mich. estableció Moisés Sáenz, son las que necesitan Oaxaca, Chiapas, Yucatán y demás Estados que tienen población indígena". "Indispensables órdenes terminantes para que la población indígena asista a las escuelas". "Iniciaré el desarrollo del Sureste llevando el ferrocarril que unirá el Istmo con Campeche y aprovechando la energía eléctrica de los ríos".[129]

Los testimonios periodísticos dan a entender que la persona de Cárdenas caía bien en la parte donde llegaba. Los que lo veían o le oían en sus propios términos eran seducidos. Los que le escucharon las profusas frases escritas por sus escribas no se le entregaron. ¿Quién se va a tragar la píldora de que discursos como el de Chilpancingo le acarreó simpatizadores del pueblo? ¿Quién puede creer que la frase transcrita a continuación le produjo votos a millones en un país católico?

> Que los combatientes de la reacción sigan celebrando misas en honor del Hijo del Hombre. Nosotros danzaremos alrededor de una hoguera de fuego nuevo, no aceptando más cruz que el hacha [formada] por la hoz y el martillo al entrelazarse.[130]

[128] Cárdenas, I, *op. cit.*, pp.
[129] *Ibid*, I, pp.
[130] L. Meyer, *op. cit.*, p. 295.



". . . Los testimonios periodísticos dan a entender que la persona de Cárdenas caía bien . . . Los que lo veían o le oían en sus propios términos eran ***seducidos.****"*

Ciertamente, Cárdenas había escuchado durante la gira cuitas de boca de campesinos y obreros sin asomos de impaciencia. Sin duda que "sus bondadosos ojos verdes, su calma, su atención vigilante a los menores detalles, le ganaban la confianza de los que habían hecho del recelo una de sus armas defensivas". Como quiera, no podía deshacerse del sambenito de ser hombre del "jefe máximo", una simple figura de la corriente callista cuya impopularidad es indiscutible. Ni los exabruptos antirreligiosos ni la filiación callista del candidato del PNR pudieron haberle atraído copiosos votantes. Obtuvo abundantes votos, lo que es algo muy distinto. Seguramente Cárdenas, no obstante su carisma personal, no habría ganado las elecciones si por lo menos la mitad de la ciudadanía hubiese acudido a las urnas. La popularidad de Cárdenas no fue anterior a su presidenciado, aunque el cómputo oficial de los votos desmienta tal afirmación. Según la maquinaria en el poder, el propuesto por el Partido Nacional Revolucionario, obtuvo 2 268 567 de los votos emitidos por la ciudadanía mexicana el 1o. de julio de 1934; Antonio Villarreal, apoyado por el Partido Nacional Antirreeleccionista, consiguió cien veces menos simpatizadores que Cárdenas: 24 690; Adalberto Tejeda, lanzado por el Partido Socialista de las Fuerzas de Izquierda, se juntó con 15 764, y don Hernán Laborde, el hombre fuerte del Partido Comunista, sólo obtuvo la cantidad de 1 188 votantes. Es de presumir que en una nación tan reaccionaria como la mexicana ni Laborde ni Tejeda ganaran más votos que los reconocidos oficialmente. Es muy probable que muchos de los votos pro Villarreal no fueron contados porque los ladrones de ánforas los hicieron perdedizos el mismo día de las elecciones. Es seguro, dada la apatía electoral del campesinado y las muchedumbres urbanas, que el número de votantes de aquellas elecciones estuvo muy por debajo del número de votos atribuidos a Cárdenas por la computadora oficial. Quizá algunos se escandalizaron por el nuevo fraude electoral, pero quizá tampoco faltó quien haya reflexionado como Vidal Sánchez, el de *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia:

> ¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor obispo. Nosotros los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos, un gobierno revolucionario, no elecciones libres[131]

[131] Jorge Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*, Joaquín Mortiz, México, 1964, p. 37.

PUBLICACIONES CITADAS

1. PERIODICOS Y REVISTAS

Abside. (México, 1937-1960)
Acción Revolucionaria (Centro Revolucionario de Estudios Políticos, México, 1933)
Bibliografía Histórica Mexicana, anuario (El Colegio de México, México, 1967-)
Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (México, 1954-)
Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas (Jiquilpan, Mich., 1978-)
Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (México, 1839-)
Christus, mensual (México)
Contenido, quincenal (México, 1963-)
Crisol (Bloque de Obreros Intelectuales, México, 1929-1935)
Crónica, La (Puebla)
Cruzada Eucarística, La, mensual, (México)
Cuadernos Americanos, mensual (México, 1942-)
Diario de Yucatán, El (Mérida, 1925-)
Diario del Sureste, (Mérida, 1931-)
Dictamen, El, diario (Veracruz, 1919-)
Eco Revolucionario, El, mensual y luego semanal. (Centro Directivo Cardenista, México, 1933-1936)
Diario de los Debates de la Cámara de Diputados (México, 1933-1934)
Diario de los Debates de la Cámara de Senadores (México, 1933-1934)
Economía y Demografía, trimestral (El Colegio de México, México, 1967-)
Eurindia (Bloque de Escritores Revolucionarios, México, 1930-1934)
Excélsior, diario (México, 1917-)
Futuro (México)
Gaceta Oficial del Arzobispo de México, quincenal y luego mensual (México, 1900-)
Handbook of Latin American Studies, anuario (Hispanic Foundation)
Historia Mexicana, trimestral (El Colegio de México, México, 1951-)
El Hombre Libre, (México, 1929-1947)
Humanitas, anuario (Universidad de Nuevo León, Monterrey
Informador, El, diario (Guadalajara, 1917-)
Jueves de Excélsior, semanario (México, 1922-)
El Libro y el Pueblo (Secretaría de Educación Pública, México, 1922-1935)
Machete, El (México, 1924-1928)
Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús, El (Apostolado de la Oración, México)
Mujeres y Deportes (Publicaciones Herrerías, México, 1934-1945)
Mundo, El, diario (Tampico, 1918-)
Nacional Revolucionario, luego *El Nacional*, diario (Partido Nacional Revolucionario y sucs., México, 1929-)

Omega, periódico (México, 1917-1948)
Opinión, La, diario (Torreón, 1917-)
Palabra, La, bimestral (México, 1930-1935)
Porvenir, El, diario (Monterrey, 1919-)
Prensa, La, diario (México, 1928-)
Problemas Agrícolas e Industriales de México, trimestral (México, 1946-)
El Redondel, periódico de toros y deportes (México, 1926-)
Revista Católica (El Paso, Tex. 1875-)
Revista de Hacienda (México, 1937)
Revolución Mexicana, La (México, 1934)
Revista de Revistas, semanario (México, 1910-)
Todo, semanario (México, 1933-)
Trimestre Económico, El (México, 1933-)
Universal, El, diario (México, 1916-)
Universal Gráfico, El, diario (México, 1922-)

2. LIBROS Y FOLLETOS

ABREU GOMEZ, Ermilo, *Sala de retratos*, Editorial Leyenda, México, 1946, 308 pp.

AGUIRRE, Norberto. *Cuestiones agrarias*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1977; 232 pp.

AGUIRRE BELTRAN, Gonzalo, *Formas de gobierno indígena*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1953; 221 pp.

AGUIRRE BELTRAN, Gonzalo, *Problemas de la población indígena de la cuenca del Tepalcatepec*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1952; 363 pp.

ALANIS PATIÑO, Emilio, *México en cifras*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1938; 20 pp. + 20 láms.

ALBA, Francisco, *La población de México: evolución y dilemas*, El Colegio de México, México, 1977; 189 pp.

ALBA, Víctor, *Historia del comunismo en América*, Ediciones Occidentales, México, 1954; 150 pp.

ALBA, Víctor, *Las ideas sociales contemporáneas en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960; 473 pp.
(Colección Tierra Firme, VII)

ALBA, Víctor, *Mexicanos para la historia, Doce figuras contemporáneas*, Libro-Mex, México, 1955; 142 pp.

ALBA MARTIN, Alfonso de, *Antonio Moreno y Oviedo y la generación de 1903*, México, 1949; 182 pp. (Biblioteca de Autores Laguenses, 10)

ALBA MARTIN, Alfonso de, *La provincia oculta. Su mensaje literario*, Editorial Cultura México, 1949; 130 pp.

ALCAZAR, Marco Antonio, *Las agrupaciones patronales en México*, El Colegio de México, México, 1970; 112 pp. (Jornadas, 66)

ALESSIO ROBLES, Miguel, *Mi generación y mi época*, Editorial Stylo, México, 1949; 176 pp.

ALMADA, Francisco, R., *Diccionario de historia, geografía y biografía del Estado de Colima*, Talleres Tipográficos de Ecos de la Costa, Colima, 1939; 190 pp.

ALMADA, Francisco R. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Chihuahua, 1952; 860 pp.

ALONSO, Antonio, *El movimiento ferrocarrilero*, Ediciones Era, 1972; 196 pp.

ALVEAR ACEVEDO. Carlos, *La Iglesia en la historia de México*, Editorial Jus, México, 1975; 333 pp.

ALVEAR ACEVEDO. Carlos, *Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito*, 2a. edición, Editorial Jus, México, 1972; 571 pp.

AMADO, Francisco, y Alicia Echeverría, *El cine en México. Estudio sociológico*, edición mimeográfica, México, 1960; 219 pp.

ANGUIANO, Arturo, *El estado y la política obrera del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1975; 187 pp.
ANGUIANO, Victoriano, *Lázaro Cárdenas; su feudo y la política nacional*, Editorial Eréndira, México, 1951.
ANLEN, Jesús, *Origen y evolución de los partidos políticos en México*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1973; 148 pp.
ARAIZA, Luis, *Historia del movimiento obrero mexicano*, Editorial Cuauhtémoc, México, 1965; 4 vols.
ARAMBURU DIAZ, Marcelo G., *La pesca en México*, Secretaría de la Economía Nacional, México, 1942; 193 pp.
ARTAUD, Antonin, *Viaje al país de los Tarahumaras*, Secretaría de Educación Pública, México, 1975; 190 pp. (SepSetentas, 184)
ASHBY, Joe C., *Organized labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967; 350 pp.
ASKINASY, Siegfried, *México indígena. Observaciones sobre algunos problemas de México*, Imprenta Cosmos, México, 1939; XI + 288 pp.
AUB, Max, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969; 64 pp. + 71 láms.
AZUELA, Mariano, *El camarada Pantoja*, Ediciones Botas, México, 1937; 236 pp.
AZUELA, Mariano, *La luciérnaga*, Ediciones Botas, México, 1932.
AZUELA, Mariano, *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*, Ercilla, Santiago de Chile, 1938; 142 pp.
BAHAMONDE Y SANCHEZ DE CASTRO, Antonio, *México es así*, Editorial México Nuevo, México, 1940; 204 pp.
BALBOA, Práxedis, *Apuntes de mi vida*, México, 1975; 199 pp.
BARQUIN Y RUIZ, Andrés, *José María González Valencia, arzobispo de Durango*, Editorial Jus, México, 1967; 136 pp.
BASAURI, Carlos, *La población indígena de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1940; 3 vols.
BASSOLS, Narcico, *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964; XXXVII + 987 pp.
BATAILLON, Claude, *Les régions géographiques au Mexique*, Institut des Hautes Études de L'Amérique Latine, París, 1967; 212 pp.
BATAILLON, Claude y Héléne RIVIÈRE D'ARC, *La ciudad de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1973; 183 pp. (SepSetentas, 99)
BAZANT, Jan, *Cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí*, El Colegio de México, México, 1975; 226 pp.
BEALS, Ralph. *Cheran: a Sierra Tarascan Village*. Smithsonian Institute, Washington 1946; 225 pp.
BEJAR NAVARRO, Raúl, *El mito del mexicano*, Editorial Orientación, México, 1971; 189 pp.
BENITEZ, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. I. El porfirismo. II. El caudillismo. III. El cardenismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977-1978; 3 vols.: 255 pp.
BERNSTAIN, Marvin, *The Mexican mining industry 1890-1950. A study of integration of politics, economics and technology*, State University of New York, Albany, 1964.
BETETA, Ramón, *La mendicidad en México*, A. Mijares y Hno., México, 1931; 134 pp.
BETETA, Ramón, *Programa económico y social de México*, México, 1935; 211 pp.
BEVAN, Beruard, *The Chinantec. Report ou the central and southeastern Chinantec region*, México, 1938; 161 pp.
BLANCO MOHENO, Roberto, *El cardenismo*, Libro-Mex, México, 1963; 368 pp.
BLANCO MOHENO, Roberto, *Crónica de la Revolución Mexicana*, Libro-Méx., México, 1957-1961; 3 vols.: 422, 362, 378 pp.
BLANCO MOHENO, Roberto, *Tata Lázaro. Vida, obra y muerte de Cárdenas, Múgica y Carrillo Puerto*, Editorial Diana, México, 1972; 432 pp.

BOILS, Guillermo, *Los militares y los políticos en México. 1915-1974*, Ediciones del Caballito, México, 1975; 190 pp.
BOJORQUEZ, Juan de Dios, *Lázaro Cárdenas; líneas biográficas*, Imprenta Mundial. México, 1933; 138 pp.
BOLIO, Edmundo, *Diccionario histórico, geográfico y biográfico de Yucatán*, México, 1944; 250 pp.
BORRAGAN, María Teresa, *Figuras de actualidad*, Escuela Industrial Militar, San Luis Potosí, 1930; 105 pp.
BRANDENBURG, Frank R., *The making of modern Mexico*, 8a edición, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1972; 379 pp.
BRAVO UGARTE, José, *Diócesis y obispos de la Iglesia Mexicana. 1519-1965*, 2a edición, Editorial Jus, México, 1965; 123 pp.
BRAVO UGARTE, José, *Historia sucinta de Michoacán*, Editorial Jus, México, 1962-1964, 3 vols.: 183, 266, 289 pp. (Colección México Heróico, 15, 36)
BRAVO UGARTE, José, *México independiente*, Salvat Editores, Barcelona, 1959; 480 pp.
BRAVO UGARTE, José, *Periodistas y periódicos mexicanos (hasta 1935)*, Editorial Jus, México, 1966; 112 pp. (Colección México Heroico, 58)
BREMAUNTZ, Alberto, *Material histórico. De Obregón a Cárdenas*. México, 1973; 312 pp.
BRUSHWOOD, John S., *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, Fondo de Cultura Económica, 1973; 437 pp. (Breviarios, 230)
BUSTILLO ORO, Juan, *Vientos de los veintes. Cronicón testimonial*, Secretaría de Educación Pública, México, 1973; 183 pp. (SepSetentas, 105)
CABRERA, Luis, *Los problemas trascendentales de México*, Editorial Cultura, México, 1934; 104 pp.
CABRERA, Luis, *La revolución de entonces (y la de ahora)*, Editorial Polis, México, 1937; 96 pp.
CABRERA, Rafael, *Presagios*, Enrique del Moral, Puebla, 1912; 142 pp.
CAMPBELL, Hugh G., *La derecha radical en México. 1929-1949*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976; 222 pp. (SepSetentas, 276)
CANTU CORRO, José, *¿Cómo debe ser la escuela, laica, socialista, mixta?* México, 1934; 16 pp.
CARBALLO, Emmanuel, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, México, 1965; 474 pp.
CARDENAS, Héctor, *Las relaciones mexicano-soviéticas. Antecedentes y primeros contactos diplomáticos. 1789-1927*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974; 93 pp. (Colec. del Archivo Histórico Diplomático. Tercera Epoca. Serie Divulgación, 2)
CARDENAS, Lázaro, *Apuntes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972-1974; 4 vols.: 446, 653, 614, 320 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 28, 31, 33, 35).
CARDENAS, Lázaro, *Epistolario*, Siglo XXI Editores, México, 1974-1975; 2 vols.: 497, 398 pp.
CARDENAS, Lázaro, *Ideario agrarista del general de división . . .*, La Impresora S. Turanzas del Valle, México, 1935; 112 pp.
CARDENAS, Lázaro, *Ideario político*, Ediciones Era, México, 1972; 378 pp. (Serie Popular Era, 17)
CARDENAS SOLORZANO, Cuauhtémoc, *Lázaro Cárdenas en Michoacán*, Ediciones Casa de San Nicolás, Morelia, 1976; 24 pp.
CARDIEL REYES, Raúl, *Siegfried Askinasy, sociólogo de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1975; 183 pp. (SepSetentas, 173).
CARDONA PEÑA, Alfredo, *Semblanzas mexicanas. Artistas y escritores del México actual*. Libro-Mex, México, 1955; 150 pp.
CARDOZA Y ARAGON, Luis, *La nube y el reloj*, Imprenta Universitaria, México, 1940; 138 pp.
CARDOZA Y ARAGON, Luis, *Pintura mexicana contemporánea*, Imprenta Universitaria, México, 1953; 311 pp.

CARR, Barry, *El movimiento obrero y la política en México*, Secretaría de Educación Pública, México 1976, 2 vols.: 222, 206 pp. (SepSetentas, 256 y 257).
CARREÑO, Alberto María, *El Excmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pascual Díaz y Barreto, arzobispo de México. Homenajes póstumos*, Ediciones Victoria, México, 1936; 208 pp.
CARREÑO, Alberto María, *Problemas indígenas*, Ediciones Victoria, México, 1935; 420 pp.
CARRERAS DE VELASCO, Mercedes, *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974; 198 pp. (Archivo Histórico Diplomático. Tercera Epoca. Obras Monográficas, 2)
CARRION, Jorge, *Mito y magia del mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952; 104 pp. (México y lo Mexicano, 3)
CASASOLA, Gustavo, *Biografía ilustrada del general Lázaro Cárdenas 1895-1970*, Editorial Gustavo Casasola, México, 1975; 121 pp.
CASASOLA, Gustavo, *Historia gráfica de la Revolución Mexicana. 1900-1960*, Editorial F. Trillas, México, 1964; 4 vols.: 3 002 pp.
CASO, Alfonso, *Indigenismo*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1958.
CASO, Alfonso [et al], *Métodos y resultados de la política indigenista en México*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1954; 303 pp.
CASO, Antonio, *La existencia como economía y como caridad. Ensayo sobre la esencia del cristianismo*. Librería Porrúa, México, 1916; XV + 41 pp.
CASO, Antonio, *Sociología genética y sistemática*, Editorial Cultura, México; 1932. 230 pp.
CASTAÑO, Rosa de, *Rancho estradeño. Novela*, Ediciones Botas, 1936; 224 pp.
CASTRO LEAL, Antonio, *La poesía mexicana moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953; 540 pp.
CENTRO DE ESTUDIOS ECONOMICOS Y DEMOGRAFICOS, *Dinámica de la población de México*, El Colegio de México, México, 1970; 291 pp.
CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS, *Extremos de México. Homenaje a don Daniel Cosío Villegas*, El Colegio de México, México, 1971; 590 pp.
CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS, *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1976; 4 vols.: 288, 446, 337, 505 pp.
CERNUDA, Luis, *Variaciones sobre el tema mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952; 84 pp. (México y lo Mexicano, 10)
CLARK, Marjorie Ruth, *Organized labor in Mexico*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1934; 315 pp.
CLINE, Howard Francis, *México: Revolution to evolution. 1940-1960*, Oxford University Press, New York, 1962; 374 pp.
COLECCION *de efemérides publicadas en el calendario del más antiguo Galván*, Antigua Librería de Murguía, México, 1950; 2 vols.: 848 pp.
CONSTITUCION POLITICA *de los Estados Unidos Mexicanos con sus adiciones y reformas*, Imprenta de la Cámara de Diputados, México, 1935; 149 pp.
COQUET, Benito, *Ensayo histórico político sobre los habitantes indígenas de Veracruz*, Jalapa, 1939; 120 pp.
CORDOVA, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1974; 219 pp. (Serie Popular Era, 26)
CORREA, Eduardo J., *El balance del cardenismo*, Talleres Linotipográficos Acción, México, 1941; 623 pp.
COSIO VILLEGAS, Daniel, *Ensayos y notas*, Editorial Hermes, México, 1966; 2 vols.: 409, 420 pp.
COSIO VILLEGAS, Daniel, *Extremos de América*, Tezontle, México, 1949; 320 pp.
COSIO VILLEGAS, Daniel, *Labor periodística real e imaginaria*, Ediciones Era, México, 1972; 405 pp.
COSIO VILLEGAS, Daniel, *El sistema político mexicano*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1972; 116 pp.
COSIO VILLEGAS, Daniel, *Sociología mexicana*. Editorial Juris, México, 1924-1925; 3 opúsculos.
CUELLAR, Alfredo, *La situación financiera de los ferrocarriles de México con relación al trabajo*, México, 1935; 591 pp.

CUESTA, Jorge, *Poemas y ensayos*, UNAM, México, 1964.,
CUMBERLAND, Charles C., *México. The struggle for modernity*, Oxford University Press, New York, 1968.
CUSI, Ezio, *Memorias de un colono*, 2a. edición, Editorial Jus, México, 1969; 335 pp. (Colección México Heroico, 96)
CHADOURNE, Marc, *Anahuac ou l'indien sans plumes*, Plon, París, 1934; 329 pp.
CHAUNU, Pierre, *L'Amérique et les Amériques*, Librairie Armand Colin, París, 1964; 470 pp.
CHAVARRI MATAMOROS, Amado, *El verdadero Calles . . . Datos y documentos sobre la personalidad y la actuación del general Plutarco Elías Calles . . . hoy por hoy el hombre fuerte del continente*, Editorial Patria, México, 1929; 441 pp.
CHAVEZ, Ezequiel A., *Las cuatro grandes crisis de la educación de México al través de los siglos*, Jus, México, 1942.
CHAVEZ, Ezequiel a., *Plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria*, Universidad Nacional, México, 1920; 14 pp.
CHAVEZ, Ezequiel A. y R. Preciado, *Contra la servidumbre del espíritu*, Editorial Polis, México, 1940; 70 pp.
CHAVEZ CISNEROS, Esteban, *Memorias*, Fimax Publicistas, Morelia, 1975; 420 pp.
CHAVEZ OROZCO, Luis, *Ensayos de crítica histórica*, Imprenta Universitaria, México, 1939; 192 pp.
CHEVALIER, François, *Un factor decisivo de la revolución agraria de México; el levantamiento de Zapata*, Cuadernos Americanos, México, 1960; 23 pp.
CHICO GOERNE, Luis, *La universidad y la inquietud de nuestro tiempo*, Imprenta Universitaria, México, 1937; 148 pp.
DABDOUB, Claudio, *Historia del Valle del Yaqui*, Librería Manuel Porrúa, México, 1964; 430 pp.
DEROSSI, Flavia, *The Mexican entrepreneur*, OECD, París, 1971; 428 pp.
DIAZ DUFOO, Carlos, *México y los capitales extranjeros*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1918; 542 pp.
DIAZ DUFOO, Carlos, *La vida económica. Hechos y doctrinas. 1916-1934*, Talleres Tipográficos Excélsior, México, 1935; 464 pp.
DICCIONARIO PORRUA *de historia, biografía y geografía de México*, cuarta edición corregida y aumentada, Editorial Porrúa, México, 1976; 2 vols.: XXXI + 2465 pp.
DINERMAN, Ina R., *Los tarascos, campesinos y artesanos de Michoacán*, Secretaría de Educación Pública, México, 1974; 222 pp. (SepSetentas, 129)
DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA, *Anuario estadístico 1938*, DAPP, México, 1939; 302 pp.
DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA, *Primer censo agrícola ganadero, 1930. Resumen general*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1936; 261 pp.
DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA, *Primer censo industrial, 1930*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1933; 3 vols.: 1113, 1095, 1329 pp.
DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA, *Quinto censo de la población. 15 de mayo de 1930. Resumen general*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1934; XXXI + 269 pp.
DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA, *Resumen general del censo industrial de 1935*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1941; 205 pp.
DROMUNDO, Baltasar, *Tomás Garrido: su vida y su leyenda*, Editorial Guaranía, México, 1953; 180 pp.
DULLES, John W. F., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución. 1919-1936*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977; 653 pp.
DURAN OCHOA, Julio, *Población*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955; 277 pp.
DURANTE DE CABARGA, Guillermo, *Abelardo L. Rodríguez, el hombre de la hora*, Ediciones Botas, México, 1933; 153 pp.
ECHANOVE TRUJILLO, Carlos (Dir), *Enciclopedia Yucatanense*, Gobierno del Estado de Yucatán. México, 1944-1945; 8 vols.

ENCICLOPEDIA *de México*, Director: José Rogelio Alvarez, México, 1978; 12 vols.
ENRIQUEZ FILIO, Antonio, *Nueva economía social. Plan sexenal mexicano, 1935-1940*, Talleres Linotipográficos Mexicanos, México, 1935; 160 pp.
ESCARPIT, Robert, *Contracorrientes mexicanas*, Antigua Librería Robredo, México, 1957; 135 pp. (México y lo Mexicano, 25)
ESQUIVEL OBREGON, Toribio, *México y los Estados Unidos ante el derecho internacional*, Herrero Hermanos Sucesores, México, S. A., 192 pp.
FABELA, Isidro, *Buena y mala vecindad*, América Nueva, México, 1958; 330 pp.
FABILA, Alfonso, *La tribu kikapoo de Coahuila*, Secretaría de Educación Pública, México, 1945; 95 pp. (Biblioteca Enciclopédica Popular, 50)
FABILA, Alfonso, *Las tribus yaquis de Sonora: su cultura y anhelada autodeterminación*, Departamento de Asuntos Indígenas, México, 1940; 318 pp.
FABILA, Alfonso, *El valle del Mezquital*, Editorial Cultura, México, 1938; 272 pp.
FALCON VEGA, Romana, *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, El Colegio de México, México, 1977; 180 pp.
FERNANDEZ, Justino, *Arte moderno y contemporáneo de México*, Imprenta Universitaria, México, 1952; 521 pp.
FERNANDEZ, Justino, *Prometeo. Ensayo sobre pintura contemporánea*, Editorial Porrúa, México, 1945; 219 pp.
FERNANDEZ MCGREGOR, Genaro, *Carátulas*, Ediciones Botas, México, 1935; 287 pp.
FERNANDEZ MCGREGOR, Genaro, *El río de mi sangre. Memorias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969; 515 pp.
FERNANDEZ Y FERNANDEZ, Ramón, y Ricardo Acosta, *Política agraria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961; 269 pp.
FERRETIS, Jorge, *Tierra caliente. Los que sólo saben pensar*, Espasa-Calpe, Madrid, 1935; 238 pp.
FLORES ZAVALA, Leopoldo, *El problema agrario. El fraccionamiento de latifundios*, México, 1936; 147 pp.
FOGLIO MIRAMONTES, Fernando, *Geografía económica agrícola del Estado de Michoacán*, Imprenta de la Cámara de Diputados, México, 1936; 3 vols.
FLORESCANO, Enrique, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México*, Ediciones Era, México, 1976; 158 pp.
FOIX, Pere, *Cárdenas: su actuación, su país*, Ediciones Fronda, México, 1947; 423 pp.
FROST, Elsa Cecilia, *Las categorías de la cultura mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972; 212 pp.
FUENTES, Carlos, *Tiempo mexicano*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1972; 192 pp.
FUENTES DIAZ, Vicente, *Los partidos políticos en México*, Talleres de las Impresiones Perfectas, México, 1954-1956; 2 vols.
FUENTES MARES, José, *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*, 2a edición, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1972; 243 pp.
FUENTES MARES, José, *Monterrey; una ciudad creadora y sus capitanes*, Editorial Jus, México, 1976; 203 pp.
GAOS, José, *Confesiones profesionales*, Tezontle, México, 1958; 180 pp.
GAOS, José, *En torno a la filosofía mexicana*, Porrúa y Obregón, México, 1952-1953; 2 vols.: 90, 89 pp. (México y lo Mexicano, 7 y 11)
GARCIA CANTU, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental. 1810-1962*, Empresas Editoriales, México, 1965; 1022 pp.
GARCIA RIERA, Emilio, *Historia documental del cine mexicano*, Ediciones Era, México, 1969-1978; 8 vols.: Publs.
GARCIA RIVAS, Heriberto, *Historia de la literatura mexicana*, Textos Universitarios, México, 1971-1974; 4 vols.
GARCIA TREVIÑO, Rodrigo, *La ingerencia rusa en México (y Suramérica)*, Editorial América, México, 1959; 233 pp.
GAXIOLA, Francisco Xavier, *El presidente Rodríguez (1932-1934)*, Editorial Cultura, México, 1938; 603 pp.

GILLY, Adolfo, *La revolución interrumpida*, sexta edición, Ediciones El Caballito, México, 1975; 397 pp.
GOMEZ, Marte R., *La reforma agraria de México. Su crisis durante el período 1928-1934*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1964; 128 pp.
GOMEZ JARA, Francisco A., *El movimiento campesino en México*, Editorial Campesina, México, 1970; 333 pp.
GOMEZ JARA, Francisco, *Las organizaciones campesinas en México*, México, 1969; 190 pp.
GOMEZ MORIN, Manuel, *El crédito agrícola en México*, Madrid, 1928; 331 pp.
GOMEZ MORIN, Manuel, *1915 y otros ensayos*, Editorial Jus, México, 1973; 134 pp.
GOMEZ MORIN, Manuel, *La Universidad de México. Su función social y la razón de su autonomía*, La previsión, México, 1934; 48 pp.
GOMEZ ROBLEDA, José, *Pescadores y campesinos tarascos*, Secretaría de Educación Pública, México, 1943; 433 pp.
GOMEZ ROBLEDO, Antonio, *Anacleto González Flores, el maestro*, segunda edición, Editorial Jus, México, 1947; 193 pp.
GOMEZ ROBLEDO, Antonio, *Etopeya del monroísmo*, Editorial Jus, México, 1940; 126 pp.
GOMEZ ROBLEDO, Antonio, *Idea y experiencia de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958; 250 pp. (Tierra Firme, 64)
GONZALEZ, Genaro María, *Toribio Esquivel Obregón. Actitud e ideario político*, Polis, México, 1967; 255 pp.
GONZALEZ, Luis [et al], *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, El Colegio de México, México, 1961-1962; 3 vols.: LXXXII + 527, 682, 651 pp.
GONZALEZ, Luis, *Invitación a la microhistoria*, Secretaría de Educación Pública, México, 1973; 186 pp. (SepSetentas, 72)
GONZALEZ, Luis, *El liberalismo triunfante. 1867-1911*, Editorial ECLALSA, México, 1977; 133 pp. (Historia de México, Etapa Nacional, Módulo 3)
GONZALEZ, Luis (Comp.), *Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1966; 5 vols.: 816, 943, 1291, 971, 977 pp.
GONZALEZ, Luis, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México, 1972; 326 pp.
GONZALEZ LUIS, *La ronda de las generaciones. La historia moderna de México al través de sus líderes* (inédito).
GONZALEZ, Luis, *La tierra donde estamos*, Banco de Zamora, México, 1971; 225 pp.
GONZALEZ, Luis, *Zamora*, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 1978; 234 pp.
GONZALEZ, Luis, Emma COSIO VILLEGAS y Guadalupe MONROY, *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida social*, Editorial Hermes, México, 1956; XXXIV + 1011 pp.
GONZALEZ CASANOVA, Pablo, *La democracia en México*, segunda edición, Ediciones Era, México, 1967; 282 pp.
GONZALEZ CONTRERAS, Gilberto, *Cárdenas*, Talleres de F. Verdugo, La Habana, 1934; 120 pp.
GONZALEZ COSIO, Arturo, *Historia estadística de la Universidad. 1910-1967*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1968; 107 pp.
GONZALEZ DAVILA, Amado, *Diccionario geográfico, histórico, biográfico y estadístico del Estado de Sinaloa*, Gobierno del Estado de Sinaloa, Culiacán, 1959; 702 pp.
GONZALEZ NAVARRO, Moisés, *La confederación Nacional campesina*, Costa-Amic, México, 1968; 335 pp.
GONZALEZ NAVARRO, Moisés, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974; 2 vols.: 424, 391 pp.
GONZALEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*, novena edición, Editorial Porrúa, México, 1966; 349 pp. (Sepan Cuantos, 4)
GOROSTIZA, José, *Canciones para cantar en las barcas*, Editorial Cultura, México, 1925; 63 pp.

GRIFFIN, Charles C., *El período nacional en la historia del nuevo mundo*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1962; 278 pp.
GRUENING, Ernest, *Experiencias y comentarios sobre el México post-revolucionario*, INAH, México, 1970; 46 pp.
GUIA DE PERSONAS *que cultivan la historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1951; 507 pp.
GUTIERREZ CRUZ, Carlos, *Sangre roja. Versos libertarios*, Ediciones de la Liga de Escritores Revolucionarios, México, 1924; 111 pp.
HANSEN, Roger D., *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI Editores, México, 1971; 340 pp.
HENRIQUEZ UREÑA, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969; 340 pp.
HENRIQUEZ UREÑA, Pedro, *Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960; 844 pp.
HEREDIA, Carlos María, *Una fuente de energía*, Imprenta Patricio Sanz, Tlalpan, 1932; 377 pp.
HUXLEY, Aldous, *Beyond the Mexique Bay*, Chatto and Windus, London, 1934; 319 pp.
IBARGÜENGOITIA, Jorge, *Los relámpagos de agosto,* Joaquín Mortiz, México, 1964; 125 pp.
ICAZA, Xavier, *Magnavoz 1926. Discurso mexicano*, Talleres Gráficos del Gobierno de Veracruz, Jalapa, 1926; 55 pp.
IGLESIAS, Eduardo, *Teosofía*, Imprenta Universal, México, 1932; 164 pp.
IGUINIZ, Juan B., *Bibliografía biográfica mexicana. Repertorios biográficos*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1930; 546 pp. (Monografías Bibliográficas Mexicanas, 18)
ITURRIAGA, José E., *La estructura social y cultural de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951; 254 pp.
JIMENEZ CERVANTES, José, *Algunas consideraciones acerca de la alimentación del pueblo mexicano*, México, 1934; 125 pp.
JIMENEZ MORENO, Wigberto, *El enfoque generacional en la historia de México*, Seminario de Cultura Mexicana, México, 1974; 20 pp.
JIMENEZ RUEDA, Julio, *Historia jurídica de la Universidad de México*, Imprenta Universitaria, México, 1955; 262 pp.
JUNCO, Alfonso, *Egregios*, Editorial Jus, México, 1943; 314 pp.
JUNCO, Alfonso, *Sangre de Hispania*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1940; 190 pp. (Colección Austral, 159)
KATZ, Friedrich [et al] *Hitler sobre América Latina*, Fondo de Cultura Popular, México, 1968; 176 pp.
KER, Annita Melville, *Mexican government publications A guide the more important publications of the National Government of Mexico*, Government Printing Office, Washington, 1940; 333 pp.
KIRSHNER, Alan M., *Tomás Garrido Canabal y el movimiento de los camisas rojas*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976; 190 pp. (SepSetentas, 267)
KRAUZE, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1976; 329 pp.
KUBLI, Luciano, *Calles y su gobierno. Ensayo biográfico*, Imprenta Eduardo Limón, México, 1931; 109 pp.
LARROYO, Francisco, *Historia comparada de la educación en México*, tercera edición, Editorial Porrúa, México, 1952; 450 pp.
LAWRENCE, D. H., *Viva y muera México*, Editorial Diógenes, México, 1970; 205 pp. (Antologías Temáticas, 3)
LEDUC, Alberto y Luis LARA PARDO, *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1910; 1109 pp.
LEDUC, Renato, *Historia de lo inmediato*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976; 112 pp. (Archivo del Fondo, 56)

LEWIS, Oscar, *Pedro Martínez, un campesino mexicano y su familia*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1966; 470 pp.
LOMBARDO TOLEDANO, Vicente, *Los derechos sindicales de los trabajadores intelectuales*, Editorial Cultura, México, 1927.
LOPEZ, Héctor F., *Diccionario geográfico, histórico, biográfico y lingüístico del Estado de Guerrero*, Pluma y Lápiz de México, México, 1942; 461 pp.
LOPEZ APARICIO, Alfonso, *El movimiento obrero en México. Antecedentes, desarrollo y tendencias*, Editorial Jus, México, 1952; 276 pp.
LOPEZ Y FUENTES, Gregorio, *El indio. Novela mexicana*, Ediciones Botas, México, 1935; 234 pp.
LOPEZ Y FUENTES, Gregorio, *Mi general. Novela mexicana*, Ediciones Botas, México, 1934; 258 pp.
LOPEZ Y FUENTES, Gregorio, *Tierra. La revolución agraria en México*, El Gráfico, México, 1932; 175 pp.
LOWRY, Malcolm, *Bajo el volcán*, 3a edición en español, Era, México, 1974; 403 pp.
LIEUWEN, Edwin, *Mexican militarism. The political rise and fall of the revolutionary army. 1910-1940*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1968; 194 pp.
LOYO, Gilberto, *La emigración de mexicanos a los Estados Unidos*, Stituto Poligráfico dello stato, Roma, 1931; 15 pp.
LOYO, Gilberto, *Esquema demográfico de México*, Dirección General de Estadística, México, 1948; 126 pp.
LOZOYA, Jorge A., *El ejército mexicano (1911-1965)*, segunda edición, El Colegio de México, México, 1976; 156 pp. (Jornadas, 65)
LUNA ARROYO, Antonio, *La obra educativa de Narciso Bassols. Documentos para la historia de la educación pública en México*, Editorial Patria, México, 1934; 344 pp.
LUQUIN, Eduardo, *Tumulto. Memorias de un oficial del ejército constitucionalista*, México, 1937; 126 pp.
LLACA, Pedro M., *Michoacán. Estudio histórico, económico, fiscal*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1946; 2 vols.
MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio, *Teatro mexicano del XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956; XXV + 704 pp. (Letras Mexicanas, 26)
MAGDALENO, Mauricio, *Las palabras perdidas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966; 225 pp.
MAGNER, James Aloysius, *Men of Mexico*, The Bruce Publishing Co., Milwaukee, 1943; 632 pp.
MAILLEFERT, Alfred, *Ancla en el tiempo. Gentes y paisajes*, Universidad Michoacana, Morelia, 1940; 197 pp.
MAILLEFERT, Alfredo, *Laudanza de Michoacán. Morelia, Pátzcuaro, Uruapan*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1937; 148 pp.
MANCISIDOR, José, *Historia de la Revolución Mexicana*, El Gusano de Luz, México, 1958; 293 pp.
MANJARREZ, Froylán C. y Gustavo ORTIZ HERNAN, *Lázaro Cárdenas. I. Soldado de la Revolución. II. Gobernante. III. Político nacional*, Talleres de la Editorial Patria, México, 1933; 121 pp.
MANRIQUEZ Y ZARATE, José de Jesús, *El socialismo*, Ediciones PAGF, México, 1936; 183 pp.
MAPLES ARCE, Manuel, *Andamios interiores. Poemas radiográficos*, Editorial Cultura, México, 1922; 42 pp.
MARCHAND, René, *L'effort démocratique du Mexique*, Editions Fustier, París, 1938; 190 pp.
MARIA Y CAMPOS, Armando de, *La navegación aérea en México*, Compañía de Ediciones Populares, México, 1944; 196 pp.
MARIA Y CAMPOS, Armando de, *Múgica; crónica biográfica*, Compañía de Ediciones Populares, México, 1930; 384 pp.

MARIA Y CAMPOS, Armando de *Periodismo en micrófono*, Ediciones Botas, México, 1938; 226 pp.

MARIA Y CAMPOS, Armando, *Presencias del teatro* (*Crónicas 1934-1936*), Ediciones Botas, México, 1937; 316 pp.

MARIA Y CAMPOS Armando, *El teatro del aire* (*Notas para periódicos*), Ediciones Botas, México, 1937; 238 pp.

MARQUEZ FUENTES, Manuel y Octavio RODRIGUEZ ARAUJO, *El Partido Comunista Mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1973.

MARQUEZ MONTIEL, Joaquín, *La doctrina social de la Iglesia y la legislación obrera mexicana*, México, 1939; 191 pp.

MARQUEZ MONTIEL, Joaquín, *Hombres célebres de Puebla*, Editorial Jus, México, 1952-1955; 2 vols.

MARQUEZ MONTIEL, Joaquín, *La Iglesia y el Estado en México*, segunda edición, Ediciones Privadas Regional, Chihuahua, 1950; 167 pp.

MARROQUIN, Alejandro, *La ciudad mercado: Tlaxiaco*, Imprenta Universitaria, México, 1957; 274 pp.

MARTINEZ, Alberto, *Las causas del desastre económico en los Ferrocarriles Nacionales de México*, Talleres Linotipográficos La Lucha, México, 1933.

MARTINEZ, José Luis, *El ensayo mexicano moderno*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958; 2 vols.: 498, 414 pp. (Letras Mexicanas, 39 y 40)

MARTINEZ, José Luis, *La expresión nacional*, Imprenta Universitaria, México, 1955; 306 pp.

MARTINEZ, José Luis, *Literatura mexicana siglo XX. 1910-1949*, Antigua Librería Robredo de J. Porrúa Hnos., México, 1949-1950; 2 vols.: 360, 202 pp.

MARTINEZ, José Luis, *Unidad y diversidad en la literatura latinoamericana*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1972; 136 pp.

MARTINEZ DEL RIO, Pablo, *El suplicio del hacendado y otros temas agrarios*, Editorial Polis, México, 1938; 67 pp.

MARTINEZ RIOS, Jorge, *Tenencia de la tierra y desarrollo agrario en México.* (*Bibliografía Selectiva y Comentada*), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970; LX + 305 pp.

MARTINEZ DE LA VEGA, Francisco, *Heriberto Jara, un hombre de la Revolución*, Diálogo, México, 1964; 139 pp.

MARTINEZ DE LA VEGA, Francisco y Luis GONZALEZ, *Lázaro Cárdenas. Ambiente y obra*, CERM "Lázaro Cárdenas", Morelia, 1978; 26 pp.

MARTINEZ VERDUGO, Armando, *Partido Comunista Mexicano; trayectoria y perspectivas*, Fondo de Cultura Popular, México, 1971; 116 pp.

MAYER-SERRA, Otto, *Panorama de la música mexicana desde la indepencia hasta la actualidad*, El Colegio de México, México, 1941; 195 pp.

MAYO, Sebastián, *La educación socialista en México. El asalto a la Universidad Nacional*, Bear, Rosario, 1954; 428 pp.

MEDIN, Tzvi, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, Sigló XXI Editores, México, 1972; 237 pp.

MEDINA RUIZ, Fernando, *Calles, un destino melancólico*, Editorial Jus, México, 1960; 219 pp. (Figuras y episodios de la historia de México, 79)

MEJIA PRIETO, Jorge, *Historia de la radio y la T.V. en México*, Octavio Colmenares Editor, México, 1972.

MENDEZ PLANCARTE, Gabriel, *El humanismo en México*, Seminario de Cultura Mexicana, México, 1970; 237 pp.

MENDEZ RIVAS, Joaquín, *Memorias de un catedrático del aire*. Ediciones Botas, México, 1942; 192 pp.

MENDIETA Y NUÑEZ, Lucio, *La economía del indio*, DAPP, México, 1938; 72 pp.

MENDIETA Y NUÑEZ, Lucio, *El problema agrario de México*, novena edición, Editorial Porrúa, México, 1966; 548 pp.

MENDIETA Y NUÑEZ, Lucio, [et al], *Los tarascos. Monografía histórica, etnográfica y económica*, Imprenta Universitaria, México, 1940; LXXXIV + 312 pp.
MENDIETA Y NUÑEZ, Lucio, *Los zapotecas. Monografía histórica, etnográfica y económica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1949; LXVI + 604 pp.
MENDOZA, Vicente T., *La canción mexicana*, Imprenta Universitaria, México, 1961; 672 pp.
MENDOZA, Vicente T., *El corrido de la Revolución Mexicana*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956; 151 pp. (Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 5)
MESTRE GHIGLIAZZA, Manuel, *Efemérides biográficas. Defunciones. Nacimientos*, Antigua Librería Robredo de J. Porrúa, México, 1945; 347 pp.
MEXICO, *50 años de Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962; 4 vols.: 620, 570, 588, 635 pp.
MEYER, Eugenia, *Luis Cabrera, teórico y crítico de la Revolución*, Secretaría de Educación Pública, México, 1972; 238 pp. (SepSetentas, 48)
MEYER, Jean, *Apocalypse et Revolution au Mexique. La guerre des cristeros (1926-1929)*, Editions Gallimard, París, 1974; 250 pp.
MEYER, Jean, *La Cristiada*, Siglo XXI Editores, México, 1973-1974; 3 vols.: 409, 411, 328 pp.
MEYER, Jean, *La Revolution Méxicaine. 1910-1940*, Calmann-Lévy, París, 1973; 325 pp.
MEYER, Jean, *Le sinarquisme; un fascisme mexicain? 1937-1947,* Hachette, París, 1977.
MEYER, Lorenzo, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1973; 102 pp. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, tercera época, Obras Monográficas, 1)
MEYER, Lorenzo, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato*, El Colegio de México, México, 1978; 335 pp. (Historia de la Revolución Mexicana, 13)
MEYER, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, segunda edición, El Colegio de México, México, 1972; 503 pp.
MEYER, Lorenzo, Rafael SEGOVIA y Alejandra LAJOUS, *Los inicios de la institucionalización. La política del Maximato*, El Colegio de México, México, 1978; 314 pp. (Historia de la Revolución Mexicana, 12)
MIJARES PALENCIA, José, *El gobierno mexicano. Su organización y funcionamiento*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1936; 345 pp.
MONROY, Guadalupe, *Política educativa de la Revolución (1910-1940)*, SEP, México, 1975; 175 pp. (SepSetentas, 203)
MORALES JIMENEZ, Alberto, *Historia de la Revolución Mexicana*, IIPES del PRI, México, 1951; XXXV + 272 pp.
MORENO Daniel, *Los partidos políticos en el México contemporáneo (1910-1971)*, Costa-Amic, México, 1971; 362 pp.
MORENO VILLA, José, *Cornucopia de México*, La Casa de España en México, México, 1940; 106 pp.
MUÑOZ COTA, José, *Panorama de México. Una opinión sobre la gira del general Lázaro Cárdenas*, Imprenta Mundial, México, 1934; 109 pp.
NACIONAL FINANCIERA, *50 años de Revolución Mexicana en cifras*, México, 1963; 179 pp. + gráficas.
NARANJO, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario*, Editorial Cosmos, México, 1935; 317 pp.
NATHAN, Paul, *México en la época de Cárdenas*, México, 1955; 176 pp. (Problemas Agrícolas e Industriales de México, vol. 7, núm. 3)
NAVARRETE, Félix, *La lucha entre el poder civil y el clero a la luz de la historia. Comentario al estudio histórico del Sr. Lic. D. Emilio Portes Gil*, El Paso, 1935; 244 pp.
NAVARRETE, Félix, *Sí hay persecución religiosa en México. Aquí están las pruebas*, Colour Printing Corps, San Francisco, 1935; 51 pp.
NAVARRETE, Félix y Eduardo PALLARES, *La persecución religiosa en México desde el punto de vista jurídico*, México, 1935; 362 pp.

NOVO, Salvador, *Continente vacío* (*Viaje a Sudamérica*), Espasa-Calpe, Madrid, 1935; 259 pp.

NOVO, Salvador, *En defensa de lo usado y otros ensayos*, Editorial Polis, México, 1938; 189 pp.

NOVO, Salvador, *Nueva grandeza mexicana*, Editorial Hermes, México, 1946; 178 pp.

NOVO, Salvador, *La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas*, Empresas Editoriales, México, 1957; 740 pp.

OCAMPO, Manuel, *Historia de la misión tarahumara*, Buena Prensa, México, s. f.; 250 pp.

OCAMPO DE GOMEZ, Aurora M. y Ernesto PRADO VELAZQUEZ, *Diccionario de escritores mexicanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967; XXVIII + 422 + LIV pp.

OCARANZA, Fernando, *La novela de un médico*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1940; 318 pp.

OCHOA, Alvaro, *Jiquilpan*, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 1978; 231 pp. (Monografías Municipales, 4)

ORIVE ALBA, Adolfo, *La política de irrigación en México. Historia, realizaciones, resultados agrícolas, económicos y sociales. Perspectivas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960; 292 pp.

OROZCO, José Clemente, *Autobiografía*, Ediciones Occidente, México, 1945; 156 pp.

ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente*, Revista de Occidente, Madrid, 1957; 318 pp.

ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo, *Avidez*. Ed. Cultura, México, 1921; 129 pp.

ORTIZ VIDALES, Salvador, *La arriería en México. Estudio folklórico, costumbrista e histórico*, Imprenta del Museo Nacional, México, 1929; 100 pp.

OWEN, Gilberto, *La llama fría*. Novela, El Universal Ilustrado, México, 1925.

PALACIOS, Guillermo, *La idea oficial de la Revolución Mexicana*. Edición mimeográfica, México, 1969; 3 vols.: 471 pp.

PALAVICINI, Félix F., *Los diputados*. Presentación por Fernando Zertuche. Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias en México, México, 1976; 590 pp.

PANI, Alberto J., *Apuntes autobiográficos*, segunda edición, Librería de Manuel Porrúa, México, 1951; 2 vols.: 345, 446 pp.

PARKES, Henry Bamford, *History of Mexico*, Houghton Mifflin Co., Cambridge, 1938; 432 pp.

PARODI, Enriqueta de, *Sonora: hombres y paisajes*, Editorial Pafim, México, 1941; 222 pp.

PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO, *La gira del general Lázaro Cárdenas. Síntesis ideológica*, México, 1934; 231 pp.

PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO, *Plan sexenal del PNR*, México, 1934; 191 pp.

PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO, *Primer informe anual que rinde el CEN del PNR a todos los sectores sociales del país*, La Impresora de Turanzas del Valle, México, 1936; 141 pp.

PATTEE, Richard, *The catholic revival in Mexico*, The Catholic Association for International Peace, Washington, 1944; 60 pp.

PAZ, Octavio, *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1974; 224 pp.

PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, segunda edición, Fondo de Cultura Económica, México, 1959; 191 pp.

PAZ, Octavio, *Posdata*, Siglo XXI Editores, México, 1970; 148 pp.

PELLICER, Carlos, *Colores en el mar y otros poemas*, Editorial Cultura, México, 1921; 78 pp.

PERAL, Miguel Angel, *México; sus detractores y sus defensores*, Editorial Antorcha, México, 1936; 275 pp.

PERAZA, Gaudencio, *La escuela socialista*, Imprenta y Linotipo El Porvenir, Mérida, 1935; 26 pp.

PEREZ MARTINEZ, Héctor, *En los caminos de Campeche*, Editorial Baluarte, Campeche, 1940; 104 pp.
PEREZ VERDIA, Benito Xavier, *Cárdenas apóstol vs. Cárdenas estadista*, México, 1939; 89 pp.
PICON SALAS, Mariano, *Gusto de México*, Porrúa y Obregón, México, 1952; 98 pp. (México y lo Mexicano, 9)
PINEDA, Salvador, *Presencia de Cárdenas. 5 bocetos del hombre*, Libro-Mex, México, 1959; 79 pp.
PIÑA SORIA, Antolín, *Cárdenas. Apuntes para una semblanza espiritual*, México, 1934; 97 pp.
PIÑA SORIA, Antolín, *Cárdenas socialista*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935; 153 pp.
PEÑALOSA, Joaquín Antonio, *Vida, pasión y muerte del mexicano. Notas del costumbrismo*, séptima edición, Editorial Jus, México, 1974; 165 pp.
PORTES GIL, Emilio, *Autobiografía de la Revolución Mexicana. Un tratado de interpretación histórica*, Instituto Mexicano de Cultura, México, 1964; 865 pp.
PORTES GIL, Emilio, *Quince años de política mexicana*, Ediciones Botas, México, 1941; 574 pp.
PORTES GIL, Emilio, *Rectificaciones a un libro de William C. Townsend que contiene la biografía del señor general Cárdenas*, México, 1955; 14 pp.
PUENTE, Ramón, *La dictadura, la Revolución y sus hombres* (*Bocetos*), Imprenta Sánchez, México, 1938; 378 pp.
PUENTE, Ramón, *Hombres de la Revolución. Calles*, Los Angeles, 1933; 208 pp.
PUIG Y CASAURANC, José Manuel, *Galatea rebelde a varios Pigmaliones. De Obregón a Cárdenas. El fenómeno mexicano actual*, Impresores Unidos, México, 1938; 582 pp.
PULIDO ISLAS, Alfonso, *La industria cinematográfica de México*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1939; 156 pp.
QUESADA, Alejandro, *La pesca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952; 262 pp.
QUIGLEY, Robert E., *American catholic opinions of Mexican anticlericalism. 1910-1936*, CIDOC, Cuernavaca, 1969; 363 pp. (Sondeos, 27)
QUINN, Vernon, *Beatiful Mexico* . . ., Grosset and Dunlap, 1938; 398 pp.
QUINTANA, Carlos E. [et al], *Cuestiones industriales de México*, El Colegio de México, México, 1945; 105 pp. (Jornadas, 48).
QUINTANILLA, Luis, *The other side the Mexican church question*, Washington, 1935; 55 pp.
QUIRARTE, Martín, *Visión panorámica de la historia de México*, México, 1965; 273 pp.
QUIROZ, Alberto, *Biografías de educadores mexicanos*, Secretaría de Educación Pública, México, 1962; 286 pp.
RAMIREZ PLANCARTE, Francisco, *La Revolución Mexicana. Interpretación Independiente*, Costa-Amic, México, 1948; 686 pp.
RAMOS, Samuel, *Historia de la filosofía en México*, Imprenta Universitaria, México, 1943; 187 pp.
RAMOS, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, quinta edición, Espasa-Calpe, México, 1972; 145 pp. (Colección Austral, 1080)
RAMOS PEDRUEZA, Rafael, *La lucha de clases a través de la historia de México*, Ediciones Revista Lux, 1934; 231 pp.
REDFIELD, Robert, *Yucatán, una cultura de transición*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941; XXIII + 416 pp.
REYES, Alfonso, *Pasado inmediato y otros ensayos*, El Colegio de México, México, 1941; 194 pp.
REYES, Alfonso, *Diario 1911-1930*, Universidad de Guanajuato, México, 1969; 330 pp.
REYES, Alfonso, *Visión de Anáhuac*, Imprenta Alsina, San José, C. R., 1917; 48 pp.
REYES PEREZ, Roberto, *Cárdenas humano*, Imprenta Periodística y Comercial, México, 1944; 132 pp.
REYNOLDS, Clark W., *La economía mexicana; su estructura y crecimiento en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

RIVA PALACIO, Carlos, *La cuestión agraria mexicana*, Partido Nacional Revolucionario, México, 1934; 321 pp.
ROCHELI, Abraham, *Lázaro Cárdenas. Ideología y política educativa* (*La escuela socialista*), México, 1974; 324 pp.
ROMANELL, Patrick, *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México*, El Colegio de México, México, 1954; 238 pp.
ROMERO, José Rubén, *Apuntes de un lugareño*, División de Editora de Libros, México, 1955; 187 pp. (Populibros La Prensa)
ROMERO FLORES, Jesús, *Anales históricos de la Revolución Mexicana*, El Nacional, México, 1939;1940; 4 vols.
ROMERO FLORES, Jesús, *Diccionario michoacano de historia y geografía*, Escuela Industrial Alvaro Obregón, Morelia, 1960; 530 pp.
ROMERO VARGAS, José, *Cotija, cuna de trotamundos*, Editorial Progreso, México, 1973; 390 pp.
ROSS, Stanley R., *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, El Colegio de México, México, 1965-1967; 2 vols.: 1006, 955 pp.
ROSS, Stanley R., *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, Secretaría de Educación Pública, México, 1972; 2 vols.: 203, 191 pp. (SepSetentas, 21 y 22)
ROUAIX, Pastor, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico del Estado de Durango*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1946; 518 pp.
RUIZ, Ramón Eduardo, *México. The challenge of poverty and illiteracy*, The Hutington Library, San Marino, Calif., 1963; XIV + 234 pp.
RUIZ, María del Carmen [et al], *El periodismo en México. 450 años de historia*, Tradición, México, 1974; 380 pp.
RUIZ Y FLORES, Leopoldo, *Recuerdo de recuerdos* (*Memorias*), Buena Prensa, México, 1942; 184 pp.
RUTHERFORD, John, *La sociedad mexicana durante la Revolución*, Ediciones El Caballito, México, 1978; 366 pp.
SALAZAR, Rosendo, *Del militarismo al civilismo en nuestra Revolución*, Libro-Mex, México, 1958; 411 pp.
SALAZAR, Rosendo, *Historia de las luchas proletarias de México. 1930-1936*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1956; 257 pp.
SALAZAR, Rosendo, *Izquierda*, Biblioteca Avante, México, 1935; 230 pp.
SANCHEZ PONTON, Luis, *Hacia la escuela socialista. La reforma educacional en México*, Editorial Patria, México, 1935; 278 pp.
SCHLARMAN, Joseph, *México, tierra de volcanes*, Editorial Jus, México, 1950; XV + 728 pp.
SCHMITT, Karl Michael, *Communism in Mexico, A study in political frustration*, University of Texas Press, Austin, 1965; 290 pp.
SHULGOVSKI, Anatoli, *México en la encrucijada de su historia*, segunda edición, Ediciones de Cultura Popular, México, 1972; 517 pp.
SILVA HERZOG, Jesús, *El agrarismo mexicano y reforma agraria. Exposición y crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959; 602 pp.
SILVA HERZOG, Jesús, *Lázaro Cárdenas; su pensamiento económico, social y político*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1975; 137 pp.
SILVA HERZOG, Jesús, *Mis trabajos y los años. Una vida en la vida de México*, México, 1970-1971; 2 vols.: 370, 340 pp.
SIMPSON, Eyler N., *The Ejido; Mexico's way out*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1937; 849 pp.
SIMPSON, Lesley Byrd, *Muchos méxicos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977; 371 pp. (Sección de Obras de Historia)
SOLIS, Leopoldo, *Planes de desarrollo económico y social de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1975; 197 pp. (SepSetentas, 215)
SOLIS, Leopoldo, *La realidad económica mexicana: Retrovisión y perspectivas*, sexta edición, Siglo XXI Editores, México, 1976; 356 pp.

SOTO REYES, Ernesto, *Los fines de la unificación campesina*, Partido Nacional Revolucionario, México, 1936; 15 pp.
SOUSTELLE, Jacques, *La famille Otomi-Pame du Mexique Central*, París, 1937- 355 pp. (Travaux et Memoires de l'Institut d'Ethnologie, 26)
SPECTATOR, *Los cristeros del volcán de Colima*, Editorial Jus, México, 1961; 2 vols.
SUAREZ, Eduardo, *Comentarios y recuerdos* (*1926-1946*) Editorial Porrúa, México, 1977; CXXIV + 450 pp.
SUAREZ VALLE, Manuel, *Lázaro Cárdenas, una vida fecunda al servicio de México*, Costa-Amic, México, 1971; 336 pp.
SUINAGA LUJAN, Pedro R., *Veinte años de legislación mexicana. 1931-1950*, Editorial Stylo, México, 1951; 3 vols.
TANNENBAUM, Frank, *La paz por la revolución*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1938; 348 pp.
TANNENBAUM, Frank, *México: la lucha por la paz y por el pan*, México, 1951; 154 pp. (Problemas Agrícolas e Industriales de México, vol. III, núm. 4)
TARACENA, Alfonso, *La revolución desvirtuada. Continuación de la verdadera Revolución Mexicana*, Costa Amic, México, 1965-1970; 7 vols.
TARACENA, Alfonso, *La verdadera Revolución Mexicana*, Editorial Jus, México, 1960-1963; 12 vols.
TEJA ZABRE, Alfonso, *Historia de México. Una moderna interpretación*, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1935; 399 pp.
TEJA ZABRE, Alfonso, *Panorama histórico de la Revolución Mexicana*, Ediciones Botas, México, 1939; 220 pp.
TEJA ZABRE, Alfonso, *Teoría de la Revolución*, Ediciones Botas, México, 1936; 179 pp.
TEJERA, Humberto, *Cultores y forjadores de México*, Libro Mex, México, 1961; 450 pp.
TOOR, Frances, *Frances Toor's Guide to Mexico*, R. M. McBride, 1936; 328 pp.
TORNER, Florentino M., *Creadores de la imagen histórica de México*, quinta edición, Compañía General de Ediciones, México, 1974; 316 pp.
TORRE VILLAR, Ernesto de la, *Lecturas históricas mexicanas*, Empresas Editoriales, México, 1966-1971; 5 vols.
TORRES BODET, Jaime, *Contemporáneos. Notas de crítica*, Herrero, México, 1928; 152 pp.
TORRES BODET, Jaime, *El corazón delirante*, Porrúa, México, 1922; 221 pp.
TORRES BODET, Jaime, *Margarita de niebla*, Editorial Cultura, México, 1927; 113 pp.
TORRES BODET, Jaime, *Tiempo de arena*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955; 349 pp.
TOWNSEND, William Cameron, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, tercera edición, Gandesa, México, 1959; XVII + 380 pp.
TREND, J. B., *México, a New Spain With old friends*, MacMillan Co., New York, 1940; 185 pp.
TREVIÑO, José Guadalupe, *Monseñor Martínez, arzobispo primado de México*, Madrid, 1959; 290 pp.
TREVIÑO, Ricardo, *El movimiento obrero en México; su evolución ideológica*, Ediciones del autor, México, 1948; 136 pp.
TURNER, Frederick C., *La dinámica del nacionalismo mexicano*, Editorial Grijalbo, México, 1971; 406 pp.
ULLOA ORTIZ, Berta, *La lucha armada* (*1911-1920*), Editorial Patria, México, 1976; 159 pp. (Historia de México, Módulo 4)
ULLOA ORTIZ, Manuel, *El estado educador*, Editorial Jus, México, 1976; 461 pp.
ULLOA ORTIZ, Manuel (Comp.), *Don Ramón Martínez Silva. Semblanzas de un maestro*, Editorial Jus, México, 1974; 264 pp.
URIBE DE FERNANDEZ DE CORDOBA, Susana, *Bibliografía histórica mexicana*, El Colegio de México, México, 1967-1974; 8 vols.
URANGA, Emilio, *Análisis del ser del mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952; 100 pp. (México y lo Mexicano, 4)
URQUIDI, Víctor L. y Adrián LAJOUS VARGAS, *Educación superior. Ciencia y tecno-*

logía en el desarrollo económico de México. Un estudio preliminar, El Colegio de México, México, 1967; 86 pp.
URZUA, Francisco A., *Derecho internacional público*, Botas, México, 1938; XIV + 477 pp.
VALADES, Edmundo y Luis LEAL, *La Revolución y las letras*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1960; 133 pp.
VALADES, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana*, Manuel Quesada Brandi, Cuernavaca, 1967; 10 vols.
VALVERDE TELLEZ, Emeterio, *Bio-bibliografía eclesiástica mexicana*, Editorial Jus, México, 1949; 3 vols.
VASCONCELOS, José, *Breve historia de México*, Ediciones Botas, México, 1937; 638 pp.
VASCONCELOS, José, *El monismo estético*, Cultura, México, 1918; 109 pp.
VAZQUEZ, Genaro. *Indios de México*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935. 48 pp.
VAZQUEZ GOMEZ, Emilio, *La reelección*, Imprenta Cerca de Santo Domingo, México, 1892; 15 pp.
VAZQUEZ SANTA ANA, Higinio, *Fiestas y costumbres mexicanas*, Ediciones Botas, México, 1940; 381 pp.
VAZQUEZ SANTA ANA, Higinio, *Jiquilpan y sus prohombres. Estampas regionales*, México, 1934; 184 pp.
VEJAR LACAVE, Carlos y Amparo ESPINOSA DE SERRANO, *El pensamiento contemporáneo de México*, Editorial Porrúa, México, 1974; 316 pp.
VELASCO, Roberto y Toribio VELASCO, *Atlas general de la República Mexicana*, Herrero Hermanos, Sucs., México, 1939; 69 pp.
VERA, Antonio E., *La situación ferrocarrilera mexicana*, Imprenta Patricio Sanz, Tlalpan, 1935.
VERA ESTAÑOL, Jorge, *La Revolución Mexicana; Orígenes y resultados*, Editorial Porrúa, México, 1957; 797 pp.
VERGER, Pierre, *Au Mexique. Cent soixante dix photographies*, P. Hartmann, París, 1938; 128 pp.
VERNON, Raymond, *El dilema del desarrollo económico de México*, Editorial Diana, México, 1975; 235 pp.
VILLAMIL, Marcelo Antonio, *El visionario y el hombre. La personalidad de Lázaro Cárdenas*, La Nación, México, 1934; 160 pp.
VILLASEÑOR, Eduardo, *Memorias-Testimonio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974; 446 pp.
VILLASEÑOR, Víctor Manuel, *Memorias de un hombre de izquierda. I. Del porfiriato al Cardenismo. II. De Avila Camacho a Echeverría*, Grijalbo, México, 1976; 2 vols.: 622 pp. (Biografías Gandesa)
VILLAURRUTIA, Xavier, *Nocturnos*, Impreso por Miguel N. Lira y Fidel Guerrero, México, 1933; 59 pp.
VILLEGAS, Abelardo, *La filosofía de los mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960; 235 pp.
VILLORO, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México, México, 1950; 247 pp.
WALLACE, Irving Speed, *Mexico today*, Meadow Publishing Co., Boston, 1936; 364 pp.
WARMAN, Arturo, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972; 138 pp.
WEYMULLER, François, *Histoire du Mexique*, Presses Universitaires de France, París, 1953; 126 pp.
WEYL, Nathaniel y Silvia, *La reconquista de México* (*Los días de Lázaro Cárdenas*), México, 1955; 360 pp. (Problemas Agrícolas e Industriales de México, vol. VII, núm. 4)
WHETTEN, Nathan L., *México rural*, México, 1953; 413 pp. (Problemas Agrícolas e Industriales de México, vol. V, núm. 2)
WILKIE, James W., *The Mexican Revolution, Federal expenditure and social change since 1910*, University of California Press, Berkeley, 1970; 337 pp.

WILKIE, James W. y Edna MONZON DE WILKIE, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 1969; 770 pp.
WILLIMAN, John B., *La Iglesia y el Estado de Veracruz: 1840-1940*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976; 189 pp. (SepSetentas, 289)
WOLF, Eric R., *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI Editores, México, 1972; 438 pp.
WOOD, Bryce, *La política del buen vecino*, UTEHA, México, 1967; 394 pp.
YAÑEZ, Agustín, *El contenido social de la literatura iberoamericana*, El Colegio de México, México, 1944; 47 pp. (Jornadas, 14)
YAÑEZ, Agustín, *Las tierras flacas*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1962; 359 pp.
ZAID, Gabriel, *Omnibus de poesía mexicana*, tercera edición, Siglo XXI Editores, México, 1973; 693 pp.
ZAVALA, Silvio, *Apuntes de historia nacional. 1808-1974*, Secretaría de Educación Pública, México, 1975; 214 pp. (SepSetentas)
ZEA, Leopoldo, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, Porrúa y Obregón, México, 1952; 110 pp. (México y lo Mexicano, 2)
ZEVADA, Ricardo J., *Calles el presidente*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1970; 220 pp.
ZINGG, Robert M. y Wendell Clark BENNETT, *The Tarahumara. An indian Tribe of Northern Mexico*, The University of Chicago Press, Chicago, 1935; 412 pp.
ZORRILLA, Luis G., *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América. 1800-1958*, Editorial Porrúa, México, 1967; 2 vols.
ZUNO, José Guadalupe, *Reminiscencias de una vida*, Guadalajara, 1956; 189 pp. (Biblioteca de Autores Jaliscienses Modernos)

INDICE ANALITICO

Los artífices del cardenismo
se terminó de imprimir en junio de 2005
en los talleres de La Impresora Azteca, S.A. de C.V.,
San Marcos 102-16. col. Tlalpan, 14000 México, D.F.
Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.





La Historia de la Revolución Mexicana, *empresa de El Colegio de México, pudo realizarse por el apoyo del presidente Luis Echeverría, por la dirección de Daniel Cosío Villegas y por la minuciosa búsqueda de un grupo de investigadores provenientes de distintas ramas de las ciencias del hombre. No es la única pero sí la más ambiciosa exploración hecha hasta ahora sobre nuestra vida nacional de 1910 a 1960. Se hizo con el cuádruple propósito de entender, que no exaltar ni deslucir, a los forjadores del México contemporáneo; narrar verídicamente las acciones económicas, políticas, sociales e intelectuales más típicas, influyentes y duraderas de nuestro pasado inmediato; definir cada una de los etapas de ese pasado, y ubicar la gesta revolucionaria de México en el conjunto de las revoluciones del siglo XX y en la larga serie de las revoluciones mexicanas.*

Para beneficio del lector, esta Historia de la Revolución Mexicana *ha sido repartida en 23 tomos de poco bulto y bien ilustrados, a razón de dos, tres y hasta cuatro por periodo histórico. Cada tomo constituye una monografía y simultáneamente un eslabón de la cadena de 23.*

Periodo 1911-1914, por Eduardo Blanquel y Gloria Villegas
1. La caída del porfiriato; 2. La república democrática;
3. La república castrense.

Periodo 1914-1917, por Berta Ulloa
4. La revolución escindida; 5. La encrucijada de 1915;
6. La Constitución de 1917.

Periodo 1917-1924, por Álvaro Matute
7. Las dificultades del nuevo Estado; 8. La carrera del caudillo;
9. El caudillo en el poder.

Periodo 1924-1928, por Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes
10. La reconstrucción económica; 11. Estado y sociedad con Calles.

Periodo 1928-1934, por Lorenzo Meyer, Rafael Segovia, Alejandra Lajous y Beatriz Rojas.
12. Los inicios de la institucionalización; 13. El conflicto social: y los gobiernos del maximato.

Periodo 1934-1940, por Luis González, Alicia Hernández Chávez y Victoria Lerner 14. Los artífices del cardenismo; 15. Los días del presidente Cárdenas; 16. La mecánica cardenista; 17. La educación socialista.

Periodo 1940-1952, por Luis Medina y Blanca Torres
18. Del cardenismo al avilacamachismo; 19. México en la segunda guerra mundial; 20. Civilismo y modernización del autoritarismo;
21. Hacia la utopía industrial.

Periodo 1952-1960, por Olga Pellicer de Brody, José Luis Reyna y Esteban L. Mancilla 22. El afianzamiento de la estabilidad política;
23. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador.

ISBN-9-681-20018-7
9 789681 200183